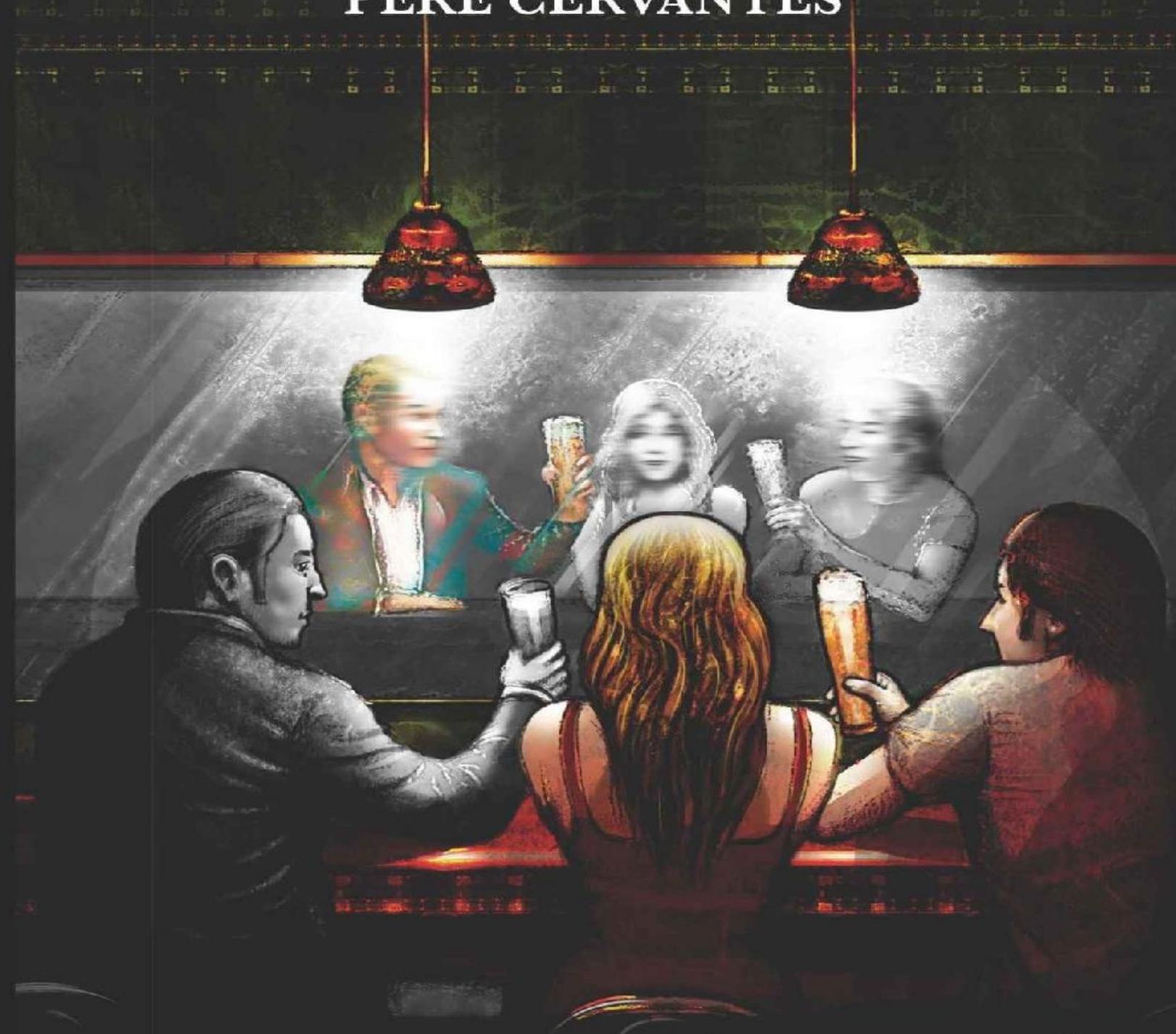




Tres minutos de color

PERE CERVANTES



Pere Cervantes nació en Barcelona y se crió a caballo del Poble-sec y el barrio mariner de la Barceloneta. Tras veinticinco años pateando las calles de este país con una placa en su bolsillo y un arma de fuego en su cintura (prefiere no imitar al inspector Méndez, de González Ledesma), afirma disponer de una mirada en modo grabación que le sirve de primera mano para crear sus novelas. En su paso por los Balcanes como miembro de las Naciones Unidas, aprendió que la hostilidad, al margen de etnias y religiones, suele atemperarse con la lectura.

Esta es su tercera novela policíaca después de haber publicado las veneradas *No nos dejan ser niños* y *La mirada de Chapman*, ambas en Ediciones B.

Desde el año 2016 es colaborador habitual en la Cadena SER (SER Cat), en «3-14-16: La nit que no s'acaba», y coguionista del largometraje *La soledad de las ballenas*, del director de cine Rodolfo Carnevale, en la actualidad en fase de preproducción en Argentina.

Tres minutos de color la estéril lucha contra el tiempo y la muerte cobra un significado muy distinto.

Coque Brox, el protagonista de la historia, es un inspector de policía de mediana edad, separado, parco en palabras, amante de todo aquello que conserve su esencia y acromatópsico, o lo que es lo mismo, percibe la vida en blanco y negro. Herido de por vida tras sufrir una pérdida irreparable, solo le alienta la lucha por recuperar el cariño de su hija adolescente. En una Barcelona en caída libre, cuyos locales de diseño no logran acallar la apremiante nostalgia de sus habitantes, investigará la violenta desaparición de Palma, amigo y compañero de profesión. Durante el tiempo que duren las pesquisas se las verá y deseará para mantener engañado a un suspicaz comisario que no lo quiere en la investigación, sufrirá los persistentes intentos de suicidio de su exmujer, y conocerá muy de cerca qué es una ECM (experiencia cercana a la muerte). Lejos de las clásicas novelas de procedimiento policial, el inspector Coque Brox se verá obligado a visitar un terreno verdaderamente desconocido para él y para el resto de los mortales. Lo que un descreído como él nunca imaginaría es que hay lugares sobrenaturales que albergan la verdad, aunque el camino que conduce a ellos todavía siga siendo un misterio. Y como dijo Jorge Luís Borges: «Lo sobrenatural, si ocurre dos veces, deja de ser aterrador».

Tres minutos de color explora una cuestión para todos inevitable: ¿qué hay después de la muerte? No es una novela escrita solo para que te guste, sí lo es para que te estremezca, te haga dudar y reflexiones.

La densidad psicológica de los distintos personajes que la integran servirán de contrapunto a una trama policial hasta la fecha inédita.

EL COLOR..

Pere Cervantes

ALREVÉS
BARCELONA 2017

Primera edición: febrero de 2017

Para Josep Forment, siempre con nosotros

Publicado por:
EDITORIAL ALREVÉS, S.L.
Passeig de Manuel Girona, 52 5è 5a
08034 Barcelona
info@alreveseditorial.com
www.alreveseditorial.com

© Pere Cervantes, 2017
© de la presente edición, 2017, Editorial Alrevés, S.L.
© Diseño: Albert Forcea

ISBN: 978-84-16328-91-8

Producción del ebook: booqlab.com

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del «Copyright», la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro, comprendiendo la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

DEDICATORIA

La vida no sabe nada de la muerte.

CARL JUNG

Hay quien prefiere la nada a otra forma de vida.

IAN STEVENSON

La vida es en color, pero resulta más realista en blanco y negro.

Sam Fuller en *El estado de las cosas*, de WIM WENDERS

ECM, experiencias cercanas a la muerte (en inglés, near-death experiences, NDEs): son percepciones del entorno narradas por personas que han estado a punto de morir o que han pasado por una muerte clínica y han sobrevivido. Hay numerosos testimonios, sobre todo desde el desarrollo de las técnicas de resucitación cardiaca, y según algunas estadísticas, podrían suceder aproximadamente a una de cada cinco personas que superan una muerte clínica.

PRIMERA PARTE

Capítulo 1

Viernes 6 de agosto

Coque Brox llevaba más de dos años sin soportarse. Su existencia, lánguida como un riachuelo condenado a desaparecer, discurría con el único objetivo de sobrevivir a las pocas ganas de seguir respirando. En esa cálida madrugada comprobó por fin que solo estando muerto podía uno ver a otros muertos, una de las reglas de aquel juego de rol *on line* conocido como *World of Warcraft*. A pesar de no haber atravesado ningún túnel ni verse deslumbrado por un destello, tuvo la certeza de haber pasado al temido otro lado. En algún momento el monitor perdió toda su riqueza cromática. Para cualquier persona constatar aquel cambio visual no significaba más que eso, darse cuenta de que todo era blanco y negro. Sin embargo, que él pudiera percibir aquella mutación de colores constituía un verdadero milagro. «Estar muerto es una urgencia, tal vez la única», se convenció. Acto seguido, agarró el teléfono móvil sin titubear y violó la primera de las normas establecidas.

—Son las dos de la mañana, solo una explosión de gas en el edificio justificaría esta llamada —respondió Oliver Edo, áspero y con voz fatigada.

—Soy Avenger, y creo que he muerto.

Un suspiro condescendiente se adelantó a la respuesta.

—Tú no eres Avenger si yo no soy Delas —recordó Oliver—. Creía que lo habíamos dejado claro. Eres Coque Brox, ¿recuerdas? Inspector del grupo de Desaparecidos del Cuerpo Nacional de Policía. Avenger solo es Avenger cuando estamos conectados los dos, salvo que sea por una urgencia, y para tu información en este justo instante estoy aserrando un hueso craneal y todavía me quedan dos cuerpos más.

En el otro lado de la línea no se apreciaba ni tan siquiera una tenue respiración.

—Ya sabes las reglas, Coque.

—¿Y no te parece una urgencia que me hayan matado?

—¡Será posible! Tengo delante de mis narices tres cuerpos, uno de ellos de cuarenta y cinco años, de tu quinta, por cierto, con la cabeza abierta como un

melón. Además, mi ayudante me ha pedido media hora para tontear con una enfermera en celo, y créeme, eso sí que es una urgencia.

—¿La del ayudante o la de la enfermera cachonda?

A pesar de que Oliver sabía bien que no responderle era la mejor réplica, no lo pudo evitar.

—No tienes remedio...

—Pero ¿qué prisa va a tener un fiambre? Luego dices que soy un bicho raro y que meterme en esta mierda de juegos *on line* me puede ir bien para encauzar mi vida.

—Vamos a ver —recondujo Oliver, bajando el tono—. ¿Has ampliado el tamaño de las letras? ¿Te ves en blanco y negro?

—Cada día.

—Perdona —se apresuró a rectificar el forense con un tenue carraspeo—. Me refería en el juego.

—Sí. Y no me preguntes cómo lo distingo. Lo sé.

—Coque, tienes un tutorial donde viene todo muy bien detallado.

—Solo quiero que me digas dónde puedo encontrar al dichoso Ángel de la Resurrección. No me apetece leerme tres pantallas de instrucciones en un idioma para subnormales.

—Eso. Para subnormales que no joden de madrugada a quienes practican una autopsia —protestó Oliver, que con la sierra en la mano y un aspaviento a punto estuvo de rebanarle una pierna al cadáver que esperaba pacientemente a su lado—. Oye, ¿sabes una cosa? Podrías aprender de ese tipo de subnormales que resultamos ser la mayoría de las personas.

El forense había dejado la sierra sobre la mesa de necropsias, junto a un cuerpo de piel violeta y rostro inexpresivo. De aquella carne fría únicamente sobresalían dos ojos diminutos salpicados de sangre, el último vestigio que acreditaba su paso por este mundo.

—Soy un hombre de palabra, Coque. Te dije que el *World of Warcraft* nunca invadiría nuestra realidad y eso es justo lo que voy a hacer. Que descanses, Gogle.

Oliver había zanjado la conversación sin dejar posibilidad alguna a la réplica. A Coque le exasperaba casi todo en esta vida, pero que le llamaran Gogle, apelativo creado y usado en exclusiva por el comisario Paco Palomares, le asqueaba.

El forense tomó aire al tiempo que esbozaba una sonrisa menguada, la misma que exhibiría el vencedor de una batalla en la que habría preferido no participar. Al fin y al cabo, aquel contrincante era, por encima de todo, un hombre con demasiados problemas. Unos instantes después, ya recuperada la

paz, se reajustó las gafas protectoras y apagó el móvil. Apenas retomó la tarea se sobresaltó por un extraño ruido, como de tres golpes secos que sonaron al unísono. Se volvió arqueando las cejas y comprobó ante su asombro que los tres cuerpos yacían ahora sobre el suelo antideslizante de la sala de autopsias.

Si era el único ser más o menos vivo del lugar, ¿cómo explicar entonces que los cadáveres se hubieran caído de las mesas de necropsias. «Pero si estaban bien sujetos, como siempre», pensó. Con la voz medio quebrada logró pronunciar el nombre de su ayudante:

—¡Nacho!

No hubo respuesta.

Oliver deslizó la mirada hacia la única entrada de la sala. Se acercó en dos zancadas y se quedó desconcertado al ver que estaba bloqueada. A través de la ventana ovalada divisó el pasillo vacío bañado por una luz raquítica. Golpeó la puerta con obstinación para llamar la atención de alguien, pero solo logró que se le entumecieran las manos. Respiró hondo, sintió un escalofrío y fue a refugiarse en el rincón más alejado de los tres cadáveres. «El peor enemigo es el que no se ve», se dijo cruzando los brazos y bajando la cabeza. A estas alturas lo que menos podía impresionarle era el gesto inerte de tres cadáveres. No, era otra cosa. Inquieto, se le ocurrió que quizá se trataba de una presencia. Estaba notando algo invisible pero envolvente, como si alguien más lo estuviera acompañando entre aquellas cuatro paredes frías y asépticas. «Por menos que esto cualquiera pierde todo su escepticismo científico», pensó, pero rechazó la idea de un manotazo. Con el pulso algo acelerado dirigió la mirada al reloj digital que coronaba la estancia. La hora del inefable suceso, las 2.22.

Capítulo 2

Viernes 6 de agosto

Después de pasar el día recluido en la habitación enviando mensajes de móvil a su hija, todos ellos sin respuesta, Coque había calculado que Oliver estaría a punto de levantarse. Si algo no le apetecía en ese momento era toparse con él. Escogió una de las cinco americanas negras que reposaban en el armario, unos vaqueros y una camisa blanca. El mismo atavío que había decidido utilizar el resto de su vida. Al inicio de la enfermedad había diseñado una estrategia consistente en otorgarle a cada color un número. El blanco tenía el uno, el amarillo el dos y el beis el cinco. Ver el mundo como si de una fórmula matemática se tratara. Pura probabilidad cromática. Pero esa equiparación numérica requería del mismo brío que aprender un nuevo idioma. Abandonó con sigilo el piso que compartía con el forense y se dirigió a la consulta del oftalmólogo. El diagnóstico resultó inalterable. Sin tratamiento. Lesión en la corteza cerebral. Abandonó la consulta abatido y pensó con tristeza que los zumos de tomate seguirían teniendo el color del alquitrán.

Llegó a la Jefatura de Policía a las seis de la tarde, ojeroso y con la certeza de no tener un lugar donde refugiarse en toda la ciudad. El grupo de Desaparecidos tenía los días contados. A finales del 2005 los Mossos d'Esquadra tomarían el relevo en Barcelona y muchos de los despachos que integraban el viejo edificio desaparecerían. Quedaban quince meses para que ello sucediera. Prisa era la palabra que reinaba en Jefatura. Prisa por cerrar investigaciones, por dejar las calles en manos de una policía ansiosa, por saber qué significaría tener una placa y una pistola en esa ciudad a partir de entonces. Coque llevaba veinticinco años buscando a quien no quería que se le encontrara, a quien sí quería pero alguien se lo impedía, y a quienes les importaba un pimiento lo primero y lo segundo, como si no existieran para nadie. Veinticinco años de reencuentros y tormentos, y de vez en cuando el mayor de los fracasos para quien busca a personas desaparecidas: el hallazgo de un cadáver.

Su oficina era una ratonera de doce metros cuadrados sin ventanas. El

mobiliario lo integraban dos mesas cedidas por una entidad bancaria —cuyo director de Seguridad, antaño comisario de Policía, no quería desvincularse de la que fue su empresa por motivos que sustentaban su nuevo contrato laboral—, dos ordenadores incompatibles con el resto de ordenadores del edificio y cuatro sillas de escay que albergaban una colección de tufos ancestrales. De una pared colgaba, sujetado por una chincheta oxidada, el calendario de un detective privado al que nadie conocía. De otra pared, el esqueleto de una estantería metálica repleta de legajos. Una suerte de compilación de los casos en los que había dejado gran parte de su vida. Estar cerca de aquellas cajas de cartón revestidas de polvo y de olvido le hacía sentirse cómodo. «Legajos del color de la mierda», los llamaba. De entre todos ellos solo un expediente le obsesionaba más que cualquier otro.

Desde hacía seis meses un acontecimiento había sacudido la vida de Coque. El oficial del grupo de Desaparecidos, Ramiro Palma —conocido como *el Palmica* en Jefatura y en toda la ciudad—, había desaparecido de manera inexplicable durante el transcurso de una investigación. Ante el fracaso de su hallazgo y la rumorología sobre la caótica vida del oficial, a Coque se le prohibió seguir investigando. Le gustara o no, para eso había otro grupo. El propio Coque tenía varias máximas en su vida profesional. Una que no solía fallarle era la de «desaparecido cuyas cuentas corrientes y tarjetas no se mueven en una semana, que se ocupe el gilipollas de Valcárcel», haciendo alusión al prepotente jefe del grupo de Homicidios. Pero a Coque se le hacía insoportable creer en lo que ya todos daban por hecho.

A esas horas de la tarde el policía David Hurtado finalizaba su turno. La relación entre Coque y el único subordinado que le quedaba en el grupo se limitaba a las notas que ambos se dejaban pegadas en un extremo del monitor. Coque franqueó la puerta de la Jefatura, contestó con un gruñido al «a sus órdenes» que un policía imberbe y desgarrado pronunció al verlo entrar, y se dirigió al ascensor. Pulsó el botón de llamada con insistencia, pero en aquel edificio ya nada se sometía a sus deseos. Al llegar el ascensor a su planta las puertas descubrieron la redonda figura de un retaco peinado al estilo José Luis Rodríguez *el Puma*, ataviado con un traje y corbata adquiridos en las últimas liquidaciones del Carrefour.

—Hombre, ¿a quién tenemos aquí? Pero si es el señorito de Jefatura —exclamó el comisario Paco Palomares, luciendo un reloj de pulsera, regalo de una entidad bancaria, a escasos centímetros del inspector—. ¿Es que hay algún horario nuevo y no me he enterado?

—Más o menos.

—Me está esperando el conductor en la entrada, Coque, de modo que no voy

a perder el tiempo contigo. Mañana a las ocho de la mañana te quiero en mi despacho —dejó caer Paco Palomares, dándole la espalda acto seguido pero sin dejar de hablar—. Le he dejado a Hurtado un fax de Europol acerca de algo que pediste. Espero por tu bien que no sea nada relacionado con Palma. No vas bien, Gugle, no vas bien.

Pero Coque no había reparado en el «Gugle» emitido por la boca viperina de aquel enano enfermo de poder. El tono de su móvil le acababa de robar toda la atención. Leyó en la pantalla el nombre de «Marga», el perfecto sinónimo de la palabra «problemas». Tardó unas décimas de segundo en darse cuenta de que la interlocutora era su suegra.

Hubo un llanto reprimido y unas palabras entrecortadas.

Un reproche directo y un «desgraciado» por parte de aquella vieja arrogante.

Un definitivo «otra vez lo ha hecho».

Un colgar de inmediato el aparato y una nueva carrera por los sosegados pasillos de la Jefatura.

No faltó la mirada asesina del comisario, antes de que este se decidiera a entrar en el reluciente vehículo oficial.

Una mano alzada de Coque en medio del trajín de la Via Laietana.

Un vehículo amarillo y negro que acató la indicación:

—¡Al Hospital Clínico!

Un mismo trayecto en el que la ciudad pasaba veloz aunque seguía atrapada en un tiempo detenido.

Coque se caló unas Ray-Ban de los setenta, entornó la mirada y recordó los tiempos felices en los que ni Marga ni él eran todavía un par de seres petrificados por la lava del dolor.

Nadia Blasi presumía de ser una mujer identificada con su trabajo. Una cirujana cardiovascular cuyo oficio también era su pasión. Todo indicaba que ese viernes iba a transcurrir como cualquier otro. Un baipás coronario y tras ello el inicio de las vacaciones. Las primeras sin Arturo desde hacía tres años. Él fue quien decidió romper meses atrás, envalentonado por el vértigo que causan ciertas fechas señaladas, el día que ella cumplió treinta y cinco años.

Aquella mañana víspera de su descanso estival, Nadia fue testigo, por primera vez en su carrera médica, de la muerte cerebral durante tres minutos de Antonio Carrascosa, un paciente de cincuenta y cinco años, fumador, bebedor y socio del Espanyol. «Y es que hay clubs de fútbol adheridos a los problemas cardiacos», solía lamentar el propio Carrascosa.

Para Nadia practicar un baipás se había convertido en un hábito. Era, de su catálogo de intervenciones, una de las más comunes. Después de que Carrascosa

fuera anestesiado y el técnico se hiciera cargo de la supervisión de la máquina de circulación extracorpórea, Nadia seccionó una vena de la pierna izquierda del paciente y sorteó otra de las arterias coronaria dañadas. Una simple explicación para un complejo resultado. Como ella solía anunciar a los pacientes, «construyo nuevas autopistas para que la sangre evite los atascos». Al pronunciar esas palabras se preguntaba qué tipo de autopista debía crear, próxima a su propio corazón, para no sentir el vacío que la atosigaba últimamente.

Todo sucedió nada más terminar la intervención, en medio de una charla absurda con una de las enfermeras sobre el contrato millonario y televisivo de una analfabeta convertida en escritora. Carrascosa entró en parada cardiaca y durante tres minutos se constató por parte de los presentes su muerte cerebral. Ciento ochenta segundos en los que Nadia y su equipo extendieron una cuerda invisible a la que el paciente pudiera agarrarse. Un sustento que en forma de desfibrilador logró al final un billete de vuelta para este mundo. Todos los componentes del equipo médico se felicitaron con miradas orgullosas, conscientes de la hazaña que acababan de lograr y con el convencimiento de que no había nada más grande que prorrogar una vida. La cardiocirujana dirigió la atención a la inexpresiva cara de Carrascosa. Su mirada continuaba siendo del color de un mar revuelto, sin brillo, como el mate de algunas fotografías.

Todavía aturdida ante lo sucedido y a las puertas del vestuario femenino, Oliver la sorprendió. El rostro desencajado de su amigo reclamó toda su atención.

—Necesito un café, Comaneci —logró articular el forense, llamándola de ese modo que solo él solía hacer, en recuerdo de una célebre gimnasta rumana de la época del blanco y negro en la mayoría de televisores que existían en España.

—Yo dos.

Oliver parecía exhausto. Nadia bordeó con un brazo su cintura y dejó caer la cabeza en su hombro. Ambos se perdieron por un pasillo blanco y vacío.

En la tercera planta, la de urgencias de Psiquiatría, Coque abandonaba furioso la habitación 301. Marga estaba sedada. Su exsuegra y María seguían siendo las eternas aliadas para hacerle la vida imposible. Una escena revivida demasiadas veces los últimos dos años. «En una de esas nos dejará para siempre», sentenció la vieja poco antes de que Coque saliera dando un portazo, mucho más dolido por la reticencia de su hija a la hora de besarle que por las palabras rencorosas de aquel fósil. Más de una vez se había preguntado si existían centros de formación en los que enseñaran cómo recuperar el cariño de una hija de doce años a un padre separado, pero volvió a desechar aquel pensamiento en cuanto recordó los días en los que regresar a su hogar significaba una sola palabra: miedo. Docenas de combinaciones que solo él sabía

lo que le consumieron por dentro. Hasta la fecha todo había quedado en reiterados intentos. Volver a casa tras la jornada laboral, revisar todas las estancias y no hallarla en ninguna de ellas, gritar su nombre, el nombre de una mujer suicida, y no recibir respuesta. Eso era miedo.

A su hija María la perdió el mismo día en que decidió abandonar a Marga. Coque fracasó en el intento de convivir con una suicida cargando sobre la espalda la responsabilidad de lo sucedido. Estuvo a las puertas de perderse en un camino sin retorno, de no saber quién era e incluso de querer imitar, con mayor éxito, la conducta tenaz de Marga. María era una niña de cuerpo escuálido, carcomida por los nervios y de mirada apagada. Una niña educada bajo el amparo de una abuela dominante, resentida y enemiga declarada de Coque. La vieja jamás digirió que su hija acabara con un policía de mala hostia con escasas habilidades sociales. Coque sabía que presentando ante su abogado un nuevo escrito y con los informes médicos de Marga, conseguiría sin problemas la guarda y custodia de su hija. Sin embargo, aquella sí era la más mortífera de las armas con las que terminar con su exmujer. Pero se trataba de Marga, su Marga. Y a ella no podía hacerle eso.

Nadia no daba crédito, todavía con el regusto de la cafeína en la boca, a lo acontecido durante la madrugada en la sala de autopsias.

—Seguro que tiene una explicación, no le des más vueltas. ¿Dónde está el Oliver científico?

—Aquí no, desde luego. Pero créeme si te digo que cayeron los tres cuerpos a la vez y que sentí una extraña presencia.

—Estarían mal apoyados. Tal vez Nacho estaría pensando en otra cosa cuando los recostó. Ese ayudante tuyo es un enfermo, solo tiene una cosa en la cabeza —dijo Nadia, trazando en el aire las curvas del cuerpo de una mujer.

Oliver prefirió omitir que la puerta de la sala de autopsias estaba cerrada. Al menos lo estuvo hasta que Nacho regresó de sus aventuras sexuales, de eso sí estaba seguro. Sumido en aquellos pensamientos, se quedó mirando la nada.

—¿No será... una recaída?

El forense negó rápido con un leve cabeceo.

—He rebajado el número de horas.

—¿Qué entiendes por rebajar? ¿Tres horas al día?

—Solo una. Bueno, a veces dos. Por fortuna mi compañero de piso colabora.

Nadia apartó la taza de café que mediaba entre ambos e inclinó el cuerpo hacia delante, buscando una suerte de confesión.

—¿Se puede saber qué le encuentras a estos juegos de rol *on line*?

—No lo sé —respondió el forense, encogiéndose de hombros.

—Deja de poner esa cara, que así no me gustas —advirtió la cardiocirujana

con voz melosa—. ¿Cómo me dijiste que os llamabais? Me hacen gracias esos nombres.

Oliver miró en derredor cómo si fuera a facilitarle una información de seguridad nacional.

—Él se llama Avenger. Yo, Delas. —Nadia no pudo evitar dejar escapar una sonora carcajada—. Por favor, Comaneci, ni se te ocurra decirle a nadie...

—No se preocupe, señor forense —contestó jocosa.

El buscador de personas de la cardiocirujana vibró una y otra vez, impertinente. «Antonio Carrascosa.»

—Te acompaño —dijo Oliver, incorporándose de la mesa.

Nadia le despeinó en un gesto cariñoso y le dio un abrazo.

Poco antes de llegar al ascensor, ambos se toparon de cara con Coque. Los dos compañeros de piso cruzaron las miradas y comprendieron que no era el momento para sustentar un enfado absurdo. Oliver conocía el único motivo por el que el inspector venía de visita a aquel lugar.

—¿Marga?

Coque asintió, abatido.

La cardiocirujana, incómoda, hizo el ademán de dejarlos solos.

—Ella es Nadia Blasi —les presentó Oliver con un gesto vago, señalando a la cirujana—. Y él es Coque Brox —añadió, aunque a punto estuvo de decir «Avenger».

Nadia esbozó una sonrisa floja.

—Tengo que marcharme —dijo señalando el buscapersonas que le colgaba de la cintura.

Oliver y Nadia se despidieron con un par de besos. Mientras ella se alejaba, los dos amigos se recrearon en los andares felinos de la doctora.

—¿Mentí en lo de bonita? —preguntó el forense, orgulloso.

—Exageraste —respondió Coque sin apartar la mirada del cuerpo de la cirujana.

—Lo que pasa es que estás acabado. ¿Te vienes a casa?

Coque consultó el reloj de pulsera. Recordó que en el despacho le esperaba un fax de Europol y una cita con el comisario a primera hora de la mañana. «Mejor ir algo descansado ante ese inútil», pensó. Por otra parte, Europol solía responder a las peticiones con semanas de retraso. Que leyera ese fax al día siguiente no iba a alterar la paz mundial.

—Avenger ha muerto —lanzó Coque como respuesta.

—Veamos que puede hacer Delas por él.

Capítulo 3

Sábado 7 de agosto

Nadia todavía no había decidido adónde irse de vacaciones. Disgustada con la inquina de aquel verano, empeñado en romper las estadísticas de calor, de buena gana habría visitado algún país gélido. Los días fríos y a ser posible soleados eran su devoción. Arturo era el único con quien había compartido esa atracción por el invierno y todo lo que ello suponía. Arrumacos, ropas cálidas y bebidas calientes que eran como caricias para la garganta. Se le estaba haciendo muy cuesta arriba no poder estar a su lado. Realizó un rápido sondeo con algunas de sus amigas, pero ninguna estaba libre en esa época del año. Claudicó en el intento de fuga de la ciudad y fue entonces cuando un pensamiento empezó a atosigarla. De no haber sido por los hechos acontecidos el día anterior, no habría regresado al hospital hasta haber agotado sus días libres. Pero Antonio Carrascosa era un paciente especial y a ella le carcomía la curiosidad.

—Vivía en miércoles, eternamente en miércoles, doctora —recordó Carrascosa ante el ceño fruncido de Nadia, que llevaba un buen rato de pie frente a su paciente—. No sé explicarlo, no creo que en nuestro lenguaje tengamos suficientes palabras para describir lo que he experimentado. Era como si me acabaran de dar el masaje más intenso de mi vida. Era todo tan agradable...

—¿Y qué lo hacía tan agradable, si puede saberse? —preguntó con los brazos cruzados, en esa postura entre altanera y respetuosa con la que solía interrogar a los pacientes antes de ser explorados.

Carrascosa tardó en contestar y su sonrisa franca se descompuso al escuchar la pregunta. Deslizó la mirada por toda la habitación constatando que la voz de la cirujana seguía en el mismo lugar.

—Era agradable sentir cómo abandonaba mi cuerpo y flotaba. Me había convertido en una especie de cámara volátil cuya perspectiva era de arriba abajo.

—Ya. Y supongo que después ha venido el túnel, con los recuerdos de toda una vida y una visita de su padre o madre, ¿o tal vez un angelito del cielo? —inventarió Nadia, descreída, con un mohín en la boca que rectificó al recordar la condición del paciente—. Antonio, ha sufrido usted una muerte cerebral durante

tres minutos. No está demostrado qué ocurre en nuestra cabeza en estos caso. Aún no tenemos máquinas capaces de detectar si hay vida o no durante ese tiempo, pero...

—Contésteme a una sola cosa, doctora —le interrumpió Carrascosa—. ¿He estado muerto o no?

—Vamos a ver, Antonio, hay un componente natural en el cerebro que actúa como la ketamina. ¿Sabe lo que es la ketamina?

Carrascosa negó con un movimiento de cabeza.

—Es una sustancia con propiedades analgésicas y anestésicas que provoca alucinaciones. Se utilizó en la guerra de Vietnam en soldados americanos, de modo que imagínese lo que ese componente natural puede crear en nuestro cerebro.

—Pero doctora, usted cree en la medicina, ¿verdad?

—Por supuesto.

—Tengo entendido que sus máquinas indicaban que mi actividad cerebral era nula, y que eso supone la muerte cerebral, ¿cierto? —Carrascosa hablaba seguro de sí mismo—. Entonces, ¿de dónde vienen mis recuerdos si el cerebro estaba inactivo? ¿Dónde se almacena la memoria, doctora?

Nadia cambió el peso del cuerpo sobre la otra pierna y se le escapó un suspiro tenue, de esos que no pasan inadvertidos a las personas como Antonio.

—Bueno... —empezó a decir.

—Doctora, yo no he visto ningún túnel, pero sí he visto algo.

—¿El qué, Antonio?

—A usted. A una mujer de ojos de color miel, delgada y con una gorra de cirujana con dibujos de delfines. Su bata era verde. Era como si todo lo contemplara desde ahí arriba —añadió señalando con un gesto de cabeza hacia el techo. Nadia tragó saliva y se quedó inmóvil—. No parece usted muy alta. Es poquita cosa, si me permite que se lo diga.

Nadia arqueó las cejas.

—No es usted el primero que me lo dice.

—¿De qué color tiene el pelo, doctora? El gorro de los delfines me privó de ese detalle.

—Melena rubia y rizada. Rebelde, según mi peluquera.

Carrascosa le regaló una sonrisa sincera.

—¿Sabe lo que más me ha impresionado? Verme las canas y lo gordo que estoy —dijo con una intensidad de voz que se fue apagando—. Me he convertido en un anciano, doctora.

Carrascosa permaneció callado durante un instante, el mismo en el que a Nadia se le aceleraba la respiración.

—No es esa la impresión que yo tengo de usted.

—Pero ¿no es todo increíble? —preguntó el paciente ante el tono neutro de Nadia.

—¿Qué más ha visto?

—A una de mis hermanas, doctora. Andaba atareada cuidando de su suegra y de sus nietos. Ella era la que me cogía de la mano y me repetía que vivía en miércoles. En miércoles, doctora —repetía Carrascosa como una letanía—. Ha sido hermoso.

—Antonio, ¿qué hay de hermoso en vivir eternamente en miércoles?

—Mi hermana me decía que todo está aquí. —Se golpeó el corazón con el puño cerrado—. Que la memoria se almacena en el corazón, doctora.

—¿Qué más, Antonio? —Nadia repitió la pregunta con cierto temor. Con sus manos trazó en el aire una secuencia de crestas frente a los ojos del paciente.

Antonio cazó al vuelo una de las manos de la cirujana y la abrigó con las suyas.

—No se esfuerce. Todo sigue igual.

Y a esa expresión le siguió una somera descripción de los utensilios que integraban el quirófano incluida su exacta ubicación. Hizo referencias precisas a los colores de cada uno de los gorros que llevaban los integrantes del equipo médico. Incluso se permitió bromear sobre los generosos pechos de una de las enfermeras y lo ajustada que le iba la bata que la cubría. Nadia atendió a la narración entreverando temor y fascinación.

La cardiocirujana abandonó la habitación confundida. La mente científica que gobernaba su existencia se desmoronaba ante los hechos. Imaginó una posible conversación con Arturo, quien además de haber sido su pareja era el jefe de Neurología. Camino de la sala de descanso sopesó los derroteros de esa charla. Él le diría que tras la muerte no hay nada. «Nacemos, los tontitos e inseguros se reproducen y todos nos morimos, nena, fin de la historia.»

La crítica a la paternidad era una especie de bandera que él no dudaba en ondear en todas las reuniones sociales. Una reivindicación a la que Nadia llegó a sumarse sin mucho afán, pero desde hacía un tiempo sentía que en lo más profundo de su ser una vocecita empezaba a no estar tan de acuerdo. La prepotencia de Arturo fue determinante para que ella no luchara por recuperar la relación. Sin duda alguna, Arturo acabaría burlándose de ella ante la mínima mención de un atisbo de trascendencia. Terminaría subestimándola una vez más. Afirmaría que «un cardiocirujano es un jugador de segunda división, que el cerebro era la verdadera Champions League de la medicina y que, por supuesto, no siguiera alejándose de la ciencia, que eso es propio de la gente vulgar». Nadia estaba convencida de que no cambiaría la opinión de Arturo aunque le contara

hechos concluyentes y tan irrefutables, como que Antonio Carrascosa era ciego desde hacía treinta años y que lo seguía siendo tras el baipás practicado.

Horas después, ya adormecida en el salón de su apartamento, sus ojos luchaban contra el cansancio y de tanto en tanto perdían algún asalto frente al televisor. Unas estanterías medio vacías dejaban entrever el hueco de algunos discos compactos y un par de fotografías cercenadas. En una de ellas aparecía Nadia, pletórica, intentando abrazar a quien ya no formaba parte de la instantánea, y en la otra, asiendo de la mano y feliz a esa misma ausencia. El mismo fondo de una playa de Cadaqués, vacía e invernal, servía de escenario para las dos imágenes. Sobre la mesa de centro del salón, forrada de piel seca de plátano, reposaba un bol con restos de leche y algún que otro copo de cereal. Arturo era quien cocinaba en casa y, tras la ruptura, entre otras cosas, Nadia recobró la misma silueta que lucía años atrás en la universidad. Decidió acostarse no sin antes enfadarse consigo misma viéndose incapaz de encontrar el mando de la caja tonta. Apartó cojines, revistas de la mesa, e incluso arrastró el sofá. Al cabo de dos intensos minutos de registro, más neurótico que minucioso, halló el chisme y consiguió apagar la caja tonta.

Había encarrilado el pasillo que la conducía hasta la habitación cuando recibió una llamada. Llegó a especular con la idea de que fuera Arturo. Era Oliver, con un tono serio y profesional. Uno de los cuerpos caídos de la mesa de necropsias era el de una mujer de cincuenta y cinco años. Su nombre era Consuelo Carrascosa, hermana de Antonio, y había fallecido a consecuencia de un derrame cerebral. El forense se adelantó a la pregunta de su interlocutora afirmando haber comprobado el momento de la muerte. «La misma hora en la que su hermano era intervenido de un baipás.»

La conversación no se extendió y, aquella noche, Nadia se acostó con una única pregunta en la cabeza: ¿dónde diablos había estado Antonio Carrascosa durante tres largos minutos?

Capítulo 4

Sábado 7 de agosto

Hacía mucho tiempo que no era el primero de la mañana en llegar a esa ratonera. La luz diurna no solo agravaba su enfermedad, también le irritaba. Pero la Superioridad quería verle y las cosas últimamente se estaban poniendo cada vez más feas. Al darle al interruptor y sufrir durante un minuto la intermitencia de un plafón renqueante, Coque se sobresaltó al comprobar la presencia de dos cucarachas tan lentas de reflejos como bien alimentadas, tanto que aquella mañana fue la última de sus miserables vidas. «Para matar no hacen falta grandes cualidades», pensó.

No había transcurrido un minuto cuando Hurtado asomó por la puerta con el gesto abatido de un adolescente que se siente incomprendido por la humanidad. En el caso de Hurtado iba camino de cumplir veinticinco años, pero a los ojos de Coque no había logrado superar la adolescencia.

—¡Buenos días, jefe!

—Serán para ti. Antes de sentarte limpia esa mierda del suelo —ordenó el inspector, indicando con la cabeza el lugar del crimen.

—Eso no es cosa mía, en todo caso de Charo —replicó Hurtado, aludiendo a la mujer de la limpieza con más trienios en Jefatura.

David Hurtado tenía un rostro agradable, una espalda curtida en la piscina, el pelo negro y despeinado, y solía ir ataviado con vaqueros de culo caído, además de una camiseta más propia de un rapero que de un policía, según reiterada y manifiesta opinión de Coque. Le gustase o no al inspector, el joven era la imagen corporativa de las nuevas generaciones.

Tras un silencio momentáneo, Coque volvió a la carga.

—Tu amigo el comisario me dijo que habíamos recibido un fax de Europol, ¿dónde está?

—En la carpeta de asuntos pendientes —contestó Hurtado, orgulloso. Al fin y al cabo, suyo era el nuevo sistema informático de archivo que había desplazado al anterior.

—¿Carpeta de asuntos pendientes? A ver si en ella encuentro la fecha en la

que darte boleto de este grupo, eso sí que es un asunto pendiente. Asuntos pendientes, dice... —repitió Coque con mofa—. Desde el momento en que entras en esta empresa ya tienes asuntos pendientes, los tuyos y lo que te han dejado.

—Aquí la tiene —replicó Hurtado, algo airado y dejando caer sobre la mesa del inspector la aludida carpeta.

Antes de empezar a leer, Coque señaló de nuevo hacia el par de cucarachas.

—Los bichos. Ya tardas.

Hurtado claudicó y se fue en busca de Charo, conteniendo la mala hostia que le producía compartir espacio y tiempo con aquel tipejo. Cuando juró el cargo como policía no se le destinó a patrullar por la ciudad ni a realizar funciones de seguridad estática en edificios policiales, tal y como les había sucedido a la mayoría de sus compañeros de promoción. Recién llegado a Barcelona y tras un sermón de cuarenta y cinco minutos a cargo del comisario, cuya palabra más pronunciada era «yo», fue adscrito al grupo de Desaparecidos. «Un grupo peculiar donde las tareas no son complejas», según palabras del propio Paco Palomares. «De hecho, la mayor complejidad se llama Coque Brox», le aclaró, y eso a pesar de que él mismo lo llamaba Gogle, por aquello de que solía encontrar todo lo que los demás buscaban. Todo excepto a su propio compañero.

La repentina desaparición de Palma olía mal desde el principio. Sobre todo según Valcárcel, jefe del grupo de Homicidios y enemigo acérrimo de Coque. Pese haber pasado ya más de quince veranos, Valcárcel jamás le perdonó que le pidiera el cambio de un servicio, excusándose en la enfermedad de un familiar, para acostarse con Marga, la que en ese tiempo era su chica. Pero nunca la culpó a ella. El dardo envenenado que guardaba en el bolsillo del rencor tenía como diana únicamente a Coque. A Valcárcel le producía ardores tener malas noticias sobre Marga, saber que la mujer de sus sueños se había convertido con el transcurso de los años en una mujer triste. En una potencial suicida. Por todo ello Valcárcel no podía ver a Coque Brox ni a su inseparable compañero, el Palmica, quien a juicio del primero «andaba metido en muchas mierdas». Y esa comidilla fue la que hizo que el comisario decidiera tener una sola vía de investigación llevada a cabo por el propio Valcárcel, y que convirtiera a Hurtado en una suerte de infiltrado en el grupo de Desaparecidos.

Acomodado en la ratonera, Coque abrió la carpeta de asuntos pendientes y lo primero que vio fue el fax de Europol. El documento contenía estampado el sello de «urgente» y llevaba adjunta la fotografía en primer plano de un hombro con un tatuaje. Se trataba de una esfera estrellada con doce puntas que albergaba un iris perfilado al detalle. No logró distinguir los matices cromáticos de la instantánea fotocopiada. Ni siquiera pudo constatar si la misma era en color o en

blanco y negro. Pero de una cosa estaba seguro, aquel tatuaje había habitado en la piel de Palma. En el apartado destinado al asunto que contenía el fax, pudo leer: «Operación Lola».

Cuando Palma desapareció, siguiendo las pautas del estricto protocolo establecido, Coque envió a todas las Jefaturas Superiores de la Policía información pormenorizada del desaparecido, así como fotografías de detalle. A tenor de su vasta experiencia estimó oportuno llevar a cabo la misma tarea respecto a la policía portuguesa y francesa. En una de las instantáneas, un Palma risueño y ataviado con una camiseta de tirantes presumía de tatuaje. En aquella fotografía no podía apreciarse con nitidez el dibujo que decoraba el hombro. Los policías franceses habían descubierto obvias semejanzas entre el difuso tatuaje que aparecía en la fotografía de Palma y el que ellos adjuntaban en un fax. Que el documento llevara el título de «Operación Lola» también tenía su explicación. Coque había tomado la precaución de darle a esa investigación un nombre distinto al oficial. De esa guisa, en lugar de «Operación Camps», apellido del sexagenario desaparecido que buscaban cuando todo ocurrió, decidió nombrarla «Operación Lola». Era una manera simple de evitar llamar la atención del resto de compañeros y sobre todo la del comisario, y más cuando doscientas personas compartían un mismo fax en aquel edificio solemne y mortecino que encaminaba sus últimos días.

Palma tenía una particular manera de hablar, con ese desparpajo que tienen los que nacen en un barrio marginado y se han tenido que buscar la vida a muy temprana edad. Gozaba de un singular don de gentes, gracias al cual conseguía ser el centro de atención tanto en una boda gitana como en una pedida de mano del Opus. Con esa misma desenvoltura y con un aire entre canalla y bondadoso se llevaba al huerto a cualquier mujer que se le pusiera por delante. En sus conversaciones con el género femenino siempre lograba arrancarles una sonrisa usando una expresión que ya se había convertido en una suerte de marca personal: «¿Qué pasa, Lola Flores?».

Aquellos recuerdos agradables se interrumpieron por el temblor de las manos al sujetar el documento fotocopiado. Según Europol-Francia, los gendarmes habían localizado, en las proximidades de una casa abandonada a escasos dos kilómetros de la localidad de Colliure, un cuerpo mutilado en el interior de unas bolsas de basura. A pesar de haber invertido tiempo y personal en ello, todavía no había hallado la cabeza. Los franceses facilitaban un teléfono y un correo electrónico, quedando a la espera del reconocimiento del tatuaje y, en su caso, de la posterior identificación del finado. Habían decidido tomar muestras de ADN para un posible cotejo.

Coque pasó de sentir frío al más intenso de los calores. Con la espalda

empapada de sudor asió el teléfono y marcó el número indicado en el fax. La ausencia de tono le recordó que no estaba autorizado para realizar llamadas internacionales. Se olvidaba, además, de que el único idioma que hablaba era el castellano. Maldijo a todo ser viviente y cuando pulsó el número de la centralita para que lo autorizaran escuchó un grito.

—¡Gugle, a mi despacho!

Paco Palomares estaba opositando con empeño para convertirse en su pesadilla. Aquel bajito regordete con cara de llevar estreñado treinta años todavía estaba de pie en su despacho cuando Coque accedió sin pedir permiso. El comisario tomó asiento después de colgar la americana, no sin cierta dificultad. Su antecesor sobrepasaba el metro ochenta y lo había diseñado todo a su medida. Coque habría sonreído ante la escena de no ser por el contenido del fax que acababa de leer. Hizo ademán de sentarse y enseguida comprobó cómo estaban las cosas.

—¿Te he dicho que te sientes? No, no te lo he dicho. —Coque permaneció de pie mordándose el labio inferior en lugar de morder la yugular de Paco Palomares. La imagen del rey y la bandera española a sus espaldas todavía menguaba más el cuerpo de aquel hombre—. ¿Cuántas veces te he dicho que te olvides de la Operación Camps? Sí, muchas veces. Entonces... —continuó el comisario, alargando la última sílaba al tiempo que buscaba un documento sobre la mesa—, ¿qué hostias significa este oficio judicial solicitando una mandamiento a Hacienda en relación a la Operación Camps? Pero, sobre todo, ¿qué coño significa que ese oficio esté firmado por el inspector Coque Brox por orden del jefe de la Brigada de Policía Judicial, o lo que es lo mismo, yo?

—Paco...

—Para ti jefe, cojones. No te lo recuerdo más —le advirtió elevando un dedo índice amenazante.

—No podemos olvidarnos de Palma.

—A ver, ¿qué parte de mi discurso no entiendes? —Toda su cabeza parecía una bombilla a punto de estallar—. Nadie se olvida de Palma, ya se está investigando por quien debe.

—¿Por el inútil de Valcárcel?

—Segundo punto de la reunión —prosiguió el comisario, mientras extraía un documento de entre la maraña de papeles y periódicos que cubrían la mesa de roble—. Vienes cuando quieres, y no me vengas con el rollo de que en la Judicial el horario es anárquico. Además, me han dicho que llevas más de ocho visitas a un médico. ¿Estás jodido de algo que debemos saber?

«Lo sabe. Este hijo de puta lo sabe», calló Coque.

—¿Me estás vigilando?

—¡Contéstame de una vez, cojones! ¿Estás enfermo?

—Me ponen enfermo ciertas personas.

Paco Palomares asintió, demudado por la tensión.

—Tal vez te dejes de juegos de palabras si te digo que el médico que visitas es un oftalmólogo. —El semblante del inspector sufrió una mutación—. Y que mis contactos han averiguado que eres daltónico de nacimiento pero que algún policía inepto o corrupto, incluso podría ser las dos cosas a la vez, en su día te dio el visto bueno para que entraras al Cuerpo. Sí, Coque, lo sé, eran otros tiempos, otros tiempos. —El comisario encendió un cigarro con una parsimonia estudiada—. Daltónico... Ahora entiendo el porqué de tu mal gusto por todo.

—Las bromas sobran.

—No te equivoques, Coque, yo no bromeo —le aclaró Paco Palomares con la seguridad de quien tiene la sartén por el mango—. Como te iba diciendo, tras hablar con mis contactos, todos ellos doctores, han concluido lo mismo. Un daltónico no visita un oftalmólogo con tanta frecuencia si no le ocurre algo más. Por otra parte, yo mismo les he contado que hace medio año, el fatídico día en que Palma desapareció, sufriste un traumatismo craneoencefálico. ¡Menuda hostia te dieron por la espalda, Coque! Con las que has soltado tú —exclamó fingiendo una preocupación inexistente—. Y resulta que todos han coincidido en el posible diagnóstico. Supongo que últimamente has escuchado tantas veces esa palabra que no seré yo quien la repita.

—¿Adónde quieres llegar?

—Dentro de quince meses nos vamos todos a la mierda por los Mossos, pero algunos se irán más a la mierda que otros, ¿sabes? Siéntate.

Coque desobedeció y continuó de pie, expectante.

—Como quieras. —El comisario dio una calada profunda al cigarro y jugó con el humo y con los nervios de su interlocutor—. Esta es la última vez que te inmiscuyes en la investigación de Palma. Si haces otra gilipollez de las tuyas, por pequeña que sea, te envío a un tribunal médico. Los tiempos cambian, Coque, y en esta ocasión no te salvará ni Dios. A tus cuarenta y cinco años, jubilado y expedientado. A mí me suena bien. ¿Qué me dices?

—No me gustan las amenazas.

—Ni antes bromeaba ni esto es una amenaza, Coque. Es una ilusión, mi ilusión. Y ahora a trabajar. No olvides que tienes muchos temas por cerrar. Que no digan los Mossos que han heredado casos por dejadez policial. —Paco Palomares dio carpetazo a la conversación mostrando una sonrisa exacerbada que descubría unos dientes castigados por el tabaco y un sarro incipiente decidido a conquistar las encías. Ignoró la presencia del inspector y empezó a leer la prensa retrepándose en la silla.

Coque se cruzó con Charo en uno de los pasillos de Jefatura. La mujer sostenía a un palmo del suelo una escoba y un recogedor. El inspector no podría decir de qué color era el pantalón o la bata con la que Charo iba ataviada. Pero sí distinguió en el recogedor los cadáveres de dos cucarachas. Le vino a la cabeza los budistas y la reencarnación. Algo le decía que en una vida anterior ese par de bichos seguramente habían sido un comisario de policía y un chivato.

Capítulo 5

Sábado 7 de agosto. Noche

La taberna de Rodri era uno de esos lugares cuya magia se intuía en cuanto uno franqueaba la puerta. Ubicado en el Eixample izquierdo de la ciudad y a escasos metros del Hospital Clínico, albergaba muchas leyendas entre sus paredes centenarias. Ni las vigas de madera naturales que atravesaban el techo, ni siquiera el pozo ubicado al fondo del local donde se lanzaban monedas a cambio de anhelos por venir, eran el verdadero reclamo. La esencia era Rodri, un hombre que rondaba los sesenta, carecía de apellidos y jamás hablaba de su pasado. A primera vista, debido a su complexión rolliza, la barba poblada y cana y esa mirada apaciguada que invitaba a la confesión, uno podía tener la sensación de hallarse frente a un pescador retirado o un poeta desahuciado por la sociedad. De él se sabía que era desprendido con los clientes y que el negocio pasaba a menudo por baches económicos. Por boca propia era «un viudo de hecho, que no de derecho». Lo que nadie sabía era que la mayoría de las noches, poco antes de retirarse a descansar en una suerte de altillo que integraba el local, bajaba la persiana metálica, lanzaba una mirada al pasado y se sorprendía frente al espejo al ver el rostro ajado de un tipo afligido.

La taberna tenía escasos cincuenta metros cuadrados. Varias mesas bajas traídas de la India con sus respectivos taburetes le daban al local un intencionado aire oriental. Sin embargo, las paredes cubiertas de fotografías de clientes en sus viajes, carteles de películas rodadas en Barcelona durante los años ochenta, y una estantería repleta de libros, la mayoría relacionados con el más allá, integraban un revoltijo difícil de encajar en un estilo que no fuera el del propio Rodri.

Llamaba la atención, de entre toda la amalgama de objetos decorativos, aquel al que solo accedían los clientes que elegía el propio tabernero. Se trataba de un libro cuyas cubiertas contenían doce círculos de un intenso cromatismo. Todos ellos integraban el *Farbstudie*, una de las obras más célebres de Wassily Kandinsky. La vida de ese pintor ruso cambió el día que descubrió en su estudio cómo una obra propia entornada era capaz de ofrecerle una belleza hasta el

momento ignota. Esa misma belleza terminaría siendo la que lo ayudó a superar el miedo establecido por sus antecesores a que el arte dejara de retratar la realidad, y en su caso hiciera uso de las matemáticas, e incluso de la física cuántica, para acercarse a lo inefable. Su obsesión por el significado de los colores, el hecho de plasmar un orden fractal de las cosas y, sobre todo, crear una suerte de mundo sinfónico con los pinceles, lo convirtieron en todo un revolucionario y, por tanto, en un incomprendido más de la época que le había tocado vivir.

Esos rasgos y el amor por las emociones que el ser humano silencia, que trata de enterrar bajo terrenos blandos que terminan hundiéndose y desvelando lo oculto, fue lo que cautivó a Rodri. Bajo aquella docena de mandalas que cubrían el libro confeccionado por el tabernero, y a modo de firma, rezaban las extrañas palabras «Teteyo Papa». El libro descansaba siempre en un extremo de la barra y su propietario le prestaba más atención que a la propia caja recaudatoria. Rodri andaba algo reñido con la tecnología, creía que el conjunto de esas páginas serviría para unir con más fuerza las relaciones entre algunos de los clientes. Una de las personas por las que tenía especial devoción era, sin duda, Nadia. A ella fue a quien le explicó, el día que inauguró el uso del libro, las normas que pretendía se siguiesen. «Me gustaría que os dejaseis notas breves, citas, emociones, un simple “te he echado de menos”, un “¿cuándo volverás?”. Ya sabes, Nadia, esas cosas que no solemos decir. Yo tengo una colección de ellas.»

Así fue como Nadia había escrito más de una nota para Arturo e incluso para Oliver. Notas sinceras que unían o justificaban esa copa antes de regresar a casa tras perder a un paciente, o tener que diseccionar el cuerpo de alguien por quien otro alguien lloraría. Notas que no se podían borrar con el desapego con el que se elimina un texto plasmado en un dispositivo electrónico. En su primera noche de vacaciones, Nadia no buscaba una nota ni mucho menos tenía intención de escribirla. Hacía mucho tiempo que le rondaba por la cabeza que la atracción que sentía Rodri por el más allá era demasiado profunda para ser un simple pasatiempo. El tabernero era un hombre afable aunque taciturno. Y a Nadia le apasionaba leer las miradas tanto como desatascar arterias.

—Una vez me hablaste de una experiencia cercana a la muerte de un amigo tuyo.

Rodri la escrutó con la mirada, en silencio. Le preparó un gin-tonic, dio la vuelta al vinilo que se encalló al llegar a su fin y depositó la aguja sobre la otra cara.

—El segundo tema de la cara B es «When I'm sixty four». Una joya de los Beatles, sin duda su mejor disco —explicó Rodri, dejando el gin-tonic que Nadia no había pedido. No le hacía falta hacerlo.

—Ya veo. No quieres hablar del tema.

Rodri suspiró profundamente.

—E-C-M —pronunció el tabernero con lentitud, recreándose en cada una de las siglas.

—Experiencia cercana a la muerte —aseveró Nadia.

Rodri clavó una mirada pavorosa en la de Nadia, la misma que lanzaría un trapecista a la red antes de saltar.

—No veo en tus ojos rastro alguno de ECM. Y no creo que sean temas para hablarlos en tercera persona.

—Pues yo sé de uno que sí lo hace. Aunque tal vez fue un amigo y no tú el que compró todos esos libros que tienes ahí, ¿verdad? —replicó Nadia, señalando hacia la estantería del local con la mano que sostenía el vaso.

Rodri se deslizó por el interior de la barra con una agilidad impropia de su edad. Alcanzó el extremo opuesto y fingió atender a un cliente que ni siquiera había movido un dedo. Nadia destapó una mueca de decepción. Desistió en su empeño de aclarar el tema y comprobó en el libro de Rodri que no habían mensajes para ella. La experiencia que el paciente Antonio Carrascosa había sufrido ante sus propios ojos seguía siendo un enigma, pero estaba dispuesta a cualquier cosa para que dejara de serlo.

Capítulo 6

Jueves 12 de agosto

Coque consumió los primeros días de agosto entre discusiones con el comisario, intentos fallidos de mantener una relación normal con su hija, la búsqueda de una pista que lo acercara hasta el paradero de Palma, y conversaciones aciagas en las que Marga parecía tocar fondo de manera definitiva.

La tarde cayó sobre los tejados de la ciudad. Parecía que el bochorno se iba evaporando, dejando que una agradable brisa marina penetrara por las Ramblas y todos sus transeúntes ralentizaran el paso para disfrutar del momento. Él era uno de ellos y, aunque habría preferido disfrutar de un café en la calle Comtal, resolvió acercarse hasta Jefatura. Desde el control de acceso, una voz le saludó con marcialidad. No estaba con ánimos para cortesías y ademanes mecánicos que no le decían nada, por lo que ni siquiera se volvió para ver quién era.

En su despacho cada vez había más expedientes por investigar. En un extremo del monitor descubrió la misma nota de días anteriores: «Sin respuesta de Europol sobre Operación Lola. Hurtado». «Ninguna noticia sobre el tatuaje de Palma», tradujo. Coque había informado a los distintos servicios internacionales de cooperación policial sobre la posibilidad de que ese tatuaje perteneciera a un español desaparecido. Prefirió omitir, por el momento, la filiación de Palma, ya que ese dato podría hacer que otros estamentos policiales intervinieran y se averiguara que estaba directamente implicado en la investigación, aunque el verdadero motivo no era otro que el de negarse a creer que se trataba del brazo descuartizado de su compañero. «No es un tatuaje tan raro», se dijo pese a sentir en la boca del estómago que se estaba mintiendo. La única novedad la reveló al despegar la nota y percibir que en su reverso continuaba el mensaje de Hurtado: «Han llamado del locutorio Bagdad».

Jalil tenía cincuenta años y era el intérprete de árabe de la Jefatura. Un tipo de ambigua sexualidad que conseguía arrancar sonrisas incluso al ácido de Coque. Como intérprete era bueno, pero como intérprete de la policía todavía era

mejor. No eran pocas las veces que Jalil había esclarecido él solo alguna investigación. Que en Jefatura el mal común era la escasez de personal no era ningún secreto. Pero sí era uno de los principales motivos por el que más de un jefe de grupo depositaba en Jalil toda la confianza para que escuchara los teléfonos judicialmente intervenidos. No importaba que sus titulares fueran árabes o españoles. De esta manera todos ganaban. Los policías invertían su tiempo en la calle en lugar de cerrarse en el cuarto de escuchas, la segunda ratonera más pequeña por detrás del despacho de Coque, y Jalil facturaba más horas como intérprete.

La fusión cultural que albergaba aquel cuerpo de escasa estatura y de apariencia esquelética, no pasaba inadvertida para nadie. Ataviado siempre de negro incluso en pleno mes de agosto y con el pelo cano re peinado hacia atrás, como un bróker ido a menos, conocía con detalle las entrañas de la ciudad. Desde el día que le ofrecieron ese trabajo, supo que no le bastaría con traducir textos, asistir a los detenidos árabes en sus declaraciones en dependencias policiales o en transcribir y traducir conversaciones. Jalil era capaz de identificar y hasta aportar el domicilio del propietario de la voz que llamara al teléfono intervenido objeto de la investigación. Su vida transcurría en los bares del inframundo, en los locutorios clandestinos, en saunas que coleccionaban vicios y en las esquinas más conflictivas. En definitiva, y como él acostumbraba a decir, «yo siempre estoy en el *fregao*, jefe». Porque así era como Jalil llamaba a Coque.

Al intérprete uno se lo ganaba tratándole como un policía más. Le apasionaba el trabajo policial y se sabía capaz de llevar a cabo investigaciones que algunos de los policías no atinaban a empezar. Coque y Palma habían formado hasta entonces un binomio inseparable. Eficaces y por ello odiados por muchos de los compañeros, Jalil lo tenía claro. «La envidia corroe a los españoles.» Y aunque los dos policías recelaban de que a Jalil le gustara tanto la carne como el pescado, como si eso realmente le importara a alguien y más en estos tiempos, siempre lo trataron como a un compañero y con eso ya tenía bastante. La tragedia personal vivida por Coque y la repentina desaparición de Palma convertían a ese taciturno inspector de policía en el objeto de todas sus atenciones.

—¿Qué pasa, jefe? —preguntó Jalil, asomándose por el despacho.

—¡Coño, ahora mismo pensaba en ti! —exclamó Coque, todavía con la nota de Hurtado entre los dedos—. Pero no te hagas ilusiones —le advirtió ante la mueca lasciva de los labios de Jalil—. ¿Estás ocupado?

—Me han llamado de Homicidios, tu amigo Valcárcel. Tienen cinco teléfonos pinchados con el tema de Palma, pero no se comen una mierda.

—Pues si te pregunta dónde te metes, le dices a ese payaso que es Hurtado quien te reclama. —Coque exhibió una sonrisa fugaz.

Salieron del edificio con decisión y se dirigieron al aparcamiento de coches oficiales. Desde luego, Coque no podía ponerse al volante, ni mucho menos permitir que nadie supiera por qué. Hasta hacía bien poco, Palma era, además de su fiel compañero, su conductor. Decir que las cosas habían cambiado era decir muy poco. En realidad, no había nada que no hubiese empeorado en todos los ámbitos de su vida. Pero el problema más acuciante residía en sus ojos. Según los médicos, el problema estaba en la corteza cerebral secundaria, aunque para Coque el diagnóstico era algo más sencillo: un par de iris jodidos incapaces de ver las cosas como los demás. Ya no se trataba de confundir el rojo y el verde. Su daltonismo había mutado en algo bastante peor y ahora tenía que conformarse con ver el mundo en una homogénea escala de grises.

Si después de la desgracia vivida dos años atrás jamás volvió a ser el mismo, desde la desaparición de Palma tampoco lo fue su visión. Necesitaba contárselo a alguien del entorno laboral y con Jalil se podía confiar. El comisario le pisaba los talones y esperaba al acecho cualquier error. Un simple accidente de tráfico le condenaría a un tribunal médico. Sin embargo, no podía permitirse el lujo de no ir a visitar al Argelino con un coche policial. Quién sabe si engrilletarlo en la parte trasera del vehículo lo ayudaría a recordar toda la información que seguramente no estaba dispuesto a facilitar. En cuanto Coque recibió el fax de Europol con la imagen del brazo mutilado, decidió lanzar un único mensaje a toda su artillería de confidentes: «¿Quién tatuó al Palmica?». La primera de las respuestas no se hizo esperar.

El Argelino regentaba el locutorio Bagdad ubicado en el número 366 de la Gran Vía. Coque era un tipo parco en palabras y en gestos, aunque justo a su modo. En otros tiempos, gracias al Argelino, se hartó de detener a todos los marroquíes de la ciudad amigos de lo ajeno. El inspector le devolvió el favor soltando algún que otro guantazo por las calles y dando una clara instrucción: «Al Argelino ni tocarlo». Sin embargo, con los años el Argelino dejó de ser el confidente eficaz que había sido y Coque hizo lo propio como protector. Los últimos mensajes que le llegaban sobre las actividades ilícitas del locutorio, como era servir de despachos virtuales para estafadores de poca monta, hicieron que se alejara de aquel hombre de cara maltratada por cicatrices sospechosas. El mes de agosto prometía ser un mes de emociones y esa llamada impuntual del Argelino merecía tenerse en cuenta.

—¿Adónde vamos? —quiso saber Jalil frente al primer semáforo bermellón con el que se toparon.

—Locutorio Bagdad —informó Coque, consciente de que Jalil no precisaba

de más datos.

—¿Y por qué cojones tengo que *condusir* yo, jefe?

—¿Si te digo que tengo acromatopsia dejarás de hacerme preguntas?

—¿Y eso qué coño es?

—¿No eres intérprete?

—Pues la verdad es que lo interpreto como algo chungo, jefe.

—Veo esta mierda de mundo en blanco y negro.

El silencio reinó durante casi un minuto. Las aceras de la ciudad empezaban a dejarse invadir por ancianos y madres con los carros de sus bebés. La ausencia del sol invitaba al paseo de los más frágiles, a las confesiones de los malparados.

—¡Hostias, jefe!

—Ni una palabra, Jalil —le advirtió Coque con la voz rota.

Presionó el botón que bajaba el cristal de su ventanilla y cerró los ojos, dejándose acariciar por un viento cálido, pegajoso e inquietante.

Capítulo 7

Jueves 12 de agosto. Noche

Pocos meses antes de que la vida corneara a Coque, el forense estuvo a escasos centímetros de cruzar la línea de lo que los psicólogos llaman agorafobia, ese lugar de la psique donde el miedo al mundo real exterior resulta ser tan aterrador que adentrarse en las normas de un mundo digital se convirtió en el único placer que la vida podía proporcionarle. Para aquel entonces Oliver agradecía la parte de ser forense en la que únicamente tenía que hablar con su ayudante. La compañía de los cadáveres le reconfortaba. Atender a los vivos en el juzgado, a los detenidos y a sus mentiras era todo un suplicio. El silencio de la sala de autopsias y la inclasificable compañía de Nacho se convirtieron en aquel espacio neutral donde no echaba de menos la pantalla del ordenador.

Era tal la fijación de Oliver por los juegos de rol *on line* que solo un acontecimiento impactante como forense fue capaz de hacerlo regresar a la vida real. Dos años atrás una camilla irrumpió en su santuario transportando el cuerpo de un niño. Aquel ser todavía en construcción presentaba una herida invisible pero mortífera. «Un accidente», informó Nacho. En la planta superior del edificio la presencia de una familia destrozada se empeñaba en elegir a un único culpable. El aporreo de unos nudillos a través de la puerta de la sala de autopsias llamó la atención del forense. Por la cabeza de Oliver solo cabían dos posibilidades. Una, que se tratara del vigilante de seguridad. Dos, que fuera una persona habilitada para poder estar allí. Acertó con la segunda. El rostro desencajado y casi irreconocible de aquel asiduo al lugar había mutado su habitual temple y seguridad por un cuerpo trémulo. «Necesito saber que lo vas a cuidar.» El forense asintió y supo que aquella no iba a ser una muerte más.

Meses después ese hombre amputado de emociones irrumpió de nuevo en su vida. Compartieron un café en las proximidades del hospital y fue testigo de cómo aquel condenado a cadena perpetua por la vida y sus seres queridos exhibió un atisbo de querer seguir viviendo. Oliver recibió una propuesta que encubría tras de sí un grito de auxilio. Apenas se conocían de anteriores casos en los que un desaparecido dejaba de serlo, pero algo en su interior le decía que tal

vez pudieran ayudarse. Desde entonces compartían un piso reformado de la calle Margarit con dos habitaciones, un salón con cocina americana, un baño diminuto y muchas noches de insomnio en las que el *World of Warcraft* los acogía bajo los avatares de Delas y Avenger.

Aquel asfixiante agosto era un mes de sorpresas. Parecía que el mundo no quería irse de vacaciones. De hecho, los creativos del juego anunciaron que en un par de semanas estrenarían una nueva extensión. El anuncio creó expectación en Delas. Al ser el propietario de la milenaria copa de oro le premiaron con ser uno de los diez jugadores de todo el mundo capaz de modificar algunas normas del juego. Desde aquel día, Delas decidió hacer posible que un avatar de la Alianza pudiera coincidir en tiempo y espacio con un avatar de la Horda. Sabía que esa era la última oportunidad para mantener a Avenger en el juego.

El día había llegado y Oliver tomó asiento en su cómodo sillón, testigo principal de las horas invertidas en aquel mundo virtual. Se retrepó en el mismo con gesto de satisfacción y tuvo de pronto una ocurrencia. Se incorporó de un salto y se dirigió a la habitación de su compañero de piso con la misma ilusión con la que un niño se acerca hasta el dormitorio de sus padres en la mañana de Reyes. Cruzó el oscuro y largo pasillo y dejó a su espalda el resplandor que emitía el monitor. Giró el pomo de la puerta, tras advertir de su presencia, y se adentró en la habitación. Siempre olía a la misma loción de afeitado. Más exaltado de lo que debía, pulsó el interruptor de la luz olvidando por un instante que ese gesto era uno de los que más repudiaba Coque.

—¡Avenger y Delas podrán compartir lo que quieran! —gritó.

Al momento descubrió una cama vacía y sin hacer. Sobre la mesita de noche una foto le robó de nuevo la atención. Un niño de cuatro años exhibía una mirada vivaz y con su mano asía la de Coque. De regreso a su cuarto, con la cabeza gacha y pesaroso por no poder compartir la noticia del día, pronunció con rabia el único título que se le antojaba para aquella fotografía: «Putá vida».

Capítulo 8

Viernes 13 de agosto

Coque amaneció ataviado con el mismo atuendo que el día anterior, la boca pastosa y con la sensación de tener la cabeza aplastada por un yunque. Abrió los ojos lentamente, temeroso de que la luz de la mañana le cegara. La primera imagen que atisbó fue la de un comedor recargado con motivos árabes. Desde su posición horizontal todo le parecía extraño. Se alzó con movimientos pesados y al reparar en una mesa de té y un par de tazas morunas supo dónde se encontraba. Le llevó un tiempo recordar cómo había llegado hasta allí.

La tarde anterior había logrado salir del locutorio del Argelino con una nota en el bolsillo: «Paula la colombiana. Calle Londres 21, 1º 1ª».

Según el Argelino, fue ella quien había tatuado a Palma. Cuando Coque quiso averiguar qué pintaba la colombiana con su compañero, Jalil tradujo en boca del propietario del locutorio que era de mala educación responder a un favor con más preguntas. Coque contestó al Argelino soltándole un guantazo a mano abierta contra la mejilla que más cicatrices tenía, dándole a entender en su idioma particular que no responder a las preguntas de un policía cabreado sí era de mala educación. Jalil ni se inmutó. Aquel gesto atávico del inspector ayudó a que el Argelino soltara que un camello amigo de Palma, llamado Tronco, tenía sus negocios con la colombiana. «Entonces fue el Tronco quien le presentó la puta al poli», supuso. Coque se interesó de manera pacífica por saber qué relación tenía el Argelino con el Tronco. «Coca buena y barata, jefe. Y me pasaba algún que otro *chochete de confiansa*», había respondido el Argelino con media cara ruborizada y un intento de sonrisa.

De regreso a la Jefatura, Jalil se encargó de romper el silencio.

—¡Pero qué hostia le has dado, jefe! —exclamó con una extraña mueca contenida que acabó en un estallido de risas por ambas partes. Una vez recuperaron la compostura, Coque sintió la necesidad de justificarse.

—Sé que te va a doler, y tú eres la excepción, pero desde el 11-M no puedo con vosotros.

Jalil nunca había pretendido buscar argumentos para defender lo que no era

defendible. En muchas ocasiones tuvo que soportar el odio de un país que un jueves de marzo de aquel mismo año había sido herido de muerte. Ciento noventa y un almas se apagaron para siempre en las entrañas de unos vagones repletos de trabajadores y de personas en construcción. Una atrocidad incomprensible para una mente sana. Invasado por ese batiburrillo de recuerdos que jamás iba a poder enterrar, dio un giro brusco al volante y propuso al inspector compartir unas cervezas en el nombre de Alá. Con un gesto veloz extrajo de debajo del asiento una sirena con base imantada y la dejó caer sobre el techo del vehículo. Coque constató que no estaba por la labor de recriminarle nada y decidió prolongar su fantasía. Llegaron al lugar en menos de cinco minutos. En cuanto estacionó el vehículo policial camuflado en las cercanías del Hospital Clínico, tiró del freno de mano y se abalanzó sobre Coque como gesto de gratitud. El inspector se deshizo con rudeza, más por la incomodidad que sentía en aquella zona de la ciudad que por el gesto inofensivo de Jalil.

Con paso decidido cruzaron la puerta de «la mejor taberna de Barcelona», según Jalil, en lo que a tirar cerveza se refería. La noche transcurrió rememorando anécdotas de Palma y la explicación que Rodri, el propietario del garito, le daba al inspector sobre el libro que él mismo había creado para que sus clientes y amigos se dejaran mensajes. A la tercera cerveza Coque recordó que aquel lugar era el sitio del que le había hablado Oliver en alguna ocasión. «Palma también era cliente habitual», llegó a confesarle Rodri en una ronda que pagaba la casa. A Coque se le ocurrió que podría echar un vistazo a ese libro, no fuera a ser que su compañero hubiese dejado alguna nota de interés. Pero Jalil advirtió, inmune ante los efectos de la Guinness, que el cansancio invadía el rostro de Rodri.

—Es hora de irse de putas, de putos o a dormir —propuso Jalil.

—Nunca pago por meterla —replicó Coque, orgulloso.

—Ven a casa. Tengo un buen sofá cama, jefe.

—Te quiero a dos metros de distancia —convino Coque, alzando un dedo amenazador.

—Me gustan más jovencitos.

—Palmica tenía razón. Eres un pedazo de bujarrón, Jalil.

—Es que a mí me gusta meterla, jefe, qué más da dónde.

En ese justo instante, a Coque lo invadió la tristeza. A esas horas y cargado de alcohol extrañaba la piel de Marga.

Jalil interpretó aquel gesto melancólico como el de alguien que se sentía solo.

Esa misma soledad no se había evaporado al día siguiente cuando el sol se coló de manera discreta por la estancia de aquel comedor abigarrado. La luz que

traslucía el polvo permitió a Coque descifrar los objetos que le rodeaban. Un espejo de hierro forjado colgado de una pared, una alfombra de cuyos motivos apenas se distinguían tres matices de grises, unos cojines árabes abandonados por todo el piso, un biombo de madera de mango, según le había indicado Jalil, heredado de su padre, y sobre una mesa de centro distinguió una cachimba con dos bocas de la que recordaba vagamente la cercanía de sus labios horas antes. Los ronquidos que Jalil emitía desde la habitación no invitaban a permanecer más tiempo en el sofá. Se dirigió al baño y se aseó. Lamentó no hallar en ese picadero una pastilla que rebajara la persistente migraña. Decidió que la única solución para combatirla era salir de allí.

La calle olía a vinagre, a pan recién hecho y asfalto mojado, el perfume habitual de las mañanas en el casco antiguo de la ciudad. Por un instante pensó que Palma consumía esa sensación a diario. Despertarse en casa ajena, transcurrir por un barrio conocido y disfrutar de una extraña aunque agradable sensación de libertad.

Resolvió ir hasta la Jefatura, recopilar toda la información que tenía y poner orden a la prohibida investigación. Se negaba a creer que el brazo descuartizado de Palma esperaba en una morgue de Francia. Tener ese pensamiento le martirizaba. Necesitaba clasificar todos los detalles que constituían la vida privada de Palma. Lo había repasado todo, pero algo se le escapaba. Los encuentros pasionales con Isa, la gitana bailaora de diecinueve años que se había desvivido por él, la colombiana de pechos diminutos cuyas caderas le hacían perder el sentido y con ello justificaba sus dilaciones profesionales, o el marroquí musculado que lo buscaba por todas partes para recordarle que su hermana, presa en Wad-Ras, había sido deshonrada en un triste *vis a vis* por un madero. La vida caótica de Palma no ayudaba a seguir una pista certera que explicara su desaparición. Sabía que en algún rincón de la memoria hallaría el inicio de la resolución del enigma. Pero el lugar en el que mejor trabajaba la memoria era en una ratonera de doce metros cuadrados sin ventana alguna que extrañar. Se preguntaba qué necesidad tenía de ver pasar la vida cuando esta tiene el color de la mierda.

Nadia despertó en su piso con la idea de pasar unos días en un balneario. Navegó por Internet, descartando lugares en los que había estado con Arturo y, tras claudicar ante las condiciones que le proponían, terminó decantándose por unas termas ubicadas a cien kilómetros de la ciudad. Era agosto y no tuvo más remedio que aceptar la única habitación doble que disponían junto a la oferta inigualable que, según la telefonista, consistía en pensión completa durante un único día, con cena romántica y circuito acuático.

En cuanto se adentró aquel mismo día en las entrañas de las termas, todavía se sintió más sola. Ni siquiera el masaje «Placer Oceánico» logró convencerla para quedarse en aquel lugar el tiempo que había previsto. Las manos de la chica eran pequeñas aunque, en honor a la verdad, fuertes. Sin embargo, la cardiocirujana acumuló una decepción más al haber fantaseado minutos antes con la presencia de un masajista atrevido y desvergonzado que la convenciera de prolongar su estancia en el hotel. Nadia era consciente de que en aquellos lugares hay quien espera, entre otras cosas, reencontrarse consigo mismo. «Pobre de aquel que pretenda hallar su brújula interior en un balneario», pensó. Si alguna cosa no quería era el hecho de tener más tiempo para la reflexión. Los días siguientes a la ruptura con Arturo habían terminado con un importante desgaste de energía. Aquel agosto deseaba ser una mujer básica, primitiva. Bajo el chorro de una cascada elegida para destensar el trapecio, reconoció estar atrapada por un enigma. La mayor preocupación de todos los tiempos desde que el hombre existe: ¿qué hay tras la muerte? Era una pregunta que los de su gremio obviaban o bien respondían con un contundente «nada», pero para ella había tomado un distinto cariz tras la experiencia narrada por el paciente Antonio Carrascosa.

Nadia rechazó algunos de los servicios del balneario que tenía contratados y regresó a Barcelona diez horas después de haberla abandonado. Localizó el teléfono móvil del bolso y, dejándose caer sobre la *chaise longue* que ocupaba todo el salón, llamó a Arturo. Era cardiocirujana, pero no atinaba a comprender por qué en ese instante las pulsaciones se le acababan de disparar.

La conversación con Arturo pasó por distintos niveles. Un arranque frío donde el neurocirujano mostró cierto estado de sorpresa. Otro momento en el que Arturo fue ganando seguridad al comprobar que a Nadia le irritaba el inminente viaje a Las Vegas que iba a realizar acompañado de otros dos cuarentones redomados. Y al final, una suerte de tregua en la que todo acabó enfocado al favor que ella le estaba pidiendo. Arturo terminó por facilitarle el teléfono de Emilio Buendía, el mejor cardiocirujano del país y experto en energía celular.

—Llámalo en cinco minutos —le sugirió Arturo—. Ahora mismo le mando un mensaje para informarle de tu llamada. Si hay alguien capaz de convencerte con argumentos científicos de que tras la muerte no hay nada, ese es Emilio —afirmó con el tono altivo que le caracterizaba y que ella tanto repudiaba—. Estaba pensando que tal vez Las Vegas no sea mi principal prioridad...

—Pásalo bien, Arturo.

El neurocirujano se despidió con la voz quebrada y Nadia pulsó la tecla roja. Lanzó el móvil contra el sofá y tuvo la sensación de haber cometido el mayor

error de su vida. Sin embargo, aquel «tal vez» pronunciado por Arturo ratificaba una vez más sus sentimientos. Siempre la había querido con un «tal vez».

Perdió la cuenta del tiempo que había transcurrido tumbada en el sofá dándole vueltas al porqué de sus emociones. Decidió detener la actividad neuronal en lo que a Arturo se refería, y tras recuperar el móvil hizo la llamada.

—Mmm... —profirió Emilio Buendía tras escuchar la explicación que Nadia le había dado sobre el paciente Antonio Carrascosa.

—Su ceguera es la prueba —insistió Nadia ante el silencio de quien decían era una inminencia. «Todos los genios son raros», pensó.

—Querida, cuando hablamos de experiencias cercanas a la muerte el valor de la prueba se desvirtúa. Para los materialistas no hay nada tras la muerte, todo termina aquí. Y te estarás preguntando si soy uno de ellos, ¿cierto?

—Arturo ya me ha advertido de sus ideas.

—¡Arturo hace seis años que no se digna a venir a verme! Se limita a enviarme tristes mensajes de texto. Ya no sabe ni quién soy. Las células que integraban mi cuerpo la última vez que me vio ya se han muerto todas. Soy un ser nuevo, celularmente hablando. ¡Qué sabrá Arturo de mi opinión! —lamentó el médico, malhumorado—. Tengo setenta y cuatro años, querida. Estoy más allá que aquí. No sé si te va a parecer poco científico o quizá sea una especie de refugio para mi alma, pero te voy a contar una cosa. ¿Tienes prisa?

—Estoy de vacaciones, don Emilio.

—Verás, querida. Hace un par de años un equipo de neurólogos suecos tuvieron la desgracia, convertida en oportunidad, de tener que operar de un aneurisma cerebral a uno de sus compañeros. El neurólogo y paciente, llamémoslo Johansson, estuvo muerto en la sala de operaciones durante más de dos minutos. Todos los aparatos de medición del momento, que a día de hoy siguen siendo los mismos, indicaban muerte cerebral, inactividad absoluta. Sin embargo, Johansson regresó a la vida gracias a la lucha persistente de sus compañeros o vete a saber qué. Lo cierto es que al recuperar la conciencia tuvo una charla privada con su mejor amigo, otro neurólogo llamado... ¡Maldita memoria! Llamémoslo Larson. Fue entonces cuando Johansson le contó a Larson, y de manera precisa, partes de la conversación que el equipo de neurocirujanos había mantenido cuando él estaba muerto, así como la descripción detallada de toda la operación. ¿Te suena la historia, querida? —preguntó don Emilio.

—Mucho.

—Después de lo sucedido, Larson realizó un estudio donde concluyó que las experiencias cercanas a la muerte no pueden explicarse como alucinaciones. Al

final aventuró que la mente y la conciencia, por alguna razón que aún desconocemos, pueden seguir activas después de que el cerebro deje de funcionar. Para Larson el cerebro podría ser el receptor de la conciencia, como si fuera una antena, y no el creador, como hasta ahora se pensaba.

—Creo que no acabo de entenderle.

—A ver si te lo puedo explicar de modo que lo entiendas. Es como si nuestro cerebro fuera un acceso directo de Windows a través del cual llegamos a nuestra memoria. El cerebro no sería la carpeta de nuestro escritorio en la que está alojada la información, sino ese acceso directo en el que al pincharlo accedemos a ella y, por tanto, a los recuerdos. Sin embargo, si el cerebro ha muerto, si no hay actividad cerebral, ¿cómo pudo tu paciente recordar lo ocurrido y además siendo ciego?

Nadia no supo qué responder.

—La única explicación que veo —prosiguió don Emilio— es o bien que nuestros medidores no son los adecuados, sería presuntuoso creer lo contrario, o que la memoria reside en otro lugar. Para mí ese lugar, tal y como sostenía Larson, y ya se lo puedes decir a Arturo, se llama «alma». Y esa no muere.

La cardiocirujana percibió que la conversación llegaba a su fin. Estaba claro que don Emilio no quería aportar más datos. No fue una charla entre científicos tal y como esperaba. Más bien se trató de una opinión vertida por una mente privilegiada, que lejos de abrumar con explicaciones difíciles de entender acababa de abrirle un mundo de posibilidades. Nadia no escatimó en agradecimientos y reiteró la promesa de recordarle a Arturo las visitas pendientes que tenía con él. Por su parte, don Emilio se ofreció a brindarle una última reflexión.

—Una vez leí un texto jesuita que venía a decir que intentar comprender la otra vida es como para el renacuajo intentar entender a la rana.

Nadia se despidió con un afable «cúidese don Emilio» tras comprobar que, para un hombre de ciencia como era él, los seres humanos no eran más que renacuajos.

Capítulo 9

Sábado 14 de agosto

Aquel viernes no pudo empezar peor. El comisario puso todo su empeño en joderle el día y lo consiguió. Los policías alumnos recién llegados de la academia de Ávila recibían la visita del jefe de personal a fin de darles un destino provisorio, mostrarles las dependencias centenarias y soportar las habituales arengas. Coque tuvo que atender a los *pepinillos* de Ávila y acompañarlos hasta la Delegación del Gobierno para realizar las preceptivas fotos con el delegado, esa instantánea anual en la que los novatos forzaban una sonrisa ante la cámara y, ya de paso, hacían creer al ciudadano que la plantilla crecía. Coque se preguntaba en qué rotativo publicarían la fotografía de los compañeros jubilados que causaban baja anualmente y que solían superar en número al de las nuevas incorporaciones. El comisario sabía bien qué cosas le repateaban al inspector. Tener que uniformarse y aguantar el paripé con los políticos de turno era el lógico castigo que se le imponía por sus continuos desplantes. En resumen: un día perdido.

El sábado Coque madrugó en medio de un calor abrasador con el propósito de obtener de su despacho la paz que le habían arrebatado el día anterior. La acromatopsia le dificultaba desplazarse durante las horas diurnas, pero estar en casa encerrado era mucho peor que el parpadeo intermitente de los ojos. Llevaba un minuto sentado cuando extrajo del bolsillo interior de la americana un pequeño bloc negro, y de entre sus hojas apartó la nota con la información que le había proporcionado el Argelino del locutorio: «Paula la colombiana. Calle Londres 21, 1^o1^a».

«La calle Londres queda algo lejos, pero para eso hay autobuses», pensó mientras sus dedos jugueteaban con la nota de papel. «Jamás el metro, siempre hay tiempo para estar bajo tierra.»

Con el transcurso de los años aprendió que las calles de la ciudad hablaban por sí solas cuando asomaban en los expedientes policiales. «El lugar de los hechos siempre termina soltando prenda.» La calle Londres lindaba con la zona alta y daba cobijo tanto a abogados con despachos de diseño como a prostitutas

encubiertas por un halo de señorío. Al pulsar el timbre del piso anotado, un zumbido semejante a un taladro dental se coló por el interfono. Aquel dato lo desconcertó a pesar de la voz aterciopelada que le preguntó qué deseaba. Esa musicalidad excesivamente cariñosa lo llevó a descartar la posibilidad de que se tratara de un sacamuelas.

Paula la colombiana era un bombón de piel pálida y acento inconfundible. Llevaba unas bermudas vaqueras recortadas con un único botón, desabrochado, y una camiseta de tirantes de talla desahogada que descubría el volumen insignificante de los pechos. Y fue el tamaño de esas protuberancias exiguas lo que lo llevó a relacionarla con la colombiana de la que su compañero tantas veces había alardeado. «Palma tenía razón», pensó, «una diosa de pecho escaso y rostro pernicioso». No se habría jugado la vida en acertar cuántos tatuajes cubrían aquel cuerpo tan bien hecho. Brazos, cuello y tobillos exhibían símbolos orientales en un batiburrillo de tonos grises, al tiempo que un par de mariquitas ascendían por uno de los muslos en dirección a terrenos pantanosos. Le llamó la atención que tuviera las manos cubiertas por unos guantes de látex.

—¿Vienes como cliente de día o de noche? —preguntó con desparpajo la colombiana, dando un repaso visual al inspector. Su boca aventuraba lo que era capaz de hacer solo por el modo en que jugueteaba con la lengua y un chicle.

—Como socio honorario —detalló el policía, mostrando la placa con displicencia y sin dejar de echar un vistazo a todo lo que movía en el interior.

El piso comprendía una única estancia y dos puertas que cubrían el baño y la cocina. En el salón y apoltronada en el sofá, una joven con la edad justa para entrar en un bingo se apresuró a apagar el cigarro que fumaba, que no era ni rubio ni negro, antes de cubrirse los gloriosos pechos. Sobre uno de ellos, enrojecido y con un esbozo preliminar, estaba trabajando la colombiana.

—Para *hacer* un buen tatuaje es importante que el cliente esté relajado —informaba Paula al reparar en el cruce de miradas que acababa de producirse. La mujer lo precedió hasta el salón.

El inspector la secundó y distinguió sobre una mesa de cristal una botella de vino descorchada, dos vasos vacíos, un bote de vaselina, agujas hipodérmicas, tubos del tamaño de un rotulador, diversos tintes y pomada para cicatrizar las heridas. Todo indicaba que acababa de interrumpir una de esas obras de arte que con el tiempo se deprecian y su propietario aborrece.

—¿Podemos hablar cinco minutos? —preguntó Coque.

—Es mi pareja —contestó Paula, como si una cosa tuviera que ver con la otra. No hubo ningún gesto que lo invitará a tomar asiento.

—Vengo por Palma.

—¿Palma? ¿Qué le pasa? ¿Ya no tiene pelotas ni para venir a verme? No sé

si te ha dicho que de día hago tatuajes, las mamadas las dejo para cuando cae el sol, cariño. Y no hago rebajas por tener una placa.

—¿Palma es un cliente? —quiso saber Coque mientras la tetona escuchaba ensimismada, moviendo la cabeza como el espectador de un partido de tenis, a un ritmo que sus pechos siliconados no podían seguir.

—Él nunca me paga, si es lo que quieres saber. —La colombiana reparó en la expresión tensa del policía—. Un momento, ¿le ha ocurrido algo al Palmica?

—¿Qué es eso de que no te pagaba?

—Ya sabes, favores *resíprocos* que solo los polis podéis *haser*. Problemas de extranjería y esas cosas. En esa época yo todavía no *conosía* a mi amor —afirmó Paula dirigiendo una mirada a la chica fumada de sonrisa inmóvil.

—Ya. ¿Y cómo os conocisteis? Me refiero a Palma y tú. Lo siento, monada —se excusó dirigiéndose a la tetona—. Puedes taparte los oídos si lo prefieres.

Coque aguardó unos segundos con la esperanza de que la chica siguiera su consejo, pero ella eligió mantener los pechos cubiertos y seguir escuchando.

—Nos presentó el Tronco. ¿Lo conoces? Un tío baboso, gordo y bajito, viste como un narcotraficante cubano y su aliento desprende el hedor de un huevo podrido. —Paula no pudo evitar esbozar una mueca de repulsa—. Es gitano, aunque no lo quieren ni los gitanos. Todo en él es *susio*. Palma quería un tatuaje y el Tronco lo acompañó. Siempre que trabajo con la tinta y la piel invito al cliente a una copa. El día que tatué a Palma me levanté muy caliente. ¿A ti nunca te pasa? Sin motivo, me *apetesía* follar sin cobrar, y Palma era un tipo simpático y además poli. Con vosotros siempre es mejor andar a buenas, ¿sabes? Nos miramos, me lió con sus palabras y cuando terminé con el tatuaje del gordo, sin darme cuenta, tenía mi boca entre las piernas de tu compañero. Te confieso que aunque no os haga descuentos las placas me ponen.

—Cuidado con lo que dices, no vaya a ser que divulgue tus fantasías por la comisaría y tengas faena para rato. ¿Quieres decir que tatuaste a los dos?

—Sí, el Tronco también quería follar, pero Palma no estaba por la labor de compartirme y acabó echándolo. Recuerdo que incluso no pude terminar el tatuaje del Tronco. Les *hise* un dos por uno.

—¿Tatuajes?

—¿Qué si no?

Coque se excusó con un gesto de mano exacerbado ante la obviedad de su pregunta.

—¿Recuerdas qué les tatuaste?

La colombiana se acercó hasta un armario bajo que sustentaba el pequeño televisor y extrajo del cajón un manojito de instantáneas Polaroid. Cada una de ellas contenía un tatuaje.

—Sé que lo tengo aquí —dijo pasando los dedos entre las fotos con desdén—. Pero tendría que mirar una por una.

—Vamos a hacer una cosa, ya que hoy estás tan ocupada —propuso el inspector, al tiempo que extraía de la americana el bloc de notas y arrancaba una página para anotar su teléfono—. Llámame cuando recuerdes qué tatuaje le hiciste al Tronco y yo te ayudaré en lo que puedas necesitar. El asunto es serio. Por cierto —añadió cuando ya encaraba la salida—, ¿te contó Palma algo que un policía como yo deba saber?

—Apenas hablábamos. Fumábamos, nos reíamos y... —lanzó una esquiva mirada a la chica del sofá—. Follábamos como si fuera el último día de nuestras vidas. —Paula se acercó hasta Coque y le agarró el brazo—: ¿Él está bien?

El policía creyó haber visto una mueca sincera de preocupación.

—Hace seis meses que ha desaparecido —confesó Coque, tratando de observar algún tipo de reacción en el rostro pétreo de la colombiana—. Si me permites una sugerencia, no le hagas un tatuaje muy grande —dijo con la mirada clavada en los pechos de la chica del sofá—. Sería una pena estropear lo que la cirugía ha conseguido.

—Palma era buen tío —soltó la colombiana.

—Por eso. A los buenos se les ayuda.

Los ojos de Paula se encogieron. Coque conocía bien esa mirada achinada.

—Palma no vino sólo a tatuarse. Eso fue en una segunda visita. Quería averiguar qué relación tenía yo con Esteve Camps.

A Coque le sorprendió volver a escuchar aquel nombre.

—Sigue.

—¿Sabes de quién te hablo? —preguntó la colombiana temiendo estar hablando de más. Tomó asiento en el sofá y abrazó las piernas de su amante dejando que saliera a flote toda la fragilidad que solía esconder. Un frío repentino le provocó un ligero temblor en todo el cuerpo.

«El frío de la culpabilidad», concluyó el inspector, asintiendo con mirada inquisitiva.

—Camps me pagaba por presentarle a las nenas que quisieran acudir a fiestas privadas de hombres de *negosio*. Solo tenía que *haserles* una foto aquí con la Polaroid y escribir el teléfono y el nombre por detrás de la fotografía. Una de ellas me dijo que Camps tenía una floristería llamada Worldrose, en la calle València. Los hombres de *negosio* iban allí y él les enseñaba el *book* de las que yo fotografiaba.

—¿Esa era toda tu función?

Paula suspiró y se mordió el labio inferior con ansiedad.

—Palma quería saber si había fotografiado alguna vez a menores.

—¿Lo hiciste?

—Te juro que las que pasaron por aquí no lo eran. Si ves el *book*, *reconocerás* las fotos, ya que todas se *hisieron* en este sofá. Yo no sé nada de las nenas, te lo juro. Además, el Tronco trabajaba para Camps, y Palma vino aquí acompañado por el Tronco. Yo ya no te puedo *desir* más.

—¿A qué menores se refería Palma?

—No lo sé.

—Mira, guapa, yo no soy Palma. Tampoco soy simpático, ni tengo don de gentes ni me follo a putas aunque no me cobren. Puedo ayudarte o puedo joderte la vida. No seas tonta y elige bien.

Paula rompió a llorar. Fue un llanto sigiloso, preñado de rabia. Su amante la abrazó con un gesto tierno, más propio de una hermana que de una esclava sexual.

—Por este piso han pasado todo tipo de hombres —confesaba Paula entre sollozos—: políticos, banqueros, constructores, policías, abogados, estudiantes... Pero los primeros son lo que más miedo me dan.

—Pues ya somos dos —aseveró el inspector.

—Uno de ellos, no sé su nombre... El muy *hijo é puta* es muy lindo, se *parese* a Robert Redford de joven... Él era quien pagaba a Camps por captar a las chicas. Una noche vino puesto hasta el culo de coca y me contó que *hasía* unas horas que una niña de *dose* años se la había chupado mejor que yo, que los consejos de Camps siempre son fiables cuando se trata de menores, que con las mayores no *asierta*.

—¿No me puedes dar el nombre de ese mierda?

Paula negó con la cabeza y se quedó callada. Su amante pechugona le acariciaba el pelo y evitaba en todo momento cruzar la mirada con la del inspector.

—No tardes en llamarme, llevo muy mal las esperas.

Coque abandonó aquel «piso para todo» con la sensación constatada de que en la vida muchas veces nada es lo que parece. Decidió serenar esa parte del cerebro que no dejaba de emitir imágenes de pechos siliconados y bocas impúdicas. Fue al encarar la avenida de Sarrià en dirección contraria al sentido de los vehículos cuando se preguntó cómo estaría Marga. Habían pasado varios días desde el último intento de suicidio y él seguía a regañadientes las órdenes de la jefa de Psiquiatría. «Aléjese de ella. Su presencia le duele.» La idea de que su mera presencia fuera causa de dolor le provocaba el mismo efecto recíproco. Desde que la visitara en el hospital, todos los intentos para poder hablar con María también habían sido en vano. La bruja de su suegra se había encargado de abortar todo acercamiento alegando «que si la niña duerme, que si ahora está

estudiando para un examen final, que si ya le diré que has llamado». Ni un comentario sobre Marga, ni una referencia que evidenciara que estaba mejor, o todo lo contrario. La mujer de su vida ya había decidido bajarse del barco, él ya no era el capitán de esa embarcación y cada ola que golpeaba en el casco podía ser la definitiva.

Coque no podía hacer nada para impedirlo, y aquella vulnerabilidad lo mantenía anclado al miedo. Pensar repentinamente en ella no presagiaba nada bueno. El cielo amenazaba la ciudad con una de esas lluvias pasajeras del mes de agosto. Resolvió acercarse hasta la Jefatura dando un largo paseo, pero la ansiedad lo venció una vez más. Una orden de origen desconocido insistía en llamarla. A cada paso que avanzaba probaba de retomar la información que le había proporcionado la colombiana. Quiso centrarse en Esteve Camps, en la floristería Worldrose, en el político guapo y pedófilo y en el Tronco. Al fin y al cabo, este no era más que un confidente de cuatro chavos que Palma ya había mencionado en alguna que otra ocasión. Pero ni el Tronco ni siquiera lo dicho por la colombiana detenían ese mandato persistente. Extrajo el móvil del interior de la americana y sintió que la respiración se le aceleraba. El segundo tono de la llamada coincidió con la impaciencia de unas nubes decididas a no esperar más. Una cortina de lluvia impidió que escuchara un endeble «sí» al otro lado de la línea.

—Soy yo.

—¿Llueve? —preguntó Marga.

—El mismo amor, la misma lluvia.

—Déjalo en la misma lluvia, Coque.

—Solo recordaba la película que nos unió.

—¿Por eso me llamas?, ¿para hablar de cine?

—¿Cómo está María?

Se oyó un fogonazo de risa, algo parecido a un suspiro entrecortado y cargado de rencor.

—Hace unos días me he intentado matar y no me preguntas ni cómo estoy.

—Llevas demasiado tiempo intentándolo.

—Eres un hijo de puta.

—Siempre has necesitado que se te diga todo.

—¿Ahora me he de sentir mal por haber imaginado que me llamabas para saber cómo estoy?

—Es que no hablo mucho.

—Pues lo poco que hablas es más de lo que amas.

Durante diez segundos interminables ninguno de los dos abrió la boca. La lluvia parecía remitir y se desplazaba hacia la montaña del Tibidabo.

—María está triste, como todos. Pero es reservada como tú. No se alegra ni cuando la visita tu padre. Y es que no necesita a un abuelo, necesita a un padre, pero tú de eso...

—No dejes el tratamiento, estás demasiado irascible.

—Vete a la mierda.

—Dile a María que la quiero —dijo Coque obviando comentarios de los que ya estaba inmunizado.

—Díselo tú.

«No hagas más tonterías», habría querido decir Coque para así, en el fondo, quedarse él más tranquilo. Sin embargo, sabía que esas palabras provocarían un efecto contrario.

—Nadie eligió. Sucedió.

Marga emitió un suspiro profundo y revelador.

—Mi madre está a punto de llegar con María. No me apetece discutir con ella si me ve hablando por teléfono. Ya sabes lo que dice la psiquiatra.

Coque colgó y en un movimiento poco natural, ralentizado, lo volvió a depositar en su lugar. Una madre advertía a su hijo de cuatro años que mirara al cielo y disfrutara del arco iris que cubría parte de la ciudad. Él siguió las instrucciones de aquella desconocida, olvidando que en su vida ni siquiera le estaba permitido ese minúsculo placer.

Acomodado en su ratonera y sin la presencia de los ojos chivatos de Hurtado, resolvió consultar el archivo de la Operación Camps. Algo se le había escapado y la información de Paula acababa de abrirle nuevos frentes. Eligió un legajo del año 1992, fecha en la que se conocieron Palma y él, y extrajo la carpeta escondida que contenía las escasas gestiones que su compañero llegó a realizar antes de que desapareciera. El nombre de Worldrose aparecía en una fotocopia del Registro Central Mercantil en la que se constataba que su único administrador era Esteve Camps López. A pesar de haberse constituido la sociedad hacía cuatro años, jamás se había efectuado un depósito de cuentas. El objeto social era la venta y distribución de material de jardinería. «Si a las menores indefensas se les considera objetos de floricultura, estos cabrones no mentían», se dijo Coque.

Junto a la fotocopia observó un extracto bancario en el que Palma había subrayado diversos ingresos de seiscientos euros a favor de Esteve Camps cuyo concepto era «Worldrose». El inspector recordó haber leído en una ocasión que la orquídea más cara del planeta se cultivaba en el parque de Kinalabu, en las islas Borneo, y que cada una de ellas podía llegar a valer cinco mil euros. Los ingresos de Esteve Camps un mes antes de que desapareciera ascendían a sesenta mil euros. Demasiados viajes al parque de Kinalabu para alguien al que jamás se

le había expedido un pasaporte. Ingresos, además, que se llevaron a cabo durante el tiempo en el que el negocio estaba cerrado, según la misma nota, y provenían de distintas cuentas bancarias de Andorra. Durante un tiempo indeterminado estuvo releendo todas las notas. Una de ellas le llamó la atención: «La furgó la conduce el guapo». Coque recordó la descripción que hizo Paula del político pedófilo. Accedió a un programa policial y marcó el campo que permitía realizar consultas con el CIF de la empresa. Apareció en pantalla el domicilio social de la calle València, el nombre de la empresa y una Fiat Multipla con los cuatro dígitos iguales de la matrícula. Tampoco era un modelo de furgoneta común y eso ponía las cosas algo más fáciles.

Seis meses después de la desaparición de Palma, se preguntaba qué tenía en la cabeza para no haber empezado por el principio. Para no darse cuenta de que Esteve Camps era la clave de la desaparición de su compañero, en lugar de obcecarse en otras líneas de investigación infructuosas. Se consoló pensando que tal vez esa ofuscación era fruto de haber sufrido una pérdida insuperable, tener a una exmujer suicida, padecer la indiferencia de una hija que no lo quería y haber sido condenado a contemplar la vida en blanco y negro.

Capítulo 10

Sábado 14 de agosto. Noche

Oliver Edo convivía con la muerte. A pesar de que su cometido no era otro que el de obtener datos para reducir la vida de un ser humano a un simple informe, siempre había puesto empeño en recordar aquellos nimios detalles que el protocolo del Instituto Legal de Medicina desechaba. Lo entristecía ver cómo un joven en el esplendor de su vida había elegido como última cena un triste sándwich de lechuga y pavo, o cómo la bella mujer que tenía delante jamás llegó a imaginar que aquel peinado de peluquería iba a resultar el definitivo. Con el paso de los años, Oliver había desenmascarado los escondrijos corporales donde se hospedaban los males del alma. Unas uñas descuidadas, unos dientes desatendidos o una axila pilosa. Aquellos clientes taciturnos no dejaban de hablar desde su obligado silencio y el forense los escuchaba con absoluta devoción. «No hay nada que manche más un cuerpo que la soledad.»

Aquella tarde de sábado y en una de las habituales ausencias de Nacho, su díscolo ayudante, el cuerpo de una anciana de noventa años respiró durante unos segundos. El forense decidió verificar su defunción ya constatada horas antes. Pero al desconectar la sierra escuchó un sonido inconfundible. En esa sala de postreras despedidas, de la más salvaje violación de la intimidad, otra persona que no era él estaba respirando. «No estoy loco», se repitió poco convencido. «Le he serrado la cabeza y la piel del cráneo cubre un rostro que ya no es rostro. Y aun así respira.» No habían pasado demasiados días desde que Nacho le había sorprendido cargando con el tercero de los cadáveres caídos en esa misma sala. Aquella noche quiso creer que su ayudante no había acomodado bien los cuerpos. Una explicación simple encajaba mejor en su mente científica. Contarle a Nacho que la vieja estaba respirando hacía un instante solo podía traerle problemas.

Coque conocía bien a su compañero de piso y no era precisamente el forense una persona que escatimara en saludos y modales. Pero esa noche impregnada de un calor opresivo, Oliver entró en el piso sin hablar y se encerró en la habitación.

«Y eso que ve la vida en colores», pensó el policía mientras miraba una película en la que John Wayne era un exboxeador. Por las ventanas abiertas se colaba el baturrillo de sonidos del barrio. Coque dirigió una mirada asesina al exterior. Las sucintas respuestas de John Wayne eran silenciadas por el insufrible murmullo de unas vecinas que hacían de los esmirriados balcones su particular salón de té.

En su habitación, el forense encendió un ordenador de mesa. Tras un par de «clicks» en el teclado se transformó en Delas. No transcurrió ni un minuto cuando dos mensajes parpadearon en el ángulo superior derecho de la pantalla. El corazón le dio un vuelco, más a Oliver que no a Delas, al constatar que uno de los mensajes era de Almina. Ella era otra jugadora con la que llevaba más de un año y medio compartiendo salas privadas y viajes a lugares míticos que ofrecían los diseñadores del juego. En uno de ellos tuvo lugar su primer beso virtual y allí se prometieron tener un encuentro cara a cara. Esa noche el mensaje de Almina fue escueto: «Yo». Oliver descargó el archivo adjunto y se quedó prendado por la imagen. Lo primero que vio fue unos labios finos y perfilados que pedían a gritos un beso. El blanco roto de la piel engrandecía una mirada bruna. Su pelo, corto y despeinado, le otorgaba un aire de actriz francesa. «Año y medio fantaseando con aquella cara habría supuesto demasiada imaginación», pensó en el instante en que Coque irrumpió sin avisar.

—¡Pero a ti cómo hay que decirte las cosas!

—¿No me jodas que te la estabas pelando con un juego de rol?

—¿Qué quieres? Hoy no estoy para nadie y menos para ti.

—Me voy a dormir.

—¿Ya está? ¿Esa es la noticia?

Coque tomó el rumbo anunciado sin molestarse en replicar. Al forense le fastidiaba aquel gesto habitual de su compañero de piso. Lo siguió por el pasillo con el brío de una mujer despechada detrás de su amante.

—No te pases, no estires más de la cuerda.

Coque se volvió hacia su amigo con energía, después lo encaró.

—Cuando quieras me marchó.

Todavía no había terminado de pronunciar la frase cuando se encerró en la habitación.

De fondo se escuchaba el sonido del televisor. Una voz de mujer reprimía a otra voz masculina. Oliver sonrió al percatarse del paralelismo que acontecía en su propia realidad. Nada más llegar al comedor, comprobó cómo Mary Kate agredía verbalmente al bestia de Sean Thornton, o lo que es lo mismo, a John Wayne.

—Te tragas demasiadas pelis de tipos duros y yo no soy Maureen O'Hara. ¡Guárdate tus modales de poli malo para la calle! —gritó Oliver tras la puerta,

que se abrió lentamente para sorpresa del forense, acostumbrado a que sus palabras no tuvieran efecto.

—Te ha llamado Nadia. No estaba bien —exclamó Coque, dando luego un portazo—. Además, si fueras esa pelirroja ya te la habría metido.

El forense sonrió, decidió abandonar la bronca y retomó su posición ante el ordenador: ahí seguía la imagen de Almina y volvió a sentir la misma alegría y desazón de antes. Tenía pendiente abrir el otro mensaje. Se trataba de Avenger, el avatar del animal que habitaba bajo su mismo techo.

«Se acabó. No me resucites. No puedo jugar con la mirada podrida. Avenger ha muerto. RIP.»

Aquel fue el último intento para lograr que su amigo aprendiera de una vez que la vida suele ser mejor cuando se comparte, claro que enseguida se cuestionó si aquellas experiencias virtuales podían considerarse vidas compartidas. El bochorno se había apoderado de la estancia y de nuevo volvía a acordarse de la necesidad de instalar aire acondicionado. Nadia lo había llamado y algo le ocurría a juzgar por la perspicacia de aquel policía obstinado que tenía por costumbre no equivocarse. En la pantalla del monitor, Almina todavía esperaba que Delas le enviara una fotografía. Activó el móvil y en cuanto pudo recibir la señal del servidor le entraron dos mensajes. Uno de ellos le informaba sobre la llamada perdida de Nadia hacía una hora. En el otro, un mensaje de texto de la cardiocirujana: «Necesito hablar contigo».

Las noches de agosto en Barcelona son muy distintas desde un décimo piso de la zona alta de la ciudad. El calor acumulado en el asfalto a esas alturas ya se ha evaporado y el viento todavía no ha recibido la calima que la ciudad dispensa. Iban por el quinto gin-tonic cuando una templada brisa se coló por la ventana de un sobreático tan vacío como su propietaria.

—Con este te has superado, Comaneci —dijo Oliver en tono pomposo, señalando la copa ancha de contenido burbujeante, adornada por una cáscara de limón—. Oye, ¿qué era lo que estaba prohibido?

—Jamás, jamás exprimas un limón en el gin-tonic —sentenció Nadia, con algo más de afectación que su acompañante.

De pronto, se hizo con un rotulador negro que había sobre la mesa de centro y le levantó la camiseta con un solo movimiento.

—Pero ¿qué haces? —preguntó el forense entre sorprendido y encantado.

—Escribírtelo en la espalda para que no te olvides: Tó-ni-ca-Fen-ti-mans y gi-ne-bra—Mar-tin-Mi-ller's-West-bourne —pronunció en voz alta y sílaba tras sílaba.

—¡El Rolls Royce de las ginebras!

—Es lo único bueno que me enseñó el cabrón de Arturo. Hacer buenos gintonics.

—Algo bueno tendría el señor jefe de Neurología para que tú estés así.

El semblante de Nadia dio un vuelco, ya nada parecía divertido.

—¿Qué quieres decir con así?

—Borracha y triste —dijo el forense mientras reparaba en la fotografía de la playa vacía.

—No es solo por él.

—No te creo.

—En serio, creo que me está volviendo loca la experiencia cercana a la muerte de Antonio Carrascosa.

Fue pronunciar aquel nombre y el efecto del mejor alambique del planeta se disipó.

—¿Qué te preocupa?

—Creo que ese hombre estuvo en el más allá y yo lo escuché como quien atiende a un demente. La ceguera, la presencia de su hermana sin que él supiera que ella acababa de fallecer... ¿Y si la muerte no es el final, Oliver?

—¿Crees que algo cambiaría en nuestra vida si se constatará lo que dices?

—Viviríamos mejor.

—Discrepo, Comaneci. Estamos programados celularmente para sentirnos inmortales. La certeza de morir y de que hubiera un más allá no se impondría a nuestro organismo. Haríamos las mismas gilipolleces. Una y otra vez, una y otra vez...

—Antonio Carrascosa no supo transmitirme todo lo que sintió.

El forense no supo qué decir.

Brindaron de nuevo en silencio.

—Por cierto, no está nada mal tu amigo el poli.

—Es un amargado —dijo el forense, bajando la mirada—. Acércate a él si quieres, pero que sea pasajero o te destruirá.

—Pues menos mal que sois amigos.

—Créeme, lo hago por los dos.

Nadia se preguntó a qué dos se estaba refiriendo.

—Necesito un hombre que me quiera como se quiere en la infancia. De manera pura, limpia. Casi en silencio. No sé si me explico.

—No mucho, la verdad. —El forense dio otro sorbo con aire expectante.

—Cuando yo tenía doce años un niño, al que llamábamos Luisito *el Panocha* me tenía loca. Cada vez que buscaba su mirada la encontraba, y siempre estaba dispuesto a regalarme una de sus sonrisas. Compartíamos hasta el bocadillo que nos preparaban nuestras madres, y siempre intentábamos formar parte del mismo

equipo de gimnasia, del mismo grupo de la clase de inglés... Hasta jugaba a fútbol por él y eso que ahora no soporto ni siquiera ver un partido por televisión. Solo queríamos estar juntos. —La mirada de Nadia empezaba a iluminarse—. Recuerdo que durante un tiempo me encontré figuritas de gomas de borrar en mi pupitre, escondidas. La mayoría de ellas eran corazones y nunca me dejaban ninguna nota. Cuando le preguntaba a Luisito por ellas, él solo sonreía y no me decía nada.

—El tal Luisito apuntaba maneras. ¿Y en qué se ha convertido?

La cardiocirujana trazó en su rostro una sonrisa más triste que comedia.

—A la vuelta del verano, mi madre me contó que una piscina se lo tragó para siempre. Lo peor fue ese año en clase, con el pupitre vacío.

El forense lamentó su último comentario.

—Cada vez que miraba el pupitre, yo apretaba en mi mano uno de esos corazones que él me regaló. Supongo que Luisito es el culpable de que me hiciera cardiocirujana. —Nadia acudió a su copa y prolongó el trago—. No sé por qué te cuento esto.

Ambas cabezas habían hecho un esfuerzo para esquivar el efecto de los gintonics y poder enfocar la conversación, pero un silencio inesperado acababa de revelar que ni era la mejor hora para ello ni estaban en condiciones de prorrogar la velada.

Oliver ancló su mirada ebria en el escote de Nadia.

A la cardiocirujana no le molestó.

Durante un instante, ella se lo planteó. No era su tipo, pero tenía la misma sonrisa inocente que Luisito. Oliver nunca supo lo cerca que estuvo de poder poseerla. Una caricia, un tímido beso en los labios de la cardiocirujana o una leve aproximación hubieran bastado para desatar toda la soledad que llevaban dentro. Pero algunas pasiones perecen incluso antes de nacer.

Una hora después, el Poble-sec se reivindicaba como un barrio multicultural. En la empinada calle Margarit sonaba música bachata y esta se entrometía por los resquicios de los pisos. Ni siquiera esa melodía caribeña desvió el deseo insatisfecho del forense. A oscuras en la habitación se masturbó con el cuerpo de Nadia en la cabeza. La intensidad de la fantasía ganó fuerza cuando logró fusionar la piel de la cardiocirujana con el rostro de Almira.

En el otro extremo de la ciudad, Nadia hizo lo propio bajo el agua tibia de un chorro relajante. Unos dedos duchos llevaron a cabo lo que Coque podría hacer si él quisiera. La fantasía de la cardiocirujana concluyó con dos orgasmos y un sueño incipiente que se apoderó de ella sobre una cama demasiado grande. Al otro lado de la ventana, Barcelona se negaba a dormir.

Capítulo 11

Lunes 16 de agosto

El comisario Paco Palomares arrancó la semana avinagrando la de Coque Brox. Al inspector le aguardaba un expediente abierto en donde se le imputaba una falta de respeto a un superior. Pasadas las siete de la tarde el responsable del grupo de Desaparecidos hizo honor a la denominación del cargo y confesó al comisario no tener ni la más remota idea sobre el paradero de su jefe inmediato. Palomares estaba que trinaba y lamentó a viva voz que el día en que desapareció Palma no lo hubiera hecho también su compañero.

En un bar a escasos metros de la Jefatura, frente a la entrada del Palau de la Música, Jalil y Coque compartían mesa. Se pidieron dos cafés bien cargados y el policía era todo oídos.

—El grupo de Homicidios ha solicitado al juzgado la prórroga de varios teléfonos intervenidos, jefe.

—¿En la Operación Camps?

Jalil asintió.

—Uno de ellos pertenece a Rachid Aoua, ¿te suena? —Coque alzó las cejas, buscó en su memoria pero terminó negando con la cabeza—. Es un marroquí detenido en más de cincuenta y seis ocasiones, la mayoría de ellas por delitos menores, también cuenta con un homicidio doloso, cinco detenciones por malos tratos; eso sí, tuvo el detalle de que fueran a parejas distintas, y cuatro detenciones por proxeneta.

A Coque siempre le había fascinado la memoria de Jalil.

—Una perla, vamos. Pero ¿por qué ha pedido Valcárcel que le pinchen el teléfono?

—Una menor de trece años lo reconoció como la persona que mantuvo con ella una relación virtual a través de Internet durante más de cinco meses.

—Internet de los cojones.

—Rachid Aoua se hizo pasar por menor. Le envió fotos íntimas que previamente había pillado de otro crío y cuando recibió de ella unas cuantas fotos guarras la obligó a tener una cita. Si ella se negaba, imprimiría las fotos y

se las entregaría a su familia.

—¡Qué hijo de puta!

—Eso no es lo peor, jefe. Ante la amenaza, la menor acudió a una cita con él en una cafetería de la calle Rocafort.

—¿Cómo supo dónde vivía?

—Supongo que ella mismo se lo dijo. La nena tiene trece años, jefe, a esa edad te las camelas como quieres.

—Tendré que hablar con María un día de estos.

Jalil asintió.

—Cuando yo era pequeño el peligro estaba en las calles, jefe. Ahora las calles están dentro de casa.

Coque pensó en ello y sintió vértigo ante la saturación tecnológica en la que todo vive instalado.

—¿Qué le pasó a la niña, Jalil? —quiso saber el inspector con resignación, sabiendo que la respuesta no le iba a gustar.

—En la cafetería, Rachid no se anduvo con chiquitas y le dijo a la niña que en el baño le enseñaría cómo se hace una buena mamada.

El inspector apretó los ojos.

—Le prometió que esa sería la última grabación que le pediría y que después destruiría todas las fotos. Pero cuando ya se disponía a ir hasta el baño, supongo que la expresión y los temblores de la niña la delataron, y un mastodonte salió de la barra y sin necesidad de preguntar nada le dio a Rachid una somanta de palos que cuando la menor lo reconoció en la fotografía de la reseña policial creyó que Rachid se había transformado en el hombre elefante.

—Por fin una historia con final feliz.

Jalil alzó una mano.

—No del todo, jefe. La policía detuvo al mastodonte y a Rachid. Al mastodonte que odiaba a los pedófilos y a los extranjeros delincuentes, que pagaba puntualmente sus impuestos y que agachaba la cabeza cada vez que su mujer opinaba, lo condenaron a tres mil euros de multa por un delito de lesiones. «La justicia está para algo», le recriminó el juez.

—¡Qué asco me da el sistema, Jalil!

—¡Ya te digo, jefe! A Rachid lo empapelaron por un delito de corrupción de menores. ¿Adivinas qué pasó?

—Me lo imagino —respondió, vencido.

—A los nueve meses después de ingresar en prisión fue puesto en libertad.

—España.

—Su abogado, que supongo que no tendría hijas de esa edad, pidió la revisión del caso al no haberse probado que Rachid fuera la persona que había

captado a la menor por Internet. No sé qué historias sobre las IP, de los servidores de conexión.

—Total, que lo tenemos en la calle jodiendo vidas. Pero, Jalil, o yo me estoy haciendo mayor o tú no respondes a lo que te pregunto.

El intérprete se tomó el café frío y le dedicó una paciente sonrisa.

—Si lo que quieres saber, jefe, es por qué Valcárcel le ha pinchado el teléfono, no te preocupes, que lo sé —advirtió, orgulloso.

—Pues suéltalo, coño.

—Un día de estos te dará un jamacuco y te quedarás babeando en una silla de ruedas. ¿Sabes entonces quién te va a cuidar?

—Tu madre, Jalil, tu madre.

El intérprete disfrutaba. Sentirse necesitado no tenía precio.

—Desde que Rachid salió del talego algunos compañeros de la brigada le hicieron varias vigilancias. Valcárcel pidió al juez el pinchazo telefónico porque Rachid suele conducir una furgoneta Fiat Multipla serigrafiada con la palabra «WORLDROSE». No sé si eso te dice algo, jefe.

—Mucho.

Jalil asintió con la cabeza y sonrió.

—¿Crees que soy de los que escucho el teléfono intervenido, transcribo y después me voy al cine con un novio?

—Más bien eres de los que va al cine y le mete mano al novio confundido de alguna.

Jalil alzó las cejas y meneó la cabeza lentamente. Le gustó esa fantasía.

—He movido hilos respecto a Worldrose, jefe.

—Suelta.

—Es un negocio tapadera. Ni es floristería ni nada de nada. Su propietario era un tío raro. Hace mucho que no lo ven por el Eixample. Te lo digo porque el negocio está en plena calle València. ¿Sabes a qué se dedicaban, jefe?

—Sé a lo que no se dedicaban.

—Vendían vídeos porno de menores por Internet y se comenta que incluso ofrecían alguna de las niñas para fiestas de alto *standing*. Para que luego digas que el vicioso soy yo...

—Al lado de estos cabrones eres un salesiano.

—Mejor pon otro ejemplo, jefe, que la Iglesia..., en fin, ya sabe.

—¿Nombres?

—El nombre del Tronco sale en muchas de las conversaciones. Pero creo que se lo han cargado. A él y al viejo. Y...

Jalil no sabía cómo decirlo.

—¡Sigue, cojones!

—Y al poli, dicen. No dicen ningún nombre, solo dicen al poli, jefe.

—¿Quién se los ha cargado?

La voz de Coque retumbaba bronca.

—No lo sé —contestó un Jalil más triste que otra cosa—. Rachid solo se queja de que necesita más dinero y tiene más vídeos frescos para colocar. Pero sin el viejo no sabe ni cómo ni a quién colocarlos.

—¿Y con quién habla Rachid?

—Con un español que los del grupo de Valcárcel llaman «Conseller». Valcárcel no es gilipollas, jefe, solo me deja escuchar las conversaciones en árabe y de esas conversaciones no saco nada. Solo hay chicha cuando Rachid habla en castellano.

—Ya —dijo cabizbajo el inspector.

Jalil miró en derredor, asegurándose de que no existieran testigos.

—Pero ayer los chavales del grupo de Homicidios se despistaron —añadió sonriendo— y me pasaron un archivo equivocado. Por eso sé todo lo que sé. Pude escuchar a Rachid y al tal Conseller.

Coque se mesó los cabellos y enlazó toda aquella información con la que le había dado Paula la colombiana.

—No me gusta nada todo esto, jefe. Huele mal, muy mal. A ver si al final el Palmica...

La expresión sulfurada del inspector impidió cualquier conjetura.

—Lo siento, jefe. Demasiadas horas con el gilipollas prepotente de Valcárcel.

—Eso debe de ser.

El intérprete se encogió de hombros, le entregó la cuenta de las consumiciones y le guiñó un ojo.

Coque pagó los cafés y se marchó sin decir nada más. Al tiempo que Jalil observaba cómo cruzaba la Vía Laietana con cara de perros, desde la planta noble de la Jefatura Palomares hacía lo propio a través de la ventana. El comisario llamó a su chófer y le ordenó que esperara diez minutos más. Todavía tenía que dar por culo a alguien.

Coque franqueó la Jefatura como un toro desbocado y subió las escaleras como si en ello le fuera la vida. En cuanto el comisario Palomares atisbó su silueta, supo dónde se dirigía. «No tengo edad para carreras», pensó. El inspector alcanzó la tercera planta, donde una intensa luz natural lo deslumbró, dañándole la mirada y multiplicando su enojo. Abrió la puerta del grupo de Homicidios sin preguntar. Valcárcel hacía de instructor junto a uno de sus subordinados en la toma de una declaración: el marido de una mujer a la que hacía dos días habían asesinado y violado dos presos fugados que tenían en jaque a toda la ciudad.

—Quiero escuchar el teléfono del hijo del político. Ya —ordenó Coque a Valcárcel, prescindiendo de la igualdad de sus rangos. Al fin y al cabo, su amigo estaba desaparecido, probablemente asesinado y a él le habían arrebatado el color a su vida.

—Perdone la intromisión, señor Ferrer —se disculpó Valcárcel ante el declarante, incorporándose veloz de la silla—. Lárgate de aquí ahora mismo o te juro que te arruino la vida, imbécil. ¿O acaso temes que descubra que no solo Palma era un corrupto? —amenazó un Valcárcel crecido al comprobar que a las espaldas de su adversario permanecía inmóvil la silueta del comisario.

Coque lo agarró por las solapas y lo lanzó contra una cajonera vertical y metálica repleta de expedientes. La espalda de Valcárcel impactó con tal violencia que su cuerpo esmirriado se desplomó. Coque lo liberó al verse forzado por la intervención de tres policías de Homicidios. El comisario no movió ni una pestaña hasta que el jefe del grupo de Desaparecidos fue reducido.

—Sacadlo del despacho —ordenó Palomares a gritos—. Y tú levántate, refréscate la cara en el baño y sigue con la declaración. A ver si olvidamos de una puta vez lo que ocurrió hace quince años, coño. Luego hablaremos —le indicó a un Valcárcel descamisado y con el rostro empalidecido—. ¡Gugle, a mi despacho!

Pero el hombre de la mirada bicolor siguió su camino y abandonó el edificio.

Capítulo 12

Martes 17 de agosto. Tarde

Acostumbrado a desenvolverse en la oscuridad, consultó el móvil. Cuatro llamadas perdidas de la Jefatura. Una pertenecía al grupo de Homicidios y el resto eran de la extensión del comisario Palomares. Descubrió cinco mensajes escritos, todos ellos de Asuntos Internos, en los que se plasmaba de manera reiterada la citación del inspector Brox para que compareciera el próximo viernes 21 de agosto a las nueve horas. Un solo mensaje de voz en el que un funcionario tartamudo de una oficina de denuncias, de una comisaría cuyo nombre no alcanzó a descifrar, le informaba de que alguien lo había denunciado por un presunto delito de lesiones al agredirle en el trabajo y causarle una fisura de costilla que precisó de posterior tratamiento médico. «En calidad de imputado», insistía el tartamudo. «Menuda colección de policías», pensó. «Tartajas, desaparecidos, acromatópsicos y licenciados en la universidad del cabrón como lo son Palomares y Valcárcel.» Se arrepintió al momento de haber abierto ese maldito artilugio. Sin embargo, la esperanza de recibir una llamada o un mensaje de su hija siempre vencía a la posibilidad de mantener ese mal bicho apagado.

Todavía no se había recompuesto del batiburrillo de malas noticias cuando el aparato volvió a vibrar. No reconoció el número que aparecía en la pantalla. «El capullo de Valcárcel o Palomares desde el teléfono de algún pelota», concluyó. Al no contestar la llamada, esta derivó en un nuevo mensaje de voz. En esta ocasión, el emisor no tartamudeaba, más bien tenía una voz aterciopelada. Paula la colombiana tenía información sobre los tatuajes. Consultó el reloj y descubrió que eran las cuatro de la tarde. Le devolvió la llamada y le saltó el contestador de voz. Con la torpeza que le provocaba hablarle a una grabadora, le advirtió de que llegaría a su piso sobre las ocho. A esa hora la luz remitiría y sus ojos se lo iban a agradecer.

Se incorporó de la cama, permaneció más de diez minutos en la ducha y se secó el cuerpo frente a un espejo empeñado en no mentir. Cruzó el pasillo lamentando el paso del tiempo y alcanzó la cocina. Tras perderse en sus

pensamientos vertió un bote entero de garbanzos sobre un bol y echó un chorro de aceite de oliva por encima. Logró esbozar una breve sonrisa al preguntarse cuántas personas en el mundo comían garbanzos negros. El plato parecía un deshecho de comida podrida. Sufrir de acromatopsia le impedía cocinar nada al fuego. Los distintos tonos grises no atinaban a informarle del grado de cocción de un filete o de un simple sofrito. Cuando el alimento adquiría el color negro, ya era demasiado tarde.

Intentó intercambiar algunos mensajes de teléfono con su hija pero obtuvo la eterna respuesta: nada. Se vistió de manera mecánica con una americana negra y una camisa blanca. En cuanto empezó a sudar declinó la opción de la americana al constatar que la noche prometía sus treinta grados.

Paula lo recibió ataviada para su guerra particular. No había rastro alguno de su amante y el piso parecía haber sufrido una metamorfosis. La escasa luz natural, cuyo paso impedían las menorquinas de las ventanas, y el juego de sombras que esbozaban las velas, estratégicamente situadas, le conferían al espacio el honorable título de «prostíbulo para dos». Esa penumbra elevó el ánimo del inspector, a la postre era un terreno en el que se sentía cómodo. La colombiana estaba preciosa. Y ese mismo adjetivo le percutió el cerebro durante un tiempo impreciso. Reconoció que no era una prostituta cualquiera, tenía clase. Esa clase innata por la que muchas pagarían.

—¿Una copa de vino? —preguntó Paula con voz envolvente.

Coque asintió sin perder detalle alguno del compendio de sensualidad.

Con un gesto de mano lo invitó a que tomara asiento en el sofá. Al hacer ella lo propio, el vestido corto y de tirantes se encogió un poco más. Unas piernas infinitas robaron la atención del inspector. Sentado en el mismo lugar en el que su imaginación no alcanzaba a abarcar todas las experiencias sexuales que había albergado, tuvo que admitir para sus adentros que estaba empezando a excitarse. Todo un logro tras muchos meses sintiéndose asexual. Desde que la acromatopsia lo había sacudido, todo le parecía plumizo. Veía a todas las mujeres con el mismo color de piel grisácea que las ratas. No sabía si su enfermedad había evolucionado o simplemente Paula era una Blancanieves erotizada por las circunstancias.

—Supongo que estarás a punto de empezar a trabajar —preguntó Coque, consultando el reloj.

—Hoy no trabajo —afirmó mientras servía las dos copas de vino.

Coque lanzó una mirada furtiva al pronunciado escote. Ella se inclinó todo lo que pudo para ofrecer la mejor panorámica de unos pechos pequeños y apetecibles. Él siguió desnudándola con aquellos ojos confusos.

—Yo sí.

La colombiana confiaba en sus dotes y no quiso que aquel comentario declinara sus intenciones. Elevó la copa y provocó un brindis en el que las manos permanecieron en contacto el suficiente tiempo para certificar que el deseo era recíproco. Se tomaron el vino de un sorbo. Paula conocía bien a los hombres. «Solo hay dos tipos», se dijo, «los que tienen iniciativa y los que no, pero todos quieren lo mismo». Con ese tenía que llevar ella las riendas. Se lanzó a la boca del inspector con agresividad y la respuesta fue contundente. Coque mordió la boca que le había mordido y se incorporó. Paula imitó gesto y de un solo movimiento se deshizo del vestido. El inspector verificó que las mariquitas tatuadas invadían la parte que cubría un fino tanga de color negro, de ese matiz sí estaba seguro. Acto seguido acorraló a Paula hasta impactar contra la pared. Cercada entre el tabique y un hombre desbocado, le bajó la cremallera del pantalón con maestría. Coque le estrujó los pechos de pezones colosales y ella empezó a jugar con sus genitales. «Me tiene agarrado por las pelotas», pensó el inspector, y mal que hizo. Porque a ese pensamiento le sucedieron otros. El brazo descuartizado con un tatuaje, las fotos Polaroid de unas pobres desgraciadas que iniciaron su infortunio sobre aquel mismo sofá que tenía a sus espaldas, una trama por descubrir en la que Paula tal vez era algo más que una puta con clase y, sobre todo y sin saber por qué, la persistente idea de una hija que no quería a su padre. No pensó ni que la vida son dos días, ni que esa mujer fuera un regalo esporádico después de tantos varapalos. La dichosa voz interna se apoderó de aquel cuerpo excitado que no entendía qué estaba ocurriendo.

—Ya te dije que no me follo a putas, aunque no me cobren —masculló con grosería al tiempo que la colombiana se estaba arrodillando y abriendo la boca más de lo que una lo hace durante el resto de horas del día.

Paula se incorporó a cámara lenta, vencida y humillada. La experiencia le decía que con aquel hijo de puta no había nada que hacer. Recogió el vestido del suelo y al tiempo que se cubría despechada pensó que aquel hombre era más perverso que atractivo. Uno de esos inútiles incapaces de distinguir cuándo una mujer quiere sentirse mujer.

—¿Qué me querías decir sobre los tatuajes? —preguntó Coque, indiferente, mientras se subía la cremallera.

—Te mueres por follarme —afirmó Paula, negando con la cabeza.

—¿Me lo vas a decir aquí o mejor en comisaría?

Paula tomó asiento sobre el sofá y se sirvió otra copa de vino sin dejar de mirar la fría expresión del inspector.

—Seguro que ellos no me *rechasan*.

—Como sigas así de fácil vas a enviar tu negocio a tomar por culo.

—Sigues sin enterarte de nada. Pero veo en tu mirada que te pongo a mil.

—¡Qué cojones sabrás tú de mi mirada!

—Tengo las fotos Polaroid de los tatuajes que les *hise* a Palma y al Tronco.

Coque detuvo en seco su intención de marcharse.

Paula extrajo dos instantáneas de debajo de uno de los cojines esparcidos por el sofá.

Coque se acercó y se hizo con ellas con un gesto tan rápido como brusco, sorteando todo roce con esa piel envenenada. Le dio un vistazo a ambas y pese a intentar cotejarlas no logró distinguirlas.

—¿Les hiciste el mismo tatuaje?

—Ni distingues los colores ni sabes cuándo una mujer te desea de verdad.

Tienes un serio problema, inspector.

Se guardó las fotos en el bolsillo trasero del pantalón. Anotó en su libreta mental que debería mostrárselas a alguien de confianza a fin de determinar cuál de ellas coincidía con la que le había enviado Europol Francia.

—En temas de cama siempre consigo lo que quiero —advirtió Paula, desafiante.

—Conmigo, siempre es nunca.

—¿Y si te diera más *información*? ¿Aceptarías una segunda velada?

—Que no te la quiera meter no significa que no te pueda ayudar, Paula.

La colombiana tenía ganas de hablar.

Coque tomó asiento de nuevo en aquel sofá del vicio.

Paula sirvió más vino. Sin brindis.

—Una vez, el guarro de Camps quiso tirarme los tejos. Me negué, pero lo calmé *facilitándole* unas fotos de *jovensitas* para sus fiestas. Se puso como un loco de contento y me invitó a *senar*. Fuimos a un local del Paral·lel, Can Jaume, ¿lo *conoses*? —Coque asintió en silencio y Paula continuó—: En ese restaurante lo conocían bien y me dijo que allí solía quedar con su amigo el político, el guapo que prefería que se la chupara una niña antes que yo. Y si te sirve de algo, en la pared había una foto de él con el dueño del restaurante. Bueno, además de otras con futbolistas, empresarios de la *siudad* y algún cliente mío también.

—¿Por qué te callaste todo esto?

—No me callé nada. Palma lo sabía todo, le advertí de que estos no solo querían putas jóvenes, querían nenas. Nenas muy nenas. Palma era poli, ¿no? Pues yo ya cumplí y ahora también.

—No hables de él en pasado.

La colombiana lamentó haberlo hecho.

—Un poli *desaparesido* no suele *reapareser*.

—Pues sí que sabes de polis desaparecidos, de repente...

—Sé lo que ocurre en las calles de Cali y esta *ciudad* cada vez se *parese* más a ellas.

«En eso tiene razón», pensó el inspector.

—Pero si lo prefieres, hablo en presente. Palma no es como tú. —Paula se acercó al oído de Coque hasta susurrarle—. Si le toco con un dedo, él no perdona.

—¿Cuánto tiempo hacía que Palma estaba investigando a ese tipo?

El gesto de Coque se enrocó al sospechar que la desaparición de Camps fue una consecuencia y no un caso aislado.

—¡Y yo qué sé! —dijo la colombiana, echándose hacia atrás, molesta por la persistente indiferencia del inspector—. Ya sabes cómo van estas cosas, pegamos un polvo, nos emporramos, hablamos de más y de repente él *empesó* a interesarse por el viejo.

—¿Se interesó a raíz de lo que tú le contaste o fue él quien te preguntó?

—Yo solo hablo cuando me preguntan, cariño.

Coque se incorporó y encaró la puerta.

—No estoy muy puesta en informática —añadió Paula—, de hecho solo consulto los correos electrónicos que me deja algún cliente en mi web. Pero creo que todavía conservo el *mail* en el que Camps me agregó en la lista de sus contactos. No debería haberlo *resibido* nunca, pero en él *aparese* un archivo adjunto que es una fotografía.

—¿De quién es la fotografía?

—Es el cuerpo del guapo con una niña amorrada a su polla.

Los ojos heridos de Coque se abrieron de par en par.

—Necesito esta foto.

—*Fasilítame* una cuenta de correo electrónico.

El inspector tomó un papel del bolsillo y escribió lo que le pedía apoyándose en la pared. La informática y él no se llevaban muy bien, pero si la cosa requería de un técnico, él conocía a la persona adecuada.

Salió de ese piso con un par de fotografías, una promesa de correo electrónico por enviar, la conclusión de que Palma investigaba a Camps antes de que este desapareciera, y una buena noticia para su vida sexual: ya no veía a las mujeres como ratas.

Capítulo 13

Martes 17 de agosto. Noche

La caída del día no le sentaba bien al Paral·lel. Las luces de neón que antaño animaban a cualquier alma en pena y que habían servido de faro de ciudad para los marineros desorientados, eran historia. A Barcelona sus políticos le habían practicado una rinoplastia de mercadillo y parecía cualquier cosa menos la ciudad que Coque había conocido. El inspector se crió frente a las aspas de El Molino, local cuyas entrañas conocía al dedillo. Fue en esas calles del Poble-sec donde aprendió que la vida es una mentira, y que por ellas se bombea la sangre que sostiene la existencia humana. Eran las mismas a las que había regresado tras su desgracia personal, pero ya nada era lo que había sido, y menos ahora que compartía techo con un forense más raro que un perro verde. Solo una mirada benévola y engañada podría determinar que aquel barrio seguía siendo el mismo de toda la vida y que el Paral·lel constituía una de las arterias principales de la Ciudad Condal. Pero Coque ya no tenía esa mirada precisa de laboratorio de la que había gozado, y en honor a su conocida perspicacia concluyó que la ciudad se había ido para no volver y que ni siquiera el jefe del grupo de Desaparecidos iba a ser capaz de encontrarla.

A una manzana de El Molino se encontraba el restaurante Can Jaume. Coque revivió todas las veces en las que a la edad de diez años, y con la finalidad de que los mayores de la familia remataran una comida de domingo, le entregaba a Jaume padre una cacerola para que vertiera en ella siete u ocho cafés. Ya hacía más de una década que Jaume padre había fallecido, fecha en la que Jaume hijo se hizo con el negocio y el local perdió de manera apresurada toda su esencia. En la entrada se exhibían los adhesivos de la Guía Michelin y una larga lista de tarjetas de crédito que evidenciaban, entre otras cosas, que el «bacalao a la abuela» cotizaba en bolsa y que si uno quería comer allí, fuera o no del barrio, debía reservar mesa con seis meses de antelación.

La expresión adulterada de Jaume hijo con los clientes venidos de cualquier rincón del planeta encajaba a la perfección con esa Barcelona despojada de tradiciones y autenticidad. Ya no eran los jugadores del Barça los únicos

conocidos por el resto del mundo. Locales como el de Can Jaume también atravesaban fronteras y pagaban la factura que ello acarrearía: darle un puntapié en el bajo vientre a aquellos con los que se había compartido toda una infancia.

Jaume hijo no disimuló la intranquilidad que le causaba volverlo a ver. El inspector nunca digirió el consejo que años atrás le había dado: «Si quieres comer en esta casa, reserva como todos, a ver si así al menos nos valoras». Coque no iba a cambiar de costumbres. Los dos lo sabían.

—¿Tienes reserva? —preguntó Jaume hijo con sonrisa prefabricada, ataviado con una camiseta negra de diseño que era incapaz de ocultar un cuerpo flácido que ni siquiera el dinero había logrado moldear.

—Cuando quiera pagar a precio de oro los platos mal clonados que tu abuela nos hacía, te lo haré saber. Vengo por trabajo.

Aquellas tres últimas palabras evitaron toda réplica. Con un gesto de mano invitó al inspector a que soltara lo que quisiera por esa lengua maliciosa.

—¿Te suena este viejo? —Le mostró la fotografía de Camps que llevaba en la cartera.

Jaume hijo no necesitó más de tres segundos.

—Sí. Este se mueve con políticos. No sé muy bien a qué se dedica pero llamaba la atención por sus propinas y por las mujeres que solían acompañarlo. Hace bastante tiempo que no viene por aquí. ¿Algo más? Como ves, tengo el local a reventar.

—Has dicho que se movía con políticos. ¿Te fotografiaste con alguno de ellos? ¿Con uno del que se comenta que es muy guapo? —La última palabra la pronunció con mofa y desgana.

El comentario hizo que Jaume hijo consultara en su memoria con la mirada encarada al techo del local. Al bajar la cabeza parecía tener la respuesta.

—Tal vez el hijo del *conseller* de Cultura sea tu hombre. Un tipo guapo al que las niñas de Camps se lo comían —añadió entornando la mirada—. Se llama Daniel; de hecho, está ahí conmigo —dijo señalando una de las fotografías que obraban por encima de la caja registradora, justo en la entrada de local.

Coque se acercó y tomó una instantánea con el teléfono móvil.

—Supongo que el señor inspector ahora me va a dejar trabajar en paz. ¿O es mucho pedir?

Coque leyó una de las cartas del menú de encima del mostrador y sonrió al comprobar cómo las croquetas caseras de la abuela Antonia debían de ser ahora unos amasijos modernísimos fusionados con pollo Coquelet caramelizado a la Montparnasse. «Pamplinas para guiris o pijos de la Bonanova», pensó el inspector.

—Eres el segundo poli que pregunta por esta gente en menos de un año —

protestó Jaime hijo.

—¿Y cómo era el primero?

—Un maleducado, mejorando lo presente, claro. Es que en la academia aún no os han enseñado que resulta poco decoroso llamar «Lola Flores» al propietario de un restaurante con dos estrellas Michelin.

El inspector no pudo evitar sonreír al escuchar la inequívoca miga de pan que Palma le había dejado. Salió de Can Jaime con la convicción de que estaba siguiendo el camino correcto. Pasar por donde lo había hecho su compañero no podía alejarlo de la solución del enigma. A pesar de todo, algo le decía que tal vez era momento de ponerse en guardia. La desaparición de Camps tenía una peculiaridad que no conocían ni Valcárcel ni el comisario Palomares. Fue Palma quien le advirtió de que un amigo suyo quería denunciar la desaparición de un familiar. Coque recordaba que aquella tarde no pasó por la Jefatura y no pudo ver al denunciante. Solo sabía que cuando Palma desapareció, y tras recuperarse de su conmoción cerebral, jamás pudo contactar con el teléfono del denunciante del caso Camps, ni dio con el domicilio que en el atestado figuraba. Y todo por una simple razón, concluyó: aquel denunciante no existía.

Las aspas de El Molino estaban apagadas y no giraban. Apartó la vista de aquel edificio desatendido y abocado al olvido y pensó irremediamente en su padre.

En la taberna apenas se podían contar cinco clientes. Rodri saludó al inspector con la cabeza. «Buena memoria», pensó Coque, «un tío largo, de la calle, como a mí me gustan». Señaló en silencio el libro de Rodri y este asintió.

Media hora después sonaba el «Pipes of Peace» de Paul McCartney al tiempo que el inspector apuraba su cerveza negra. Releyó una vez más la única nota que Palma había dejado para el Tronco. La había escrito un día antes de su desaparición y el texto, aunque parco, podía albergar la solución a esa pesadilla.

«¿Por qué tienes el CD en el hostel? Contesta a mis mensajes del móvil.» Firmaba de manera inconfundible una tal Lola Flores.

«Palma halló un CD en un hostel», recapituló Coque. «Él siempre se pasaba por el forro los mandamientos judiciales y esas chuminadas de derechos constitucionales creados por cuatro pardillos de la vida que jamás se enteran de lo que ocurre en las calles. Entraría en la habitación del hostel sin mandamiento de entrada y registro», pensó. Solo tenía que averiguar de qué hostel se trataba.

Rodri percibió que el inspector no estaba para monsergas. Sin embargo, en el mismo momento en el que Nadia irrumpió radiante, supuso que tal vez todo podía cambiar. La mirada dañada del inspector fue decomisada por la presencia de la cardiocirujana. Se reconocieron al instante y se regalaron un par de sonrisas

cortadas por el mismo patrón. Rodri se limitó a nutrir de cebada aquel encuentro de dos almas perdidas.

La noche agonizaba y el inspector y la cardiocirujana siguieron bebiendo, alternando palabras con doble sentido, silencios y miradas desvergonzadas. Era momento de aplazar las batallas que cada uno de ellos mantenía. En los ojos de Coque quedaba traslucida una escena propia de cine negro. En la de Nadia, una tregua. La persiana metálica de la taberna se desplomó sobre el suelo del Eixample barcelonés, sirviendo de campana para iniciar el asalto de esos dos gatos callejeros. Se despidieron de Rodri con prisas, algo afectados por la ingesta de Guinness. Coque se movía bien por la oscuridad, y aunque la piel de Nadia no era tan blanca como la de Paula la colombiana, era de un riguroso blanco marfil. Y eso facilitaba mucho las cosas a Coque frente a los efectos secundarios de la acromatopsia. Nadia no sabía qué albergaba el más allá, pero sí sabía que en cualquier momento podría encontrar la respuesta. Seguía viva, y en la indecisa boca del inspector encontró esa noche la lengua que necesitaba.

En la calle Margarit las televisiones enmudecieron y dejaron paso a un suave bisbiseo que perduraba como si del eco de un tiempo pretérito se tratase. El forense chateaba en el *World of Warcraft* con una amante virtual que ya tenía rostro. No supo muy bien por qué había tomado aquella decisión. En medio de un tribunal habría alegado que fue culpa del insoportable calor, o tal vez llevar demasiado tiempo solo. Lo cierto es que ante la insistencia por parte de Almina para que el forense le enviara una fotografía, al final accedió. Mintiendo. «Falsificando el contenido», alegaría. Almina recibió la imagen de un hombre curtido, de rostro enjuto pero atractivo, de mirada hipnótica aunque triste. Era una fotografía de Coque. «Es más borde que yo, pero también más resultón», pensó el forense, e hizo coincidir con un solo «click» el final de la noche con el principio de una ilusión.

Capítulo 14

Miércoles 18 de agosto. Mañana

—¿A Nadia? —preguntó Oliver, estupefacto.

—Luego no digas que no te lo dije —anunció Coque, con chulería, antes de abandonar el piso que compartía con el forense, dejando a este traspuesto y en calzoncillos, mientras intentaba cruzar el pasillo dirección al baño. Oliver se lavó la cara con el agua turbia que las cañerías recalentadas dispensaban y trató de digerir lo que su amigo le acababa de decir.

Coque y la luz solar se llevaban como dos náufragos con un solo tablón en medio del océano. Ataviado con una camisa blanca y vaqueros, y resguardado por sus Ray-Ban, decidió enfrentarse a la luminosidad que brindaba la ciudad. Sabía bien qué calles de Barcelona no permiten ni entrada de la luz ni que el código penal se aplique a sus vecinos. Eligió esa ruta de penumbras para llegar hasta la Jefatura. El paseo matinal lo ayudó a recordar una concatenación de escenas con el cuerpo desnudo de Nadia. No le sorprendió su respiración acelerada, antesala de un pensamiento negativo, al tratar de soportar un gatillazo más. «El tiempo lo cura todo», se mintió con amargura. Que él supiera, nadie había creado una tabla de valores en la que se prescribiera cuánto tiempo es necesario para erradicar según qué heridas. La pasión, a esas alturas de la vida, permanecía en el terreno de la ciencia ficción.

El chivato de Hurtado no dio crédito al comprobar que todavía no daban las nueve de la mañana y el inspector Brox ya hacía acto de presencia.

—Buenos días —farfulló Hurtado, obligado.

Coque cabeceó levemente como respuesta. Tomó asiento y encendió el ordenador. Aquel aparato regalado se tomaba su tiempo para arrancar. De no ser por la imperiosa necesidad de consultar el correo electrónico y comprobar en la base de datos si el hijo guapo del *conseller* de Cultura había pasado por algún calabozo español, habría llamado a quien él ya sabía para que le diera toda esa información. Pero hay cosas que es mejor que solo las vea uno. Menos explicaciones que dar. Ninguna.

Hurtado todavía no había aprendido a cómo compartir ratonera con un superior con quien apenas cruzaba palabra y al que le traía sin cuidado su propia existencia. Fingió tener fotocopias pendientes que hacer y se perdió por los pasillos del edificio.

El ordenador que a diario pedía a gritos una jubilación quiso aquel día reivindicar que todavía tenía cuerda para rato. Cinco minutos después le dio al inspector la primera de las respuestas. Paula la colombiana le había remitido por correo electrónico un archivo adjunto que contenía una fotografía, además de un texto conciso: «Conmigo siempre es siempre. Ven mañana a las ocho. Sé que me deseas.»

Coque apartó la idea de esa cita y pinchó sobre el archivo. Una imagen se configuró en la pantalla con una rapidez inusual tratándose de aquel trasto. Lo primero que vio fue el torso desnudo y tatuado de un adulto que se recostaba en la pared de lo que parecía el baño de algún bar. La fotografía se había tomado a una distancia suficiente para descartar que fuera el propietario del torso quien la hizo. Todo indicaba la presencia de una segunda persona que había tomado las precauciones necesarias para dejar fuera de enfoque la cabeza del adulto. El foco principal de la instantánea era el rostro atemorizado de una niña que no alcanzaba los catorce años. El energúmeno tatuado, con la cabeza cortada por el objetivo de la cámara, le estiraba del pelo rubio y liso. El muy perro introducía el pene de manera salvaje en esa boca pueril, diseñada para cosas muy distintas. Coque se retrepó en la silla sin apartar la mirada del monitor. Apretó los puños e inspiró con hondura.

La escena le había revuelto el estómago. Le repugnó la inoportuna tozudez con la que Paula insistía en ese mismo correo electrónico en volverse a ver. «Si ella supiera de mis problemas...» Una vez más había demostrado ser poco inteligente, además de exhibir un menosprecio palmario por la menor violada.

«De una puta solo puedes esperar putadas», corroboró.

Jugando con las combinaciones de Claramunt y Daniel, la aplicación informática halló tres registros. Solo uno de ellos había nacido en Barcelona, lo que dejaba las cosas más claras. Al hijo de papá le constaban dos detenciones. Una de ellas, tres meses atrás, llevada a cabo por la Guardia Civil de Palafrugell por un delito contra la seguridad del tráfico. El guapo de Daniel Claramunt no parecía tan agraciado en la fotografía de reseña policial, consecuencia de haber pasado una noche en las amables entrañas de un calabozo. Las fotografías de detalle a las que se somete a todo detenido revelaban, sin ningún género de dudas, que los tatuajes que cubrían el torso de la fotografía enviada por Paula eran los mismos que aparecían en la reseña policial.

La segunda de las detenciones de Daniel Claramunt aconteció dos años atrás

como presunto autor de un delito de corrupción de menores. El atestado referido llevó a Coque a consultar las detenciones practicadas por el grupo de Delitos Tecnológicos. A Daniel Claramunt lo habían detenido en el marco de una operación nacional contra la pedofilia en Internet. Todo indicaba que se había descargado numerosos archivos desde el domicilio paterno. Por arte de magia o de la divina providencia, los investigadores no lograron encontrar rastro alguno de archivo pedófilo en su ordenador. Limpio como un patena.

Coque exhibió una risa entrecortada y confeccionada desde la más profunda de las indignaciones. «Siempre hay quien se vende y le da a la lengua por cuatro euros de mierda.» Sin embargo, y según acta del propio secretario judicial que daba fe del registro domiciliario, el detenido olvidó en el interior de un PC abandonado un disco duro interno en el que sí repararon los policías. Varios vídeos y fotografías de menores constataban lo investigado. Pero a Coque, sobre todo, le escamó un detalle de esa detención. El que a Daniel Claramunt no se le reseñara, que no pasara por el piano, o lo que es lo mismo, que no le tomaran las huellas en los calabozos.

Desde hacía años existía una orden interna que obligaba a ello así como a realizar las correspondientes fotografías frontales y de perfil de los detenidos y de las marcas o tatuajes que pudieran tener. Sabía que a menudo, con detenidos especiales, bastaba una llamada de alguien de arriba para que se pasaran por el forro aquella orden. Tenía claro dos cosas: que la desaparición de Palma estaba relacionada con Daniel Claramunt y que este había evolucionado. De ser un enfermo consumidor de pornografía infantil se había convertido en todo un productor. Y ello, en el mundo Brox, era imperdonable. Pagaría por ello aunque no sabía de qué modo, pero como afirmaba la colombiana en su correo electrónico: «Siempre es siempre cuando Coque Brox quiere joder la vida a alguien». Tenía un nombre, un apellido, una colección de tatuajes y una foto comprometida de la que todavía podría sacarse más provecho.

«Hay gitanos y gitanos», solía diferenciar Palma. Sobre todo durante la época en la que andaba encoñado con una bailaora de la Zona Franca. La Isa no alcanzaba los veinte años de edad, pero su experiencia vital estaba regresando de donde algunos sexagenarios todavía no habían ido. Era locuaz, vivaracha y no se andaba con remilgos a la hora de decir las cosas. Palma la volvió loca más por sus dotes de cama que por su forma agitanada de hablar, pues de eso la Isa ya estaba saciada. Sin embargo, le atrajo el hecho de que fuera el mismo policía que enchironó a un marido dominante, malcarado y poco considerado con la única que traía el dinero a casa quien la desnudara con la mirada al cruzarse en la sala de los juzgados. Todo ocurrió el mismo día en que su señoría había enviado a

galeras al vil marido. La bailaora le pidió a Palma que la invitara a una cerveza en compensación por la desgracia a la que la había sometido. La desvergonzada sonrisa de esa gitana de curvas imposibles, escote hipnotizante y pecho abrumador hizo que Palma sucumbiera sin necesidad de más artes.

Coque se había citado con la gitana en un bar de la calle Minería. Estaba necesitado de respuestas y ese fue el principal motivo por el que prefirió un rincón atiborrado de recuerdos para ella. Aquella elección solo podía jugar en su favor. Sentada a una mesa cercana a la barra, lo saludó. Era todo un espectáculo a ojos de cualquiera.

—¡Cuánto tiempo sin vernos, Coque! —dijo la bailaora, orgullosa de ser la mujer deseo que era.

—El justo.

—Que *desaborío* que eres. Si ya me lo decía Palma, tres días contigo sin verme y le entraba una mala *follá* que no podía con ella.

El inspector reclamó la atención del camarero, señaló con un dedo la máquina de café y pidió uno solo sin azúcar. A la bailaora no le dijo nada, todavía le quedaba medio cortado por consumir.

—¿Se sabe algo? —preguntó, atemorizada.

El inspector se limitó a negar con la cabeza.

—Entonces ¿qué quieres de mí? Fui de las primeras que interrogaste cuando desapareció.

Coque sonrió.

—Eso no fue un interrogatorio.

—Vale, pues lo que sea.

—Además, poco me aportaste para la relación seria que tuvisteis.

—Vamos a ver, Coque. El chocolate espeso y el agua clarita. —La Isa meneaba todo su cuerpo a cada palabra que emitía. Las manos volteaban en aire a la misma velocidad con que hablaba, como si estuviera vendiendo el último grito en bragas en un mercadillo—. Relación intensa y pasional con Palma, la que quieras. Pero lo de serio son palabras mayores. Te recuerdo que tu amigo tenía una virtud que a la vez es una enfermedad. Andaba *to tieso* la mayor parte del día y eso hace que la metas o te vuelvas loco. —Coque tragó saliva y se cuestionó si algo en él denotaría los problemas de erección que estaba padeciendo—. De modo que no te hagas el *sorprendío* si te digo que después de pegarme tres polvos bien *pegaos*, que soy bailaora y sé lo que me digo, el colega se iba *pa* otra casa y se la endiñaba a otra guarra. Y digo otra, sí, digo otra porque había más, no porque yo me considerara una de ellas, que al fin y al cabo yo sí estaba enamorada. ¿Y sabes por qué hablo en pasado? —se preguntaba ahora con los ojos vidriosos, la voz rota y tragando saliva—. Pues porque el

Palmica está muerto. No sé dónde ni quién lo ha hecho, pero me lo han *matao*, Coque. —La bailaora agarró la mano del policía y con ella se cubrió un pecho—. ¿Notas que estoy *acelerá*? —Coque prefirió no decir nada—. ¿Lo notas o no? — Finalmente el inspector asintió al advertir que el rostro de la Isa empezaba a humedecerse—. Estoy así porque ese hombre me ha vuelto loca y lo quise con locura. Pero a las gitanas no nos pillan por sorpresa. Desde bien pequeña sé cuándo uno de los míos me ha *abandonao* para siempre. Lo han *matao*, Coque, al Palmica lo han *matao* y tú lo sabes. Te lo veo en esa *mirá torcí*a que tienes.

Coque se preguntaba si la bailaora también sabría que esa mirada podrida hacía que la viera como una mulata, y que sus pulsaciones también habrían aumentado desde que sus dedos palpaban aquel pecho tan bien parido. Por un instante barajó la posibilidad de que seguir el rastro de Palma también implicaba probar la carne que él había catado.

—No solo los gitanos sabemos esas cosas, algunos payos también. ¿O no?

Coque recuperó la mano y con ella el sosiego.

—Te di mi teléfono y en todo este tiempo no me has llamado. No me creo que no hayas movido cielo y tierra para saber qué le ha ocurrido —le reprochó el inspector.

La Isa suspiró y se secó las lágrimas de la cara. Apartó el cortado que ya no iba a tomarse e inclinó el cuerpo, y con él sus pechos, sobre la mesa.

—No te he *llamao* porque no estoy segura.

—¿Segura de qué?

—¿Conociste al Tronco? Su confite. —Coque asintió—. Según mi primo José, el hijo del Cadena, él es la clave.

—¿Qué quieres decir?

—Ya sabes cómo va esto, Coque. El Tronco daba información de trapicheos a Palma a cambio de que lo dejara a él en paz. Los polis no tenéis manteca — dijo frotando dos dedos—, y sin *parná* nadie da *na* por *na*. Si no, ¿de qué iba a soltar el Tronco información? Pues eso, que al parecer el Tronco sopló *demasio* y unos colombianos lo amenazaron de muerte. El mierda del Tronco se acojonó y abandonó las drogas. La venta, me refiero, porque le daba a la nariz más que un conductor de grúas nocturnas. Y la coca es muy mala. Te lo digo yo, que la farándula es lo que tiene y una es algo viciosilla. Ya me dirás tú cómo mantener un vicio habiendo abandonado el negocio. —Coque se encogió de hombros—. Según mi primo José, el Tronco se metió en una movida muy chunga, un tema de menores. Parece ser que las nenas jóvenes y la coca dan el mismo rendimiento. *Asín* que busca a ese *hijoputa*, porque al parecer se engancha a *to* lo que vende. Primero a la coca y luego a las nenas. Y cuando digo nenas me refiero a muy nenas. Seguro que metió a Palma en algún *embolao*. Palabra de

gitana, Coque —dijo con solemnidad la Isa, besando el Cristo de oro que parecía ahogarse en su escote.

—Y supongo que ahora me dirás que tu primo el José no sabe dónde encontrarlo.

—Hostal Oropesa, en las Ramblas —informó veloz—. ¿Desde cuándo yo me ando con tonterías, Coque? Allí sé que iba mucho, pero no corras que ya no está. Mi primo José no llegó a más. Si llega a tener placa y pipa ya haría un mes que sabríamos dónde está el Tronco. Bueno, pipa ya tiene, pero la placa es la placa.

—Ya será menos, Isa.

—La placa hace mucho, Coque. *Pa* lo bueno y *pa* lo malo.

—Si tu primo José me trae a Palma, le doy mi placa, mis bendiciones y de paso le quito la pipa. —El inspector se incorporó y extrajo del bolsillo de la americana la siniestra fotografía de Europol—. Dime que no es de Palma.

El rostro de la bailaora se contrajo. Cada segundo de silencio era una esperanza menos. Con pavor, como si el muñón tatuado tuviera vida propia, la Isa giró la fotografía impresa hasta dar con la posición deseada.

—Este tatuaje no es el del Palmica —sentenció la gitana, regalando una sonrisa liberadora—. Que no, que no... El tatuaje es el mismo, Coque, pero el de Palma no era de color rojo. ¿No ves que no es el mismo?

El inspector no se había dado cuenta de que llevaba un minuto sin respirar.

La bailaora, observadora como una gacela hambrienta, constató que aquel hombre deseaba encontrar a Palma tanto como ella.

—¡Madre mía, Coque! ¿Y de quién es el brazo?

—Del Tronco.

—O sea que el Tronco está...

—O eso o actúa en un circo para mancos en Francia.

Coque se arrepintió enseguida de haber facilitado esa información.

—¿En Francia?

—Cosas mías, Isa, cosas mías.

—Madre mía, la que hay *liá* —dijo la bailaora, cubriéndose la boca con la palma de una mano, santiguándose acto seguido—. Si ya te he dicho que el mierda del Tronco era la clave. Y si está muerto, ¿por qué me has preguntado si sabía dónde estaba?

—Tú me lo acabas de decir.

—Mira, Coque, tú siempre me tienes *liá*. No entiendo *na* y menos a ti, que no cuentas *na ni dices na*. Pero te voy a pedir una cosa por si estoy *equivocá* y que ojalá sea así, por mis muertos. Encuentra al Palmica, por favor. Encuéntralo que lo quiero con locura, como a nadie he *querío*.

—Lo haré —dijo el inspector, clavando la mirada en la bailaora.

—Una cosa —pidió poco antes de que el policía abandonara el local—.
¿Crees que yo era su favorita?

Coque la miró a los ojos y se tomó su tiempo.

—A ti te quiso, eso seguro.

Ni el sonido de la máquina de café, ni el estampido de las fichas de dominó sobre las viejas mesas de mármol, ni siquiera las miradas lascivas de los vejesterios del lugar, parapetados con la prensa deportiva dedicada en exclusiva a los últimos fichajes del verano, lograron que la bailaora dejara de escuchar las punzadas de su corazón.

En los barrios a los que no llega ni siquiera el metro, Barcelona parece tener pactado con el ayuntamiento una especie de microclima. Quienes gozan desde sus terrazas de las mejores panorámicas de la ciudad no sufren los efectos que el verano despacha contra el resto de barrios como el Raval, la Barceloneta o el propio Eixample, obstinados en recopilar el mayor número de metros cuadrados de asfalto que el ser humano no necesita para vivir.

En uno de esos sobreáticos ventilados en los que la brisa hacía más agradable el despertar, se encontraba Nadia Blasi todavía secuestrada por los recuerdos de la pasada noche. Bajo un violento chorro de agua, quiso recrearse en las escasas escenas de cama que la madrugada le había obsequiado. Que exista una memoria selectiva no significa que una pueda manipularla. «¿De qué sirve engañarse a una misma? Lo que bien empieza, a menudo termina como el culo.» Se aplicó un suavizante que usaba por primera vez y se aclaró el pelo tal y como indicaban las instrucciones. Para ahuyentar las quejas que se forjaban en la cabeza había descubierto un método infalible: concentrarse en los gestos nimios y rutinarios. Pero todo ocurrió al aminorar la presión del agua. Se volvió con un movimiento brusco en dirección a la puerta del baño al tiempo que el chorro continuaba percutiendo sobre el trapecio. A Nadia le faltaba el aire. Alguien le acababa de comprimir la espalda pese a que allí solo estaba ella. Contra todo pronóstico esa presencia decidió seguir acariciándola. La presión de esos dedos invisibles no se plasmaba en su piel. Solo podía sentirlo. Se desesperó al sentir una mano recorriendo el bajo vientre. Ni siquiera se atrevía a gritar. Su pulso se disparó. Todos sus movimientos eran descoordinados. Abandonó el baño trastornada y resbaló. Se palpó brazos y piernas. Nada roto. Solo un intenso dolor en una de las rodillas. Su respiración entrecortada le impedía pensar. Desnuda y empapada, llegó cojeando al comedor. Recogió acelerada la misma ropa que hacía unas horas le había quitado Coque y salió a la calle.

Sin dejar de llorar, incapaz de mascullar palabra, se supo inepta en lo de lograr aplacar los acuciantes temblores. El portero del edificio se había jubilado

hacía dos años y desde entonces un sofisticado sistema de videovigilancia era el encargado de realizar esas funciones. Empezó un paseo acelerado sin destino y sin sentido. El idioma no contemplaba las palabras adecuadas para ello y fue en aquel momento cuando comprendió la advertencia de Antonio Carrascosa, al indicarle que el diccionario de la vida no dispone de todos los términos necesarios para ciertas experiencias. Nadia se cuestionó si no sería una advertencia de la vida por querer acercarse a la muerte.

Capítulo 15

Miércoles 18 de agosto. Tarde

—Tienes mala cara, Gugle —advirtió Palomares, recostándose en su sillón.

El inspector venía andando desde la calle Minería, sentía arder la planta de los pies y ansiaba poder sentarse. Pese a ello permaneció frente a la bandera nacional, el cuadro obsoleto de un rey que acababa de terminar el servicio militar y la presencia de aquel enano con traje de quien no se fiaba ni un pelo.

—Será por que Figo se ha despedido de la selección de Portugal.

—Sobre el tema de Asuntos Internos —prosiguió el comisario, ignorando el comentario de su subordinado—, quería decirte que me he visto obligado a meterte un cuerno. El dueño de un restaurante del Poble-sec llamó a Valcárcel y le dijo que andabas por ahí investigando lo que no debes. Te he dicho que te olvidaras de Palma unas doscientas veces, creo. Y ¿sabes por qué? Por dos motivos, Gugle. El primero, porque Palma no era trigo limpio. —Coque negaba con la cabeza, con expresión de fastidio—. Sí, sí, no me mires así. Un chorizo en toda regla metido en la mierda. ¿Sabías que recibió en su cuenta corriente una transferencia por seis mil euros de una sociedad llamada Worldrose? Te suena el nombre de la empresa, ¿verdad? —Palomares estampó sobre la mesa una fotocopia de los movimientos bancarios de Palma. Coque ignoró el documento sin apartar la mirada de la del comisario—. A estas alturas me pregunto cuánta información tienes sobre el tema. Y por el bien de la investigación deberías comunicarla a Valcárcel. —El inspector hizo el ademán de replicar, pero el comisario se lo impidió con un gesto de la mano—. Escúchame. No hace falta que se la entregues mirándolo a la cara. Envíale un correo electrónico y zanjamos el tema. Y si te cuento todo esto es para que te enteres de que esta vez va a ser el último dato que manejes sobre esta investigación. —Palomares se tomó un respiro—. Hemos pedido a la juez que prorrogue el secreto de sumario, de modo que a la próxima metida de pata te empapelo. Pero no por la vía de los buenos de Asuntos Internos, no. Te detengo por obstrucción a la justicia por muy inspector que seas.

Coque no se había movido ni un centímetro.

—Deberíais haber comprobado que esa transferencia a la cuenta de Palma se realizó con fecha posterior a su desaparición —replicó, y el inspector contrajo todos los músculos de su cara, esbozando un mohín que fluctuaba del estreñimiento al miedo—. ¿Y pretendes que deje la investigación en manos de unos incompetentes que no saben interpretar ni un movimiento bancario?

—Créeme si te digo que al final todo es por tu bien. Bueno, decir por tu bien tampoco sería ser del todo sincero. Y aunque estés pensando que tengo de sincero lo que Carmen de Mairena de virgen, de verdad que lo hago por ti y los tuyos, aunque es evidente que parece que los tuyos te la traen floja.

El jefe del grupo de Desaparecidos apretó los puños

—De hecho, hace mucho que te la traen floja, ¿verdad? Llevas años en el Cuerpo, ya no estás para según qué, y nuestro futuro en esta ciudad no pinta bien. Con tu problema de salud es momento de que te dediques a otra cosa. ¿Qué tal vender cupones, Gogle?

Coque permaneció inmóvil, tratando de no emitir ni una mueca de desagrado, ni un suspiro. Por una vez estaba dispuesto a controlarse. Aunque el comisario no mentía cuando afirmaba que lo hacía por los suyos, sí fantaseaba con el hecho de que Brox se atreviera a soltarle un sopapo y obtuviera así las armas legales para echarle el guante. Todo estaba preparado. Palomares lo encabritaba, él reaccionaba y entonces Valcárcel asomaba desde la puerta entornada por la que se accedía al pequeño habitáculo donde solía enclaustrarse la secretaria del comisario.

Una buena nota informativa dando cuenta de la agresión con un testigo de la escala ejecutiva con más de ocho trienios sobre sus espaldas, además de múltiples condecoraciones. Motivos suficientes para que le metieran un buen paquete. Pero si la información es poder, mucho más lo es cuando esta es fresca como el agua de un manantial. Y es que el bueno de Jalil, cinco minutos antes de que Coque se adentrara en Jefatura, le advirtió de que Palomares iba desesperadamente en su busca y que Valcárcel estaba en el despacho. Coque no divisó al jefe de Homicidios cuando accedió a la cueva de aquel enano atiborrado de galones.

Tampoco es que le fuera de mucha ayuda la extrema luminosidad de la estancia, sobre todo para fijarse en algún detalle y así valorar realmente la situación. Sin embargo, su olfato permanecía indemne, incluso más agudizado, al igual que el resto de los sentidos, desde que aquellos ojos decidieron ofrecerle la versión más pobre de la vida. Desde el mismo instante en que franqueó la puerta, había distinguido la presencia de dos fuertes olores: el de la ropa impregnada de sudor, pese al esfuerzo de haber dedicado unos segundos a rociarse con desodorante de la marca Hacendado, el característico tufo con el

que Palomares empapaba los rincones de Jefatura durante los meses de verano, y el de Valcárcel, una mezcla de olor a colonia barata de bebé envuelta en una bolsa de nicotina; nicotina de la mala, de la que no perjudica seriamente la salud, sino que la aniquila, la de quien la consume y la de quien la comparte a diez kilómetros a la redonda. «El olor de quien no aceptando la soledad impuesta por la vida, hacía uso de una colonia del hijo que nunca iba a tener», concluyó Coque con una sonrisa maléfica.

—¿Se puede saber de qué cojones te ríes ahora? —preguntó el comisario, descolocado.

—Parecéis un par de cómicos españoles de los años setenta. Sois patéticos. Dile al soplapollas que ya puede entrar al despacho porque si va a haber una hostia, te aseguro que volverá a ser para él.

—¡Largo de aquí, Coque! —gritó Palomares, dando tal manotazo sobre la mesa que hasta el monarca de la fotografía parecía haberse sobresaltado—. Date por jodido. Te doy mi palabra.

—No soy yo quien...

—¡Fuera!

—Patéticos —repitió Coque poco antes de abandonar aquel despacho reconvertido en un tribunal improvisado y creado con el único fin de echarlo de la policía.

Coque envió un correo electrónico a Europol Francia remitiendo la filiación completa del Tronco, advirtiéndoles de que con toda probabilidad él era el propietario del brazo descuartizado que habían fotografiado. Les preguntó en qué fecha fue hallado el miembro, a fin de poder obtener otra respuesta que lo ayudara a descartar la posibilidad de que se tratara del brazo de Palma. Se encargó de dejarles bien claro que el jefe de Homicidios, el inspector Valcárcel, estaba a su disposición, y facilitó como vía de contacto su propio teléfono móvil. En el correo electrónico también les recordaba que se estaban practicando todas las gestiones necesarias tendentes a la localización de algún familiar del Tronco, a los efectos de proceder a su reconocimiento así como el cotejo de sus respectivos ADN. Ganar tiempo era primordial.

Necesitaba saber qué fue lo que halló Palma en el hostel Oropesa de Mar. Los últimos días del Tronco eran la clave de todo, de manera que aquel lugar había pasado a convertirse en parada obligada, incluso para un inspector de policía prácticamente expedientado. Aquel pensamiento hizo que las glándulas suprarrenales secretaran una ínfima cantidad de adrenalina. La suficiente para que levantara el culo de la silla y se dirigiera sin más dilaciones hasta las Ramblas de la ciudad, donde un aire de levante lo ayudó a reconciliarse un poco

más con la vida.

El inspector colocó la placa a escasos centímetros del recepcionista y pronunció tres palabras:

—Libro de registros.

El joven recepcionista era más bien flaco y sobrepasaba el metro noventa. A ojos del inspector iba ataviado con un pantalón tipo babucha color gris perla, una camiseta negra de tirantes y varios aros que le atravesaban los orificios nasales y «quién sabe si alguno más», pensó. Extrajo un libro del mostrador y se lo puso delante con un gesto de cierto desdén. Coque consultó las fechas en las que Palma pudo haber visitado el hostel. Después de adaptarse a la pésima caligrafía con la que se habían rellenado las fichas de hospedaje, localizó el nombre del Tronco en la habitación 206.

—Dame la llave de la 206 —exigió Coque.

—¿Tiene una orden de entrada, agente? —logró articular titubeante el joven con apariencia de pijo del barrio de Sarrià convertido al Islam.

—¿Qué capítulo de *Corrupción en Miami* te perdiste, chaval?

—No sé de qué me habla —respondió el recepcionista, poniendo la misma cara que un político imputado cuando responde ante un juez.

—De los años ochenta. Buena música, buen cine...

—Mis padres aún eran vírgenes en esa época.

—No te preocupes, deja que te cuente. —Coque invadió el espacio que los separaba y le habló —. Mira, hay un episodio en el que un recepcionista de hotel, tan alto y tan saco de huesos como tú, no deja entrar al poli en una de sus habitaciones. ¿Y sabes qué le hace el poli?

El pijo convertido se lo pensó dos veces antes de emitir una respuesta.

—Los productores de la serie decidieron no emitir ese episodio. Lo tacharon de cine *gore*. Eso sí que sabes lo que significa, ¿verdad? —El joven asintió—. Si no recuerdo mal, la escena tenía que ver con culos y cañones de pistola. ¿Quieres ver el cañón de la mía?

El recepcionista negó con la cabeza y sacó del casillero una llave que llevaba inscrito el número 206.

—Bajaré antes de cinco minutos. Durante ese tiempo vas a echar un vistazo a la fotografía del DNI que os dejó este tío —ordenó el inspector, señalando el libro de registro—. Y me vas a dar todos los detalles que recuerdes. Y los que no también.

—Apenas lo conozco. Me acuerdo de él porque siempre la estaba liando y el resto de huéspedes no dejaban de quejarse. Y porque siempre iba enchufado; de coca, me refiero.

—Sé a qué te refieres —respondió el inspector, hastiado.

La visita a la 206 no le aportó nada. Salvo constatar que desde un segundo piso las Ramblas parecen otra cosa. La arboleda que servía a ras de suelo para que se recostaran los paquistaníes que vendían latas de cerveza, o los *trileros* que fingían estar de paso cuando alguien gritaba «agua», desde esa perspectiva dotaban a la emblemática calle de cierta majestuosidad. «Como todo en la vida, depende del lugar desde el que la miras», pensó Coque. Sintió cierta lástima por los Mossos d'Esquadra, que en breve patrullarían esas calles. «Son como aquel buzo que sonríe a la cámara sin darse cuenta de que a su espalda empieza a formarse el tsunami. Aunque bien pensado, si ellos son ese buzo, nosotros somos el fotógrafo.» Y ya no había tiempo para esquivar el tsunami social que se aproximaba.

De regresó a la recepción, el pijo de rostro exangüe le tenía preparada una bolsa de deportes.

—Solo hay ropa y un neceser. Dejó a deber dos meses, y eso que la última vez que lo vi lo recogió un Audi grande, de esos que llevan antenas oficiales —informó obediente el recepcionista.

Coque prefirió comprobar por él mismo qué había en la bolsa. Un par de camisas hawaianas responsables de darle al Tronco el aspecto de narcotraficante cubano al que hizo mención la colombiana, una caja de preservativos sin abrir y un raquíptico neceser. No había rastro alguno de una cámara de fotos o de cualquier otro artefacto susceptible de poder utilizarse como tal. El archivo que Palma vio ya no estaba.

Su compañero no era uno de esos policías que se dejan la prueba de un delito y se conforman con tener la información. A Palma le sorprendían muy pocas cosas, y si mencionó la fotografía de la nena en el libro de Rodri, tenía que ser importante. «¿Y si la foto fuera el motivo por el que alguien decidió darle pasaporte a Palma? ¿Y si lo trascendental de toda esa historia era la nena? Una fotografía como la que tengo del hijo del Conseller es una patata muy caliente, salpica a muchos y su valor es inestimable. Gobernantes y opositores, o lo que es lo mismo, cloacas y ratas. No importa quién sea quién, ambos son la misma cosa.»

—¿Seguro que no os quedasteis nada? —interrogó Coque, esta vez con cierto tono paternalista.

—De verdad que no, agente.

—Inspector.

—Inspector —rectificó obediente el pijo convertido.

Coque encaró la salida.

—Oiga, inspector. ¿Usted no sabrá el nombre de ese episodio de *Corrupción*

de Miami? Es por si me lo descargo por el eMule.

Coque le dio la espalda y regresó a las Ramblas, donde presencié la triste imagen de un tipo orinando sobre uno de esos árboles majestuosos que al nivel de la calle nadie sabía apreciar.

Capítulo 16

Miércoles 18 de agosto. Noche

Si Oliver hubiera escrito un diario personal, aquel día se lo habría saltado, como si no hubiese existido. Durante la mañana se vio obligado a realizar la parte de trabajo que más aborrecía: explorar a personas vivas en el juzgado. Con los muertos todo era más fácil. Siempre había preferido el monólogo al diálogo, en este último puede haber sorpresas, y las detestaba. En un despacho adjunto al juez sustituto, más preocupado en dejarse admirar que en rebajar el número de causas pendientes, desfilaron ante el forense una curiosa amalgama de personajes.

Había allí detenidos a los que se les acababan las ideas para postergar su ingreso en prisión, jurando padecer enfermedades que todavía no existían; también policías que para justificar la detención por resistencia de un drogadicto identificado en pleno mono exageraban el dolor de unos hematomas invisibles; y cuatro mujeres maltratadas por sus maridos que deambulaban por la sala con sospechosa indolencia. Dos de ellas se quejaban de maltrato psicológico mientras masticaban chicle, tomaban cafés de máquina y compartían carcajadas, al tiempo que las otras, las más taciturnas, no podían evitar que en sus miradas se trasluciera lo que sus bocas sellaban.

Tras el maratón en sede judicial se acercó hasta el restaurante Els Quatre Gats, más rodeado de guiris incapaces de dejar de gritar mientras almorzaban que del aura bohemia que en su día tuvo el local. Eligió como postre un café con hielo en lugar de un flan casero y, después de abonar el precio justo por aquel menú correctito, se adentró en las entrañas del metro. Al escalar el vomitorio de la estación del Paral·lel, la calima que ascendía por el puerto le cayó como una losa. Resolvió que no había mejor lugar para refugiarse del calor que convertirse en Delas.

En el juego no había una meta concreta. Tal vez en ello estribaba el secreto, la fórmula de su adicción. Estaba configurado para que nunca se acabara. Y esa sensación de participar en un mundo interminable le tenía prendado. Eso y el hecho de haberse convertido en toda una referencia y tener incluso hasta

seguidores. El juego permitía a los participantes chatear entre ellos y, desde hacía un tiempo, cada vez que Delas asomaba por esas lindes, no eran pocos los que querían interactuar con él.

Poco antes de que Coque perdiera a su hijo, el forense estuvo a punto de pedir ayuda profesional. Temía los espacios abiertos con aglomeraciones, los restaurantes repletos de gente y los transportes públicos; en definitiva, temía el exterior. Rara vez salía de su casa y cuando lo hacía era para encerrarse en la sala de autopsias, llegando incluso a fingir resfriados mal curados los días que tenía que desplazarse hasta los juzgados. Sufrió ataques de ansiedad, episodios de hiperventilación, debilidad en las piernas y constantes pensamientos negativos y catastróficos. A diario pensaba en la muerte. La agorafobia invadió su vida de manera contundente y, pese a que siguió algunos de los consejos que leyó en Internet, ninguno le sirvió. El dolor experimentado en el mundo real le trastocó la mente, y los síntomas no eran más que gritos de supervivencia.

El día que realizó la autopsia al nene, necesitó respirar el aire de las calles, sentirse rodeado de gente viva que le rozaran la espalda aunque fuera en un vagón cualquiera del metro. Esa misma noche en la que Coque trataba de entender cómo había sucedido la desgracia que lo acompañaría toda la vida, el forense zanjó su agorafobia comprando dos horas de cariño simulado y de besos reconfortantes, aunque trillados. Lo cierto era que Coque nunca supo del verdadero motivo por el que aceptó compartir piso con él. Quizá fuera el modo más eficaz de asegurarse de que no regresaría a ese infierno callado, a ese rincón de la mente donde podría verse atrapado y no salir jamás.

El tiempo había pasado, pero el miedo a morir persistía. Por ello necesitaba preguntarle a Coque cada mañana si no tenía la sensación de que aquel día iba a morir. La negativa de su compañero de piso, que afirmaba convincente que cuando ello ocurriera él lo sabría, aplacaba los pensamientos más autodestructivos del forense. Llegó a convencerse de que estas cosas se saben: «Si uno ha de palmar, el cuerpo te lo hace saber. Distinta cosa es querer escuchar la señal o hacer oídos sordos». La enfermedad parecía haber remitido y quiso creer que durante ese mes de agosto su adicción estaba bajo control. Y aunque aquel término no casaba con ninguna dependencia, servía de placebo para enfrentarse a esa pérdida del mando de su vida. Si aquella tarde pasó más de dos horas frente al monitor, fue por Amina, se engañó. Al ver que ella no asomaba por esas lindes digitales, dejó de responder a todos los admiradores y regresó a la vida real.

La noche asomaba por la ventana de la habitación y el rumor a platos y cubiertos ajenos empezaba a ser la banda sonora de la calle Margarit. Salió al balcón y comprobó que el bochorno había decidido rendirse. Sonrió al verse

prendado por aquel aroma vecinal en el que predominaba la tortilla de patatas con cebolla y las sardinas fritas, y se sorprendió calculando cuántos años habían pasado desde que solo se escuchaba en la calle un mismo canal de televisión, a lo sumo dos. «Es lo que tiene un mundo global», concluyó.

Oliver abrió la puerta de la habitación de Coque y comprobó que su compañero de piso todavía no había llegado. «¿Trabajo? ¿Nadia? Siempre he sido un tipo lento, ¿de qué me quejo? La vida no es de los que dudan.» Pulsó el interruptor de la luz y volvió a sentirse acorralado por la tristeza ante la representación exacta de cómo veía el mundo su amigo. Una cama de matrimonio cubierta con una fina sábana negra ocupaba gran parte del espacio. Una foto del pequeño ausente al que el forense jamás oyó hablar, ni tampoco reír. Un armario que solo albergaba americanas negras, vaqueros y camisas blancas. Una mesa azabache sobre la que descansaba un ordenador portátil y una carpeta del Ministerio del Interior en cuya portada rezaba el nombre de «Operación Camps». En el caso de Coque, en dichas carpetas siempre cabía la misma esperanza, pensó el forense: encontrar a quien había desaparecido. En su caso nunca había nada que esperar. Tal vez un informe objetivo, exento de opiniones personales, que en ocasiones incluso terminaba perjudicando al muerto. «Ni muertos los dejamos en paz.»

Salió de aquel búnker emocional y llamó a Nadia. Necesitaba saber más. Era su amiga y tenía el deber de protegerla. La cardiocirujana no se anduvo con chiquitas y le respondió de manera inesperada.

—Tengo miedo.

—¿Dónde estás? Se oye jaleo —dijo el forense, preocupado por el tono de su amiga.

—En la taberna de Rodri.

—¿Qué te ha pasado?

—Ven.

Rodri no acababa de interpretar qué estaba ocurriendo. Nadia y Oliver se alejaron de la barra y tomaron asiento sobre un par de taburetes hindúes. El viejo camarero era capaz de saber qué quería una mujer solo por el modo en que ella se acomodaba. Muchos años en la hostelería dedicados a dar palique en horas intempestivas. Esa no era una cita entre amigos con pretensiones de cama. Ni tampoco era una de esas cervezas compartidas entre compañeros de trabajo con miedo a regresar a una casa vacía, o lo que es peor, mal habitada.

Aquella noche Nadia había llegado a la taberna temblorosa y abatida, con la mirada exhausta de tanto llorar. Con un hilo de voz le suplicó que le hablara de las experiencias cercanas a la muerte. Le dijo que estaba segura de que él era la

persona adecuada y que se dejara de estupideces. Sin embargo, ningún libro de autoayuda, de los tantos que había devorado, le sirvió de nada al escuchar de la boca de Nadia eso de «déjate de estupideces». Cualquier libro de esos le indicaría que no tuviera en consideración esas palabras, que el lenguaje suele lastimar más que las intenciones. Pero Rodri, herido en su orgullo, le sirvió un gin-tonic, se desplazó hasta el extremo opuesto de la barra y ojeó uno de esos libros cuyo contenido acababa de olvidar.

—¿Sabes si nos ha pasado solo a nosotros o a alguien más del hospital? — quiso saber Oliver después de escuchar la experiencia vivida por la cardiocirujana en la ducha de su apartamento.

—No lo sé.

A Nadia el pulso le jugaba una mala pasada y parte del gin-tonic le cayó sobre la barbilla. Dejó escapar una risita ahogada.

—Deberías irte de viaje.

—No me apetece. —«Coque», pensó el forense—. Quiero consumir ciudad. Barcelona es algo más que el trayecto diario de casa al hospital y que esta taberna.

Nadia dirigió una mirada fugaz a Rodri.

Oliver no sabía qué decir. Ya había pasado por dos experiencias parecidas y no había encontrado respuestas ni siquiera para él mismo.

—Desde que Antonio Carrascosa me narró su experiencia cercana a la muerte me suceden cosas raras —confesó Nadia—. De repente, es como si el resto de las cosas terrenales no me preocuparan mucho y solo tuviera interés en saber qué hay más allá. ¿A ti no te pasa?

—¿Por qué te crees que me hice forense? Para ver si algún cadáver se decidía a contarme algo. Llegué a creer que alguno terminaría yéndose del pico, así yo escribiría un libro con mis testimonios embalsamados y se convertiría en un *best seller*. Entonces, con la pasta que ganara, además de saber qué hay más allá, también sabría qué hay más aquí.

Nadia rio con ganas y terminó la copa.

—Al menos he conseguido que te rías.

—Creo que... —Nadia volvió a dirigir la mirada a Rodri y obtuvo de él la misma reacción—. Creo que la muerte nos está queriendo decir algo, Oliver.

Rodri bajó la persiana metálica y subió las escaleras por las que se accedía a su santuario privado. No se podía recorrer medio metro sin que una instantánea decorara las paredes. En una de ellas, él tenía veinte kilos menos y abrazaba a una mujer embarazada. En otra, los mismos protagonistas jugueteaban con un niño que rondaba los cinco años. Sin embargo, la mayoría de las fotografías

contenían capturas de aquel niño y de un hombre. Se trataba de un rubio corpulento, cercano a la treintena, risueño y con una aguda mirada azul. Rodri, aquel hombre y el niño acaparaban todos los rincones de la alcoba. Al tabernero no le gustaba acostarse con un pensamiento negativo o con la sensación de que el día no había sido como a él le habría gustado. Costumbres que había aprendido de los orientales. Y una idea no dejaba de percutirle la conciencia: Nadia merecía algo más que su silencio.

A la ciudad le sentaba bien la madrugada. Nadia se acomodó en el taxi y apoyó los brazos sobre la ventanilla trasera, sonriendo a unas calles vacías y sumisas. Cuando el vehículo cruzó la avenida Diagonal, la temperatura descendió. El Tibidabo estaba iluminado y se erguía como un faro en alta mar. Una pareja de jóvenes no se decidían a besarse a la orilla de un portal. Echaba de menos esas escenas en su vida, la madurez era una aguafiestas. Acababan de dejar atrás la parada del metro de Penitents cuando el móvil vibró en el interior del bolso. Había recibido un mensaje de texto. «Si es Coque, le digo al taxista que cambie la dirección. Todos merecemos una segunda oportunidad», pensó ilusionada. Al consultar el remitente descubrió que se trataba de un teléfono oculto.

«Cala Canyelles, 25 de agosto a las 22 horas. ECM.»

Que el mensaje contuviera las siglas de experiencia cercana a la muerte la inquietó. El taxista llegó al destino y detuvo el vehículo en la serpenteante calle, pulsó el contador de tarifas y exigió la cantidad marcada. La cardiocirujana pagó con parsimonia y abandonó el vehículo con temor a enfrentarse a otro suceso infame. Al franquear la puerta de la vivienda, un mural de luces parpadeantes la recibió desde su terraza, recordándole que la ciudad siempre termina hurgando en la herida de las almas solitarias.

Capítulo 17

Miércoles 18 de agosto. Noche

Tras la separación de su mujer, Coque solía llevar consigo dos juegos de llaves. Uno, el del piso de la calle Margarit: el otro, el del apartamento del Aspas, un músico jubilado que había formado parte de la orquesta de El Molino cuando por él circulaban los mejores culos de Barcelona. Para aquel entonces los músicos tenían como lugar de trabajo el minúsculo hueco que obraba bajo el escenario. Hasta seis tipos armados con toda clase de instrumentos de aire, cuerda y percusión llegaron a introducirse en aquel agujero del que emanaba el célebre tema con el que clausuraban la función a diario.

En una ocasión, solía contar el Aspas cuando llevaba alguna copa de más, a poder ser coñac Soberano, a uno de los músicos le dio un soponcio en el agujero. Nadie dejó de tocar, lo tumbaron sobre las rodillas del resto de compañeros y continuaron con sus partituras. Tarea imposible era sacarlo sin que se formara una buena entre el público asistente. Presumía el Aspas de saberse todos los himnos nacionales del planeta y de que si algún representante político de un país extranjero visitaba el local, la orquesta improvisaba su himno y con ello se ganaban más favores que con cualquier reunión entre ministros de Exteriores. El Aspas era el trompeta de la orquesta y con la llegada de la tecnología no tenía sentido, a criterio de la dirección de El Molino, mantener aquellos seis sueldos. Así que todos los músicos se vieron en la calle cuando todavía no existían las ayudas sociales a españoles que nunca habían cotizado, ni tampoco extranjeros ilegales que terminaran con ellas. A modo de subsistencia el Aspas tocó en paradas de metro olvidadas, en tugurios de la ciudad regentados por viejos amigos desmemoriados, e incluso en alguna que otra boda en la que había de todo menos amor.

Y fue justamente en un enlace matrimonial en el que la mirada de la novia buscaba con avidez la de su reciente cuñado, cuando el Aspas interrumpió una pieza de John Coltrane y decidió que sus días como músico habían terminado. Los recuerdos de su paso por El Molino hicieron mella en él. Había sido su particular universidad y también su hogar. Allí echó el primer polvo salvaje y el

último como hombre enamorado. Ese diminuto teatro donde se trabajaba todos los días sin descanso y nadie osaba pedir vacaciones por miedo de que al volver ya hubiera otro en su lugar, persistía en su memoria y no tenía la más mínima intención de marcharse.

El Aspas era un hombre de edad indeterminada, pero hacía tiempo, mucho tiempo, que había cumplido sesenta años. Se le conocía en todo el barrio del Poble-sec por su mote, otorgado en sus días por ser él la verdadera columna vertebral de El Molino. A menudo un escenario no se sustenta solo por los artistas o el talento de la dirección. La mayoría de las veces el factor humano es determinante. Hacer reír a quien viene con ganas de llorar antes de salir a un escenario no es un trabajo reconocido ni mucho menos bien pagado. El Aspas fue el trompeta de El Molino, pero también podría haber sido el psicólogo de muchas de las vedetes. Y ya se sabe que sin aspás un molino no tira. En su mirada del color aguamarina podía encontrarse, si uno sabía buscar, la bondad de un hombre incapaz de lastimar a nadie; a nadie que contara con nombre y apellidos, «las empresas son otra cosa», argumentaba ante Coque cada vez que este lo increpaba por haber atacado una web oficial, bloquear cuentas de una mercantil o convertir en zombi cualquier ordenador que se le antojara. Porque detrás de ese cuerpo enjuto que no alcanzaba el metro setenta, de ese pelo cano que corto y encrespado retrataban su verdadero carácter, y de esa sonrisa orgullosa de conservar todos los dientes, se escondía un verdadero hacker.

«La trompeta me enseñó qué es la vida, los ordenadores me ayudan a no vivir de mis recuerdos», repetía a modo de letanía al menos una vez por semana. «Si en tu presente solo hay recuerdos, es que ya te has muerto. Aunque respires.» El Aspas siempre presumía de haber ganado su pequeña guerra particular. Un buen día, sin avisar, la tecnología le robó lo que más quería. Desde el momento en que aparcó la trompeta en el estuche raído de piel negra que guardaba debajo de la cama, decidió aprovecharse de aquel enemigo emergente. Quería ser algo más que un informático. La calle y los nietos de los amigos se convirtieron en su particular escuela. Aprender inglés fue un suplicio, sin embargo el lenguaje informático tenía algo de musical. Años después, mientras Coque no atinaba a configurar la cuenta de su correo electrónico, el Aspas debatía en foros de Internet las ventajas de utilizar ataques de inyección en lenguaje XSS para poder sabotear la web de un partido político en las vísperas de unas elecciones generales.

Que el inspector tuviera un juego de llaves del piso del Aspas no significaba que fueran frecuentes sus visitas, a pesar de que el inmueble se ubicara en la Ronda de Sant Antoni, a escasos cinco minutos del piso que compartía con el forense.

Cuando Coque llegó al piso se percató de que la puerta no estaba cerrada. La empujó con un solo dedo y un aroma familiar le dio la bienvenida. El Aspas no solía acostarse antes de las dos de la madrugada, consecuencia de su pasado bohemio. Que a esas horas de la noche el piso estuviera a oscuras no era una buena señal. La posibilidad de que se hubiera acostado a esas horas era remota. Coque desenfundó el arma y resolvió aprovechar la oscuridad en su favor. Además de ser acromatópsico conocía el piso al detalle. En el estómago empezó a gestarse un malestar inevitable. Con la respiración entrecortada y docenas de imágenes de otros lugares con otros protagonistas cuya vida terminó mal, se apresuró a registrar todas las estancias.

Al cabo, constató que el Aspas no estaba en casa. Recuperó la respiración y le dio al interruptor del comedor. Todo parecía estar en orden dentro del habitual caos en el que vivía aquel músico loco. Pensó en llamarlo, pero no tardó en recordar que él nunca utilizaba el teléfono móvil. «Estoy en la red, allí me encontrarás», solía decirle el viejo. Pero quien no estaba en la red era él, de modo que volvió a apagar la luz y se dejó caer sobre el mismo sofá donde había crecido. Pese a poner su empeño en mantenerse despierto, el sueño lo alcanzó mucho antes de lo previsto.

No eran todavía las siete de la mañana cuando el crujir de la vieja escalera lo despertó. «El Aspas», pensó Coque, atónito al descubrir que había dormido durante seis horas seguidas. El ruido de la cerradura confirmó las sospechas. El Aspas se cubría el pelo cano con una gorra del Barça e iba ataviado con unas bermudas de aspecto militar, un polo de color gris y unas chanclas de playa, y de un hombro le colgaba una bolsa de deporte. Era la viva estampa del jubilado que ha madrugado para hacerse unos largos en la piscina municipal del barrio. Pero en su bandolera portaba un ordenador portátil de última generación y una amalgama de *software* malicioso capaz de llevar a cabo importantes defraudaciones sin dejar rastro. «Viene de hacer de las suyas», concluyó Coque en cuanto lo vio. Pero ese era el trato. «Yo me callo, tú me ayudas. Tan sencillo como práctico, tan arriesgado como beneficioso. Cuando la ley te joda, búscale la vuelta, Coque.» Palabra del Aspas.

—¿Cuánto hace? ¿Un mes y medio? —lamentó el Aspas, dejando caer su bolsa con delicadeza.

Los dos hombres se dieron un abrazo.

El policía parecía otro ante aquel músico reconvertido. La alegría contenida por volver a verse era mutua.

—Te has dejado la puerta abierta.

—¿En serio? Es una mierda hacerse viejo, Coque.

—¿Vienes de pescar? —preguntó el policía con malicia.

—Según cómo lo mires. —El Aspas no podía ocultar su cansancio, los años lo trataban bien, pero eran incapaces de hacer milagros. Se arrellanó sobre el sofá y le devolvió la sonrisa a Coque—. Cinco minutos y preparo café, estoy hecho polvo.

—Ya lo preparo yo.

El inspector se dirigió a la diminuta cocina que formaba parte del salón.

—¿Visita de cortesía o visita oficial?

—Ambas.

—Por una visita de cortesía no me habrías esperado toda la noche. ¡Qué más quisiera yo que así fuera!

—Los años te ablandan.

—Sabes que no son solo los años. Me duele verte así.

Coque preparó el café. Usó los cacharros necesarios y prolongó la tarea con tal de evitar preguntarle qué quería decir con lo de verlo así. Se extrañó de que un amante de la informática y la tecnología usara cerillas del neolítico para encender los fogones. Por otro lado, todo el piso era un homenaje a los años setenta. Solo un par de libros relativos a vulnerabilidades de las webs y algún que otro artilugio informático constataban que vivían en el año 2004.

—¿Qué necesitas? —continuó el Aspas.

—Una vez me contaste que de una fotografía digital se puede extraer mucha información.

El Aspas sonrió satisfecho sin abrir boca.

—Se trata de una fotografía en la que están violando a una menor.

—No me jodas, Coque.

—Tengo que saber quiénes son los hijos de puta que están detrás de todo.

—¿Qué tiene que ver esto con los desaparecidos?

—Palma.

—¿Todavía no hay noticias de él?

Coque negó con un movimiento lento.

—¿Dónde la tienes? —preguntó el Aspas, y el inspector le entregó una memoria USB. En un visto y no visto encendió el ordenador portátil e insertó el dispositivo. Abrió el archivo que contenía una fotografía y el semblante se le tensó—. Hijos de puta. Veré qué puedo hacer. Tengo el *software* adecuado, pero ya sabes que a veces la informática no nos da lo que necesitamos. Por ejemplo, el abrazo de un hijo. —Pronunció esa última frase clavando los ojos sobre los de Coque.

—También necesitaría el listado de coches oficiales de los que disponen los *consellers* de la Generalitat —continuó impassible el policía, rehuyendo la mirada de quien tan bien conocía.

—¿He oído lo que he oído? El señor inspector defensor de la Constitución y de la madre que la parió, ¿me está pidiendo que vulnere la seguridad informática de toda una Generalitat?

Coque permaneció callado, casi avergonzado. Si había alguien ante quien pudiera llegar a ruborizarse, ese era el Aspas.

La cafetera empezó a silbar y el policía la retiró del fuego.

—A mí ponme el café en la taza marrón, la gris oscura para ti —pidió el Aspas—. Un día de estos las tiraré a la basura, no las soporto.

Coque tardó una eternidad en decidir cuál de las dos tazas era la marrón. Aquel gesto no pasó inadvertido al Aspas. Al cabo, el policía se decantó por una de ellas y en esa no añadió el azúcar. Después sirvió los cafés.

El Aspas se pasó una mano por la nuca. Coque conocía aquel gesto. Algo preocupaba al viejo trompetista.

—Pensaba que jamás me pedirías algo así —lanzó el Aspas tras ingerir el café de un sorbo, a pesar del humo que nacía de la taza.

—Tengo una intuición.

—Seguro que estás en lo cierto, como siempre. Y yo tengo otra. —Coque se encogió de hombros—. Creo que te pasa algo en los ojos.

—¿A qué viene esto?

—Naciste daltónico, pero me preocupa que ya no distingas el marrón del gris oscuro. ¿Qué te ocurre, Coque?

—Nada —respondió sin convicción—. Tras el golpe y mi convalecencia, a veces me falla la vista.

—¿Ya te ha visto un profesional?

El inspector asintió.

—¿Y?

—Entonces ¿qué datos podrás extraer de la fotografía?

El Aspas suspiró ante tanta tozudez.

—Déjame que descanse unas horas y en cuanto me levante te daré la marca y modelo de la cámara utilizada, la fecha en la que se realizó, quién sabe si el lugar exacto y tal vez, si no han sido muy precavidos, hasta un nombre. Ventajas de la fotografía digital.

—También necesitaría que obtuvieras la contraseña del correo electrónico del cabrón que aparece en la foto.

El Aspas le acercó un pequeño bloc de notas y un bolígrafo. Coque escribió el correo electrónico del hijo del Conseller, obtenido por cortesía de la colombiana. El viejo solo prestó atención al dominio que integraba el correo electrónico, el nombre de usuario era lo de menos, aunque en esa ocasión no lo fue. Sin apartar los ojos de la pantalla, musitó:

—Este correo... No estoy del todo seguro, pero creo que es el mismo que me dio Palma.

—¿Palma acudió a ti?

—Un mes antes de que desapareciera vino al barrio durante unos días, preguntó por mí y al final coincidimos en el Café Español. Me contó que estabais investigando a este tipo y me pidió lo mismo que tú me estás pidiendo ahora.

Coque no dijo nada.

—Veo que Palma no utilizó de manera correcta el plural —acababa de descubrir el Aspas.

Una mueca de satisfacción asomó en la expresión de Coque en forma de sonrisa comedida.

—Propio de un poli cuando quiere algo —añadió el inspector.

El Aspas verificó que aquel dominio continuara siendo vulnerable, y fue entonces cuando sonrió como solo él sabía hacer. El tipo al que Coque buscaba no había reforzado la seguridad de su contraseña pese al tiempo transcurrido. Era pan comido.

—Pásamela.

—Mejor que no —sopesó el Aspas—. No sabes cómo camuflar tu IP de conexión y no me apetece tener que dar explicaciones en un juzgado. Yo me encargo. Si hay algo de interés te lo hago saber.

Coque apuró su café y, tras darle una palmada en el brazo, encaró la salida.

—¿Sabes algo de María? —preguntó el Aspas, apresurado.

—Solo sé que no quiere hablar conmigo, papá.

—Cambia la estrategia. Los chicos de hoy no hablan, solo escriben.

A Coque se le escapó una mueca de agrado.

—Envíale un mail. A mí siempre me responde.

—Tú siempre serás su encantador abuelo. Yo solo soy el cabrón de su padre. El que se marchó de casa.

—Ya vale, hijo. María te necesita, la veo rara, distante incluso conmigo. Antes me enviaba correos electrónicos a diario. La vieja de los cojones no ayuda, lo sé. Y de Marga qué te voy a contar. Pero la nena te necesita, Coque.

—¿A qué te refieres?

—No lo sé. Ya sabes, una intuición.

Coque permaneció anclado en esa afirmación.

—¿Cuál es nuestro pacto? —recordó el Aspas.

—Nada de consejos.

—Pues voy a romper el pacto por una vez. Acércate a ella, hijo. A poder ser antes de que me muera.

—No tienes cara de morir pronto. —Coque asió la maneta de la puerta y podría decirse que llegó a dejar caer sobre la misma todo el peso que aquel consejo paterno acarreaba—. En esta familia nos pasamos el orden natural por los cojones —susurró, rencoroso con no sabía muy bien quién—, y somos los padres los que enterramos a nuestros hijos.

El Aspas recogió las dos tazas de café, las puso en remojo y, cuando escuchó a su espalda cómo su hijo se alejaba, trató de secarse unas lágrimas que ya eran desatadas.

Capítulo 18

Jueves 19 de agosto. Tarde

Coque agradeció al firmamento que estuviera encapotado. La escasa luz solar le permitía transitar por la ciudad sin que los ojos sufrieran un calvario. A lo largo de la mañana había tratado de reordenar la información que había almacenando en la cabeza. Era lo que tenían los encuentros con su padre, siempre terminaban despertándole aquel jodido sentimiento de culpabilidad. María no era más que una niña fustigada por la vida. No era ella la que debería dar el paso. Consultó el reloj y constató que en diez minutos su hija saldría de la piscina municipal.

Decidió parapetarse en una cafetería desde la que podía vigilar la entrada principal y esperar allí hasta que la nena saliera. Después de haber ingerido el tercer café del día, pensó que tal vez María no quisiera hablar con él. Sería mejor no violentarla con su presencia, aunque nada iba a impedir que la viera. A la hora establecida pudo vislumbrarla sin muchas dificultades de entre un mar de adolescentes. A una distancia prudente y combatiendo las ganas de darle un par de besos, Coque disfrutó de su dulce andar, de esa sonrisa clandestina a la que de momento él no tenía acceso. En definitiva, de la privilegiada visión que ostenta quien la vigila, quien la guarda, quien la quiere desde un constreñido silencio.

Haber hecho de centinela de su pequeña le dejó un regusto amargo que debía enmendar. Al caer la tarde, cuando la ciudad sometida al mes de agosto olía a cremas solares y a asfalto recalentado, se acercó hasta un locutorio. Media hora antes había pedido a Jalil que le enseñara a configurarse una cuenta de correo electrónico privada, la del trabajo no la podía utilizar para según qué. El intérprete, henchido al saberse útil, se deleitaba en la explicación. Coque se desesperaba ante tanto detalle y casi a punto estuvo de levantarse y desistir de la idea.

Pero la todavía reciente imagen de María hizo que recapacitara y se sometiera resignado a lo que Jalil le indicaba. Una hora después creó una cuenta en un dominio gratuito y le envió su primer correo electrónico a María. Le había dicho más en una frase que en la suma de todas las conversaciones que había

tenido con ella durante los dos últimos años.

Coque y el intérprete abandonaron el locutorio cada uno cavilando en sus cosas. El inspector intentando pronosticar qué le respondería su hija. Jalil tratando de averiguar para qué querría el inspector esa cuenta de correo. El intérprete le propuso visitar un par de bares frecuentados por amigas de Palma, pero el universo del policía desaparecido también se lo había engullido la ciudad. Sin rastro de ellas, Coque decidió aferrarse a lo poco que tenía. Se le ocurrió pensar que el domicilio de Paula debía vigilarse. Tenía la extraña sensación de que más tarde que temprano algo iba a ocurrir allí.

Capítulo 19

Jueves 19 de agosto. Noche

El día expiraba y una parte de la ciudad se disponía a hacer realidad sus vicios más ocultos. Jalil estacionó el vehículo camuflado en un chaflán de la calle Londres. Desde allí custodiaban con inmunidad visual el acceso al edificio de la colombiana. «Una prostituta puede tener ciertas preferencias o repulsiones con algunos de sus clientes», se dijo Coque, «pero si el ññato guaperas viene con billetes, Paula le abrirá primero la puerta y después lo que haga falta».

Durante el transcurso de la *troncha*, el inspector recordó la citación de los de Régimen Interno.

—Van a por mi, Jalil —anunció con la mirada clavada en el portal.

Jalil atendió la información que el inspector le facilitaba con su particular cuentagotas. Ponderaron qué policía de Régimen Interno era el más adecuado para que le tomara declaración. No tardaron demasiado en concluir que ese policía no existía.

Una hora después, Jalil se había zampado un kebab incomedible y excesivamente condimentado, lo cual provocó que hacia las dos de la madrugada se produjera en el estómago una reacción más propia de una central atómica que de un aparato digestivo normal. El estruendo llegó a sorprender incluso al propio Jalil y, en cuestión de segundos, el habitáculo se hizo irrespirable. Coque abandonó el coche putrefacto y blasfemó contra toda su familia, el Islam y la madre que lo parió. Jalil siguió los pasos del inspector y pidió disculpas sin mucho convencimiento.

Fue en medio de la discusión sobre protocolos de compañerismo en vigilancias policiales, cuando salió del portal un tipo fornido que rondaba los treinta años. Vestido con un polo azul marino, vaqueros y unos náuticos, andaba a una velocidad inusual. No le habría seguido de no estar seguro de que se trataba de Daniel Claramunt. Instó a Jalil con un gestó mudo a que permaneciera en el lugar. De haber tenido más tiempo para pensar, le habría ordenado que entrara en el vehículo y respirara lo que su propio cuerpo acababa de expulsar. Claramunt anduvo treinta metros, se subió a una furgoneta, la arrancó y se

incorporó al ausente tráfico de la calle Londres a gran velocidad, derrapando con los neumáticos y dando un par de golpes de volante antes de lograr enderezar la dirección.

Estaba claro que para él los semáforos en rojo no eran más que molestas e irritantes sugerencias, por lo que Coque dedujo que aquel modo de conducir estaba delatando algo más sobre el hijo del Conseller. A esas horas de la noche la coca empezaba a hacer de las suyas sobre aquel peligro público y tuvo claro que no tardaría en caer. El inspector tuvo tiempo de anotar en su pequeño bloc de notas que se trataba de una Fiat Multipla cuya matrícula contenía cuatro dígitos iguales, y de confirmar que el logo de Worldrose había desaparecido.

Alguien se había encargado de darle otro aspecto al vehículo. De repente, Coque sopesó la posibilidad de que aquel monstruo hubiera hecho daño a Paula. Recorrió la distancia en sentido inverso y se acercó hasta el portero automático. Pulsó el timbre del piso y al cabo de cinco segundos la mujer contestó. La voz de Paula solo destilaba cansancio. Coque fingió ser un cliente que acudía por recomendación de un amigo. Paula franqueó la entrada pulsando el interruptor, pero el inspector ni siquiera hizo el ademán de acceder al rellano. Regresó al vehículo y obligó a que Jalil se apeara.

—Cuando aprendas a controlar el culo me lo dices.

Coque le dio a las llaves de contacto, hizo descender todas las ventanillas y emprendió la marcha con media cabeza fuera. Jalil despertó al vecindario gritando que se mataría, que no estaba en condiciones óptimas para conducir. El inspector sonrió al ver a través del retrovisor la triste figura del intérprete. Bajo el amparo de una luna creciente, se las arregló para alcanzar el parking de la Jefatura.

Una vez estacionó el vehículo camuflado, sintió una punzada de soledad. Frente al Palau de la Música extrajo el móvil del bolsillo de la americana y escribió un mensaje a la cardiocirujana.

Obtuvo una respuesta inmediata.

«¿En tu casa?»

Coque perdió el tiempo escribiendo la dirección. En cuanto pulsó la tecla de envío, reparó en que Nadia y Oliver eran también amigos. Maldijo la ausencia de taxis y decidió emprender el camino a pie. Llevaba andando dos manzanas cuando un vehículo negro y amarillo se detuvo a su lado. El trayecto duró cuatro minutos, tiempo suficiente para llegar a la conclusión de que si un día el capullo de Palomares les encomendaba realizar una base de datos de tarados en potencia, los taxistas nocturnos serían los primeros a tener en cuenta. Al llegar a la calle Margarit, otro taxi exhibía la luz de los *warning* parpadeando. Nadia se apeó del mismo y no se percató de que en el coche de atrás Coque estaba pagando al

taxista más por que cerrara el pico que por el trayecto realizado. En cuanto se vieron, recortaron las distancias y se besaron con ímpetu, entreverando miradas caninas con suaves mordiscos. La boca de Nadia estaba fría y sabía a ginebra. Los miedos de Coque a sufrir otro episodio de impotencia le gritaban desde algún rincón de la cabeza. Hastiado de esa suerte de condena, creyó encontrar en esa mujer una salida. No podía rendirse. Desbocado por el deseo, Coque hizo malabarismos para introducir la llave correcta en la cerradura de la puerta. De pronto, el teléfono enloqueció. El nombre de Marga en la pantalla no auguraba nada bueno. El pecho de Coque contrajo los pulmones y ni siquiera la brisa que descendía de la montaña de Montjuïc consiguió aliviarle.

—¿Puedes hablar? —preguntó Marga con esa extraña voz que solía tener cuándo Marga ya no era Marga.

—Son las tres de la madrugada.

—Tú nunca duermes.

—Hoy sí.

Marga lanzó el humo del cigarro sobre el teléfono.

—Estoy fatal.

—Marga, no empieces, te llamo mañana.

—¡No, Coque, no! Por favor, no me cuelgues. Es por María.

El semblante del inspector se transformó.

El silencio de la calle permitía a Nadia escuchar la conversación. Se deshizo de la mano con la que Coque la agarraba por la cintura y cruzó al otro lado de la calle comprimiendo los labios.

—¿Qué le ocurre a María?

Marga no tardó más de tres segundos en contestar, pero aquel intervalo de tiempo enloqueció al inspector.

—¿Qué le ocurre a María, Marga?

—No lo sé. Está rara, muy rara. Creo que nos vamos a ir de Barcelona.

—¿Qué? No con mi hija. Coge a tu madre y vete donde quieras. María es de aquí y aquí seguirá. No me jodas más la vida.

—¡Serás cabrón! ¿Quién ha jodido la vida a quién? —gritó Marga, desconsolada.

—Tú sabes lo que le pasa a María. —Coque ya estaba inmunizado al llanto de Marga. De hecho, esas lágrimas le permitieron abstraerse por un instante de la conversación y ser un observador objetivo, algo necesario para enfrentarse a su exmujer y a sus habituales mentiras—. Por eso me llamas a estas horas, porque no puedes callártelo más. Por eso la niña no quiere hablar conmigo. —El silencio de Marga otorgaba la razón al inspector—. Te doy un día, Marga. Un solo día para que me digas qué cojones pasa, o de lo contrario... —Coque se

aseguró de que Nadia no escuchara las siguientes palabras—. Te quito a la niña y dejo que hagas lo que tanto quieres pero no te atreves a hacer.

—Eso es lo que tu querías —puntualizó Marga, indignada, recuperando de súbito la compostura—. Tal vez tengas suerte.

Coque esperaba una réplica mayor, cuando percibió que la llamada se había cortado. Tomó aire, lo expulsó y alzó la cabeza buscando respuestas en un cielo oscuro y tintado por nubes amenazantes. Luego miró a Nadia con avidez. La cardiocirujana se había parapetado entre dos coches, sentada sobre el saliente de un portal. Al percibir que la conversación había terminado se incorporó y cruzó de nuevo la calle.

—¿Quieres que me vaya?

Coque no respondió.

Introdujo la llave en el portal y asió una mano de la cardiocirujana. «Si estas manos salvan vidas, hoy es mi turno», pensó el inspector al tiempo que reclamaba la presencia del ascensor.

Capítulo 20

Viernes 20 de agosto

El forense fue el primero en abandonar el piso de la calle Margarit. Lo siguió Coque, quien tras pasar la noche en vela, a pesar de haber recuperado su masculinidad, se dirigió a la Jefatura con el propósito de comparecer a la citación de Régimen Interno. Nadia necesitó de unos segundos para saber dónde estaba. El rumor del Poble-sec le facilitó a la cardiocirujana un dato categórico: no se encontraba en su barrio mudo. Se incorporó con movimientos lentos y tiró de la correa raída que levantaba la pesada persiana de madera. La ausencia de Coque le permitió recrearse con los objetos que la luz natural acababa de desnudar. Le sorprendió que todo el mobiliario y los elementos decorativos fueran blancos o negros. Se detuvo en la instantánea que obraba sobre la mesita de noche. En ella, el inspector paseaba de la mano con un niño de mirada inteligente, orgulloso de que lo aferraran con fuerza. La llamada que recibió la noche anterior y el miedo en sus ojos no auguraban nada bueno. «Está atiborrado de dolor», escuchó Nadia la advertencia de Oliver desde algún pliegue de su memoria.

Tomó una ducha rápida y se cubrió el cuerpo con una toalla áspera e inodora. Se dejó caer sobre el sofá y desde aquella especie de atalaya confirmó que en aquel piso la presencia femenina no era algo habitual. La minuciosidad del forense no parecía haberse impuesto ante el patente desorden general. «Será cosa de Coque», pensó. Le apetecía un café y leer la prensa. Recordó que el puerto de Barcelona le quedaba a escasos quince minutos a pie. Se vistió enérgica, abandonó el piso y disfrutó de la vida que flotaba en el barrio. «Los paseos sientan mejor con dos orgasmos en el cuerpo», se dijo sintiéndose bella y en plena armonía con la ciudad.

—Me han tratado como a un chorizo —escupió Coque.

El comisario Paco Palomares se recostó en la jamba de la puerta que accedía a su despacho y suspiró con hastío. Tenía prisa, esa premura funcionarial que asoma de manera puntual cerca de las diez de la mañana y se le llama «hacer

gestiones», cuando todo el mundo lo conoce como «café».

—No tengo tiempo para tus sentimientos. Vete al sindicato, ellos te escucharán.

—¿A cuál de ellos? ¿A los que regalan un reloj por un voto, o a los que lo hacen con un móvil chino?

—Ya hace años que os dije que no servían para nada, y para muestra, un botón. Por cierto, Coque —Palomares dibujó en el rostro una sonrisa maliciosa—, los chavales de hoy no tienen ni puta idea de la calle, pero saben latín sobre ordenadores. Alguien me ha dejado sobre la mesa un correo electrónico de Europol con una respuesta que debes de estar esperando. Operación Lola o algo así. ¿Te suena? —A Coque le entraron ganas de pegarle dos tiros al soplón de Hurtado—. Puedo estar en guerra contigo u olvidarme de ti —continuó el comisario con una inquietante parsimonia—, pero prefiero lo último ya que, como sabrás, hay dos hijos de puta fugados del talego que me tienen en jaque a mí y a la ciudad. Y aunque ya sé que eso a ti te la suda, tal vez no te la sude tanto saber que ya no dispones de correo electrónico oficial, inspector Coque Brox. Ni tampoco acceso a las bases de datos policiales hasta nueva orden. De modo que hazte un favor de una vez por todas, cúrate esos ojos, tómate el tiempo que te dé la gana con bajas médicas y desaparece de aquí. —Paco Palomares dirigió la mirada al suelo para luego elevarla hasta interceptar la de su interlocutor—. No me subestimes, Coque. Lárgate de mi vista y quizá, si no escucho ni sé nada de ti, termine por romper la declaración que acabas de prestar en Régimen Interno. Lo que tengo de corto de estatura también lo tengo de hijo de puta. Pero eso tú ya lo sabes, ¿verdad?

El retaco encorbatado se perdió por el pasillo con andares de Napoleón. Aquel quien de no ser por los contactos de su padre con mandos militares solo podría haber aspirado a convertirse en un bedel resultaba ser el máximo responsable de la Jefatura Superior de Cataluña. No sabía de leyes ni de nuevas tecnologías, tampoco de delincuencia económica ni de los derechos de las mujeres maltratadas, ni mucho menos de otros idiomas que no fuera el del Reino de Castilla. Pero Palomares dominaba el arte que regía las leyes del trepa y de cómo joder al prójimo si este se interponía o dificultaba su camino. Y es que a falta de dinero ostentaba el poder sobre los mil quinientos tipos que tenía bajo sus órdenes. Con una llamada suya se hacía lo que él quería. Bastaba destinar a cuatro funcionarios a que realizaran servicios particulares en favor de algún empresario que le prometiera un futuro cargo en cualquier departamento de seguridad. Empleos en los que un comisario a las puertas de la jubilación duplicaba su sueldo por el mero hecho de usar su agenda de contactos. Una vez ocupado el puesto, como manda la tradición instaurada por sus antecesores,

terminaría solicitando favores a otros comisarios con la promesa de reservarle un cargo futuro en el departamento de seguridad correspondiente. Una pieza más del engranaje del sistema, una rueda que no tenía fin.

«Los chavales de hoy serán unos lince, pero no Hurtado», pensó Coque. Entró en aquel cuchitril donde la luz de la calle tenía prohibido el acceso, cosa que agradecía, y encendió el arcaico ordenador. Pinchó en el escritorio la carpeta que tenía por nombre «Hurtado» y en ella volvió a pinchar sobre un archivo nombrado «claves». «Un lince, este Hurtado, como siga así terminará siendo comisario.» De entre la maraña de claves encontró las que le hacían falta. Tomó nota en su bloc y consultó la titularidad de la furgoneta que conducía Daniel Claramunt la pasada noche. La respuesta que lanzó el ordenador fue clara pero no rápida. El vehículo seguía estando a nombre del desaparecido Esteve Camps, administrador único de Worldrose. Coque permaneció quieto frente al monitor durante un tiempo impreciso, el suficiente para rumiar qué estaba ocurriendo.

De Europol ya no obtendría respuestas, ni siquiera para saber en qué fecha hallaron el miembro descuartizado. Desde ese mismo instante el inútil de Valcárcel llevaría las riendas sobre la investigación del brazo amputado con el tatuaje. Si Isa la bailaora estaba en lo cierto, la extremidad era del Tronco, y se le ocurrió que podría preguntarle a Oliver cuánto tiempo puede conservarse un brazo separado del cuerpo. Tal vez esa información lo ayudara a concluir por sí mismo que no se trataba de Palma. En ese momento no veía otra opción que la de detener a Daniel Claramunt. Con la fotografía aportada por la colombiana y el hecho de que condujera el vehículo de un desaparecido tenía más que suficiente. El hijo del Conseller y Camps gestionaban, según la colombiana, un negocio velado de prostitutas menores de edad y quién sabe cuántos vídeos llegaron a producir directa o indirectamente. Los usuarios de Worldrose eran una clientela de lo más selecta, de esa que se compromete con pactos para así asegurarse el silencio.

Coque se sintió bloqueado. Apagó el ordenador, salió del edificio y encaró la calle Comtal en busca de sombra y oscuridad, y pese a que intentó erradicar aquel pensamiento de la cabeza, no veía otra solución que no fuera la de detener a Claramunt, aunque no sabía cómo ni cuándo. A pesar de todo, era hora de saber qué le ocurría a su hija. Lo demás podía esperar. Llamó a la pequeña María. Sin respuesta, aunque daba tono. Llamó a Marga. Apagado.

A la hora de las telenovelas la señora Carmen solía estar enganchada a la programación de la caja tonta. Cuando Coque golpeó con tiento la puerta, la mujer permaneció algo adormecida. Y aunque con una de las manos se abanicaba en un gesto inconsciente, su mitad de cara abotargada no engañaba a

nadie. La señora Carmen, portera del edificio que vio nacer, crecer y hasta morir al pequeño Martín, no podía evitar llorar cada vez que tenía al inspector frente a ella. Nacida en Sevilla pero residente en Barcelona desde hacía cincuenta y dos años, se sentía más catalana que las nacidas en Berga.

—Ya vale, mujer. Con lo guapa que está usted cuando se ríe.

—Si es que es verle y me entra la llorera. Parece que lo vea llegar del colegio con la mochila en la espalda, tan contento —dijo la portera entre sollozos. Su sonrisa iba tomando forma, como lo hace el arcoíris tras la tormenta.

—¿Están? —señaló el inspector con un dedo hacia el techo.

—Se han ido de fin de semana. Se acerca la fecha y no quieren estar por aquí. Al menos eso me dijo la señora Encarna.

Coque puso toda su atención en esa huida repentina y en el maldito aniversario.

—¿Señora Encarna? La bruja de mi suegra no merece ese tratamiento.

—Es que una cosa no quita la otra.

—¿Cómo está María? Usted habla con ella.

A la mujer se le abrieron los ojos.

—¡Cada día! La nena está preciosa. Tiene toda la cara de su madre, pero esa mirada que mata es la suya, señor Coque. Aunque si le digo la verdad, yo la veo... —La portera balanceó la cabeza—. ¿Qué quiere que le diga? La veo triste, no le voy a engañar.

—Ya —dijo resignado—. Bueno, me alegro de verla. Para usted no pasan los años —mintió.

—Si yo le contara... Desnuda pierdo mucho —lanzó la portera con salero sevillano.

El inspector se despidió besándola en la mejilla.

—Yo no es por meterme, pero debería usted venir más. —La portera se acercó al oído del policía, de puntillas—. En esa casa falta un hombre. Se lo digo yo, que de soledad entiendo un rato.

Coque estuvo tentado de pedirle las llaves y husmear en el que fue durante un tiempo su hogar pero también su infierno. Descartó la idea al saberse incapaz de enfrentarse a la habitación vacía de Martín. Salió del edificio y la luz diurna le resultó intolerable. Se cubrió la mirada con las Ray-Ban, mandó un mensaje al teléfono de Oliver y detuvo un taxi. Acomodado en el interior del vehículo, se entristeció al recordar ese mismo trayecto el día de la tragedia. El simple recuerdo del suceso lo empujó a pedirle al taxista, a pesar del bochorno exterior, que rebajara el nivel del climatizador del coche.

En cuanto entró en la taberna, Rodri le regaló una sonrisa sincera. Sonaban

los Dire Straits. Se saludaron cordialmente y el inspector pidió una cerveza negra, por aquello de mantener la coherencia entre lo que uno bebe y lo que uno ve.

—¿Cómo tenemos a la ciudad? —se interesó Rodri, acodado sobre la barra.

—Demasiado llena. ¿Recuerdas cuando Barcelona era un desierto en agosto? El tabernero asintió con cierto aire melancólico.

—Solo se quedaban los clásicos «Rodríguez» y sus amantes solitarias, que esperaban ese mes como agua bendita. Y ni un chorizo. Todos a la costa, a hacer el verano —revivió el inspector—. Ni qué decirte de los desaparecidos. La gente no desaparecía en agosto, y si lo hacían, los familiares lo denunciaban en septiembre. Ahora da igual el mes en el que estés, todo está hecho una mierda.

—Vaya, me quedo más tranquilo —dijo Rodri, provocando un mueca de agrado en el rostro del inspector—. Desde las olimpiadas, Barcelona ha ganado en imagen, pero ha perdido muchas cosas.

—Perdió su esencia.

Ambos hombres callaron al tiempo que sonaban los acordes de Mark Knopfler.

—Me llevaba bien con el Palma.

Coque asintió con la cabeza, le dio un trago a la Guinness y puso toda la atención.

—Era un tipo especial. Emanaba una energía que muy pocas personas tienen. ¿Se sabe algo?

El inspector apretó los labios, tensó la mandíbula y acudió de nuevo a la jarra de cerveza para prolongar aquel instante de silencio.

—Estoy en ello —dijo al cabo.

Rodri se avergonzó por esa intromisión al descubrir la tristeza del policía. La presencia repentina de Oliver salvó la situación. El propietario de la taberna sirvió la caña de cerveza habitual que el forense consumía. Este agradeció la lectura telepática de sus deseos, los saludó sin mucho entusiasmo y se ubicó a la vera de su compañero de piso.

—¡Qué calor!

—Pasas demasiado tiempo con fiambres —le contestó Coque.

—Y de seguir con estas temperaturas más que pasaré.

—Pero ¿a ti no te gustaba el verano? Pues toma verano, todo para ti y para los que lo disfrutáis. Apuesto a que debes de tener las neveras llenas de viejos lipotímicos y deshidratados, o de cuarentones que sueñan con terminar un maratón y les da por correr al mediodía. ¿Me equivoco?

—También tengo algunos policías que perdieron sus apuestas. ¿Has quedado conmigo a menos de cien metros del hospital para hacer un estudio sociológico

de mis muertos? —preguntó quejumbroso el forense mientras ingería con fervor la fría jarra de cerveza.

Rodri se apostó en el otro extremo de la barra. Girar la cara del disco era siempre una buena excusa para esfumarse.

—¿Durante cuánto tiempo se conserva un brazo descuartizado para tener este aspecto? —Coque extrajo de la americana la fotografía que le había enviado el enlace francés de Europol y la aplastó sobre la barra.

—Depende.

—Ya estamos —suspiró Coque, impaciente.

—Depende, joder, depende. Un cuerpo se descompone dos veces más rápido en el aire que si está en el agua, y la descomposición en contacto con el aire es cuatro veces más rápida que si el cuerpo está bajo tierra. Necesitaría saber en qué lugar encontraron el brazo. ¿En el mar, bajo tierra, dentro de una bolsa de plástico?

—Semienterrado en una zona húmeda y con mucho viento.

—Eso ya lo cambia todo —dijo el forense sin apartar la mirada de la instantánea—. En un brazo descuartizado se retrasan mucho los fenómenos cadavéricos, ya que no hay elementos de putrefacción en el riego sanguíneo. La descomposición tiene su inicio en el intestino.

—O sea, que sin intestino no hay putrefacción. ¿No puedes decirlo así de claro y dejarte de chorradas técnicas? El asunto es serio, Oliver —añadió el inspector con solemnidad—. ¿Cuánto tiempo crees que llevaba ese brazo semienterrado? El tatuaje se ve perfectamente, ¿eso no te dice nada?

—La verdad es que no puedo concretar el tiempo, Coque. También hay que tener en cuenta que los tendones y ligamentos son más resistentes a la descomposición. Si te fijas bien —el forense señaló sobre una zona intermedia de la fotografía—, la parte del brazo expuesta a la intemperie se está momificando.

—Lo que significa...

—Que tal vez llevaba seis meses semienterrado. Pero quiero que sepas que no es un dato fiable.

—Ya. Si no tenéis el fiambre o lo que quede de él en vuestras narices, no os mojáis.

—¿Acaso tú detienes a delincuentes por teléfono?

—A más de uno.

Oliver no daba crédito a esa respuesta, pero viniendo de Coque todo era posible.

—Pues yo soy un científico y necesito explorar lo que he de analizar.

—Te noto algo irascible conmigo últimamente.

—¿Será porque tu inusual hiperactividad sexual no me deja dormir?

Coque sonrió. «Si él supiera por todo lo que he pasado.»

—Dile que una almohada sobre la boca aplaca los gemidos. Por cierto, ¿para cuándo la mudanza?

—Con que es eso...

Coque apuró de un trago la Guinness y dejó un billete de diez euros sobre la barra. Se despidió de Rodri levantando la palma de una mano como si de un jefe de una tribu india se tratara.

—¿Ya te vas? —quiso saber el forense—. ¿Tanta gente desaparecida hay?

—Lo que hay es mucha gente perdida.

Coque salió de la taberna y miró al cielo. A esa hora crepuscular se sentía capaz de encarar a un sol que se hallaba entre las cuerdas. Se enumeró la lista de fracasos que llevaba acumulados durante aquel día y quiso creer que visitar a su padre no podría empeorar la situación. La ingenuidad del desgraciado es creer que pronto dejará de serlo.

Accedió al portal que albergó sus sueños más inocentes y abrió la puerta con el juego de llaves. Sentado frente a la mesa del comedor, el viejo músico apartó la mirada de la pantalla del ordenador portátil en cuanto lo vio entrar. Los dedos continuaron tecleando con la misma destreza con la que antaño extraía notas de su trompeta.

—Dame un minuto.

Coque asintió agradecido, se asomó hasta la pantalla del portátil y esbozó un gesto de incompreensión.

—Estoy sondeando la vulnerabilidad de una web —explicó el Aspas para un público inadecuado. Dejó de teclear y se volvió hacia su hijo—. Que me vengas a ver dos veces en menos de cuarenta y ocho horas no es que me preocupe, me acojona.

—¿Tienes algo de lo mío?

—¿Alguna vez te he fallado? —La mueca de Coque invitaba a la duda—. Como hacker, me refiero. —Coque negó lentamente con la cabeza—. Deja que te cuente. —El Aspas retomó su postura inicial, si bien acercó más el portátil a un punto neutro de la mesa en la que ambos pudieran ver la pantalla—. De la foto he analizado los metadatos.

—Te recuerdo que tengo cinco años, informáticamente hablando.

—Demasiados te has echado. A lo que iba, los metadatos son los datos que obtengo de una fotografía digital a través de una herramienta de *software* que un ruso ha diseñado. Pincho en la foto y la arrastro aquí —indicaba el Aspas al tiempo que en la pantalla se desplazaba hasta un recuadro negro la fotografía en

la que Daniel Claramunt abusaba de una menor. De manera automática, en el borde izquierdo del programa, asomaron datos—. Como puedes ver, la fotografía se tomó con una cámara Sony modelo Cyber-Shot el pasado día 13 de junio a las 19 horas, y el usuario se registró con el correo electrónico troncocasasbaratas@hotmail.com. ¿Te dice algo ese nombre?

Coque se incorporó de un salto y se acercó todavía más a la pantalla.

—¿Cómo es posible que facilitara el correo electrónico?

—Estas cámaras digitales necesitan de un *software* para visualizar las fotos en un ordenador, a veces las propias marcas piden que el propietario se identifique o se dé de alta en su web.

—Sigue —exigió entusiasmado el inspector.

—Me salen unas letras y números que pueden ser las coordenadas del lugar donde se tomó la foto. Estos chismes tienen un margen de error de cincuenta metros. Si te esperas un poco, te localizo estas coordenadas.

El Aspas navegó por Google y en menos de un minuto ya lo tenía.

—Calle Bruc a la altura de la Gran Vía, más o menos.

Coque anotó en el bloc de notas con el mismo manejo que el Aspas lo hacía con el teclado. «Todo pasa», se dijo, «lo bueno y lo malo». Después de un día nefasto, empezaba a ver la luz.

—Y eso es todo respecto a los metadatos. ¿Quieres que le haga llegar la foto al grupo de Delitos Tecnológicos de la Jefatura? Enmascaro una IP, me creo una cuenta de correo, les adjunto la foto y me quedo tan ancho.

Coque negó con brío.

—¿Pudiste hacerte con las claves del correo? —quiso saber el inspector.

—¿Y tú te la puedes sujetar con una sola mano cuando meas? —Coque sabía cómo encender la mecha del Aspas—. No solo le he tomado prestada la contraseña, también he creado un correo electrónico espejo a través del cual me llegan todos los *e-mails* que él envía y recibe. Espera aquí.

El Aspas se perdió por un largo pasillo que contenía tres puertas. Accedió a la que fue durante años la habitación de Coque, reconvertida en una cueva de materiales informáticos y libros sobre la materia. De la mesa de la estancia recogió varios folios impresos. Regresó al comedor y se los entregó.

—¡Qué hijo de puta! —exclamó el inspector al leer algunas líneas.

—Y eso es solo el principio. Alardea de las niñas que viola y de lo que les hace. Es tan enfermo él como los que le contestan. No he logrado leer más de tres correos. No puedo con estas cosas, Coque.

—No te pedí que los leyeras, eso es cosa mía.

El Aspas sostuvo la mirada de su hijo. Los años y la ristra de calamidades habían esculpido su carácter, no siempre había sido así. Durante un segundo tuvo

un recuerdo de color sepia en el que Coque tenía dos años y jugaba en ese mismo comedor, dentro del parque infantil que ocupaba la mitad de la estancia. «La gran mentira de la vida es el transcurso del tiempo», pensó el viejo músico.

—Y sobre la lista de los vehículos oficiales asignados a la Generalitat... — informó el Aspas a fin de sortear un ataque de nostalgia—, ¿qué quieres que te diga? Acudo a la informática cuando no hay más remedio, pero uno todavía tiene muchos contactos, hijo. ¿Te acuerdas de Paco *el Postres*?

—¿Ese que llevaba las cajas de bombones a las vedetes de El Molino?

—El mismo. Cuando chapó la pastelería del barrio se buscó la vida como chófer de gente que manejaba billetes. Lo de Postres quedó para la historia. Trabajando para esa gente vio cosas que no debería haber visto, pero su silencio fue recompensado con un trabajo fijo para un mandamás del Parlament. En fin, que lo localicé y le pedí el famoso listado. Me debía alguna, aunque el mamón va y me suelta que con esta ya estamos en paz.

—Compleja tarea la de ponerle precio a un favor prestado —pensó en voz alta Coque.

—El Postres ha anotado una por una la matrícula de todos los vehículos y el nombre de la personalidad. Parece ser que el listado que figura en los archivos informáticos no está del todo actualizado. Aquí lo tienes.

El Aspas le entregó un papel manuscrito. Coque le dio una palmada cariñosa en la cara y se dispuso a marcharse.

—Ten cuidado. Los de corbata y traje son los peores, Coque. Tema María, ¿alguna novedad?

Coque negó sin abrir la boca y dibujó en su rostro una sonrisa invertida. Cerró la puerta de un golpe seco e imaginó qué era lo que el Aspas estaría a punto de hacer. Se acercaría al mueble bar del comedor y se dejaría caer sobre una silla encarada al diminuto balcón, la misma desde la que lo vigilaba cuando tenía diez años. Se serviría un par de coñacs Soberano, y tras ellos bajaría al bar del Emiliano a contar la historia del compañero de orquesta de El Molino al que le dio el soponcio en plena actuación. Cualquier cosa antes que dejar que su mente se anclara en el recuerdo de su nieto, en los escollos silenciados de la pequeña María o en la irreparable desolación que escoltaba a su hijo.

Ya en la calle, Coque deslizó la mirada hasta el balcón y constató dos hechos. Que de la barandilla de herrumbre asomaban los pies del Aspas y que otra noche de bochorno estaba a punto de flagelar la ciudad.

El sonido del móvil le advirtió de la recepción de varios mensajes. Detuvo el paso y extrajo de la americana aquel aparato que tanto lo perturbaba. La pequeña María eclipsaba una efímera esperanza que se esfumó en cuanto consultó la pantalla. Dos de ellos eran llamadas perdidas de Nadia, el tercero tenía por

remitente un número de teléfono desconocido. ¿Jefatura? ¿Palomares y sus amenazas? Pulsó los dígitos de su operadora que le permitían escuchar los mensajes de voz y necesitó repetir la operación para asegurarse del contenido. Una voz metálica, poco humana y tratada por algún programa de ordenador, lo dejó sin pulso.

«Olvida lo de Worldrose o nos cepillamos a tu nena, inspector. Deja de buscar a quien jamás encontrarás.»

Escuchó el mensaje siete veces.

Marcó el servicio al cliente de la compañía telefónica y una melodía que intentaba contagiar de felicidad terminó transmitiéndole rabia. Al cabo de dos minutos una voz del otro lado del Atlántico le pidió que le dijera el número de documento nacional de identidad y lo invitó a que se mantuviera a la espera. Coque tuvo que hacer un sobreesfuerzo para no lanzar el móvil contra la persiana entornada de una frutería pakistani que parecía no haberse cerrado nunca.

Resolvió regresar al que fue su hogar e interrumpió al Aspas en el segundo Soberano. Le informó apresurado de lo sucedido y le rogó que indagara desde qué teléfono se hizo la llamada. El Aspas se puso mano a la obra, despavorido.

Coque insistía en localizar a Marga por el móvil. Apagado.

—¿Pero ¿cómo se puede ser tan inútil?! —gritó el inspector.

—¿A quién llamas? —quiso saber el Aspas, deslizándose a gran velocidad sobre el teclado, presionando cada una de las teclas como si fuera a hundirlas.

—¿Tú qué crees?

—Toma —le entregó el Aspas un «post it» con una anotación.

—¿Qué significa esta dirección?

—El domicilio desde el que María me ha enviado un correo electrónico poco antes de que tú llegaras. He extraído la cabecera técnica y he logrado identificar una IP, después de comprobar a qué proveedor de Internet pertenecía, y he atacado la base de datos de la empresa hasta localizar el titular de la conexión. No ha sido fácil, estos cabrones cada día se refuerzan más con tipos como yo aunque algo más jóvenes, para qué engañarnos.

—¿En Sant Sadurní d'Anoia?

—Tierra de cava —afirmó el Aspas sin apartar la mirada de la pantalla del portátil.

—¿Qué hacen allí?

—La bruja tiene una hermana. Lo he sabido por los apellidos que aparecen en la base de datos del padrón municipal. Allí están a salvo, no te preocupes.

Pero Coque no escuchó esas últimas palabras. Salió del piso de su infancia con la única intención de asegurar la de su hija. Detuvo un taxi en la Ronda de Sant Antoni y pidió que lo llevaran hasta la Jefatura. Durante el trayecto llamó a

Jalil. Necesitaba que alguien lo acompañara hasta Sant Sadurní, y el intérprete, algo reticente en cuanto conoció los detalles, no supo cómo decir no a un tipo acromatópsico, armado y muy cabreado.

Capítulo 21

Sábado 21 de agosto

Se pusieron en marcha zambullidos en un silencio solemne. El inspector se sabía objetivo por parte de algún desquiciado, por lo que exigió a Jalil que diera más de dos vueltas en algunas de las rotondas por las que transitaban, a fin de comprobar si tenían algún tipo de compañía ingrata. Sería imperdonable que fuera él quien llevara a esa escoria invisible hasta su pequeña. El cielo era un manto de viejos brillos intermitentes y Jalil todo un manojo de nervios. No hubo comentarios ni preguntas, y el intérprete, en lugar de traducir palabras, se dedicó a descifrar un racimo de emociones.

Se trataba de una casa de obra vista edificada en dos plantas. Parecía inacabada y los materiales eran de segunda, una vivienda levantada por mano de obra no profesional, «de aficionado de fin de semana», ponderó el inspector. Marga estaba somnolienta cuando abrió la puerta, pero enseguida espabiló. Algunas chicharras perecieron en el intento de enmudecer las palabras de un Coque que hablaba con su expresión. Jalil permaneció en el vehículo y se encendió un cigarro en cuanto vio la silueta del inspector perderse en las entrañas de la casa. El intérprete no fue testigo de las lágrimas mudas de Marga, aunque sí pudo imaginar la retahíla de instrucciones precisas que el inspector estaría soltando. El encuentro no duró demasiado. Marga se derrumbó y se supo incapaz de contarle a su exmarido qué le sucedía a la nena. Él tampoco insistió. Ya habría tiempo para eso, advirtió el policía poco conciliador antes de regresar al vehículo.

Jalil se moría de ganas por saber.

—¿Y ahora qué?

—¿Ya estás cansado? Vaya mierda de policía.

—Yo no soy policía.

—Eres más policía que muchos.

El comentario le llegó al alma y Jalil no necesitaba más. Si había que estar allí ocho días sin comer ni beber, lo estaría. Coque Brox acababa de decirle lo que nadie hasta la fecha le había dicho, y eso era más que suficiente. Enredado

en esa madeja de pensamientos, el intérprete se vio sorprendido por la presencia de una dotación de la Guardia Civil. Coque los había llamado durante el trayecto y, en cuanto los vio venir, descendió del vehículo y mostró la placa. Les narró los hechos como si estuviera redactando un atestado y la réplica fue en el mismo idioma. Se disculparon por la escasez de personal y lamentaron que ni siquiera por un compañero en apuros pudieran establecer un dispositivo de seguridad estático frente a la casa. A lo más que se podían comprometer era a realizar rondas periódicas y a facilitarle el teléfono particular del sargento de puesto. La pareja de la Benemérita se despidió sin llegar a ver al intérprete, quien acataba a rajatabla lo dispuesto por el inspector y no osó abandonar el vehículo.

El sonido cargado por las alimañas nocturnas logró inquietar a Jalil.

—Y eso que dicen que estos pueblos son tranquilos. Dan más por culo los putos grillos que la música del *bacala* de mi escalera.

—Eres un animal de ciudad, Jalil.

—Como tú, jefe, como tú.

La noche se resquebrajó y la luz se filtró entre las nubes, abasteciendo de un baño cromático al entorno. Los ladrillos de la casa inacabada todavía parecían más tristes al estar desguarnecidos de la oscuridad. Jalil, vencido por el cansancio, se quedó estupefacto ante la belleza de aquel amanecer. Para Coque esa intensidad solar solo le indicaba que era la hora de largarse. Marga ya sabía qué tenía que hacer y él no podría soportar la intensa luminosidad que el firmamento anunciaba. Llamó al Requena, vecino del Aspas, soltero de sesenta años y tripulante de una barca que solía faenar de noche. Dedujo que a esas horas del sábado el pescador estaría metiéndose en la cama. El Requena mostró su habitual mal carácter, pero terminó acatando. Al fin y al cabo, siempre había sido un marinero, y si se le hablaba con voz de mando se limitaba a cumplir, aunque fuera con alguna que otra dedicatoria a la madre de alguien que no tenía teléfono en los tiempos en los que vivimos.

—¿Están bien? —preguntó el Aspas, sin preámbulos.

—Todo controlado. ¿Tienes algo?

El silencio del Aspas lo delató. Algo malo ocurría.

—No te va a gustar, Coque. Ya tengo datos del teléfono.

—¿Quién fue?

—La llamada se hizo desde la Jefatura.

—¿Qué?!

Jalil sintió cómo se le aceleraba el pulso.

—He comprobado la extensión y pertenece al grupo de Delitos Tecnológicos. Un silencio largo.

—Sé lo que piensas. Yo no dejo rastro, Coque. Es imposible que hayan

detectado quién accedió a la base de datos de la web de la Generalitat o quién ha vulnerado las contraseñas del correo electrónico del hijo del Conseller.

—Pero ¿no me dijiste que te pasó la información el Postres? ¿Qué es eso de que accediste a la base de datos de la web de la Generalitat? —Coque necesitaba salir del vehículo pese a la luz cegadora. No solo los párpados le temblaban.

Al otro lado de la línea escuchó un suspiro de culpabilidad.

—Ya sabes cómo soy. No me fie del todo y quise constatarlo. Créeme, Coque, nunca dejas rastro.

—Está bien. —El inspector trató de recapitular y sosegar sin dejar de dar vueltas al vehículo policial—. Te creo. Entonces no saben quién ha sido, pero sí saben que alguien ha entrado en esa base de datos. ¿Es eso posible?

—Sí. El administrador de la web puede haber detectado los ataques en los *logs* archivados y comunicarlo a quien corresponda.

—¿Y qué tiene que ver la consulta de un vehículo oficial de la Generalitat con Worldrose?

—Eso yo no lo sé, Coque.

El inspector contuvo el aliento unos segundos.

—Yo sí —afirmó Coque—, pero no me cuadra que desde el grupo de Delitos Tecnológicos me amenacen con hacer daño a mi hija si no me olvido de Worldrose. Y todo porque tal vez el administrador de la web ha elevado un informe y el politicucho de turno ha pedido al grupo que investigue. Aun así, ¿por qué debería un policía amenazar a mi hija y encima hacerlo con un simulador de voz y desde el teléfono de su grupo? No me cuadra, papá. El único nexo en común entre Worldrose y la consulta tuya a la dichosa base de datos se llama Daniel Claramunt.

—Un momento —interrumpió el Aspas—. Estamos dando por buena una premisa que no está comprobada. Me he ofuscado al creer que alguien de ese grupo sabe que tú estás detrás del ataque a la web. ¿No te parece eso poco improbable? Nadie sabe de mi oficio. Bueno, el único a parte de ti es Palma.

Ninguno dijo nada.

—¿Y si el hecho de que esa llamada se realizara desde Jefatura obedece a otra cuestión? —conjeturó el Aspas.

«Palomares», pensó por un instante el inspector. «Ese hijo de su madre me quiere fuera de la investigación, pero ¿sería capaz de meter a María de por medio? Ni Palomares ni Valcárcel harían daño a mi familia.» Coque sabía que el mejor método para obtener respuestas que se resisten consiste en confeccionar las preguntas del modo en el que normalmente no se hacen. «¿Qué tienen en común los policías del grupo de Delitos Tecnológicos de Jefatura con Daniel Claramunt? Una detención», se preguntó y se respondió a la vez. «¿Qué fue lo

que más chirriaba de esa detención?», continuó con ese toma y daca interno el inspector.

—Coque, ¿sigues ahí? —irrumpió el Aspas.

—Más o menos.

—¿Qué vas a hacer?

—No lo sé. Voy a colgar.

—Ten cuidado, hijo.

Coque colgó el aparato y lo dejó caer en uno de los bolsillos del pantalón. De la detención de Claramunt recordaba como un dato curioso la ausencia de una reseña. «¿A quién y cuándo no se reseña? Cuando te lo ordena un mando, cuando el detenido es familiar de un *bacalao* como es el caso, o cuando el detenido no ha cometido ningún delito grave y tiene un buen amigo en la policía.»

Jalil salió del coche y Coque le ordenó con un aspaviento que mantuviera el pico cerrado. El intérprete solo quería darle las gafas de sol que había olvidado en el salpicadero. Regresó sin rechistar al vehículo y el inspector le secundó, abducido por sus propios pensamientos. Depositó las manos en el salpicadero y agachó la cabeza.

—Arranca y tira para Jefatura.

—¿Alguien de la casa, jefe? —preguntó Jalil, temeroso de conocer la respuesta.

El inspector se dejó caer sobre asiento, apagó el aire acondicionado y bajó su ventanilla.

—El cincuenta por ciento de la humanidad son unos hijos de puta, y la policía es parte de la humanidad, Jalil.

—¿No te has pasado un poco, jefe?

—Dejémoslo en el cuarenta y nueve por ciento. Los hijos de puta, me refiero.

—¡Menos mal! Solo tengo dos amigos en la policía. Uno ha desaparecido y el otro está a mi lado. Con tu estadística, uno de los dos es un hijo de puta y, la verdad, Palma no lo parece, jefe.

—Arranca de una vez el puto coche.

Cuarenta y cinco minutos después, Jalil se vio obligado a apearse del coche al inicio de la Via Laietana, frente al edificio de Correos. Coque asumió la conducción del vehículo durante quinientos metros. El parking estaba a oscuras y el inspector agradeció esa tregua para los ojos. Aparcó el vehículo oficial con pericia, pese a la estrechez de la plaza asignada. Valcárcel y Palomares tenían, además de los más codiciados vehículos, las mejores plazas. Tal vez cuando se

descubriera todo el pastel, Palomares terminaría yendo a trabajar en autobús. Al fin y al cabo, todos estaban bajo sus órdenes y alguien de ese edificio estaba cubierto de mierda hasta el cuello. En otras circunstancias habría utilizado con Palomares aquella información como moneda de cambio. Pero habían amenazado a su hija pequeña y Palma continuaba desaparecido. Ya nada era negociable.

Coque ordenó al policía que prestaba servicio de incidencias de fin de semana que llamara a Palomares y al jefe del grupo de Delitos Tecnológicos.

—¿Cuál es el motivo? —preguntó el policía, indiferente, tras haberle interrumpido la lectura del diario *Sport*.

—La posible muerte de un policía.

—¡Hostia, jefe! ¿Quién la ha *palmao*?

El comisario Palomares acudió a Jefatura con bermudas, calcetines de nailon y unas alpargatas de la época de los romanos. Por los tonos de grises, Coque estimó que vestía colores tenues, de temporada.

—¿Tú estás bien de la chota? —ladró el comisario en su despacho. Ni siquiera se había sentado.

—Escúchame. Sé que tú no tienes nada que ver. Solo trato de que estés al corriente de todo y me dejes hacer. Estamos hablando de María, Paco. Mi única hija. —El inspector hizo una pausa obligada—. Ella es el único motivo que me queda por el que seguir adelante.

El resto de la historia narrada por Coque resultó ser de tal calibre que Palomares no reparó en el tuteo que tanto le solía molestar. Le dio la espalda al inspector y se acercó hasta el ventanal por el que escudriñaba a la Via Laietana. Dejó caer la mirada por esa arteria de la ciudad que nunca descansaba. A Coque aquel instante se le antojó toda una vida. Un suspiro entrecortado rescató la atención del comisario. Este encaró de nuevo al inspector y se dejó caer sobre el sillón.

—Cuando llegue Tauste, el jefe del grupo de Delitos Informáticos, hablaremos con él.

—¿Y si es él?

—Tauste es el policía más honrado que he conocido, Coque. Si me equivoco respecto a él, dejo este trabajo y me dedico a representar toreros.

—¿Recuerdas haber ordenado que no se reseñara a Daniel Claramunt cuando se detuvo?

—No. ¿Me estás hablando del hijo del político? ¿Cuánto hace de eso?

Coque asintió.

—Dos años.

—Recuerdo haber hablado con Tauste sobre la detención, pero el tema estaba claro, le pillaron mucho material e incluso pasó a disposición judicial, si no recuerdo mal. No hubo trato de favor alguno.

—Cierto, pero no se le reseñó —insistió el inspector.

—No sería la primera vez que por un descuido no se toman las huellas a un detenido.

Coque negó con la cabeza, incrédulo.

El inspector Tauste interrumpió la conversación solicitando permiso para acceder al despacho. Atónito ante el semblante del comisario, trató de saber qué estaba ocurriendo. Palomares le explicó de manera parcial los hechos y le exigió respuestas. Tauste había evitado hasta aquel momento cruzar la mirada con Coque, pero el tono del comisario lo invitaba a que aparcara la leyenda del jefe del grupo de Desaparecidos y viera en él a un padre con problemas.

—Sinceramente, jefe, hasta hace un momento no estaba al corriente de que no se hubiera hecho la reseña a Daniel Claramunt el día de su detención —respondió Tauste al comisario—. Ya sabe la de burocracia que implica un detenido, sería un descuido. Asumo el error.

Palomares y Coque se miraron.

—No creí que fuera necesario decírselo, jefe, pero ya que me preguntan por él, supongo que querrá saber que Daniel Claramunt estuvo precisamente ayer en Jefatura —informó Tauste a Palomares.

—¿Qué cojones quería? —inquirió Coque, apresurado.

Tauste no pensaba responder si el comisario no le daba permiso. Palomares resopló ante el hierático porte de su subordinado.

—¡Contesta, coño!

—Vino todo indignado a pedirnos explicaciones de por qué se le estaban haciendo vigilancias. Aseguró que un vehículo camuflado de la policía lo había estado controlando en casa de una amiga suya.

El comisario dirigió una mirada asesina a Coque. Este la rehuyó y lamentó en silencio el hecho de estar perdiendo cualidades.

—No le hice mucho caso y lo invité a que se marchara por donde había venido —continuó el responsable del grupo de Delitos Tecnológicos—. Recuerdo que eran cerca de las siete de la tarde y mi mujer me esperaba para ir al ginecólogo. —A Tauste se le iluminó el rostro—. Nos iban a decir el sexo de mi futuro hijo.

De repente, Tauste mutó de nuevo su expresión, un ápice de culpabilidad le tensaba la boca.

Coque y el comisario Palomares cazaron el gesto de su compañero al vuelo.

Tauste tragó saliva.

—¿Quién se quedó con él? —se adelantó Coque.

—El oficial Moreno.

—¡Acabáramos! —exclamó el jefe de Desaparecidos, indignado—. El borrachín de Moreno.

—¡Coque! —recriminó Palomares.

—¿Acaso digo algo que no es?

—Moreno jamás te amenazaría —le espetó Tauste.

—El día que detuvisteis a Claramunt, ¿estaba Moreno? —quiso saber el comisario. Tauste asintió—. ¿Quién se encarga de las reseñas en tu grupo?

Tauste cerró los ojos un segundo.

—Moreno, jefe.

—Tauste tiene razón, Paco. Moreno se vendería por dos copas de vino, pero jamás iría a por mí ni los míos. Se trata de Daniel Claramunt. Ese hijo de puta lo planeó todo. Vino aquí a denunciarme, pero Tauste no estaba por la labor, ¿cierto? —Tauste asintió algo avergonzado—. Pero al quedarse a solas con el borracho de Moreno todo se le puso a favor. Vino con la grabación hecha y, en cuanto Moreno lo dejó a solas en el despacho, me llamó.

—Pero ¿por qué coño el hijo del Conseller querría ir por ti? —exigió el comisario, temeroso de que esa respuesta no fuera ni corta ni sencilla.

—Si tienes cinco minutos te lo cuento —respondió Coque, mirando de soslayo a Tauste.

—Tauste, nos vemos el lunes —despidió Palomares al inspector con cara de comerse a Coque.

El cúmulo de pruebas y datos objetivos que Coque le facilitó, sumado a la información que tenía de la investigación de Valcárcel, hizo que Palomares levantara el pie del acelerador. El comisario le recriminó aquel modo irresponsable de actuar. Al inspector le habría apetecido explicarle que su vida no pasaba por el mejor momento, pero lo único que quería era una semana más para rematar la faena. Palomares le exigió que no hiciera nada sin que él lo supiera. Valoraron la veracidad de la amenaza a la pequeña María y, cuando Palomares estuvo a punto de decidir que tenían que ir por Daniel Claramunt, darle tres hostias bien dadas en la detención y meterlo en los calabozos, Coque propuso otra medida. Sabía cómo mandarle un recado para mantenerlo quieto. El comisario le concedió a regañadientes la semana solicitada y descolgó el teléfono. Llamó a Valcárcel y le ordenó que organizara un dispositivo discreto de vigilancia sobre Claramunt. Valcárcel intentó atropellarlo a preguntas, pero no se atrevió al percibir el tono perruno del comisario.

—Coque, esto es solo una tregua. Has cruzado la línea y cuando todo esto termine seré consecuente. Siempre te avisé de que te quitaras de en medio —le

recordó Palomares al ver que iba a abandonar el despacho.

—Haz lo que tengas que hacer, Paco.

Coque cerró la puerta tras de sí y dio por zanjada la conversación. «Dejar a un comisario con la palabra en la boca siempre ayuda a sentirte mejor.»

Había atravesado la plaza de Catalunya cuando decidió llamar a Marga. «Todo va bien y no tengo por qué preocuparme. Está solucionado». Mintió. Los dos tenían ganas de hablar más, pero no lo hicieron. Marga le contó que su hija valoraba todo lo que estaba haciendo, que pronto hablaría con él, que le diese tiempo. Coque colgó y continuó paseando. Aquel augurio de Marga lo animó, y hasta le pareció distinguir el azul penetrante de unos ojos nórdicos que se cruzaron con los suyos. Desde hacía un tiempo percibía la realidad con probabilidades basadas en la experiencia. Saber qué color era el que su cerebro procesaba obedecía a un simple cálculo de posibilidades. Su vida era una mentira. Una ola de tristeza le sobrevino al conjeturar que en breve olvidaría los colores, que la palabra rojo y azul no significarían nada. «Tener la mirada podrida es mi condena», se dijo resignado, como el asesino que descubre que es su segunda personalidad la que mata cuando él duerme.

La joven nórdica se volvió hacia el inspector cuatro pasos después y le dedicó una bella sonrisa. De las que duelen al saber que no podrás disfrutar de ella. Coque admiró la frescura de aquellas carnes, que aun en blanco y negro reivindicaban su gallardía, y siguió su camino sintiendo el maldito paso del tiempo en el epicentro de sus emociones. Consultó el reloj y extrajo el móvil de la americana. Calculó que el viejo Requena estaría a punto de bajarse al bar. Era un hombre de costumbres y eso ayudaba a la hora de pronosticar el momento óptimo en el que llamarlo. El pescador respondió al primer tono con un «sí» desagradable. Una vez hubo constatado que se trataba del madero del barrio, gritó el nombre del Aspas como si le fuera la vida. En cuanto Coque escuchó la voz quebrada de su padre, le hizo un breve resumen y le pidió una cosa más.

—Envíale a ese hijo de puta un correo electrónico sin que sepa de dónde viene y le pones lo siguiente, ¿tienes para anotar?

—Dime.

—Acércate a mi hija y serás portada de prensa.

—¿Solo eso?

—Sabes de sobras que no. Esta es la tarea que te pido, yo me ocupo de otras —masculló Coque, furibundo.

Hasta ese momento las nubes se habían confabulado con él y evitaron que el sol le dañara más la mirada. Pese a ello, el cielo empezaba a advertir de sus buenas intenciones para quienes planeaban ir a ver el atardecer en la playa.

Estaba hambriento y exhausto. A las puertas del Viena de la calle Pelai, recordó que el lema del local era «Para comer bien y rápido». Intentó leer el menú plasmado sobre una alargada publicidad que rezaba sobre el mostrador, pero fue incapaz. La enfermedad se imponía y pidió en línea de caja una flauta de jamón ibérico y una cerveza negra. Ocupó una mesa en la segunda planta y desde allí, sin quitarse las gafas de sol, se convirtió en un espectador de la fauna metropolitana que transitaba por la calle con más zapaterías de la ciudad. Dio buena cuenta del manjar nacional y al ver que los párpados se le cerraban resolvió subirse a un autobús y tratar de cargar las pilas en la calle Margarit.

La habitación del forense estaba entreabierta. Coque distinguió desde la penumbra del pasillo el destello de luces que dispensaba el monitor. El *World of Warcraft* lo tenía de nuevo secuestrado. Cuando el forense reparó en su presencia salió al encuentro.

—Nadia nos ha invitado a cenar mañana en su casa.

Coque había olvidado por completo las llamadas pendientes de la cardiocirujana. «El sexo y la libertad jamás se han llevado bien», pensó. No quería hablar, solo dormir y olvidarse del mundo.

—Me voy a dormir.

—Estás hecho una mierda.

—Brillante diagnóstico para un médico forense —añadió Coque, cerrando de un golpe la puerta del dormitorio.

Bajó la persiana, se desnudó con premura y se dejó caer sobre la cama. Apagó la mirada y se esforzó en configurar el coloreado rostro de la pequeña María. Había olvidado que un acromatópsico no solo pierde la facultad de ver la vida en color, ni tan siquiera la puede soñar.

Capítulo 22

Domingo 22 de agosto

Coque durmió hasta el día siguiente de manera ininterrumpida. Estaba empapado de sudor y un hilo de baba trataba de aferrarse a la almohada. Palpó la mesita sobre la que descansaba el teléfono móvil y pulsó una tecla al azar. La pantalla le informaba de que no tenía ni llamadas ni mensajes pendientes. «No hay noticias, buenas noticias», se dijo algo amodorrado. Tras una ducha rápida se acercó hasta el comedor.

—¿Tienes curiosidad por saber cuántas horas has dormido? —le preguntó Oliver desde el sofá.

Coque le dirigió una mirada condescendiente, cubierto con una toalla aunque con el torso al desnudo. Frente a él, su compañero de piso se encontraba leyendo un libro, en perfecto estado de revista para salir a la calle.

—¿Cuántas diría un forense por la tersura de mi cutis? —preguntó el policía, dejando caer la toalla.

—Por el cutis de tu culo diría que no has dormido en toda tu vida —gritó el forense al ver cómo Coque encarrilaba la habitación—. Tenemos cinco horas por delante para llegar a casa de Nadia. Y para tu información, vive cerca del Tibidabo. ¿Crees que tendrás suficiente o también llegaremos tarde como siempre?

Coque emitió algo parecido a un gruñido. No estaba el patio para cenas en la zona alta de Barcelona. Llamó a Palomares fuera del alcance del forense y se interesó sobre el estado del dispositivo policial montado para cazar a Daniel Claramunt.

—Todo en orden, mi general —fue todo lo que dijo el comisario.

Coque sabía que si hay algo que un comisario no encaja bien es que un subordinado lo llame un domingo para preguntarle cómo va la investigación. Pero no tenía a quién dirigirse y los rangos y los buenos modales los había aparcado meses atrás. Él era un hombre en apuros con el significado que tiene esa expresión en su máximo exponente.

Contra todo pronóstico llegaron a las faldas del Tibidabo a la hora acordada. El sobreático ofrecía desde el comedor una perspectiva de Barcelona a la que nadie podía resistirse. Reinaba luna llena y el cielo desde allí era otro cielo. La intensidad de la luz era agradable y Coque vaticinaba una de esas noches en las que volvería a enamorarse de la ciudad. Estuvo tentado de preguntarle a Nadia a cuántos grados tenía programado el aire acondicionado, pero prefirió callar al ver las ventanas abiertas y constatar que la brisa de los acomodados no era la de su barrio.

Nadia había preparado la mesa en la terraza con esmero. Con un gesto de mano los invitó a que tomaran asiento en una especie de palco desde el que se presidía la ciudad. De entre una escueta colección de compactos, eligió un concierto de Miles Davis en el Plaza y sonó «My Funny Valentine». Coque celebró esa elección musical con la que él había crecido. Disfrutó de la presencia de unos canapés de una célebre pastelería y de un caldo elaborado en el Alt Empordà. Los tres amigos dieron buena cuenta del surtido de sabores combinados con tino. El ambiente creado fomentaba el uso de tonos de voz bajos, que los comensales paladearan los comentarios y que no dejaran de brindar con el tinto gerundense.

La noche fluía y Barcelona parecía sumarse a ello. Nadia bromeó con el inspector sobre el número de llamadas perdidas que ha de tener para contestar una de ellas, y que de seguir con esta actitud terminaría denunciando su propia desaparición. Coque encajó bien la ocurrencia. El forense apoyaba cualquier propuesta cuyo objetivo fuera rectificar las malas maneras de su compañero de piso.

—Eres como uno de esos vaqueros de peli de sábado por la tarde que veía de pequeña. Ya sabes, serio, varonil y con cierto aire de lobo solitario —dijo Nadia, dirigiéndose al inspector.

—Entonces ¿quién soy yo? ¿El típico ayudante del vaquero al que acaban matando? —aventuró el forense, ebrio y algo herido por no ser el elegido—. Por cierto, ¿tienes pensado morir hoy, Coque?

El policía contrajo el labio inferior y negó con la cabeza.

—¿A qué viene preguntarle a nuestro vaquero si hoy va a morir? —Nadia había decidido que no iba a disimular ante el forense ningún sentimiento.

Oliver se incorporó con gesto teatral, dejó caer las manos sobre los hombros descubiertos de Nadia y le susurró al oído.

—Nuestro vaquero sabe cuándo morirá.

—Esas palabras no han salido jamás de mi boca.

—Tienes razón, compañero. Lo que él dice es que el día que vaya a morirse lo sabrá en cuanto se despierte —matizó el forense.

—¿Y eso? —preguntó Nadia, dedicando una sonrisa burlona al inspector.

El inspector se encogió de hombros.

—Imagínate si un día viajamos con él en un avión —empezó a explicar Oliver—. Si ese día nos dice que no se va a morir, podemos estar seguros de que aquel vuelo no cae.

—Podría ser que yo fuera el único superviviente, señor forense.

Oliver apuró su copa de un trago ante tal posibilidad.

El inspector sonrió.

—¿Y qué es lo que esperas sentir, Coque? —Nadia se mostró interesada—. Si nunca has tenido antes esa sensación, ¿qué esperas sentir, ese día, que no hayas sentido hasta ahora?

Coque titubeó unos segundos. Alzó la mirada al constelado cielo y estuvo a punto de responder que tal vez aquel día se despertaría y volvería a ver todo en color, como si de un regalo de últimas voluntades se tratara.

—No lo sé —contestó.

—*Touché* —concedió el forense—. Pero yo, por si acaso, seguiré preguntádoselo. Confío en la intuición de un sabueso aunque no se pueda explicar. —Y Oliver zanjó la cuestión con un golpe cariñoso sobre el omoplatto del inspector.

—A propósito de cosas que no se pueden explicar —arrancó Nadia, achispada. Dentro de tres días me he citado con un desconocido en la cala Canyelles de Lloret de Mar a las diez de la noche. —Coque se esforzó en mostrar un rostro inexpresivo, todavía no atinaba a saber qué buscaba la cardiocirujana con esa explicación—. ¿Te acuerdas de mi investigación sobre las experiencias cercanas a la muerte? —preguntó al forense, que decidió volver a sentarse—. Pues parece que va dando sus frutos. Alguien quiere verme.

Oliver clavó la mirada en los ojos de Nadia.

—¿Qué es eso de experiencias cercanas a la muerte? —quiso saber Coque, bastante desconcertado, como temiendo una disertación sobre los últimos avances contra el Alzheimer según el número de veces que una rata se había perdido en un laberinto de pasillos hecho a su medida.

Nadia anunció que era el momento de servir los postres. Le pidió a Oliver que en el tiempo que le llevara a ella retirar los platos y traer el pudín casero que había preparado, le resumiera al policía la experiencia por ella vivida con el paciente Antonio Carrascosa.

—También puedes contarle lo de la sala de autopsias, si quieres —bromeó la cardiocirujana con maldad.

Cuando Nadia regresó sujetando con una mano una bandeja con el suculento postre rebañado en nata y con la otra una cafetera italiana, el policía ya estaba al

corriente con pelos y señales de todo lo acontecido. El modo en que Oliver narró los hechos impidió cualquier intento de mofa por parte del inspector. Pidió a Nadia una botella de bourbon y decidió que ver la vida en blanco y negro ayudaba a escuchar con más atención este tipo de historias, por increíbles que fueran.

—Creo que he matado a más de una persona —confesó Nadia, hierática, antes de ir a por la botella de bourbon.

Los dos amigos se miraron. Sin necesidad de palabras, ambos sabían que esa confesión tendría una explicación. Cuando Nadia depositó el bourbon sobre la mesa y tomó asiento, pudo comprobar que incluso antes de empezar su discurso ya tenía al escaso público rendido a sus pies. El forense y el policía siquiera osaron a probar el postre sin que antes esclareciera tan contundente anuncio.

—Creo que he matado a más de un paciente con mis palabras —matizó Nadia.

—Hoy estás algo televisiva, Comaneci —observó el forense.

—¿Comaneci? ¿Qué es eso de Comaneci?

—Eso pregúntaselo a tu amigo.

—Conmigo intentó lo de llamarme Malla, por lo de Coque, pero zanjé el intento a la primera de cambio.

—Es lo que tiene la falta de sentido del humor —se defendió el forense.

Nadia cerró los ojos y se mordió el labio inferior al catar su pudin casero.

—Dicen que es a la hora del postre cuando se zanan los negocios —advirtió la cardiocirujana—. La verdad es que no sé cómo vais a encajar lo que os voy a explicar. Sobre todo tú, Coque, que apenas nos conocemos.

El inspector tuvo que esforzarse para no dar réplica a esa afirmación. «La cama es el mejor atajo para que dos personas se conozcan», pensó mientras apartaba el pudin de su alcance. No tenía un aspecto demasiado agradable para alguien que solo ve en blanco y negro. Se sirvió dos dedos de bourbon color ceniza y lo ingirió de un trago.

—Me voy a dedicar a investigar las experiencias cercanas a la muerte —anunció Nadia.

—¿Qué? —exclamó el forense, y a continuación imitó a Coque en lo relativo al bourbon.

—La experiencia que viví con Carrascosa se ha apoderado de mí. ¿Conocéis el caso de Pam, la cantante de country americano? —Los dos hombres negaron con la cabeza—. Seré breve. Mujer de cuarenta años con problemas de habla y reflejos, se hace un escáner y nada. Le hacen una tomografía computada, o sea, un TAC —esto último lo dijo mirando al policía—, y le detectan un aneurisma en la mismísima base del cerebro.

—Jaque mate —profirió el forense.

—Tú siempre pensando en clientes —replicó Coque.

—No es el final feliz de la historia lo que importa —medió Nadia—. Nadie le daba un ápice de esperanza hasta que visitó el hospital en el que trabajaban las mentes más privilegiadas de la neurología americana.

—Lo tuyo con los neurólogos es de psiquiatra —soltó Oliver.

Nadia hizo un gesto de desagrado al tiempo que le dedicaba una fugaz mirada al forense.

—En ese centro decidieron operarla —continuó—. Una operación inmóvil, se llama. Consiste en detener el corazón, la respiración y las ondas cerebrales manteniendo el cuerpo a una temperatura de entre diez y quince grados. Le detuvieron toda actividad metabólica, toda actividad neuronal medible. Sin embargo, al finalizar la operación con éxito, Pam fue capaz de describir qué utensilios utilizaron, parte de los diálogos que habían tenido entre enfermeras y cirujanos, e incluso pudo dar detalles médicos muy precisos. Esos que solo un neurólogo podría saber.

—¿Adónde quieres llegar? —preguntó el policía antes de iniciar la segunda ronda de bourbon.

—Que estuvo en el más allá durante unos minutos —respondió Oliver por ella, y acto seguido suspiró con preocupación.

—Exacto. Que hay vida tras la muerte, que todo esto no termina aquí —añadió Nadia con un entusiasmo creciente—. Si no tenía actividad cerebral, ¿cómo pudo recordar lo que hicieron con ella? ¿No lo veis? Nuestro cuerpo es solo una carcasa, pero la esencia, el alma, o como queráis llamarlo, no tiene fin. Es cuando me pregunto a cuántos pacientes hemos matado en plena operación con nuestras opiniones negativas e incluso despectivas. Por primera vez en mi vida, creo que no he obrado bien como cardiocirujana.

Las palabras emitidas por Nadia se colaron por las entrañas de Coque. La simple idea de que el pequeño Martín no se extinguiera, de que solo se esfumara su angelical carcasa, se convertía en el tronco de madera que tanto necesitaba un naufrago de la vida como él.

Tras un prolijo silencio, Oliver tomó la palabra.

—Si cruzas esa línea te van a comer, Nadia. Sabes de sobras cómo es nuestro gremio. No se aceptan los términos que no se puedan tocar. Hablar del alma, de energía y de un más allá es convertirte en una parlanchina peligrosa a la que habrá que retirar la licencia para seguir ejerciendo.

—Lo sé, pero es así como lo siento. Por ejemplo, Carl Jung. —Oliver se encogió de hombros y Coque continuaba sopesando las anteriores palabras de Nadia—. Fue una de las diez mentes más significativas del siglo XX. Psicólogo,

escritor, científico... Jung se enfrentó durante gran parte de su vida a los muertos. O mejor dicho, se enfrentó al gran miedo que los vivos tenemos de los muertos.

—Te vas a convertir en uno de esos personajes que va de plató en plató describiendo experiencias cercanas a la muerte. Si es que lo veo venir...

—Últimamente siento presencias, Oliver, y tú también —se defendió Nadia.

—Pasas demasiado tiempo sola.

—¡Quién fue a hablar! —salió en su defensa Coque.

Nadia regaló al inspector una mirada intensa y agradecida.

—Dentro de tres días tengo una cita con alguien que ha cruzado la línea de la vida y ha vuelto. Solo os pido que me acompañéis. No quiero ir sola. —La última palabra la dijo en tono despectivo mirando a Oliver.

—Tres días —susurró Coque, inaudible.

Oliver conocía bien esa mirada del inspector. Era un hombre hecho de tristeza, protegido por un envoltorio con fisuras. A veces un comentario desatinado, una fotografía encontrada o un simple objeto del pasado se colaba por los resquicios de su profundo pesar. Y lo fulminaba. Faltaban solo tres días para que se cayera un número del calendario. Al igual que un club de baloncesto retira el dorsal de un jugador emblemático, Coque fantaseaba con eliminar esa fecha de su memoria. Pero aquella era una tarea baladí. Desde hacía dos años, durante el transcurso de aquel día, el inspector solía citarse con su propio aislamiento. No le pasaba por la cabeza compartir la fecha con un loco de los fiambres y una sensual cardiocirujana que coqueteaba con el más allá.

—Es muy importante para mí —añadió Nadia.

La noche agonizó con una última ronda de bourbon, un par de comentarios chafarderos del forense y algún que otro intento fallido de Nadia por recuperar la presencia de un Coque ausente a quien los aires del Tibidabo empezaban a no sentarle demasiado bien.

Capítulo 23

Miércoles 25 de agosto

Coque se despertó con la efímera ilusión de que al levantarse ya fuera el día siguiente. Desde la cena en casa de Nadia todas las gestiones tendentes al esclarecimiento del caso resultaron infructuosas. Transcurrieron tres días vacíos de logros y repletos de desesperanza. Marga no solo fue parca en el parte diario que le daba telefónicamente, su débil voz advertía que en cualquier momento podía recaer. Había ponderado compartir esa fecha con ella, pero en su primer año aconteció el primer intento de suicidio y desde entonces solo acataba instrucciones médicas. «No invadas esa esfera de Marga en la que tu mera presencia terminará por aniquilarla.» Porque ese fue el verbo que utilizó la psiquiatra: «aniquilar». Le resultaba humillante esa prescripción desalmada, sin embargo se convirtió en todo un mantra para Marga.

Por la Jefatura reinaba un extraño silencio, ni tan siquiera Jalil tenía algo nuevo que contar. «Todo sigue su curso», fue la frase más recurrente de Palomares ante las incisivas demandas de Coque. Sin noticias de la policía francesa, sin datos nuevos que aportara el Aspas y sin que Daniel Claramunt diera un paso en falso. Toda la ciudad se había sumergido en un mar calmo que inquietaba a cualquiera pero sobre todo a Coque, conocedor de esa antesala que suele tener lugar antes de la batalla final. «La semana dulce del enfermo terminal», pensó. Parece que se vayan a curar, todo empieza a restablecerse, no ocurre nada malo e incluso brota una rancia esperanza. Pero antes de siete días el enfermo tiene una recaída, la peor hasta la fecha. Delirios, morfina, mentiras que encubren una despedida y, al final, la agonía postrera. El último estertor y el viaje a ninguna parte. Ante esa concatenación de amargas vivencias recordó lo dicho por la cardiocirujana durante la última cena.

Detuvo su mente en las experiencias cercanas a la muerte. Se preguntó si Palma y Martín estarían juntos en alguna dimensión extraña. Aquel pensamiento le arrancó una leve sonrisa, la única que trazaría aquel 25 de agosto.

Las persianas metálicas de la taberna no solían despertar a ningún vecino.

Solían levantarse a la hora que la ciudad ya pensaba en el vermut. Por ello, cuando Rodri abrió el local, le sorprendió que alguien esperara en la puerta. Tardó unos segundos en reconocerlo, pero aquel plante con mirada gélida siempre había logrado inquietarle.

—Adelante —invitó de mala gana al jefe de Neurología del Hospital Clínico tras sondear el cielo de Barcelona—. Parece que hoy va a llover.

—¿Vamos a tener una conversación de ascensor, Rodri?

El propietario de la taberna hizo caso omiso al comentario de Arturo y se tragó las palabras que le habría apetecido decir.

—¿Qué te pongo?

Arturo declinó la pregunta con un gesto de mano.

—He venido sólo por tu libro. Necesito dejarle una nota a Nadia.

—¿Una nota? ¿Tú?

Rodri se parapetó tras la barra y se quedó estático.

—Según me cuentan, es un libro para unir a la gente, ¿no es así?

Rodri no contestó.

Arturo extrajo una pluma Montblanc del bolsillo de la impoluta camisa azul añil y se dirigió con paso firme hasta el extremo de la barra, allí donde descansaba el célebre libro.

Rodri clavó la mirada en el gesto petulante del neurólogo y calculó que no se trataba de un mensaje demasiado largo. Arturo devolvió la Montblanc al punto de origen y encarriló la salida con prisas.

—Y no seas cotilla, Rodri.

El tabernero se hartó.

—Nunca me has caído bien.

Arturo sonrió como lo habría hecho un mafioso poco antes de ordenar la muerte de uno de sus acreedores.

—Escríbemelo en tu libro.

Oliver informó a su ayudante que tal vez llegaría tarde. Era un día especial para Coque y creyó conveniente estar en casa durante las primeras horas de la mañana. El forense ya había sufrido el primer aniversario de la tragedia y las turbulencias emocionales que provocaron en el inspector el intento de suicidio de Marga. Le parecía irónico que ese mismo día hubiera quedado para comer con Almina. Estaba hecho un flan ante los inminentes acontecimientos. Hacía ya una semana que le había enviado a Almina una fotografía de Coque fingiendo ser él y todavía no había rectificado aquel absurdo gesto. No era un buen comienzo empezar mintiendo. Le diría que envió el archivo por error, que él y Coque comparten piso y ordenador, y que su compañero es un desastre a la hora

de etiquetar los archivos informáticos.

En medio de esos pensamientos el forense constató que al otro lado del tabique se alzaba una persiana. Si Coque necesitaba compañía, él estaba dispuesto a renunciar a Almina. No sabía bien si se trataba de un gesto de amistad o del pánico a iniciar una relación. «En la batalla entre lo real y lo digital, debe perder lo segundo», se dijo con poco convencimiento al tiempo que repasaba de nuevo la única fotografía de la mujer que estaba a punto de conocer. Dobló la fotocopia impresa de Almina y la depositó en la cartera. Tomó una ducha más rápida que la de un soldado, se vistió y se dirigió a la habitación del inspector. Golpeó la puerta con tiento y pudo escuchar con nitidez un escueto «estoy bien». Oliver le recordó la cita que tenían con Nadia aquella misma noche y decidió que lo mejor sería darle al día una pizca de normalidad.

El sabor de la naranja recién exprimida le hizo sentir bien. Ataviada con un ligero albornoz y con el pelo todavía humedecido, Nadia tomó asiento en una de las hamacas que ofrecía la espléndida terraza. Bajo un manto de nubes bajas, ojeaba los artículos de prensa que había impreso la noche anterior. Puso toda la atención en el caso de Sam Parnia, un cardiólogo británico y doctorado en Biología celular, que había logrado establecer un protocolo de trabajo para que algunos hospitales del Reino Unido realizaran una encuesta a personas reanimadas tras una muerte clínica. Parnia trató de desvelar, con métodos científicos y huyendo de las fabulaciones, que el alma y la conciencia no están conectadas al cerebro. Sugirió una idea que ya merodeaba por la cabeza de Nadia desde que Carrascosa afirmó haber visto a todo el equipo médico que le había operado.

Para ella era insinuar un imposible, lanzar un ataque frontal al campo de la neurociencia, pero no podía evitar replantearse el hecho de que el cerebro no fuera el creador, sino el receptor de la conciencia. Se mostraba fascinada ante la posibilidad de formar parte de una minoría médica que empezaba a alzar la voz. A un repentino estruendo del firmamento le siguió una gota de agua insolente que logró colarse por el escote. Apenas tuvo tiempo de reaccionar. Llovía sobre Barcelona y, sin embargo, su entusiasmo crecía. En unas horas, Oliver y Coque la acompañarían a la misteriosa cita. «Si el policía busca a desaparecidos, yo buscaré a vivos que hayan estado muertos», pensó al tiempo que corría a cobijarse al apartamento.

A la hora de comer, Coque accedió a la Jefatura confiando en que el edificio estuviera desierto. Sus cálculos acertados mostraban un espacio desolado, como si una explosión nuclear hubiese exterminado al ser humano del planeta Tierra y

solo sobrevivieran las máquinas que tanto les habían amargado la vida. Accedió a la ratonera y verificó que Hurtado escatimaba a la administración todas las horas que podía y más. Abrió uno de los cajones y le dedicó una mirada tierna a un dibujo infantil. Depositó los labios sobre aquel esbozo atiborrado de grises, a ojos del policía, y antes de que la mirada se le enturbiara lo devolvió de nuevo al cajón. Se retrepó en la silla, suspiró profundamente y fijó la atención en la mesa de Hurtado. Estaba vacía, ni una carpeta blanca con el anagrama del sello del Cuerpo Nacional de Policía, ni un nota. Nada de nada.

Se reincorporó de un salto y fue en busca del comisario Palomares. Los temores se convirtieron en realidad. Sabía que en aquel paisaje desolado la explosión nuclear jamás terminaría con las bacterias. Una de ellas, con una camisa empapada por los sobacos y cara de no haber vaciado los intestinos desde hacía una semana, estaba abducido por una pantalla de ordenador.

—¿Preocupado? —irrumpió Coque.

Palomares apartó la mirada del monitor. Se masajeó con los dedos la sien y comprimió el rostro con los ojos cerrados.

—Toc, toc... —fingió golpear una superficie con un puño al aire—. ¡A sus órdenes! ¿Da su permiso? Ya ves, no es tan difícil, Coque. —El inspector ni se inmutó ante tal interpretación—. ¿Tienes algo que darme?

—Negativo, jefe. —La última palabra la pronunció con una desmesurada energía—. ¿Qué ha pasado con Hurtado?

El comisario Palomares se pasó la mano por el mentón.

—Que está amargado, Coque. Y tiene razón. La policía no es lo que él está viviendo. Uno ha de llegar a la Judicial cuando ya ha catado la pringue, y la pringue es la calle. Las charlas existenciales de madrugada con una puta de curvas desahuciadas, las *chutas* de los yonquis escondidas en sus deshilachados calcetines, las papelas de caballo que uno tiene que sacar de la boca de los negros de las Ramblas estrujándoles el pescuezo, las carreras que uno se pega detrás de un carterista que nunca alcanzas; y que si lo haces, le das una buena hostia y hasta él lo entiende. Qué te voy a contar que ya no sepas. Un buen policía ha de vivir todas esas mentiras tan bien elaboradas que con el tiempo dejan de serlo. Sin ello nunca será un policía, y en tu grupo ya no queda nada de eso. Total, en menos de quince meses vienen los Mossos y al grupo de Desaparecidos no lo encontrarán ni los historiadores.

—Fuiste tú quien lo convirtió en un chivato.

—Ya ni siquiera me cabreas, Coque. ¿Sabes qué significa eso? —El inspector permaneció expectante—. Tengo las cosas muy claras. Ha desaparecido un policía hace medio año y todo indica que estaba metido en algún marrón. —Coque hizo el ademán de interrumpir dicha afirmación, pero un

dedo levantado de Palomares frenó todas sus intenciones—. No negaré que tus investigaciones han aportado algo, pero me temo que voy a fallar a mi palabra. Se te acabó el crédito. Ya no podemos esperar más. Entre hoy y mañana tiraremos del tema. Meteremos en el *calambuco* al cabrón del niñato ese de Claramunt e intentaremos que le dé a la sin hueso.

—¿Cómo? ¿Con métodos de Guantánamo? Venga, Paco, no me jodas.

—Negociaremos con sus abogados si a cambio obtenemos el lugar donde pueda estar enterrado Palma.

—Palma no está bajo tierra.

—Palma no está vivo, Coque, sé sensato. Y ahora, si no te importa, me voy a comer. —Palomares descolgó la americana del perchero y reclamó la presencia inmediata del chófer por teléfono.

Coque no tenía suficiente energía para discutir, tal vez el comisario estuviera en lo cierto, y aunque Daniel Claramunt se tiró un farol con la amenaza de su hija, «si está entre rejas mejor que mejor», pensó.

—Te propongo un trato innegociable —anunció Palomares al tiempo que cruzaban el pasillo que los llevaba hasta la puerta principal. El vehículo oficial ya estaba a su disposición.

—Los tratos no son innegociables.

—Los míos sí, coño. Mi memoria está como tu vista, ¿me captas? —La expresión de Coque no parecía entender esa forzada comparación. Palomares leyó en su mirada un atisbo de incompreensión—. Joder, Coque. Que me olvido de tus problemas con los ojos, pero no de tu expediente por faltarme al respeto y por pegar a Valcárcel, ¿estamos? Al fin y al cabo, fuiste tú el que le robaste a su chica.

—Ahora viene cuando tengo que darte las gracias.

—Podré vivir sin ello.

Palomares abrió una de las puertas traseras del vehículo.

—Llámame si se sabe algo de Palma —le apremió el inspector—. Parece ser que tengo por delante muchos meses de vacaciones.

—Coque, vete a tomar por culo ya y déjame en paz. Cierra los temas pendientes, contesta oficios judiciales, haz comprobaciones de domicilios...

—Mi único tema pendiente se llama Palma.

El comisario cerró la puerta del coche con un golpe seco y se quedó de pie. Dirigió su mandíbula hacia el cielo y estiró al máximo el cuello. Era un gesto conocido por Coque, una especie de preámbulo antes de dar rienda a los más primitivos instintos. Aquel retaco de camisa sudorosa pero con más poder que un obispo del siglo XIII acercó el rostro al del inspector.

—¿Si te pego una patada en los cojones verás la vida en colores y aparcarás

de una vez tu puta mala leche?

Coque abandonó el edificio impasible, esquivando con parsimonia a ese hombre hecho de otra pasta, sabiéndose derrotado en esa absurda guerra donde los galones mandan y el sentido común jamás es invitado a la contienda. Cruzó la calle Comtal bajo una lluvia intermitente, cálida y silenciosa. «El cielo hoy llora por ti, Martín.» Prosiguió el camino sin destino, recordando que esa noche tenía un compromiso con Nadia. «Si no acudo la perderé. Y si voy le haré creer lo que no es.» Dejó a su espalda las Ramblas y se metió en el primer bar que encontró. Uno de esos locales reformados y sin personalidad, con un camarero atolondrado por las drogas y una clientela que parecía haber desembarcado del Festival Internacional de Benicàssim. «El lugar ideal», concluyó. Pidió un bourbon sin hielo con una pizca de olvido. El camarero entendió solo la última parte, y eso hizo que el inspector tardara una eternidad en poder mojarse el gaznate y acurrucar la memoria.

—Qué lástima, con este par de tetas habría podido hacer feliz a media humanidad —dijo Nacho en cuanto Oliver deslizó la cremallera de la bolsa que albergaba el único cadáver del día.

Esa observación tan marca de la casa de su ayudante hizo que el forense depositara, en un primer momento, toda la atención en aquellos pechos majestuosos. Parecía mentira que un cuerpo escuálido como aquel encerrara tal exuberancia. Al proseguir con la exploración, el impacto visual fue atroz. El forense echó el cuerpo hacia atrás y a punto estuvo de perder el equilibrio. Inspiró con hondura y expulsó el aire de manera acelerada. Se armó de valor para acercarse de nuevo al cadáver.

—¿Qué te pasa? —preguntó Nacho sin que obtuviera respuesta alguna.

«Es ella.»

«Es ella.»

«Sin ningún género de duda.»

Sobre la mesa de necropsias reposaba inerte su última ilusión. Nunca le pasó por la cabeza que el encuentro entre ambos fuera a acabar así. Ante esos ojos finiquitados fue incapaz de pronunciar su nombre. Inició un rodeo interminable alrededor de la mesa sobre la que yacía el cuerpo.

«Es ella.»

El primer y último encuentro. El forense pensó en el *World of Warcraft* y en cómo resucitar a los muertos. Le vino a la cabeza Delas, ese héroe colmado de poderes que ahora había desaparecido y le pasaba la papeleta a su dueño y señor. Almina yacía muerta ante él.

El forense acudió de nuevo a la ficha con premura. Silvia Gentile, de veintisiete años y nacionalidad italiana. Posible causa de fallecimiento: traumatismo craneoencefálico a consecuencia de un atropello en plena avenida Diagonal.

—¿Una amiga? —quiso saber Nacho—. Me han dicho que iba en bicicleta. Iría pensando en sus cosas y...

Oliver se acercó hasta el cuerpo, la besó en los labios y deslizó en sentido inverso la cremallera de la bolsa. Se deshizo de la bata blanca y abandonó la sala de autopsias. «Pensando en sus cosas», se repitió como una letanía mientras esperaba cabizbajo el ascensor, con las manos apoyadas en la pared, sosteniendo el peso de una alma achicada, cada vez más plúmbea.

Era la hora prevista y la cardiocirujana atendía en el televisor a cómo un célebre cocinero ponía su empeño en demostrar que hoy en día cualquiera puede comer sano. El trayecto hasta Lloret de Mar les llevaría al menos una hora y solo quedaban dos para que el hombre misterioso acudiera a la cita. Nadia llamó al móvil del forense, pero este permanecía apagado. Sopesó las opciones y no halló otra que no fuera la de llamar a Coque. Estaba molesta por su actitud distante durante la pasada cena. Sobre todo por ese silencio revestido de una pátina de arrepentimiento después de que ella lo invitara a pasar la noche juntos.

Al tercer tono el inspector contestó.

—No sé dónde está Oliver. —En cuanto Coque pronunció esas palabras se percató de lo mucho que le había afectado la ingesta de bourbon.

—¿Le habrá ocurrido algo? —se interesó Nadia—. Él no es de los que llega tarde.

—Yo...

—No me falles, Coque, por favor.

El inspector tenía un extraño presentimiento sobre esa cita. Trató de averiguar dónde habitaba ese malestar que se había apoderado de él a lo largo de la jornada. A pesar del efecto sobrevenido por la ingesta de alcohol, quiso creer que todo se debía al maldito aniversario. La súplica de Nadia lo desarmó.

—Ven a recogerme, yo no puedo conducir.

—¿Y eso?

—Es una larga historia.

—Estaré allí en veinte minutos.

Coque colgó el móvil y se enzarzó en una disputa con la cerradura de la puerta. Supuso que Oliver se habría dejado una vez más las llaves puestas. Timbró de manera compulsiva llamando la atención de un vecindario que no tenía queja alguna de esa peculiar pareja de inquilinos. Al cabo, superado por las

circunstancias, se dejó caer al suelo recostando la espalda sobre la puerta.

Llevaba dormido unos minutos, pero había soñado toda una vida. El tiempo de los sueños es un tiempo estirado, elástico, donde los recuerdos y las emociones permiten que un minuto abarque una eternidad. No atinaba a expresar con palabras toda la amalgama de sensaciones que había experimentado, sin embargo tenía la certeza que durante aquel intervalo había visto imágenes en color. La sonrisa perenne de Martín, la mirada intensa de María, un día de playa con Marga envuelto en sus caricias y en el sabor salado de sus besos.

Fue Oliver quien interrumpió el sueño, al abrir la puerta y provocar que se cayera de espalda. Ambos se quedaron durante un tiempo impreciso contemplándose invertidos. De pronto, sonó el portero automático.

—Nadia —logró articular Coque.

—No estoy en condiciones —contestó el forense.

—Pues bienvenido al club.

Coque se incorporó con la energía que brinda una buena cogorza en su primera fase, tiró del brazo de Oliver y, empleando la mínima fuerza indispensable, la misma que se dice emplear en los atestados policiales respecto a algunos detenidos empecinados en desobedecer a la autoridad, logró introducirlo en el ascensor.

Abandonaron el edificio y se acomodaron en el vehículo de la cardiocirujana. Nadia no era ajena a la expresión de su amigo.

—¿Qué ocurre, Oliver?

El forense no articuló palabra, pero en cuanto dejaron la ciudad atrás y se adentraron en la autopista, irrumpió con un sollozo contenido.

—Almina ha muerto —consiguió decir, provocando un frenazo por parte de Nadia, que a punto estuvo de perder el control del vehículo. La cardiocirujana logró enderezar la dirección y aun así decidió estacionar en la cuneta a fin de poder aplacar los nervios.

Coque se había quedado dormido en cuanto encarrilaron la avenida del Paralel, pero la brusca maniobra lo despertó.

—¿Almina? —preguntó Nadia, confusa.

Oliver resumió los hechos ante la insistencia por parte de Coque para que reemprendieran la marcha y evitar que fueran embestidos.

El inspector se restregó los ojos y sintió cómo los efectos del alcohol empezaban a remitir. Se prestó a ser el conductor, alegando que de noche la visión se le agudizaba, pero Oliver se opuso a esa idea disparatada e invitó a Nadia a que tomara asiento como copiloto, para después coger el volante y reemprender la marcha.

—¿Son ya las dos y veinte de la mañana? —preguntó Coque, sorprendido al

ver la hora que marcaba el reloj del cuadro de mandos.

—Nunca ha funcionado —dijo Nadia.

—¿Crees que vas a morir hoy, Coque? —musitó Oliver.

—¿A qué viene eso? —indagó la cardiocirujana.

—Me ayuda a viajar con más tranquilidad —argumentó el forense.

Coque tardó en contestar. Ni siquiera él supo si era por los efectos del bourbon o porque tenía esa duda que hasta la fecha jamás había tenido.

—Sigo esperando —insistió el forense, cada vez más inquieto.

—No, no voy a morir, Oliver. —Coque sacó la cartera de uno de los bolsillos frontales de su vaquero y se la entregó—. Enseña la placa en el peaje, que en esta autopista los polis no pagamos.

—Funcionarios —masculló Nadia, indignada.

Una luz invasiva deslumbró primero a Oliver, para después hacer lo propio con el resto del habitáculo. El forense no tuvo posibilidad alguna de reaccionar. Un sonido estridente paralizó a los tres amigos. Los cristales estallaron y el vehículo fue arrastrado durante más de cien metros por la fuerza brutal de un tráiler descontrolado. La caja con ruedas se había transformado en una masa compacta y asesina. Al crepitar de materiales incandescentes le acompañó un siniestro y prolongado silencio. Unos minutos después pudo vislumbrarse la sirena de una ambulancia lejana. Mientras tanto, aquella bola de acero que albergaba el olor a sangre y a carne chamuscada permitía el parpadeo de una diminuta luz en el salpicadero.

El reloj del vehículo marcaba las 2.22.

SEGUNDA PARTE

Capítulo 24

Miércoles 25 de agosto

No le dolía nada. Ni siquiera el hecho de abandonar aquel cuerpo sin titubeos, alejándose de esa carcasa que hasta hacía unos instantes identificaba con su ser. El cuerpo era una materia etérea que empezaba a elevarse. Distinguió con estupefacción el escenario desde una posición tan privilegiada como inédita. Sin embargo, no lograba entender las palabras que aquellos desconocidos emitían, ni tampoco los sonidos difusos de voces irreconocibles, todos ellos de ecos muy lejanos. Aunque le pareció extraño, Coque no sentía la necesidad de preguntarse qué estaba sucediendo.

Una luz intensa lo asedió. Nada que ver con la luz de una mañana de agosto en la playa de Barcelona, esa que a un acromatópsico le puede llegar a amargar el día. De pronto, una ingente cantidad de recuerdos se aglutinaron en la cabeza, logrando difuminar la escena dantesca en la que un amasijo de hierros no permitía extraer unos cuerpos chamuscados que creyó reconocer. Veía todo lo vivido como lo hacían antaño esas cámaras de Cinexin, imágenes que se atropellaban sin saber guardar su tanda, queriendo ser unas más que otras, y acaparaban toda su atención de manera veloz. Retazos de una infancia cercenada por la enfermedad que terminó con su madre, acurrucado en sus brazos y arropado por esa sonrisa sincera que desde entonces no había vuelto a ver. María siendo un bebé, Marga besándolo y mirándolo como solo ella sabía hacer. Muchos instantes vividos, pero en ninguno aparecía Martín. El nene no estaba por mucho que él se esforzara en evocar su rostro. Lo evocado se afanaba en devorarle el poco sentido que le quedaba. Tanto que ni siquiera había sido consciente de que el blanco y negro había dejado paso al color.

Las imágenes iban acompañadas de sonidos ignotos y de voces familiares que intentaban aquietarlo. Aquella cálida noche de 25 de agosto, Coque conjeturó que solo si estás muerto puedes ver a otros muertos. Y esa no solo era una de las reglas del juego del *World of Warcraft*. Tenía, una vez más, la certeza de que acababa de pasar al temido otro lado. No atravesó ningún túnel, pero sí lo deslumbró una luz, sí vio a familiares fallecidos como si estuvieran vivos y sí se

desprendió del que hasta ahora había sido su cuerpo, convirtiéndose en un mero espectador del accidente durante un ínfimo lapso de tiempo. Todos ellos síntomas descritos por Nadia en las explicaciones que le dio sobre el más allá. También sintió que el cuerpo flotaba y que todo a su alrededor se fundía en negro. Se sintió debilitado y, pese a intentar luchar contra una apabullante sensación de sueño, nada podía hacer. De la luz más intensa pasó a la absoluta oscuridad.

Y al silencio.

A un estricto e interminable silencio.

Capítulo 25

Miércoles 25 de agosto

En un primer momento creyó que todo se trataba de un sueño o de una pérdida de sentido. El color había regresado a su mirada y era capaz de percibir la ciudad en su mejor versión. Se descubrió caminando bajo la lluvia por calles conocidas, calles sentidas en las que se cobijaban un sinfín de recuerdos.

Al poco, sin saber muy bien cómo, se descubrió ante el portal del que había sido su hogar. Accedió a él y constató que todo estaba como siempre. No hubo ninguna señora Carmen que lo atendiera al entrar. Nadie ocupaba aquella portería con la puerta entreabierta y sin embargo deshabitada. Subió en ascensor hasta el piso, esperando ver a sus pequeños y, cómo no, a Marga. No necesitó de llave, pues la puerta se abrió con un suave empujón y Coque, en un gesto convertido en acto reflejo, hizo el ademán de extraer el arma.

Flotaba en el ambiente un olor ignorado y desagradable. Pronto reparó en que no había arma alguna que desenfundar ni tampoco ninguna presencia física. Recorrió el piso con paso delicado, cauteloso. Todo era novedad y a la vez nostalgia. Las emociones eran confusas al contemplar de nuevo aquel mundo antiguo en color. Se armó de valor frente a la habitación de Martín y, en el momento de asir la maneta de la puerta, escuchó cómo una voz de cazalla pronunciaba su nombre.

La voz que provenía del salón era desconocida, seca y exigente.

El inspector cayó de nuevo en el error de creer que su compañera infatigable de nueve milímetros seguía en la cintura. Al llegar al salón lo sacudió el hedor a huevo podrido. Un hombre de raza gitana, de ojeras pronunciadas, orondo y paticorto, lo recibió fumando un pitillo, apoltronado en el que durante años fue su sillón favorito. El tipo iba ataviado con una camisa estampada. Lo reconoció al instante.

—¿Qué cojones haces en mi casa? Apaga el cigarro —exigió el inspector. «Y ¿qué cojones hago yo aquí?», omitió.

El hombre de camisa coloreada ni se inmutó. Tenía serias dificultades para respirar y era, a pesar de los kilos de más, la viva imagen de un enfermo

terminal. Dedicó una fugaz mirada a la ventana, donde una fina lluvia acariciaba el cristal.

—Es lo que tiene la muerte, madero. Los muros dejan de serlo, el tiempo se detiene y durante los primeros momentos todo es muy raro.

—No te lo voy a repetir —advirtió Coque, dando un paso hacia delante.

El Tronco soltó una carcajada.

—Eso es justo lo primero que has de aprender. La violencia desgasta, te debilita, y si te debilitas, desapareces. —Le dedicó una mirada tierna a la colilla que todavía sujetaba en los dedos y la lanzó al suelo observando su caída—. No seas violento. Ya lo fuiste en vida, no te jodas también en la muerte.

—Pero ¿qué coño me estás contando? ¿Qué clase de mierda es esta?

El Tronco se incorporó, lánguido. De pie no parecía gran cosa.

—¿Qué ha sido? ¿Un tiro? ¿Un infarto? ¿Un accidente? ¿Qué te ha traído por aquí, madero? Sé que cuesta, nadie lo asimila de entrada. Anda, no te hagas el loco y cuéntame cómo ha sido tu muerte.

El inspector se hundió en el sofá del salón y recordó con nitidez qué había sucedido. Al cabo de un tiempo impreciso, respondió:

—Fue un tráiler... Invadió la calzada.

El Tronco sonrió satisfecho.

—Ya tenemos algo. La has *palmao* en un accidente. Apuesto a que tienes la sensación de que todo pasó hace mucho. —Coque atendía, incrédulo—. Pero solo hace un rato, esto es así. En vida algunos creen que al morir te viene a recibir un familiar, un ser querido, y mira por dónde, resulta que en la tuya vengo a recibirte yo. —El Tronco parecía estar disfrutando con la situación—. Hay que joderse, Coque, hay que joderse.

—¿Qué quieres de mí? ¿Es esto el puto purgatorio? —preguntó el inspector con la voz rota.

—Todo a su tiempo. Digamos que soy el encargado de explicarte de qué va esta historia o de lo contrario me voy a debilitar más, y como ves, no ando muy fino —dijo golpeándose sobre los pulmones, con un puño cerrado—. Aquí no hay muchas normas, pero es mejor aceptarlas pronto. La muerte, el más allá, o como cojones quieras llamarlo, está diseñado por tu memoria. Todo aquello que te importó en vida, que te emocionó, que te hundió —esto último lo dijo de manera postergada, tratando de sondear el daño posible—, formará parte de tu muerte. No pongas esa cara de cordero degollado, vamos a ver si me explico. —Coque creyó estar soñando que mal soñaba—. Si en una calle de Barcelona te pasó alguna cosa importante, esta misma también estará en tu muerte —continuó el Tronco—. ¿Me sigues? Aquí cada uno de nosotros tenemos una especie de mapa.

—¿Qué mapa?

—¡Joder, madero! En vida eras más *espabilao*, o al menos eso es lo que siempre me decía el Palmica.

Coque intentó interrumpir el discurso del Tronco en cuanto pronunció el nombre de su compañero desaparecido, pero en el último instante decidió callar.

—En la muerte solo hay una enfermedad. La llamamos debilidad, y yo, como puedes ver, la tengo. Sufren debilidad los que tienen un mapa limitado, pequeño, los que no tenemos a nuestra gente por aquí, los que no tienen lugares que recordar porque no hay nada que merezca la pena recordarse. No es el típico castigo de los malos y los buenos. Eso es una mierda de invento de los vivos. Pero en la muerte, aunque me joda, sí hay justicia. Estás rodeado de personas que también quieren estar junto a ti. —Coque se quedó meditando esas últimas palabras—. Ahora viene cuando te preguntas «y entonces qué pinto yo aquí», ¿verdad? Tú no eres un muerto cualquiera, madero. Dejémoslo en que eres un muerto algo especial. —El Tronco disfrutaba teniendo toda la información, comprobando la estupefacción en los rasgos del inspector.

—Muerto —musitó Coque, con dolor.

El Tronco se vio obligado a detener la explicación. Tuvo una extraña sacudida, se tambaleó y volvió a dejarse caer en el sillón de su peculiar anfitrión. Lentamente recuperó la respiración, estaba extenuado.

Coque se limitó a intentar comprender qué estaba ocurriendo.

—Madero, te lo voy a decir más claro —volvió a tomar aire—. En la muerte hay gente que enferma de debilidad, hasta que desaparece. —Coque no pudo evitar exhibir una mueca de incompreensión—. Nacemos, morimos y desaparecemos. Y allí es donde entras tú. ¿Quién mejor que el jefe de Desaparecidos para saber adónde van los muertos que desaparecen? Nunca me dio miedo morir, pero te confieso que sí me da miedo saber qué hay después de estar muerto. Si tú me ayudas, te ayudo. Ya sabes, palabra de confite. No te voy a engañar, no puedo ayudarte a encontrar a quien no quiera estar contigo. Te he de advertir que la memoria es muy cabrona. Así que no me vengas con preguntas tontas. En la muerte existes en un mismo día y en una misma estación del año. Tu día favorito es el viernes, ¿no es así? —El inspector no abrió boca—. Y tu estación del año, el otoño y la lluvia, ¿me equivoco? —Coque asintió con recelo—. Pues en esto coincidimos, por eso me puedes ver y yo te puedo ver. Vas a permanecer en este viernes de mierda durante toda tu muerte. ¿Qué te parece? No te agobies, tal vez enfermes de debilidad como yo y entonces termines desapareciendo pronto, pero antes te pido que intentes saber adónde van los muertos desaparecidos. Tanto das tanto recibes, es la ley más estricta del más allá. Si a quien quisiste y te quiso no le gustaba la lluvia ni los viernes, no os

encontraréis en toda la puta muerte. Se trata de distintas dimensiones, aquí no sirven las mentiras, los *bienqueda*, las hipocresías.

El Tronco se incorporó. Tras su discurso parecía haber recuperado el resuello.

Coque lo agarró de un brazo.

—Te advierto que la violencia debilita —pronunció el Tronco con seguridad.

—Solo quiero ver tu tatuaje.

El Tronco sabía cómo había muerto, pero ignoraba qué había ocurrido con el cuerpo tras su propio asesinato. Accedió a la petición del inspector y se arremangó la camisa floreada.

—Si lo conservo aún muerto, es porque fue importante para mí.

Coque contempló por primera vez aquel tatuaje con todo su contenido cromático.

—¿Dónde te mataron?

El Tronco escupió sobre el suelo. Coque lo fulminó con la mirada.

—En Colliure, Francia —respondió el Tronco.

Coque tragó saliva. Era la primera vez que un muerto le ratificaba de propia voz una de sus teorías.

El Tronco empezaba a sentirse incómodo.

—Sal a tus calles, comprueba quién te rodea y no me busques. Ya lo haré yo por ti.

—Espera un momento —solicitó el inspector—. ¿Has visto algún niño por este piso?

—No creo que ningún crio quisiera compartir su más allá conmigo —comentó el Tronco con una maléfica sonrisa, abandonando el piso sin más.

La fina lluvia persistía en la ventana del salón.

Coque comprobó que entre esas cuatro paredes no hubiera nadie más. Todo estaba tal y como lo había dejado dos años atrás. El reloj del salón parecía detenido y marcaba las 2.22. Recordó que esa era la misma hora que mostraba el reloj del coche de Nadia poco antes del fatal impacto. «Tal vez cuando uno muere transcurre eternamente en esa misma hora.» La muerte se presentaba rutinaria y demasiado regulada para su gusto. La última vez en la que se había sometido a un estricto listado de normas fue en el *World of Warcraft*, y no guardaba un grato recuerdo de ello.

Se asomó por la ventana y constató que se trataba de la misma lluvia que disfrutaba junto a Marga. En las calles no había vehículo alguno y la ciudad tenía un aspecto fantasmal. Las paredes y el techo del que fue su hogar empezaron a oprimirlo. Conocía bien qué significaba aquel síntoma. La misma soledad que le había acechado en vida también lo haría en el más allá.

Capítulo 26

Un jueves de invierno

El tránsito de Nadia fue tal y como se había imaginado. Una representación rápida de las escenas de toda su vida, una luz intensa y cegadora, y la certeza de saberse arrojada desde el primer momento por voces familiares. Fue todo veloz, aconteció en un visto y no visto. Indoloro. Recordaba cómo un tráiler se les vino encima y tras el impacto oyó un estrépito ensordecedor. Ese fue el último sonido de su vida o, según como se mirara, el primero de su muerte.

Nadia apareció en una playa vacía con un mar picado y un cielo límpido. El día era una exacta reproducción de sus deseos, frío y soleado. La misma playa invernal de Cadaqués, que servía de fondo para el par de fotografías cercenadas que decoraban su apartamento, era su nuevo destino. Se descubrió ataviada con ropa de invierno, con uno de sus jerséis favoritos, de lana gruesa, cuello alto y color beige. Deslumbrada por la belleza del momento, abortó las miles de preguntas que se apiñaban en su cabeza y se dejó caer sobre la arena, allí donde el violento oleaje parecía que marcaba una línea que no estaba dispuesto a cruzar.

Agazapada y con la mirada clavada en ese mar crispado, se sentía en paz, impertérrita a pesar de los hechos. Le vino a la cabeza el paciente Antonio Carrascosa. No pudo evitar comparar ambas situaciones y fue cuando reparó en que muchas de las cosas que él le había mencionado, a ella no le estaban sucediendo. «Demasiadas», pensó. Esa conclusión fue el germen de una repentina inquietud. De pronto, el oleaje se detuvo como si se tratara de una piscina mecánica y alguien acabara de pulsar el botón que desconectara todo el engranaje. El mar se transformó en un océano plácido en el que podía vislumbrarse la belleza de los fondos marinos. Se incorporó de un salto y notó la presión de una mano sobre el omoplato. Aquel contacto le erizó la piel y le provocó un grito desgarrador que el silencio del mar todavía hizo que fuera más sonoro. Se volvió sobresaltada y, aunque durante muchos años deseó ver a esa persona, su presencia espectral en aquel momento la sobrecogió.

El tiempo se había congelado en él. Estaba tal y como ella había plastificado

su recuerdo en la memoria. Simpático y risueño, con el pelo corto encrespado y rojizo. A pesar de que un millón de pecas le poblaban la piel no lograron anular una sonrisa colosal. Luisito *el Panocha* abrió la mano y le mostró una goma de borrar en forma de corazón.

—Para que borres tus pensamientos feos.

Nadia se hizo con aquel corazón y se sorprendió ante su propio llanto. «Por una vez que me vea no pasa nada», se dijo la cardiocirujana, consciente de las veces que lo había llorado. El niño se mostraba sereno y de pronto empezó a reír.

La carcajada del menor fue desvaneciéndose conforme la expresión de Nadia se vigorizaba.

—Estás vieja.

Nadia sonrió.

—Vives en un jueves soleado de invierno. Ese es tu día —informó Luisito con naturalidad.

—¿Qué quieres decir? —En cuanto hizo la pregunta, Nadia recordó las palabras que Carrascosa repitió como una letanía: «Vivo en miércoles, vivo en miércoles...». Un miedo inédito la invadió—. ¿No voy a volver?

Luisito negó divertido con la cabeza y le ofreció una mano. La cardiocirujana empezaba a pensar que tal vez no se encontraba en ese umbral que una vez visitó su paciente.

—¿Estoy muerta de verdad?

El menor insistió en ofrecerle la mano.

—Ven conmigo.

La cardiocirujana necesitaba respuestas. Se cogieron de la mano y encararon el camino opuesto al mar. Las calles de Cadaqués se difumaron en cuanto pusieron los pies encima del asfalto y apareció ante ellos la barcelonesa calle Aragón. La misma por la que ambos transitaban al salir de clase, muchos años atrás.

—La muerte está diseñada por la memoria del corazón, la verdadera memoria —anunció Luisito—. Por eso solo nos veremos en aquellos lugares comunes que nuestra memoria ha registrado.

Nadia rememoró las palabras del científico Emilio Buendía sobre los neurólogos suecos: «El cerebro podría ser el receptor de la conciencia y no el creador, como hasta ahora se pensaba». ¿Y si la verdadera memoria reside en el corazón, convirtiéndolo en nuestro registro central de emociones? ¿Acaso no se ha demostrado que el segundo de nuestros cerebros reside en el estómago? ¿Y si existiera un tercer cerebro y radicara en ese órgano al que le he dedicado toda mi vida? La cardiocirujana ponderaba aquella avalancha de ideas y planteamientos cuando reparó en el gesto de su amigo y en la última afirmación.

—Luisito, ¿cómo es posible que tuvieras registrada en la memoria esta playa de Cadaqués? Nunca estuvimos juntos en ella.

—Solo tú veías esa playa, para mí se trataba de otro lugar. Algunas veces, cuando alguien llega, ocurren estas cosas, pero a partir de ahora solo nos encontraremos en nuestros lugares comunes o en aquellos nuevos que conozcamos a la vez.

—Solo en los lugares comunes —ratificó una mujer que rondaba la treintena, de carnes prietas aunque de formas proporcionadas y sobre todo sugerentes.

Nadia la reconoció al instante. Su mente se quedó anclada tratando de descubrir qué los unía a Luisito *el Panocha* y a la despampanante Eva Negre, la célebre enfermera del Hospital Clínico por la que cualquier paciente querría prolongar su estancia.

—Y además, Nadia, solo podrás compartir tu muerte con quien tuvo un papel crucial en tu vida —continuó la enfermera de manera apaciguada, incluso dulce.

—Nosotras ni siquiera nos hablamos en vida —afirmó la cardiocirujana, arrancando una mueca de satisfacción en Luisito. Era gratificante percibir cómo el amor de su infancia iba tomando conciencia de la situación.

—Cierto, Nadia. Deberías tener en cuenta que si en la vida abundan los secretos, en la muerte hay superávit de verdades.

—¿Quién te lo hizo, Eva? —preguntó Nadia, temerosa de que Luisito supiera de qué hablaban.

La enfermera cazó esa mirada.

—No te preocupes por él. La primera conversación en la muerte suele ser el motivo por el que perdiste la vida. De hecho, los muertos más aburridos son los que lo fueron por una simple enfermedad. ¿Verdad, Luisito? —El menor asentía divertido. Eva dejó caer la mirada y le acarició el pelo—. Aquí todos saben que me asesinaron brutalmente —aclaró la enfermera para después cerrar los ojos durante un instante y lucir una sonrisa colmada de tristeza—. Me pregunto si hay algún asesinato que no sea brutal. —Nadia no se atrevió a replicar—. Tu pregunta me entristece. Por lo que veo, la policía todavía no lo ha detenido. —La cardiocirujana negó con la expresión afligida—. Déjalo. No estoy aquí por lo que me hicieron a mí, sino más bien por lo que te hice yo a ti. —Nadia se encogió de hombros—. Necesito ayudarte. ¿Nos acompañas?

Nadia había escuchado en el hospital todo tipo de historias acerca de Eva Negre: que se beneficiaba a todo médico mayor de treinta años y menor de sesenta, que a más de un paciente y a cambio de un precio módico le suministraba felaciones dispuestas a curar lo incurable, o incluso que era incapaz de terminar una guardia nocturna sin que alguien probara su piel. Chismorreos que no cesaron ni siquiera después de que un empleado de mantenimiento

descubriera su cadáver en la azotea del Hospital Clínico.

Eva Negre era el epicentro de un dilatado charco de sangre. Tenía veinticinco años, la mirada blanca, la bata hecha añicos y en su cuerpo desnudo se contaron hasta treinta puñaladas. En su cavidad bucal un tanga negro había servido de mordaza. Nadia recordó cómo durante los días que siguieron al suceso cualquier heterosexual que trabajara en el hospital resultó sospechoso. Al propio Arturo lo citaron en comisaría dos veces para prestar declaración. El miedo se apoderó del personal femenino y un tal Valcárcel, jefe del grupo de Homicidios, se encargó de difundir la teoría de que el autor de los hechos debía de ser un conocido de la víctima. «El número de las puñaladas delataban cierto grado de pasión, y esta solo existe entre conocidos», explicó Valcárcel, sin mucho tacto, a cada una de las empleadas del hospital. Fue terrible continuar trabajando con toda normalidad, como si nada hubiese ocurrido y sin que se produjera detención alguna. El hecho de que cualquier compañero pudiera ser el autor del crimen resultaba aterrador.

La cardiocirujana descubrió en el rostro de Eva Negre una mujer vital y alegre a la que alguien condenó de manera vil. Aturdida ante la presencia de Luisito y la casquivana enfermera asesinada, se dejó guiar por las calles de la muerte.

Capítulo 27

Un lunes de verano

El forense lo tuvo claro desde el mismo momento. Todo había terminado. El primer sentimiento fue agradecer a un ente abstracto la ausencia de dolor y sonrió al pensar la de cábalas que se había hecho ante la mesa de necropsias tratando de saber qué sentían sus muertos. Si acudía a la ciencia, no hallaría sentimiento posible porque no había nada. Pero los recientes e inexplicables sucesos vividos y los avances de Nadia, en lo que a experiencias cercanas de la muerte se refería, se habían encargado de modificar su opinión.

Oliver no atinaba a poder expresar qué había sucedido en el transcurso del tránsito. Solo podía constatar que una sensación de bienestar lo mantenía absorto e inmóvil ante un pozo de piedra en cuyo fondo negro se podía distinguir docenas de monedas. «Cada una de ellas contiene un sueño, una ilusión.» Al principio creyó que se trataba de una imagen onírica, una más de entre las incontables que acababa de percibir. Pero el tacto de la piedra y el rumor de fondo le informaban que aquel era su nuevo presente. Conocía bien aquel pozo y sobre su cabeza pudo divisar un techo sustentado por centenarias vigas de madera natural que atravesaban el local. Abandonó el pozo no sin antes recriminarle que al menos cinco de las monedas eran suyas y que todavía esperaba algún tipo de compensación.

La barra era la misma, las mesas bajas traídas de la India con sus respectivos taburetes, el tocadiscos, el rincón de libros sobre el más allá, las paredes cubiertas por fotografías de clientes en sus respectivos viajes, los carteles de películas rodadas en la ciudad durante los años ochenta y, en un extremo de la barra, el libro de Rodri.

Alzó la mirada y descubrió tras el mostrador a un hombre fornido de rasgos caucásicos. El tipo sonreía por doquier a tres clientes del local. Estaba de cháchara, limpiando vasos pero sin dejar de prestar atención a esa mirada neófita.

«La mirada de los recién llegados.»

—Disculpadme —anunció el hombre de detrás de la barra con gestos

afeminados—, creo que tenemos a un nuevo cliente.

Se encaró a Oliver y le estrechó la mano. El forense le dio la suya.

—Soy Ian Stewart, hijo de un americano que no quiso ni verme nacer y de una danesa terca que se enamoró de España —pronunció en un castellano perfecto.

En décimas de segundo, Oliver dedujo que ese hombre grande rondaba los cuarenta y cinco años, que las mujeres no le ponían y que en su muñeca tenía tatuada una pulsera que contenía tres letras: RPI.

—Oliver Edo —respondió con un hilo de voz.

—Si estás aquí, supongo que debo ser yo quien te informe. —Ian se preparó el terreno invitando al forense a que tomara asiento junto a él, sobre una de las sillas indias.

El forense acató, expectante.

—Acabas de morir —le informó el grandullón con naturalidad. Oliver trató de hallar en su mirada algún indicio de que todo era una broma—. De ahora en adelante tu muerte transcurrirá en lunes, tu día preferido, ¿cierto? —continuó Ian ante el silencio de Oliver—. Es verano y hace un sol que abrasa. Este lugar ha sido uno de tus rincones favoritos, por eso estás aquí. Pero tú y yo no lo vemos igual. Para que me entiendas, te diré que poco antes de morir tenía que haberlo inaugurado junto a mi socio. De hecho, me encanta preguntar a los nuevos qué es lo que veis, qué tipo de decoración tiene... Es el único modo que tengo de saber qué hizo mi socio con nuestro proyecto. —Oliver quiso responder, pero el tipo lo interrumpió—. Ya habrá tiempo para que me cuentes, ahora me importas tú, que lo asimiles, que estés bien y que entiendas las principales normas del más allá.

«Soy bueno en los juegos con normas», pensó el forense.

—La muerte está diseñada por tus emociones. Todo lo que te importó en vida aquí tendrá su eco. Las personas, las calles, los objetos... Es muy probable que alguno de aquí te llame la atención. ¿El libro tal vez? —Oliver asintió con temor mientras Ian sonreía—. Sois muchos los que mencionáis el dichoso libro, que yo no puedo ver ni interactuar con él. Y hablando de interactuar, que sepas que desde el aquí, o sea, lo que hasta ahora venía siendo para ti el más allá, no se puede interactuar con los vivos, ni siquiera con los muertos que se encuentren en otras dimensiones. Me refiero a los que vivan en otros días y en otras estaciones del año. Aunque siempre hay excepciones. —Pronunció esas últimas palabras casi arrepentido—. También verás que en la muerte no hay lo que llamamos «pasillos», ¿me explico? —Oliver negó veloz con la cabeza, en un gesto infantil—. Me refiero a que la velocidad de traslación es inmediata. Vas de una calle a otra, de un piso a la taberna, sin transitar por rincones que no te importaron. Si

una calle de Nueva York quedó grabada en la memoria de tus sentimientos y lo mismo ocurrió con una plaza de Praga, en la muerte ambas pueden ser colindantes. Es lo que denominamos el mapa emotivo. Vas allá donde los sentimientos te lo permitan y no te puedes salir de ese mapa. Encontrarás a desconocidos en tus calles, en tus lugares favoritos, como esta taberna. Pero ya te lo he dicho, no todos lo ven igual. No significa lo mismo para todos, pero al menos podrás conocer a gente que no conocías. ¿Hasta ahora todo bien?

—Aturdido.

—Es normal. Hace un rato estabas vivo. Por cierto, ¿qué te pasó?

—Accidente de coche. —El forense se sorprendió al hablar de su propia muerte—. ¿Y tú?

—Inhalación de gas butano cuando dormía en una casa del Pirineo catalán. La muerte es menos cruel, Oliver, un poco más justa.

—¿Qué te hace decir eso? —El forense empezaba a estar cómodo ante el desafío que le esperaba, «otro juego de rol». Pero en esa ocasión podía sentirlo en la piel.

—Aquí te rodeas de quien te ha querido si tú también lo quisiste. No hay mentiras. Y si tu transcurrir por la muerte es pobre y no eres feliz, entonces enfermas. Sí, sí, no pongas esa cara. En la muerte no hay enfermedades excepto la «debilidad». Aunque yo la llamo «soledad».

—¿Qué ocurre si contraes esa enfermedad?

Ian miró en derredor, clavó su mirada en la del forense y recortó distancias.

—Desapareces.

Oliver trató de digerir aquello.

—Sería absurdo afirmar que un muerto enfermo acaba muriendo, ¿no crees? —planteó el grandullón.

—¿Y adónde van los desaparecidos?

—Olvídate de eso ahora. Goza de tu muerte, rodéate de seres queridos y no enfermes. ¡Mira yo! —exclamó, golpeándose el pecho con orgullo.

—¿Qué debo hacer ahora?

—¡Explora, Oliver! El miedo es algo inherente a la vida, no a la muerte. — Ian prestó atención a la puerta de la taberna, donde una joven de aspecto frágil le sonreía—. Deja que te presente a nuestra bella camarera. Ella lleva poco más que tú por aquí.

La joven besó a Ian con esa efusividad propia del que se sabe fuera de su coto de caza. Pese a que era un saco de huesos, dos rasgos llamaban la atención: la majestuosidad de sus pechos y la armonía de un rostro que no dejaban indiferente a nadie, y mucho menos al forense. Sus facciones delicadas mejoraban todavía más cuando exhibía aquella sonrisa envolvente. Era la

primera vez que Oliver contemplaba a Silvia Gentile en movimiento.

Capítulo 28

Miércoles 25 de agosto

El barrio del Poble-sec parecía haberse detenido en el tiempo. Coque descubrió que ya no existían los turbios locutorios paquistanís, ni las reprobadas —a la vez que demandadas— tiendas chinas. La persistente lluvia entristecía las calles y flotaba en la atmósfera una extraña melancolía. El inspector empezaba a admitir que el alma de un barrio eran sus vecinos, cuando reparó en la presencia de dos hombres jóvenes con expresión agria. Uno de ellos incluso se volvió una vez lo sobrepasó. No creyó que fuera ni la indumentaria ni el físico lo que llamara la atención de aquellos desconocidos. «Todavía no sé el aspecto que tengo como muerto», se dijo, y siguió adentrándose en las entrañas del plató de su vida sin reconocer a nadie.

Decidió que la muerte era insípida a pesar de que ya no tenía el problema de verlo todo en estricto blanco y negro. Ni siquiera la variedad cromática que la memoria emotiva le había diseñado alteró su estado de ánimo. «¿De veras es este el final?» Atravesó la Ronda de Sant Antoni y al alcanzar el Paral·lel detuvo el paso. Creyó haber regresado en el tiempo y por un instante llegó a imaginar que su padre saldría de El Molino para darle un abrazo fugaz y volver a jugar con el culo más anhelado de entre todas las vedetes. Pero fue solo una fantasía más. El decorado era el correcto, todo estaba dispuesto tal y como él había soñado. El Café Español con esas cristaleras «que veían, oían y sobre todo callaban», el teatro Arnau con su terraza vacía, y el Studio 54 sin los míticos porteros «colaboradores» de la placa que decoraba la cartera del inspector. El Paral·lel conservaba los emblemas, pero se había convertido en un lugar sin alma, como la estación de tren de un pueblo devastado por la guerra. Si en la muerte la única enfermedad la causaba la soledad, él sería muy pronto un enfermo más.

A las puertas de Can Jaume se asomó para ver si estaba su fundador. Aunque el hijo era un indeseable, el bueno de Jaume padre merecía un saludo. Solo halló a una pareja de viejos devorando unos canelones caseros que humeaban y permitían disfrutar de su esencia.

El inspector no tenía apetito, tampoco estaba cansado, ni tenía sed, solo ganas de aplacar la angustia que se había instalado en algún rincón de la psique y no dejaba de incordiarlo. Salió del restaurante con la mente abotargada y decidió encarar la calle Margarit.

La puerta del piso de Oliver también estaba abierta, de par en par, y eso, lejos de alertarlo, en aquel contexto le dio un ápice de esperanza. Unas horas antes habría extraído el arma reglamentaria y hubiera rastreado con minuciosidad cada una de las estancias, pero recordó que en la muerte las pistolas eran pura fantasía. «En ese nuevo escenario, los auténticos disparos son las ausencias de aquellos a los que has querido», concluyó desconsolado sobre el sofá del salón. Sin rastro del forense, observó que tampoco existían los ordenadores ni otro artilugio electrónico. La memoria emotiva los había desechado y se imaginó al Aspas recriminándole por ello. Aunque con Oliver había compartido muchos momentos, no sabía muy bien cómo definir esa relación. La única palabra que le encajaba era la de amistad. Si él no se encontraba allí, tal vez seguiría vivo.

«¿Y si yo soy el único que ha muerto en el accidente?» Esa posibilidad le provocó un sentimiento contradictorio. Por una parte se alegraba de que hubieran sobrevivido al accidente, la muerte no parecía ningún chollo. Sin embargo, aquel panorama lo dejaba todavía más solo. No pretendía que en su fallecimiento fuera recibido por una orquesta sinfónica, pero si en ese momento tenía una ilusión, esa no era otra que la de volver a encontrarse con su madre y con el pequeño Martín. Todavía no había visto a ninguno de ellos en su muerte y ese hecho no cuadraba con esa suerte de juego de mesa anegado de normas. No podía creer que el amor de su hijo y de su madre no fueran recíprocos. Ellos no le podían fallar. Tratando de recopilar la precipitada información que el Tronco le había dado, reparó en la frase: «Tú no eres un muerto cualquiera, madero. Eres un muerto especial».

Ahora necesitaba saber qué era lo que lo hacía distinto. Aquello que le faltaba para poder ser un muerto normal y compartir su mapa con los seres queridos. Lo cierto era que empezaba a estar hastiado de ser un tipo distinto incluso después de convertirse en un fiambre. Y fue esa palabra la que conectó a modo de recordatorio con una gestión pendiente. Se dirigió al baño y le dio al interruptor que tantas veces le había ayudado a constatar que estaba hecho un asco. Había rejuvenecido al menos cinco años. No eran demasiados, pero sí los suficientes para que se disiparan las ojeras de la desolación, las arrugas del rencor y esa tristeza perenne a la que no encontró enmienda alguna durante el tiempo que vivió. Frente a él tenía el rostro del marido de Marga. El del padre del pequeño Martín y de María. Nada que ver con el del hombre separado y padre de una hija que no quería saber nada de él. «La memoria emotiva se

esfuerzo en condensar lo mejor de una vida», pensó. «Martín y mamá no pueden andar muy lejos.»

Decidió retomar la búsqueda. Era el turno de Nadia. La ubicación del piso en el norte de la ciudad facilitaba las cosas. La sempiterna presencia del Templo Expiatorio del Sagrado Corazón, en la misma cima del Tibidabo, le sirvió de sextante. Dejó a sus espaldas la Gran Vía y tomó el paseo de Gràcia hasta alcanzar la avenida Diagonal. No apreciaba por el momento muchos retoques en lo que concernía al mapa que su muerte había diseñado. Las calles estaban dispuestas con el orden de siempre y mucho ayudaba el hecho de que conociera la ciudad como la palma de la mano. La ausencia absoluta de tráfico era algo a lo que todavía no terminaba de acostumbrarse. La Barcelona *post mortem* se había convertido en una suerte de ciudad apocalíptica. Comprobó que no había en su mapa ninguna estación de metro, cosa que no le sorprendió a tenor del pánico que le tenía. «Tanto pensar que me tiraría una eternidad bajo tierra y ahora resulta que en la muerte todo transcurre en las calles de siempre con la gente de nunca», se dijo al tiempo que alcanzaba sin un ápice de cansancio la avenida del Hospital Militar.

De repente estaba perdido. Tras la avenida del Hospital Militar, un muro negro infranqueable se erguía como el primer límite físico que tenía en su mapa de la muerte. Todavía divisaba el templo en la cima del Tibidabo y la Torre de Collserola, fue entonces cuando descubrió que saber dónde está el norte no significaba que pudiera acceder a él. Se tomó un tiempo para cavilar y regresó a las indicaciones del Tronco. Si la memoria emotiva era la encargada de diseñar el mapa por donde transcurriría la muerte, la relación con Nadia no acabó de ser registrada como algo importante. El sexo sin amor perdía galones en el más allá. Más abatido que confuso, decidió regresar sobre sus pasos y visitar la taberna de Rodri.

La lluvia seguía percutiendo sobre el adoquín barcelonés y se preguntó si no acabaría volviéndose loco. Al alcanzar la calle Rosselló, detuvo el paso. A la derecha, tenía el Hospital Clínico, y a la izquierda, la taberna. Incluso encontrándose en el más allá sintió repelús ante el edificio que engulló a su pequeño para siempre. Dedicó unos segundos a mirar el hospital y volvió a preguntarse cómo era posible que apareciera aquel edificio en su propio mapa.

Cuando ya se disponía a acceder a la taberna oyó gritar su nombre. No se trataba del comisario Palomares, y eso que en aquel momento habría pagado lo que fuera por volver a verlo. Era el Tronco, y la expresión desencajada de su cara hizo que el inspector desistiera en el intento de abrir la puerta del establecimiento. Advirtió el pésimo estado físico de aquel confite que le inspiraba muy poca confianza. Parecía estar esperando la extremaunción. Era el

muerto más desaseado que Coque había visto durante su corta muerte, y recorrer los escasos cincuenta metros que los separaban fue todo un suplicio para aquel soplón de la bofia que tenía mucho que decir.

—Ni se te ocurra —logró decir, sin resuello.

—¿Qué me vas a soltar ahora? ¿Que si entro, mi mapa de la muerte se va a modificar? ¿Que dejaré de ser especial?

—Te dije que si me ayudas te puedo ayudar. Y mucho. Ya ves que me quedan dos telediarios para desaparecer. Si entras en esa taberna, quien va a desaparecer vas a ser tú. Confía en mí.

—¿Que confíe en un pederasta de mierda?

El Tronco se mostraba más incapaz que molesto al no saber qué armas utilizar para convencerlo.

—Deja que te dé información sobre Palma —le rogó—. Y a cambio muévete como solo tú sabes y dime por favor adónde van los muertos que desaparecen. ¿Tienes en tu mapa la plaza del Sortidor?

—¿Por qué?

El Tronco quería asegurarse de que ambos compartían el mismo lugar en sus respectivos mapas. Coque se encogió de hombros, con el semblante tenso.

—Nos vemos allí, no te arrepentirás. Por cierto —dijo esbozando en su rostro una sonrisa desencajada—, no me llames «pederasta», solo he sido un tipo algo impaciente.

En el más allá el tiempo era relativo, su existencia inmensurable, y no tenía por tanto la menor importancia. Uno podía dirigirse al lugar elegido siempre y cuando se hallara en el mapa creado por su memoria emotiva. Así fue como Coque y el Tronco se reencontraron en esa plaza ubicada en el corazón del Poble-sec. Tomaron asiento sobre un banco y el confite comprendió que el inspector necesitaba de unos segundos para recrearse en la paz que aquel lugar destilaba.

—Todo empezó aquí —arrancó el Tronco—. Aquella noche yo iba hasta el culo de coca y le había hecho la *jugada del chepa* a un par de colombianos. Me pasaron un cuarto de kilo para que lo colocara y decidí que a mí esos *machupichus* me la traían floja. Coloqué el cuarto de kilo y después me di un homenaje.

—Dime algo nuevo —ladró Coque.

—Ya voy, ya voy, madero.

—Respétame. Si me llamas de nuevo «madero» te reviento la cabeza de una hostia aunque me vaya a tomar por culo.

El Tronco supo que el inspector no exageraba y pidió disculpas con un gesto de mano.

—Esa noche estaba con una putita brasileña, tendría dieciocho añitos recién cumplidos. Imagínate. —Los ojos del Tronco se llenaron de vida—. Todo bien colocado, tetitas duras...

—Sáltate los detalles.

—Fue ella la que a cambio de unas rayas me comentó no sé qué de un buen negocio. Me habló de conseguir jovencitas para un viejo que se dedicaba a organizar fiestas a la *crème de la crème* de la ciudad. Ella ya era demasiado mayor para esos cabrones. ¿Me sigues?

—Más cerca de lo que crees.

—El viejo se llamaba Camps y su tapadera era una floristería.

—Worldrose, en la calle València —aportó con sequedad el inspector.

El Tronco tragó saliva.

—Los colombianos me buscaban por la *púa* que les hice. Necesitaba un cambio de aires y dinero. La brasileña me presentó a otra puta colombiana que no veas cómo estaba.

—Paula.

—¡Joder! ¿Hasta dónde sabes?

—No preguntes.

—Que sepas que a esa me la follaba cuando quería —fanfarroneó—. Paula era la encargada de hacer el... ¿Cómo se dice?

—Casting.

—¿Cómo se nota que tienes estudios! La Paula fotografiaba a las nenas que ella veía capaces de asistir a fiestorros de esos sin hacer muchas preguntas, anotaba sus teléfonos y después yo hacía de intermediario entre la colombiana y Camps. Aunque la muy zorra a veces me puenteaba y se ganaba más pasta.

—¿Qué tipo de fiestorros y qué edad tenían las nenas? —preguntó Coque, haciendo hincapié en la última palabra.

—¡Qué fiestas van a ser! Fiestas a las que la gente como tú y como yo nunca tendríamos acceso por muy inspector de policía que seas. Las fiestas eran para banqueros, políticos, empresarios de renombre... Por no haber no había ni comisarios. Raro, ¿no? —Coque ni siquiera pestañeaba—. Son fiestas en *petit comité*. Cinco o seis de ellos se van en teoría de caza un fin de semana al cortijo del empresario de turno. Camps les llevaba tres o cuatro niñas de entre doce y diecisiete años. Carne tierna, pero algunas ni siquiera eran vírgenes. ¡No te vayas a pensar! —El inspector se esforzaba por no saltarle a la yugular—. Hacían barbaridades con ellas y lo grababan todo, absolutamente todo. Al final se repartían una copia de la grabación en la que todos eran responsables de lo sucedido. En realidad ninguno se soportaba, pero se convertían en hermanos de sangre por la cuenta que les traía. Todos tenían lo mismo que perder. Esa era la

principal condición para poder participar. Se obligaban a ello para hacerse favores mutuos. Ellos son los cimientos de la sociedad, madero, y aquel era el modo de llevar a cabo sus contratos más sagrados. Ya sé lo que estás pensando, y sí, estás en lo cierto. Alguna de ellas jamás salió con vida de esos cortijos...

Coque cerró los ojos y contrajo los labios.

—¡Qué hijos de puta! Sigue.

—Contra más fuerte fuera lo sucedido, más compromiso adquirirían ellos y sus clanes familiares. No me mires con esa cara, coño. Yo solo le pasaba las fotos de las nenas a Camps y él se encargaba del resto. Al principio no me daba para mucho y seguía enganchado a la coca. Con el tiempo, Camps se dio cuenta de que yo *mutis i a la gàbia*, y eso hizo que confiara más en mí. Por eso me encargó otros trabajillos. Sin embargo, hubo quien no confió tanto y terminó por darme *boleto* en Colliure. Es lo que tienen esos cabrones, no se fían de nadie porque ellos no son de fiar, son escoria, madero, de la fina, de la que huele bien, pero escoria al fin.

—¿Qué pinta Palma en todo esto? —preguntó Coque, conteniendo los puños.

El Tronco suspiró.

—Es complicado.

Coque sintió una conocida presión en el pecho, tensó la mandíbula y, cuando supo que en el puño derecho reposaba toda la mala leche que la información recibida le acababa de producir, incrustó los nudillos contra la nariz del Tronco, o al menos esa fue la intención inicial. El golpe se desvió del trayecto previsto e impactó por encima del labio superior.

Si en la muerte se pudiera volver a morir, el Tronco habría muerto de nuevo ante ese directo en un punto vital. Sin embargo, tras perder el sentido un par de segundos, se incorporó. Tomó asiento de nuevo en el banco de la plaza del Sortidor, recuperó la respiración sin mucha dificultad y sonrió, negando con la cabeza.

—Eres un gilipollas, madero.

Coque alzó de nuevo el puño, pero al instante se sintió debilitado, como si llevara media hora en el interior de una sauna a ochenta grados. No tenía fuerzas ni siquiera para preguntar.

El Tronco disfrutaba viéndolo en ese estado.

—Te lo advertí. La violencia en la muerte te debilita. La violencia y la soledad. Justamente todo aquello de lo que tú estás hecho.

—¡Espera! —gritó el inspector a duras penas, al ver que el Tronco abandonaba la plaza.

—No, madero. Si quieres saber más, búscame. Pero sobre todo, averigua dónde van los muertos que desaparecen.

Capítulo 29

Un jueves de invierno

Nadia no pudo concretar el tiempo que llevaban andando a través de ese batiburrillo de calles conocidas aunque algo modificadas. Fue Luisito quien se interesó por saber qué extrañaba de aquel nuevo paisaje. La cardiocirujana inventarió todo lo que percibía. Hacía frío, los rayos de sol eran tenues y apenas había ruido. El ruido de las bocinas, el de los motores, el de los gritos de los conductores abducidos por su mala hostia matinal. «Los coches, Luisito, los coches», contestó la cardiocirujana al tiempo que el amor de su infancia desapareció. Se encontraban en la calle Casanova y, al detener Nadia el paso, Eva Negre consideró necesario proporcionarle una explicación.

—Esta calle y el hospital no están integrados en el mapa emocional de Luisito, él jamás conoció aquellos lugares cuando estaba vivo y la muerte es así de categórica —le informó la enfermera con una inexplicable sonrisa—. Puedes incorporar en tu muerte sitios que no conocías y que alguien te enseñe, pero solo si tú quieres. En la muerte, mentir es un absurdo —dijo Eva, accediendo a las escaleras por las que se llegaba al hospital.

«Las mujeres de bandera de los años cincuenta debían de tener ese cuerpo», pensó Nadia, dándole un repaso a su acompañante. Y es que la belleza de la enfermera asesinada emulaba a la de una joven, rica y viuda, dispuesta a meter en un entuerto al mismísimo Philip Marlowe. A cada paso que daba, Eva Negre trataba de amortiguar el vaivén de las caderas y las vibraciones de un trasero capaz de embelesar a todo ser vivo e incluso muerto. Unos por querer apoderarse de él y sentir qué se siente al estar apresurado en aquel culo tan bien parido, otras por fantasear con mirarse al espejo por encima del hombro y contemplar ese mismo trasero acoplado a sus cuerpos.

—¿Qué significaba para ti ser cirujana, Nadia? —soltó la enfermera en el vacío hall del hospital.

La cardiocirujana no daba crédito al contemplar el recinto de aquella guisa. No supo qué contestar. La enfermera no la atosigó y con un gesto de mano le pidió que la siguiera. Los pasillos y el resto de plantas no mostraban una cara

muy distinta a lo que hasta ese instante habían visto. Una mujer de mediana edad pasó por delante de ellas sin intercambiar palabra alguna. Deambulaba sin prisas, con la mirada detenida en otro tiempo. De su rostro, impávido, nada se podía deducir.

—Aquí no hay enfermos, Nadia —anunció Eva—. En la muerte la única enfermedad que existe no es tratable por la medicina. Las personas con las que te puedas topar aquí están porque en su día fueron empleados, como es tu caso, y necesitan de hallar ese rincón que les dé una cierta seguridad inicial, o son personas que esperan encontrar a alguien en concreto. En la muerte los trabajos como tal no existen, la expresión «trabajar para comer» carece de significado. Aquí comes lo que te apetezca y cuando quieras, siempre y cuando tu memoria emotiva lo haya almacenado. El dinero no tiene sentido, aunque es muy importante tener una ocupación, dedicarse más en alma que en cuerpo a un cometido que te haga sentir bien. Cualquier actividad es respetable, descubre la que no te haga infeliz.

—¿Por qué vuelves al lugar donde te asesinaron? —preguntó Nadia, recelosa.

—Deseo encontrarme pronto con mi asesino y tener una charla con él. Es algo que preciso para poder *sobremorir*.

La cardiocirujana trataba de procesar el significado de aquel nuevo verbo. Estar muerta comportaba aprender un nuevo idioma.

—¿Lo conozco?

La enfermera asintió sin más y la cardiocirujana respetó aquel silencio.

—¿Qué es lo que te puede ayudar a *sobremorir*? —preguntó Nadia.

—Querer a quien te quiere. Compartir con quien comparte. Encontrar a quien te busca. Suena a cursilada, pero en la muerte manda la emoción, no el qué dirán.

Nadia rumió aquellas palabras y los músculos faciales parecieron destensarse. Durante un instante ninguna de las dos dijo nada.

—Vencer a la muerte era lo que más me gustaba de ser cirujana.

La enfermera agradeció esa respuesta impuntual.

—Yo me dedico a vencer a la única enfermedad que existe en la muerte.

Cada vez era más difícil entender todo aquello y ella necesitaba ahora otras respuestas más urgentes.

—¿Y por qué te sientes en deuda conmigo?

—Todavía es demasiado temprano, Nadia. ¿Hay alguien especial a quien quieras ver? ¿Alguna otra cosa que quieras saber?

Nadia inspiró todo el aire que pudo, en un gesto propio de quien necesita tomar carrerilla.

—Antes de morir tuve algunas experiencias inexplicables.

—¿A qué te refieres, Nadia?

—Me vas a tomar por loca.

—En la muerte, lo que los demás opinen de ti es problema de los demás.

—Percibía presencias.

La enfermera asintió y esbozó una mueca parecida a una sonrisa. Era un gesto tranquilizador.

—Sé de lo que hablas, dicen por aquí que se trata de una especie de advertencia del peligro que te acecha. Se comenta que hay algo o alguien que siempre nos advierte, de un modo u otro. En tu caso parece que fue muy explícita. Supongo que yo andaría despistada y no lo vi venir.

Nadia suspiró profundamente.

—¿Hay alguien? —insistió Eva.

La cardiocirujana tuvo que hacer un esfuerzo para encontrar un nombre, nadie de su entorno cercano había muerto antes que ella. Pensó en Coque y en Oliver, pero no dijo nada. Creyó que si no los nombraba continuarían vivos.

Capítulo 30

Un lunes de verano

Oliver jugaba con ventaja. Solo hacía unos días que ella le había confesado haberse enamorado de su personalidad extravagante. Fue justo aquel recuerdo el que le hizo pensar que debía ser cauto. Un comentario sobre su oficio, sobre sus gustos, preocupaciones o reflexiones de la vida, podrían descubrirle. El forense quedó prendado de nuevo por aquel rostro ya venerado aunque en esta ocasión de mirada viva, por muy muerta que estuviera. Volvía a disponer de la oportunidad que la vida le había arrebatado.

—Silvia Gentile —pronunció la italiana mientras le daba los dos besos de rigor.

—Oliver Edo —contestó el forense, sin miedo. Jamás antes se habían dado sus nombres verdaderos, eso no era ninguna pista.

—¿Cómo te encuentras? —se interesó Ian por su nueva camarera.

—Rara y rabiosa. La vida me gustaba.

Ian asintió con languidez.

—No malgastes energía en una situación irreversible, Silvia —recomendó el grandullón.

Silvia tomó asiento dejando a Ian en el medio. No supo muy bien qué buscaba en la mirada del forense, pero sin quererlo atisbó cierta dulzura.

—¿Solías venir por este bar? —inició Oliver su investigación particular.

—Solo estuve en una ocasión.

Cuando Oliver jugaba a ser Delas fijó la taberna de Rodri como el lugar donde reunirse con la italiana, sin embargo aquel encuentro nunca tuvo lugar. Al forense no le encajaba esa respuesta.

—¿Tanto te marcó para que tu memoria emotiva lo registrara?

Ian empezaba a estar cansado de girar la cabeza de derecha a izquierda.

—Regreso a la barra —anunció.

Silvia hizo el ademán de incorporarse para echarle una mano, pero el grandullón la detuvo, ofreciéndole una de esas sonrisas que solo regalan quienes no saben odiar.

—Supongo que... —ponderó la respuesta la italiana—. ¿Tienes tiempo para una historia?

—Esta es una típica pregunta de la vida, no sé yo si por aquí tiene algún sentido.

Ambos rieron.

Bajo el amparo que la tenue luz de la taberna dispensaba, el forense fue todo oídos.

—He tenido una vida caótica —arrancó la italiana—. Abandoné a mi familia con solo diecisiete años y dejé mi Turín natal por Barcelona, lugar donde aprendí que entregarse a una pasión es la hecatombe.

—La ausencia de ella también —añadió Oliver, y Silvia detuvo su discurso durante unos segundos, comprimió los labios y alzó las cejas, como tratando de calibrar cuánto de verdad tenía esa afirmación.

—Tal vez, pero si cambias a diario de cama, indistintamente del sexo de tu acompañante, y poco a poco los poscoitos son más tristes, no sé yo. —La italiana tomó aire—. Nunca le diría a un extraño lo que te voy a decir, pero esto de estar muerta es tan raro... Llegué a ejercer de *escort*, y ¿sabes por qué? Creía que era una experiencia por la que toda mujer debería pasar. Ya, no mires así. Te acabo de advertir de que nunca he estado muy cuerda. Y a eso me dediqué hasta que conocí a uno de esos clientes diferentes, especial —pronunció esa última palabra con más énfasis que el resto— al menos durante un tiempo. Uno de esos prototipos *made in inferno*, cuya mente manipuladora y dominante presumía de rezumar seguridad y capacidad para amar. Me enganché a su miembro viril tanto como a los gramos de coca que me suministraba para mantenerme encadenada. Durante tres años me abandoné a la profundidad de la noche y a los fantasmas diurnos que me arrastraban. —Oliver asintió, conocía bien esa sensación de abandono de uno mismo, de entrega ciega a aquello que te hace mal—. Una mañana de enero desperté en la cama de un hospital después de haber estado medio año en coma. ¿Te lo puedes imaginar? —El forense negó lentamente con la cabeza, sin pestañear—. Y todo consecuencia de la paliza inhumana que me dio el cliente especial, cansado de acostarse con la yonqui que él mismo había creado. Fue mi madre la que me dio la noticia al tiempo que me ofrecía un abanico de posibilidades de vida. Pero yo estaba hecha de otra pasta que no requería de vivir al dente, como me imponía la tradición familiar. Regresar a Italia significaba claudicar, reconocer que era una mujer débil. La autopista más directa hacia otro abismo. Así que me quedé en Barcelona. Busqué un empleo de traductora y alquilé un cuarto de piso en la Barceloneta. Dos años después, era una mujer sin vida social, cansada de mi trabajo y una mala compañía para quien quisiera tener a alguien alegre a su lado. Cambié la adicción a las drogas por los

juegos de rol *on line*. La pantalla del ordenador era mi único aliado y a través de ella llegué a conocer a alguien. Ese hombre consiguió convertirse en el primero que me arrancaba una cita después del trágico episodio...

Oliver no pudo evitar tragar saliva al llegar a esa parte del relato.

La italiana continuó haciéndole saber que aquella no era una cita más. Se trataba de un encuentro con su nueva vida. Describió con pelos y señales los nombres de Almina y Delas, que ambos tenían en el *World of Warcraft*, así como los momentos virtuales que compartieron. Por un momento, el forense creyó que Silvia lo había descubierto y que estaba jugando con él, haciéndole pagar su merecido. Pronto supo que estaba equivocado. Esa mujer tenía grabado con fuego en su memoria emotiva el rostro de Coque. Ese era el hombre con quien tenía acordado volver a empezar. Describió sus facciones con tal exactitud que Oliver se estremeció tratando de pensar cómo repararía aquel estropicio.

Habría deseado interrumpirla, confesarle la verdad, pero el entusiasmo de la chica frenó toda intención. La italiana terminó explicando que el día de la cita no quería ningún tipo de imprevistos, y que ese fue el motivo por el que decidió acercarse a la taberna unas horas antes con la bicicleta, a fin de precisar cuánto tiempo le llevaría el trayecto.

—En cuanto entré, supe que todo iba a ir bien —dijo Silvia, barriendo el local con una mirada mustia—. Había otro camarero, un señor con pinta de poeta. —Oliver sonrió taciturno—. Salí convencida de que mi vida al fin transcurría por el buen camino y unas horas después algo me golpeó por la espalda en pleno pedaleo. Mi última imagen fue el asfalto de la avenida Diagonal.

«Tu último beso, el mío», calló Oliver.

—Supongo que por eso mi memoria grabó esta taberna —concluyó—. Tenía que ser el principio de mi nueva vida y se ha convertido en el prólogo de mi muerte.

Silvia dejó al forense sin posibilidad de réplica y se incorporó a la barra con el fin de escuchar algo trivial.

Oliver permanecía atónito ante lo que acaba de escuchar.

La italiana identificaba a Delas con el rostro de Coque. De pronto, el forense sufrió una punzada en el estómago y un dolor dilatado y persistente se instaló en la zona abdominal, el almacén de las mentiras. Nadie se percató de ello y al forense no le quedaban fuerzas ni siquiera para gritar. Soportó aquel ataque con un silencio estoico, dando la espalda al gentío y encarando el pozo que albergaba una compilación de sueños por cumplir. Recuperó el ritmo cardiaco y restableció la respiración en cuanto el dolor remitió. Comprendió rápido a qué se debía aquel estado. Se lo habían advertido: «En la muerte no se miente».

En la muerte, no contar era mentir.

Capítulo 31

Miércoles 25 de agosto

A la avenida Mistral la lluvia no le sentaba nada bien. Ni de lejos evocaba el lugar que Coque tenía grabado en la cabeza. «Menuda porquería de memoria emotiva la mía», se dijo, hastiado de comprobar cómo en la muerte no paraba de cruzarse con personas, calles e incluso con animales a los que en vida no podía ni soportar. Si por él fuera habría vaciado los dos cargadores que solía llevar sobre aquellas condenadas palomas.

El inspector cortó de cuajo esa idea, temeroso de que en el más allá no solo se castigaran las acciones violentas, sino también los pensamientos que las antecedían. En su muerte, la avenida Mistral resbalaba, y eso era algo que no sucedía cuando la frecuentaba de la mano de su pequeño. Martín llamaba «parque» a esa avenida en la que dando unos toques a un balón emulaba a los jugadores de moda de la liga española. Eran tiempos en los que Palomares todavía no le gritaba, Marga lo buscaba con deseo y la ciudad lo obsequiaba con una vida rutinaria, ese tipo de vida que solo echamos de menos cuando nos enfrentamos a una desgracia.

Se dejó caer en un banco y se cuestionó si el más allá consistiría en vagar de plaza en plaza. «Quizá la muerte no sea más que una jubilación perpetua», concluyó. La atracción por la lluvia lo había condenado a una muerte triste y aislada. La ausencia de Martín era insufrible y no podía aceptar que aun existiendo vida después de la vida no pudiera encontrarse con su hijo.

Un hombre con más años que la Sagrada Familia —en su caso sin andamios ni otros soportes que lo sustentaran— interrumpió el viaje mental del inspector. Tomó asiento junto a él y extrajo del bolsillo de su mugrienta gabardina una bolsa de plástico. Retiró del interior un chusco de pan y desmenuzó, con la parsimonia de un monje tibetano, aquel manjar que viajaba desde la vida hasta la muerte. Miró de soslayo al policía con fastidio, como si supiera del pensamiento que había merodeado por su cabeza acerca de las palomas, y les dio de comer mientras canturreaba una canción.

—«No, no dejes de jugar... No, no pares de soñar, que una noche la tristeza

se irá y al fin sabrás lo bello que es morir...» —interrumpió el viejo, y miró a Coque con un extraño recelo—. ¿Conoces la canción? —Coque negó con la cabeza, y en silencio—. Deberías. Es de tu época —dejó caer el hombre aquel, que además parecía disfrutar del aguacero.

—¿Cómo sabe usted qué edad tengo? —reparó Coque al pensar que en la muerte no todos aparecen con el último físico que tenían en vida. Más bien ocurría todo lo contrario, nadie se parecía al cuerpo al que habían enterrado, incinerado o, como en algunos casos, hasta ocultado. El atuendo de corte clásico tampoco ayudaba a que lo ubicara en una década determinada. Nunca antes había visto a aquel hombre cuyo rostro se asemejaba al de una ciruela seca.

—Yo te veo en blanco y negro, hijo. ¿Es que nadie te lo ha dicho?

«Acromatópsico», pensó el inspector a la velocidad del sonido.

Pero esa premisa dejó de tener una base sólida en cuanto regresó a las palabras del Tronco. «En la muerte solo existe una enfermedad, y si la contraes, desapareces.» Aquel hombre de piel castigada tenía una perfecta visión, y de pronto cayó en la cuenta: «Por eso me miran de manera extraña, por eso el Tronco supo desde un principio que soy un muerto especial». Llegó a la determinación de que saltaba a la vista su rasgo distintivo al que él no tenía acceso ni siquiera mirándose ante un espejo.

—¿Qué significa eso de que me ve en blanco y negro?

—No lo sé —contestó el viejo, encogiéndose de hombros y sin dejar de alimentar a las palomas—. Algunos llegáis así. Creo que en toda mi muerte habré visto cuatro o cinco casos como el tuyo. Sois los albinos de la muerte —añadió, y se despachó con una carcajada tan exagerada como breve—. ¿Sabes qué es lo más curioso? —Coque permaneció inmóvil; sabía muy bien que cualquier comentario inoportuno podía provocar un silencio sin respuesta o una respuesta llena de silencio, si es que acaso había alguna diferencia—. Es que solo os veo una vez. Los albinos de la muerte no duráis mucho.

—No sé muy bien qué significa eso, pero tengo una pregunta más.

El viejo ya se incorporaba cuando se detuvo emitiendo un suspiro que duró una eternidad.

—¿Por qué es usted tan anciano? En algún momento fue joven, supongo.

El hombre mostró una sonrisa postiza y efímera.

—Ya te he dicho que a mí no me importan las mismas tonterías que al resto de personas. Siempre me ha gustado el presente.

—¿El presente? —exclamó—. Un segundo más y ya es pasado...

—Pero el pasado no importa. ¿O sí?

El viejo abandonó la avenida Mistral silbando la misma melodía con la que había iniciado su aproximación al inspector. Coque no pudo saber que aquel

hombre arrugado resultó ser en vida un maestro del piano, la fuente de conocimientos de quien se nutrió el Aspas, poco antes de ser un integrante de la banda de El Molino. De haberlo sabido habría podido entender de dónde le venía a su padre el sentido práctico de la vida.

Aturdido por la explicación recibida, Coque se adentró en la desolación que brinda el mercado de Sant Antoni cuando no es domingo, día en que las paradas de cromos de intercambio, de libros manoseados, de vinilos olvidados y de sellos que ya nadie colecciona —sustituidos por videojuegos que ya nadie ignora— concentraba una importante aglomeración de personas. Por esas calles el inspector había paseado con Martín en busca del cromo más deseado de la liga. Aquel que Coque adquiriría a un buen precio en ese mercado de fantasías realizables donde el pasado y el presente se tomaban juntos cada domingo un vermut. Pero en la muerte el inspector vivía en un eterno e insólito viernes lluvioso.

Recorría las Ramblas y detuvo su paso frente a una floristería ubicada entre un quiosco y una pajarería, en el instante en que un escalofrío le recorrió el cuerpo entero. Hacía mucho tiempo que no contemplaba el colorido, aún pasado por agua, de aquel paseo encargado de aglutinar la esencia de la ciudad. La variedad cromática de las rosas hizo que se acercara para olfatearlas. Como si de un perro de estupefacientes se tratara, fue una por una memorizando aquel aroma a despertar que solo puede brindar una rosa perlada.

En la muerte, los sentidos de la vista y el olfato se acrecentaban. Que apenas hubiera gente transitando no era una mala noticia del todo. Tampoco habían maleantes capaces de matar por la cartera de un japonés, ni gitanas bosnias con manos imantadas en los bolsillos ajenos. Eran las Ramblas de antes. Aunque, a decir verdad, extrañaba a un par de músicos desconocidos interpretando temas de jazz, a algún culo juguetón que le hiciera volverse, y al pirata de Jalil haciendo de las suyas por la zona baja del paseo, la más próxima a la estatua de Colón, quien señalaba obcecado y con un dedo a una tierra por explorar.

Accedió a Jefatura sin tener que esforzarse en obviar el saludo de ningún subordinado. El edificio era el mismo de siempre y la atmósfera que lo envolvía se asemejaba a la de una mañana de sábado de agosto. Recorrió todos los despachos y en algunos de ellos saludó con un gesto de mano a personas que no conocía. Al cruzar la puerta del grupo de Desaparecidos le sorprendió la presencia de tres hombres. Por el corte de las americanas, los pantalones de campana y las patillas y bigotes, dedujo enseguida que se trataba de policías de los años setenta. Tiempos en los que un policía sí era un madero y el uniforme marrón así lo atestiguaba. Herederos de una policía gris donde las mujeres ni

siquiera imaginaban que algún día formarían parte del cuerpo y llegarían a ser comisarias. Practicantes de la mano suelta y de la filosofía *porquelodigoyo*.

—Soy el último jefe del grupo de Desaparecidos —interrumpió Coque.

Los tres hombres cuya altura y aspecto se asemejaba a los hermanos Dalton, lo repasaron de arriba abajo como si fuera un extraterrestre.

—Lo sé. Me veis en blanco y negro.

El mayor de ellos buscó la mirada del más pequeño. «El que parte el bacalao», pensó Coque.

—¿Qué buscas aquí? —preguntó el policía a quien en su día tuvo que costarle mucho dinero que obviaran el requisito mínimo de la estatura.

—Este es mi despacho.

La versión policial de los Dalton al completo se miró y soltó una carcajada.

—Los hay que ni muertos se enteran de que en la policía nada es tuyo —reprochó el más bajito—. Además, no eres de fiar.

—¿Qué quieres decir?

—Tenemos nuestras teorías con los que son como tú —abrió boca el del medio.

—Ilustradme.

—Los *blanco y negro* duráis menos que un culo sin pelo en el talego. — Todos los Dalton rieron la ocurrencia.

Coque esbozó una tímida mueca con los labios, una suerte de sonrisa burlona.

—¿Y adónde vamos cuando desaparecemos?

—La pregunta del millón —se regocijó el líder de los Dalton, al que cada vez Coque le veía más ademanes de Palomares—. ¿Qué coño crees que hacen tres polis muertos en Jefatura, teniendo en cuenta que en la muerte no existen ni los delitos ni nada que se le parezca?

—Todo indica que no tengo mucho tiempo, ve al grano —se impacientó Coque.

—Este debe de ser como mínimo inspector —dedujo con sorna el más alto.

—Pues aquí los galones y los cojones se dejan en la puerta —añadió la imitación desfasada de Paco Palomares—. Aunque tienes razón, mucho tiempo no te queda.

Coque valoró la situación, o cambiaba de estrategia o no sacaría nada en claro. Decidió que era el momento de pronunciar dos palabras que se hallaban enquistadas en algún lugar de la lengua.

—Por favor —emitió al cabo con voz ronca, como si llevara un día sin hablar.

—Veo que vamos entendiéndonos. Hay que respetar la veteranía, señor

inspector —se recreó el más bajito de aquellos Dalton, que lejos de haber estado en Woodstock, andaría en sus tiempos ocupado en camuflarse entre universitarios hambrientos de democracia en la Ronda Universitat, de Barcelona—. En la vida nadie sabe qué ocurre cuando la palmas. Nosotros ya tenemos lo nuestro con detener a quien se empeña en enviar a gente aquí. Pero en la muerte, compañero, en la muerte hay todavía un enigma superior. Todo un desafío para quienes hemos vivido de la investigación: ¿Adónde van los desaparecidos? —Aquel imitador de Palomares jugaba con las pausas además de hacer lo propio con los nervios crispados de Coque—. Pues no lo sabemos, señor inspector, aunque tenemos nuestras teorías. —Coque se esforzaba en no desatar sus instintos más primitivos y soltar un porrazo sobre la mesa—. Díselo, Carlitos, díselo —ordenó al Dalton del medio. Este ensanchó su ánimo al saberse elegido por el líder.

—Los muertos que enferman y desaparecen vuelven a la vida.

—¿Resucitan? —preguntó Coque.

—Se reencarnan —matizó el más bajito—. Ello explicaría por qué la delincuencia nunca se termina, por qué el ser humano incide una y otra vez. Somos los mismos protagonistas con distinta coraza.

Coque suspiró, descreído.

—En el mundo somos más de seis mil millones de habitantes —dijo el inspector—. Hace trescientos años éramos bastantes menos. No podemos ser los mismos protagonistas saltando de una dimensión a otra.

El pequeño Dalton se cruzó de brazos, escrutó al inspector y respondió:

—En la muerte no se está mal, no hay embustes, inspector. Te rodeas de quien te quiere y te aprecia. Sin embargo, desde que habéis llegado los de la nueva hornada todo se ha ido a tomar por culo. Nos habláis de objetos propios de la ciencia ficción, de lugares inimaginables, de vehículos que desafían al tiempo, de lo fácil que es meterla sin tener que estar casado. ¿Y qué ocurre? Que los muertos se frustran por no haber vivido en la época correcta, por no tenerla en su jodida memoria emotiva. Se entristecen y enferman hasta desaparecer. La realidad es que el número de muertos desaparecidos está creciendo, por eso crece la población de vivos. Hazme caso, inspector. Somos los mismos actores en distintos escenarios.

Coque se quedó traspuesto ante estas palabras que tenían cierta lógica aunque eran fruto de una mente surrealista.

—¿Y yo? ¿Qué pasa conmigo? —quiso saber Coque.

—¿Alguna vez has visto un tipo en blanco y negro? —preguntó el jefe.

El inspector dejó escapar una sonrisa.

—Alguna —respondió.

—Eso es imposible —advirtió el más alto.

—Es una larga historia —matizó Coque.

—¡Pamplinadas, compañero! Para terminar te diré que no recuerdo haber tenido más de un encuentro con los que son como tú —zanjó el imitador gestual de Paco Palomares, consultando en la mirada del resto si debían continuar con aquella conversación. Los otros dos negaron con la cabeza dando a entender que era una pérdida de tiempo y, sobre todo, de energía—. Y ahora, ¿nos permites continuar con nuestras cosas?

—¿No te apellidarás Palomares? —preguntó Coque al más bajito de los Dalton.

—Mi nombre no es asunto tuyo, señor inspector. El único Palomares que conocí en la policía era un lameculos del comisario, se dedicaba a hacerle los gráficos de la estadística criminal de los barrios de Barcelona. Ese llegará lejos, pero todavía no anda por aquí.

Tras la acertada descripción de Paco Palomares, Coque abandonó la oficina sonriendo. Se aseguró de visitar los lugares en los que Palma podría estar si se encontrara muerto. Los rincones de Jefatura que estaban impregnados de su humor y de ese peculiar don de gentes. Pero, una vez más, todo fue en vano, y decidió abandonar aquel edificio lleno de personajes absurdos y sobrenaturales.

Capítulo 32

Un jueves de invierno

—¿Hay alguna posibilidad de error? —insistió Nadia en plena plaza de Catalunya.

La exuberante enfermera negó sin articular palabra. Conocía la angustia que se siente la primera vez que alguien te responde a esa pregunta.

—Entonces, ¿en la muerte no hay esperanza? No me gusta vivir sin esperanza.

—Prueba de morir sin esperanza —sonrió Eva—. La esperanza nos debilita. Piensa en el tiempo que perdiste esperando que sucediera lo que jamás sucedió.

Nadia se quedó quieta, cavilando. Dirigió una rápida mirada al lugar donde debería estar el bar Café Zurich, pero solo pudo hallar una esquina vacía.

—Si en tu vida había alguien importante y tú lo fuiste para ella, os encontraréis, Nadia. Si lo que dijisteis o creísteis sentir no fue sincero, la muerte no os va a servir de tabla salvadora.

—Sin embargo, sí que comparto mi muerte con personas que no pintaban nada en mi vida. —La enfermera no se tomó aquel comentario de manera personal, no era fácil aceptar la muerte—. Y eso, la verdad, no acabo de entenderlo.

La enfermera suspiró con expresión cansina.

—La vieja manía de querer entender las cosas. ¡Ven! —dijo Eva, tomando de la mano a Nadia hasta encarar las Ramblas.

El cielo era un abismo marino en el que se vetaba la presencia de cualquier nube. Nadia quedó prendada por la belleza de una floristería sin vendedor. Le atrajo la nitidez del rojo de una rosa que sobresalía de entre todas las demás. Se acercó hasta ella y acarició con la yema de los dedos un pétalo. «En la muerte el tacto es el rey de los sentidos», estuvo a punto de creer, de no ser por la irrupción de una fragancia recientemente frecuentada. Se volvió tratando de adivinar de dónde surgía aquel inequívoco olor a Coque Brox. La enfermera reparó en aquella reacción.

—¿Una voz? —preguntó.

—No, un recuerdo olfativo.

—A veces ocurre.

—Juraría que he tenido a menos de un metro a una persona que conozco —explicó Nadia sin dejar de buscar a su alrededor.

—Hazte un favor y sigue mi consejo. Nada de esperanzas —recordó la enfermera.

Continuaron el paseo por las Ramblas camino del hogar de Eva y la cardiocirujana se volvió a extraviar en sus pensamientos. No tuvo el tiempo necesario para llegar a enamorarse de Coque. Faltó poco, muy poco para que eso sucediera. De no ser por que el inspector todavía no había aparecido en su mapa de la muerte, habría pensado que en cualquier momento lo haría. «Nada de esperanzas», se repitió.

Por fortuna para Nadia, la calle del Carme figuraba en su mapa. La misma vía en la que Eva creció y consumió su infancia con el murmullo de las Ramblas a las espaldas, se había convertido en el lugar que albergaba su morada en la muerte. Se trataba de una *botiga*, que era el nombre por el que se conocía en el barrio a un estudio con acceso a pie de calle. Una maraña de personas aguardaban pacientes y taciturnos a que la enfermera hiciera acto de presencia. Había de todas las edades, mujeres, hombres y algún que otro niño. Todos ellos compartían la misma mirada incompleta de quienes ya no soportan seguir esperando a alguien. La extrema debilidad de los cuerpos y el gesto vencido con el que se acercaban a la enfermera sobrecogió a la cardiocirujana. Pese a estar habituada a que unos ojos agónicos le suplicaran una prórroga de vida, aquella concentración de seres desesperados la superaba.

—La soledad —susurró Eva al oído de Nadia. Después se lanzó a regalar abrazos por doquier.

La enfermera agradeció la recepción y les recordó que el estudio era un lugar diminuto incapaz de acoger a todos ellos a la vez.

Ninguno rehistó, nadie emitió palabra alguna de lamento ni malsonante.

La cardiocirujana dio un paso adelante frente aquella multitud abatida.

—Yo soy Nadia —pronunció ante la mirada envarada de la enfermera.

—En la vida uno puede malvivir solo, en la muerte la soledad termina por aniquilarte —le susurró una vez más Eva—. Esta es la medicina del más allá, estos son nuestros pacientes.

—¿Cómo lo haremos? —preguntó Nadia, casi arrepentida por su inesperada reacción.

—Pero ¿tú no eras cardiocirujana? Pues eso, reparándoles la memoria del corazón.

—¿Cómo?

La multitud se mostró expectante ante aquel diálogo del que nada oían.

—Enseñándoles que la esperanza es el camino para enfermar. Míralos. Fíjate bien qué ocurre cuando la memoria del corazón borra lo superfluo y se descubre que nuestras vidas han sido una mentira.

Nadia repasaba cada uno de los rostros con detenimiento. Estaban vacíos. Acudieron a su memoria las emociones de los pacientes que habían tenido una experiencia cercana a la muerte para luego regresar a la vida. Como Antonio Carrascosa, para quien la vida no era más que el borrador de la muerte y que esta no entendía de otra memoria que no fuera la del corazón. «Los sucedáneos sentimentales te cornean en vida», pensó Nadia. «Y te relegan a ser un simple pecio en el mar de la muerte.»

—Tengo mucho que aprender —admitió tras aquella huida mental.

—Me gusta cómo suena —dijo la enfermera mientras abría la puerta de la *botiga*.

Sobre la misma, un cartel rezaba «La Casa del Alma». A Nadia siempre le gustó la idea de fusionar hogar con términos arrolladores. En sus tiempos de estudiante de Medicina, frecuentó muchos veranos la Casa de Cultura que el Ayuntamiento de Lloret de Mar regentaba. Allí soñó con salvar vidas algún día y quedarse dormida sabiéndose doctora. Ahora, en el más allá, estaba a punto de volver a iniciar una nueva carrera. La llamada «medicina del alma». Y sin apenas darse cuenta se sorprendió soñando con salvar a los muertos.

Capítulo 33

Un lunes de verano

«Un cadáver sobre la mesa de necropsias es la perfecta evidencia de la fugacidad», pensó Oliver sin ton ni son, mientras fingía escuchar a Silvia camino de la montaña del Tibidabo. El forense había tenido la oportunidad de ver el cuerpo de la italiana inerte y desnudo. Pudo explorar los rincones ocultos que algunos pliegues de la piel se empeñaban en esconder. Eso era un cadáver a ojos del forense, una instantánea de la belleza más inmóvil.

La incertidumbre que el más allá brindaba en lo que al tiempo se refería era algo que no acababa de asimilar. Incapaz de concebir el tiempo transcurrido desde la última vez que habló con Silvia en la taberna, necesitaba respuestas.

—Es complicado vivir sin medir el tiempo, ¿no crees? —planteó el forense en el mismo momento en el que dejaban atrás la calle Balmes, algo más recortada en el mapa de la memoria emotiva que ambos compartían.

—El dichoso tiempo —lamentó la italiana.

—¿Cuánto hace que estábamos hablando en la taberna?

—¿Lo ves?, necesitamos saber cuánto tiempo nos lleva hacer cualquier cosa. El tiempo no existe, Oliver, es el único modo que tenemos de medir el concepto del cambio. Todo cambia, objetos y personas, y sin el tiempo ese cambio se nos hace insoportable. Supongo que nos llevará toda una eternidad poder entenderlo, y más ahora que me acabo de enterar de que nuestra memoria no habita en el cerebro, sino en nuestro corazón, de que morir es como vivir pero sin embustes.

Silvia detuvo la zancada y le clavó al forense una de esas miradas que no hay fotografía que pueda plasmar. Una mirada con parpadeo, con un ligero temblor facial que no pasó inadvertido para aquel médico de los detalles.

—Olvídate del tiempo y atiende a tus emociones —le propuso la italiana.

—Lo intentaré —respondió Oliver, arrepintiéndose al instante de no haberlo hecho con un beso.

Silvia recuperó el paso dirigiendo una mirada fugaz a la sombra del templo que coronaba la montaña del Tibidabo.

—Espera un segundo —pidió el forense—. Tengo que decirte algo. —A la

italiana se le detuvo la respiración—. Yo soy Delas, Almina.

—¿Qué?

—Yo soy el verdadero Delas —pronunció ufano—. Conmigo visitaste la tumba de Uther Lightbringer o la misma catedral de Ishtoke que tanto te gustaba. ¿Recuerdas que allí nos dimos nuestro primer beso virtual?

—Pero la fotografía...

—Era de un amigo mío. Tuve miedo a no gustarte, a que...

—¡*Vaffanculo!* —gritó Silvia, llevándose las manos a la cara.

—Perdóname, yo...

—¿Que te perdone? —logró decir entre sollozos, indignada—. ¿Acaso no fijamos unas reglas? Nada de mentiras, ¿recuerdas?

—No sé qué me pasó. Me daba pánico no gustarte.

El forense recortó distancias.

—Ya pasé por esto, Oliver —dijo recuperando la compostura—. Perdí una vida, pero no pienso perder una muerte.

De pronto, Oliver sintió un calor extremo, pero no sudaba. El asfalto devolvía con creces el sol recibido y se convirtió en la alfombra elegida para que Silvia emprendiera la huida. «En la muerte no hay pasillos», recordó el forense. La silueta de Almina se difuminó y transformó el paisaje de tal manera que en su enturbiada mirada tuvo que consultar al cielo si era de día o de noche. Si alguna vez se había sentido solo, sin duda alguna se trataba del gran ensayo para aquel momento.

Fue en la quinta cerveza cuando Ian se le acercó. Hasta entonces el camarero fornido de la taberna había preferido mantenerse al margen. La expresión del forense era un poema y él no estaba por la labor de cargarse a las espaldas los problemas que tienen los muertos. Ya lo hizo en su día con los vivos y pagó un precio demasiado alto por ello.

—Siento decirte que en la muerte no te puedes emborrachar. Todo lo vivido se almacena aquí. —Ian se golpeó con el puño cerrado sobre el corazón—: Las emociones, los sentimientos, los sabores y olores, pero no los efectos que producen las drogas o el alcohol.

—Deberías advertirlo con un cartel —lamentó el forense, señalando la puerta de acceso.

Ian asintió sonriendo.

—Algunos clientes me han dicho que se sienten mejor cuando envían mensajes a través del famoso libro —comentó el camarero, lanzando una mirada al extremo de la barra donde descansaba el objeto más solicitado de la taberna.

Oliver apartó la cerveza de un manotazo y se acercó hasta el libro de Rodri.

Constató que conservaba su confección manual con papel de pergamino y la portada con los mandalas que configuraban la obra pictórica de Kandinsky, *Farbstudie*. Ojeó una por una el contenido de las páginas y se sorprendió al comprobar que solo plasmara los mensajes que recibió en vida. Como si de la bandeja de entrada de un correo electrónico se tratara, el forense no tenía acceso a los mensajes ajenos. El último era el mismo que en su día leyó. Una invitación de Nadia a acompañarla a la playa de Canyelles. El forense sonrió al ser consciente de que aquel mismo mensaje que en vida le pareció baladí se había convertido en el billete de ida para el más allá. «La insignificancia que le otorgamos a ciertas cosas no deja de ser una ironía más de nuestra existencia», concluyó. Oliver sintió la imperiosa necesidad de saber dónde estaban sus amigos. Las cervezas sin alcohol del más allá todavía sabían peor cuando se echaba de menos a alguien. Sopesó la probabilidad de que ellos también hubieran fallecido en el accidente.

«Nadia estaba sentada en el asiento de copiloto y tuvo que ser un impacto frontal», dedujo el forense. Únicamente recordaba una luz cegadora y esa bestia del asfalto incrustándose en el interior del habitáculo. Coque y su borrachera descansaban en la parte trasera. El forense había tenido a cientos de víctimas de accidentes de tráfico expuestas sobre la mesa de necropsias. Algunas de ellas no eran más que un puzzle humano diseñado por la virulencia del impacto. No quiso imaginar el aspecto que debió de tener su cuerpo sobre una de esas mesas que su ayudante Nacho se negaría a limpiar, aludiendo un ligamen afectivo con la víctima que jamás tuvo lugar.

El forense se descubrió inmerso en aquel pensamiento aferrando con fuerza un bolígrafo que descansaba junto al libro de Rodri. Dejarle un mensaje al inspector no le haría ningún daño. Miró de soslayo al fondo de la taberna donde descansaba el pozo de los deseos y pidió a la muerte que el venerado libro fuera algo más comprensivo que aquel tragamonedas. Le preguntó a Coque dónde estaba. Tal vez en la muerte, como en el *World of Warcraft*, podía hallarse el modo de romper alguna que otra norma. Como si pudiera leerle la mente, Ian apareció a su lado con cara de querer dar más explicaciones.

—Dicen que no pueden enviarse mensajes a los vivos y que los mensajes entre muertos de diferentes dimensiones tal vez no lleguen jamás.

Oliver digirió como pudo esa información.

—¿Sabes si puedo consultar mensajes que me dejaron en vida y no llegué a ver?

El camarero fornido volvió a asentir, aunque esta vez se trataba de un gesto propio del que también se pregunta lo que todos le preguntan.

—Lo que quiero decir es si...

—Sé lo que quieres decir —dijo Ian—. En mi habitación tengo un único libro, una novela que compartía con mi pareja. Solíamos leer una sola página antes de acostarnos. Poco antes de morir escribió unas palabras en la página ciento setenta y dos. —Oliver apartó el libro de Rodri de su alcance y apoyó los brazos sobre la barra—. Él había calculado la página que leeríamos el día de nuestro aniversario. Pero ya ves, me dio por palmar el día antes y no pude saber qué me había escrito.

—Pero entonces ¿cómo sabes que...? —La mueca de desagrado de Ian hizo que el forense cerrara el pico.

—Cuando empecé a aceptar que estaba muerto ojeé la novela y me detuve en la página ciento setenta y dos. Y entonces la vi. Breve, pero la más bella nota que jamás me han escrito.

Ian abandonó la barra y se puso a ordenar unas mesas que no lo precisaban. El forense regresó al libro de Rodri y pasó ansioso cada una de las páginas. En su caso no había nota alguna que no hubiese visto ya en vida.

—¡Ian! —gritó el forense—. ¿Algún muerto ha conseguido pasar a otra dimensión y encontrarse con otros muertos?

El camarero detuvo la mirada en su rostro e hizo caso omiso a la pregunta. Dio media vuelta, encaró la puerta de salida y abandonó la taberna con un guiño de complicidad.

«El que calla otorga», se dijo Oliver. «Una vez fui el mejor en saltarme las normas. Una vez enamoré a una bella mujer. Si pude hacerlo cuando no lo pretendía, volveré a hacerlo cuando más lo necesito.»

Por la puerta entreabierta se colaba el rumor de una ciudad muerta donde ya nunca se escondía el sol, una ciudad habitada en la que gobernaba la memoria emotiva y se condenaba al ostracismo a quien sufriera de tristeza. Oliver salió a la calle y tomó aire. Le abofeteó el rostro una brisa cálida que olía a mar y a aceite de coco. La Barcelona de su infancia seguía intacta en los detalles, tan bella por su esencia que el forense tuvo la certeza de haber vivido y seguir *sobremuriendo* en la mejor ciudad del planeta.

Capítulo 34

Miércoles 25 de agosto

El encuentro con los Dalton le había provocado un persistente malestar.

Sin rastro del Palma y con la confirmación de que en la muerte era un bicho raro condenado a desaparecer, decidió que buscar a su amigo y a Nadia no podría hacerle ningún daño. No le apetecía pasear por calles anegadas que apestaban a cloaca y a asfalto recalentado. Descubrió que en la muerte podías trasladarte al lugar que desearas, siempre y cuando tu memoria emotiva lo hubiese registrado con anterioridad. Esa suerte de teletransportación del más allá lo llevó hasta el condenado hospital. La lógica le decía que ese lugar jamás se habría grabado en su memoria emotiva de haber sido un muerto normal.

Pero él no lo era.

Subió las escaleras que franqueaban la entrada principal y se detuvo poco antes de sumergirse en las entrañas de aquel edificio que había condicionado su vida. Se volvió con cierto temor a que ya no estuviera en su lugar, pero descubrió que no era así: la taberna de Rodri permanecía en la calle de siempre y estaba abierta al público. Si Oliver y Nadia no estaban en el hospital, cruzaría esa puerta.

El centro sanitario todavía parecía más desolador que de costumbre. Tuvo que contener las piernas al percatarse de que iba directo a la planta de psiquiatría. En esa ocasión no había recibido la temida llamada de su suegra informándole iracunda sobre el nuevo intento de suicidio de Marga. No daba crédito a la ingesta de miedo durante los últimos años de vida. Aun muerto, su memoria celular se empeñaba en evocar cada una de las veces que entró desbocado, con el corazón estrujado, en el hall de aquel albergue de desgracias.

Una punzada en el estómago consiguió doblarle una vez más, sin avisar. Los pensamientos negativos tenían consecuencias en el más allá. Trató de reponerse y escupió sobre el suelo. Un gesto que el inspector había aprendido durante su infancia en las calles del Poble-sec. Uno de esos actos que le daban galones de vida sobre otros y que le hacían sentirse peleado con el mundo aunque capaz de vencerlo. Se encaminaba a la sala de autopsias cuando una voz conocida le

sorprendió.

—¡Inspector! —pronunció el doctor Fusté.

Coque no daba crédito. El médico del servicio de urgencias había rejuvenecido más de veinte años a pesar de que ya sobrepasaba los cuarenta. Fue su voz invariable y aquel rostro de religioso vocacional, de piel blanquecina y sombreada por pequeñas y amorfas manchas rojas, lo que evidenciaba que se trataba de la misma persona que atendió a Martín y luchó en vano por su vida.

—Doctor —saludó Coque, sorprendido—. ¿Cuándo murió? Oliver no me dijo nada.

—Acabo de aterrizar. Sufrí un aneurisma cerebral la noche del 25 de agosto.

—La misma en la que tuvimos el accidente —respondió Coque, aturdido.

—¿Tuvimos?

—Conducía Oliver y nos acompañaba Nadia, la cardiocirujana.

—¿Murieron todos? —Coque se encogió de hombros—. Ya. Demasiadas normas en el más allá. Permanecer eternamente en el mismo día y en la misma estación del año excluye a muchas personas que a uno le gustaría ver, ¿verdad? —dijo el doctor, apenado.

—¿Ha visto a Martín?

El doctor Fusté negó con un leve cabeceo y suspiró sin dejar de mirar con perplejidad al policía.

—Inspector, ¿por qué lo veo en blanco y negro?

—Estoy tratando de averiguar qué significa eso, pero nadie me lo cuenta con exactitud. Parece ser que mi estancia en el más allá va a ser corta.

—¿No le da miedo?

—Ya no sé lo que siento.

El doctor Fusté recortó el metro que los separaba y dejó caer una mano sobre el hombro del policía.

—No fue culpa suya, inspector. Fue un accidente.

—Ya es tarde para eso, doctor Fusté, demasiado tarde.

—Nunca es tarde. ¿Sabe por qué estoy aquí? —Coque negó—. Para pedir perdón a todos los pacientes que no pude salvar. No me hable de culpabilidad, he convivido con ella y sé que si no me la quito de encima no podré, como dicen por aquí, *sobremorir*.

Coque ponderó durante un instante esa explicación.

—No busques a Nadia —añadió el doctor—. Ella tampoco está en esta dimensión. Vengo de visitar su planta y no hay nadie. Ni siquiera el paciente que busco.

El inspector de policía prosiguió su camino y se dirigió, todavía noqueado por aquel viaje al pasado, hasta la sala de autopsias. La última vez que visitó ese

lugar el cuerpo de su hijo descansaba sobre la mesa de necropsias. Revivió con detalle el estricto silencio de Oliver, su mirada solidaria y la ternura que dispensó al pequeño. Coque sacudió la cabeza, apartó aquel recuerdo y accedió a la sala.

El olor a desinfectante le zarandó los sentidos, la mesa metálica refulgía con una luz analítica, capaz de desvelar los secretos que no llegarían a la tumba. Repasó los detalles y sonrió al comprobar como todas las herramientas estaban ordenadas. La fijación del forense por el orden quedaba acreditada con esa disposición de artilugios encargados de averiguar lo que los policías no podían.

Coque abandonó el recinto con premura. La debilidad empezaba a ser un estado de salud crónico. La agilidad de sus andares empezaba a ser historia, y se asustó al verificar que la fatiga ya había dejado de ser un síntoma intermitente. «Demasiado dolor evocado», se dijo.

En la calle Rosselló la lluvia persistía. Dos muertos que no superaban los veinticinco años lo miraron un par de veces tratando de corroborar aquella presencia en blanco y negro. La puerta del local seguía allí, moldeando la obsesión que acababa de nacer en su mente: acceder a la taberna de Rodri.

Capítulo 35

Un lunes de verano

Harto de beber cervezas estériles y de la taberna sin Rodri, Oliver asaltó las calles que integraban su mapa emotivo y descubrió que el alquitrán también se reblandecía en el más allá. Un sol pendenciero hacía de las suyas, pero el forense sabía que de tener que *sobremorir*, mejor sería bajo la calidez extrema de aquel planeta que no bajo la lluvia que tanto había venerado su compañero de piso.

Habría jurado que al final de la avenida del Paral·lel asomaría la fastuosidad de la plaza Espanya, escoltada por las dos torres, vigías taciturnas de una montaña de Montjuïc que insuflaba de oxígeno a la ciudad. Sin embargo, en cuanto alcanzó el final del Paral·lel, en lugar de la plaza halló la extendida calle Rivoli de París. En ella tampoco aparecía el Louvre, ni la amalgama de comercios que atraían tanto al turista como al parisino. Aquella calle, ahora exigua, solo comprendía una tienda.

En uno de los habituales viajes que Oliver realizaba cada mes de septiembre, descubrió en la capital francesa una frutería multicolor en la que solo se vendían manzanas. El amarillo con las trazas grisáceas de las americanas Golden, el verde claro de las australianas Granny Smith, el rojo intenso y brillante de las inglesas Red Delicious y, sobre todo, como reinas de esa fiesta cromática, envidia de cualquier pintor, las Reinetas francesas, achatadas en sus redondeces y encargadas de fusionar ocres, rojos y verdes de manera sin igual. Aquel modo tradicional de exhibir la fruta en banastas secuestraba la atención de todo transeúnte. Una suerte de hipnosis se apoderó de Oliver cuando Sophie, la vendedora, le regaló una sonrisa fresca en la que unos labios perfilados servían de telón para una dentadura bien cuidada. El forense salivó frente tal exhibición de frutos prohibidos sobre los que tuvo muy claro a cuál de ellos le hincaría el primer mordisco. Sophie llevó la iniciativa con un descaro al que Oliver no le puso objeción alguna. Después de que la francesa le contara mil y una propiedades de las manzanas, le informó con coquetería diabólica que todavía existían en París rincones capaces de alimentar el alma. Unas horas después, a la orilla del Sena, la vendedora de fruta prohibida improvisó una mesa para dos con

una solitaria botella de vino tinto. Copa tras copa, el forense entendió que aquel lugar era el preámbulo, un circunloquio necesario incluso para esa francesita descarada que, a la luz de las tenues farolas parisinas, dejaba entrever a una mujer vivida. A una tímida duda le siguió un beso que se encargó de fulminarla. Unas horas después, Oliver descubrió en una buhardilla del Barrio Latino que la vida de tanto en tanto te ofrece una de esas manzanas que jamás volverás a probar.

En la muerte, la tienda de Sophie estaba tal y como el forense la recordaba. El glauco mar que configuraban el conjunto de las manzanas continuaba cautivándolo. Olvidó por un instante que su deseo era malévolos y tardó en concluir que aquel portento de vitalidad todavía no merecía estar allí. Encajó la ausencia de Sophie como una buena noticia. Al fin y al cabo, su tienda estaba allí, y si a la francesa había algo que le apasionaba eran los días con sol. Oliver fantaseó con un futuro reencuentro y, justo cuando se disponía a abandonar aquel rincón que olía a infancia y a meriendas en el campo, reparó en la presencia de un joven. No tendría más de quince años y sujetaba en las manos a una Granny Smith. Su rostro imberbe y con el pelo rubio, largo y alborotado, todavía le hacían aparentar una edad menor.

—¿Trabajas aquí? —se interesó Oliver.

El joven alzó la mano que sujetaba la manzana y empezó a mover los brazos como las ramas de un árbol sacudido por el viento. Emitía sonidos roncros desde la profundidad de la garganta e ignoraba por completo a su interlocutor.

—¿Cómo te llamas? —insistió el forense, pero el rubio de mirada extraviada solo tenía ojos para la Granny Smith. Bajó los brazos y se sentó en el suelo, justo en la entrada de la tienda. Extrajo de un bolsillo unos rotuladores y se puso a pintar sobre un lienzo en blanco. Su destreza con los colores llamó la atención del forense. «Este chico no está bien», pensó algo confundido, habida cuenta de que en la muerte solo existía una enfermedad y las demencias no deberían tener lugar en ella. Observó aquel don natural que tenía el rubio para el dibujo y reconoció al instante una amplia variedad de mandalas. Al principio no le dio mucha importancia. Al fin y al cabo, que resultaran ser las mismas esferas coloreadas que aparecían en la obra *Farbstudie* de Kandinsky no dejaba de ser una información baladí.

De pronto, el rubio se incorporó con brusquedad, lanzó los rotuladores contra una hilera de manzanas Golden y fue corriendo hasta una de las esquinas dándose cabezazos contra la pared. El forense se acercó para interesarse por su estado e intentar detener aquella violencia desmedida. En cuanto su mano contactó con el hombro del rubio, este se encogió y gritó como si le fuera la vida en ello. Oliver se apartó, veloz y temeroso de estar causando un mal mayor. El

joven empezó a gemir sin tregua. Eran sonidos desgarradores que provenían de lo más profundo de su ser.

«La locura debería estar prohibida», se dijo el forense en el mismo instante en que el rubio detuvo en seco su lamento. Se agachó al suelo, recuperó el dibujo y se lo entregó a Oliver sin mirarlo a la cara. Abandonó la frutería de Sophie, no sin antes dirigir la mirada a un sol que, al igual que él, no terminaba de comprender qué sienten las personas que lo quieren.

A Oliver se le detuvo la respiración al reparar en las palabras que el rubio había escrito a modo de firma, bajo los mandalas de la obra de Kandinsky: «Teteyo Papa». Le fascinó que aquel joven reprodujera con exactitud la portada del libro de Rodri, incluyendo los dos únicos términos que contenía. Recogió del suelo uno de los rotuladores que el rubio acababa de lanzar y añadió un par de mensajes al dibujo: «Espérame en casa, Avenger» y «¿Un café en el más allá, Comaneci? Taberna de Rodri».

El forense no sabía de dónde había salido aquel extraño joven, pero confiaba en que regresaría por su dibujo. «Todo tiene un motivo», quiso creer.

Capítulo 36

Miércoles 25 de agosto

—Tú mismo —le advirtió el Tronco, desdeñoso, dándole una calada a un cigarrillo.

Coque se encontraba a medio metro de la puerta de la taberna. Lamentó con un profundo suspiro volver a escuchar esa voz cavernosa. Se volvió hasta encarar a ese chivato del que uno no se podía fiar ni en el más allá.

—¿Qué coño quieres ahora?

—Ya lo sabes. Dime qué has averiguado y yo te diré lo que quieres saber. Pero si cruzas esa puerta —señaló el Tronco con el mentón hacia la taberna—, no me verás más.

—Me acabas de convencer —respondió el inspector, dirigiéndose hacia el lugar prohibido.

—Palma trataba de proteger a su hija —vomitó el Tronco con impaciencia, con un intento de sonrisa al que le faltaba, además de energía, credibilidad.

Coque carraspeó.

—¿Qué?

—Acompáñame, este no es el lugar. —El Tronco necesitaba realizar pausas durante su breve discurso—. Sé muchas cosas que pueden ayudarte a *sobremorir* mejor, madero.

Coque tenía frente a sus narices a una caricatura de hombre cuya existencia había consistido en informar a los demás sobre la vida de otros. Pero ni los demás eran cualquiera ni el contenido de la vida de los otros eran algo que interesara a las personas normales. Esa basura humana tenía el privilegio de ofrecer el peor aspecto de entre todos los muertos. Se preguntó a cuántas adicciones se puede acostumbrar un ser humano. Aquel soplón dependía, entre otras cosas, del dolor que traslucen unos ojos ajenos. «Y eso es ser un hijo de puta integral», determinó sin darse cuenta de que acababa de pronunciar aquellas palabras en voz alta.

—No sois muy distintos los maderos —comentó el Tronco.

—Nunca he sabido por qué la chusma os queréis parecer a nosotros.

—¡Premio al señor inspector! —El Tronco alzó los brazos con exageración ante un público inexistente. Apuró el cigarro y lo lanzó al suelo—. Me has insultado dos veces en un minuto y te mueres de ganas por darme de hostias. ¿Recuerdas qué les pasa a los violentos en la muerte? —El Tronco supo leer esa mirada iracunda—. Dejémonos de jugar al poli duro y al confite acojonado, ya me cansa. Tengo cosas que quieres saber y espero que tú tengas otras para mí. Sígueme, madero, y no te arrepentirás.

A Coque le apenó que su mapa en la muerte fuera el mismo que el del Tronco. «Las vidas de un policía y de un delincuente tienen el mismo escenario», maldijo. Encarrilaron la calle Lleida bajo un fino manto de agua y, tras dejar atrás el Pabellón de los Deportes, una instalación en la que el paso del tiempo y la lasitud de las instituciones la transformaron en un lugar denostado, se adentraron en la montaña de Montjuïc. El camino, que arrancaba en las Fuentes Mágicas y continuaba ascendiendo hasta el Museo Nacional de Arte de Cataluña a través de unas amplias escalinatas, ofrecía varias opciones para perderse entre la extensa arboleda. Una suerte de laberinto oxigenado que conocía bien el Tronco y todo hombre con ganas de hombre. A las faldas de Montjuïc, y cuando el sol se diluía, aquel paraje se transformaba en un punto de encuentro para tipos en celo, y algún que otro chaperero con el objetivo de *sirlar* a su víctima en plena erección.

Durante el trayecto nadie habló. El Tronco se detuvo en el mismo sitio donde todo había sucedido seis meses atrás. Los dos hombres se buscaron con la mirada. No fue Coque el primero en apartarla.

—Aquí solíamos quedar el Palma y yo —dijo el Tronco.

—Lo sé.

—Ya ves, un sitio de mariconeo, para no llamar la atención.

—¿Qué es eso de que Palma tenía una hija?

El Tronco se dejó caer apoyando la espalda sobre un árbol centenario.

—Así era el Palmica. Crecimos juntos, uno fue policía y el otro un buscavidas.

—Un traficante y un pederasta, no insultes a los buscavidas.

—Pero nadie del barrio lo sabía —ignoró el Tronco el matiz del inspector—. Ni la gitana bailaora esa que tan loco lo volvió, la Isa, ni yo. Nadie sabía que el Palmica tenía una cría de doce años y una mujer. Pero cuando pasó lo de la cría no tuvo más cojones que hacerlo público. Ya es mala suerte, ya, que de todas las nenas de la ciudad, esa fuera su hija. ¡Hay que joderse!

—¿Qué es lo que pasó con su hija?

—Relájate, madero. Ahora te toca a ti. Suelta algo de prenda.

Coque llevaba mal no poder hacer uso de las infalibles herramientas de

trabajo para aquellos casos. En el otro barrio ya lo tendría engrilletado con la cara sin marcar y los testículos encogidos y doloridos. Pero la muerte tenía sus normas, claras y concisas.

Tras ponderar la situación, resolvió hablar.

—En Jefatura hay un grupo de policías que solo se dedican a lo que a ti te preocupa.

—¿Qué quieres decir? —El Tronco abrió sus ojos de para en par.

—Investigan adónde van los desaparecidos.

—¿Y?

—Tienen una teoría.

—¿Una teoría? Yo necesito algo más que una teoría, ¿o es que no lo ves? — exclamó el Tronco, incorporándose con quejidos y sacudiéndose parte de la hojarasca adherida a su ropa.

—Es una teoría con mucho peso.

—Me cago en los maderos y en vuestras teorías.

Coque sonrió al tener por primera vez desde su muerte el control de la situación.

El silencio repentino del inspector todavía enervó más al Tronco.

—¿Qué es lo que dicen?

Coque dio media vuelta y decidió regresar por las escalinatas del Museo Nacional de Arte de Cataluña hasta la plaza Espanya. Hacía mucho tiempo que no veía Barcelona en colores y esa ubicación era la idónea para disfrutar del panorama que la ciudad le regalaba.

—¡Que qué es lo que dicen! —gritó a viva voz el Tronco.

El inspector siguió su camino con paso seguro y manteniendo esa sonrisa que solo exhiben quienes se saben vencedores. Se moría por saber qué era lo que quería decirle el Tronco, pero temía que esa información fuera condicionada. Si se marchaba ahora, en el próximo encuentro él tendría la iniciativa, el dominio, el control. Por su cabeza transcurrían muchas preguntas sobre la desconocida hija y la misteriosa mujer de Palma, pero solo había un modo de obtener toda la información. Esperar a que el Tronco se desesperara.

Capítulo 37

Un jueves de invierno

En La Casa del Alma siempre había alguien aguardando en la puerta. Nadia no tardó en comprender que era el momento de atender a personas y no a simples pacientes. Los diagnósticos fríos y objetivos eran cosa de la vida, en la muerte solo valía el acercamiento, la escucha activa y el trato mediante la palabra con el fin de hacer auténticos baipases en aquellos corazones malparados. Esa nueva práctica suponía todo un vuelco en su experiencia médica y además le producía una extraña contradicción: le dolía no haber sido una doctora más cercana en vida, pero le reconfortaba haber hallado la razón principal por la que deseaba *sobremorir*.

—Necesito airearme un poco —anunció Nadia a la exuberante enfermera.

—Me parece bien —respondió Eva, satisfecha—. ¿Qué has sentido?

—Paz.

—Pero te inquietan ciertas cosas que has escuchado, ¿no es así? —Nadia asintió—. Es normal. Que sepas cómo reparar un corazón no significa que sepas cuidar del tuyo.

A Nadia la claridad en la exposición todavía le provocó una mayor necesidad de buscar respuestas.

Aprovechándose del diseño que su memoria emotiva hizo de Barcelona, la cardiocirujana no tuvo que soportar el frío húmedo que azotaba la ciudad. Después de cruzar tres calles ya había alcanzado la puerta de la taberna de Rodri. Convencida de que obtendría algún indicio sobre sus seres queridos, no dudó en franquear lo que para otros era terreno vedado.

El interior del local estaba intacto. Preguntó por Rodri a los dos únicos clientes con los que se topó, pero ninguno supo quién era. Nadia se preguntó cómo habían llegado hasta la taberna esas personas. Fue entonces cuando reparó en que ella tampoco conocía La Casa del Alma en vida, sin embargo tenía la certeza de que se convertiría en un lugar importante durante la muerte. Concluyó que todavía podía expandir más el mapa que la memoria emotiva había diseñado, y la idea de concebir nuevos horizontes le hizo sentir bien.

Sobre un extremo del mostrador, intacto, divisó el libro. Tomó asiento en su rincón favorito y hasta creyó escuchar la voz de Rodri el día que le explicaba el funcionamiento. «Me gustaría que os dejaseis notas breves entre clientes, citas, emociones, un simple “te eché de menos”, un “¿cuándo volverás?”... Ya sabes, Nadia, esas cosas que solemos callar. Yo tengo una colección de ellas y ya nunca las podré decir a quien debí hacerlo.»

«Cosas que nunca diré a quien debí hacerlo», era justo lo que ella esperaba encontrar entre esas páginas apergaminadas. Se lanzó a repasarlas y de inmediato entendió que solo tenía acceso a las notas que iban destinadas a ella.

De entre todos los mensajes solo había uno que no recordaba haber leído. No era un escrito extenso, pero sí contundente. Arturo le revelaba que no había querido a nadie como a ella, y aunque aquellas palabras en otro momento le hubieran llegado a irritar, desde la muerte le suponían todo lo contrario.

Las lágrimas que cubrían su mirada no inquietaron a ninguno de los presentes, que poco a poco fueron abandonando la taberna. La tristeza no estaba bien vista en el más allá. Nadia se desmoronó ante el impacto que le había causado esa información. Se secó las lágrimas y al momento se acordó del forense y del inspector. Ellos no le habían dejado ningún mensaje y no estaba muy segura de cómo debía interpretarlo. Continuaba sin saber si también habían fallecido en el accidente o si estarían compartiendo una cerveza con Rodri mientras brindaban por ella.

Cerró los ojos y recordó el Rolls-Royce de los gin-tonic. «Tónica Fentimans y ginebra Martin Miller’s Westbourne.» Conservaba las palabras de Oliver en la memoria con tanta nitidez como el sabor de aquel inolvidable mejunje. Al constatar que era la única muerta que habitaba la taberna, se sirvió la bebida evocada y brindó por todos ellos y por el libro, portador de verdades, algunas crudas, otras inclasificables. Agarró una de las botellas y la vació sobre la pica, luego arrancó una de las hojas apergaminadas del libro y escribió unas palabras. Al terminar, dobló el papel con delicadeza

y lo introdujo en la botella. No supo cómo sortear el brote de esperanza que acababa de asomar por su mirada.

Las distancias en el más allá estaban distorsionadas. Tres calles separaban la taberna de Rodri de Cadaqués. El mar seguía crispado, soplaba tramontana y eso todavía aumentaba más la sensación de frío. Nadia lanzó la botella a ese mar huidizo y enrabiado y buscó la calidez que dispensaba el casco de madera de una pequeña embarcación anclada en la arena. Se quedó prendada al ver cómo el frasco se iba alejando a una velocidad irreal, desmesurada.

—Sabía que estarías aquí —dijo Eva sin dejar de mirar el oleaje.

A Nadia le importunó su presencia.

—No esperes interacción alguna entre vivos y muertos, Nadia.

La enfermera tomó asiento junto a su nueva amiga.

—¿Por qué estás tan segura?

—Sé lo que me digo. Perder energía es debilitarse, y debilitarse es desaparecer. Y si desaparecemos después de morir, ¿con qué nos encontraremos? ¿Con el olvido definitivo? ¿La nada? Lo has podido ver con tus propios ojos en La Casa del Alma. No te aferres a nada que esté por llegar.

Las palabras de la enfermera calaron hondo en Nadia. Anclada en aquellas preguntas, se planteó si el ser humano es capaz de vivir o *sobremorir* sin miedo.

—Eva, ¿te puedo preguntar una cosa?

La enfermera asintió.

—¿Por qué tiene tu memoria emotiva grabada esta playa?

Eva tensó los labios, se acarició la nuca con una mano y suspiró.

—Compartí en ella buenos momentos con una persona.

Nadia cerró los ojos durante un instante, tratando de aliviar el escozor de la respuesta.

—¿Me dijiste que cuando te asesinaron estabas embarazada, o forma parte de mi imaginación?

La enfermera llevaba tiempo preguntándose qué hallaría en los ojos de Nadia cuando supiera lo sucedido, cómo gestionaría ese inesperado revés capaz de provocar que un muerto terminara desapareciendo. En ese instante, mientras el pueblo de Cadaqués servía como el preámbulo de las confesiones enmudecidas, supo que su mirada tendría el color oscuro de la miel compacta. Dulce y perturbadora.

Capítulo 38

Un lunes de verano

«Está claro que la globalización no ha alcanzado el más allá», dedujo Oliver al escuchar a través de la ventana el murmullo de la gente del barrio de toda la vida. Sin merengue ni reguetón, ni los gritos del chino del segundo tercera a su mujer por no haber cobrado la bolsa de plástico al vecino de enfrente. Los inmigrantes jamás olvidan su origen y el hecho de que la muerte estuviera diseñada por la memoria emotiva reducía de manera considerable el maquillaje social de un barrio que, lejos de haber engordado su cultura, había terminado disolviendo su esencia.

Decidido a combatir el calor sofocante que azotaba la ciudad, se ajustó como pudo en el balcón donde a penas encajaban un par de taburetes. Se alegró, como el niño que fue, al descubrir en el balcón de enfrente al Trajes, un vecino que lo vio crecer y que había fallecido al cumplir los ochenta. Impecablemente ataviado, a pesar del bochorno, se pavoneaba en una versión de sí mismo que rondaría los veinticinco años.

—¡Estás de cine, Trajes!

—¡Hombre! El pequeño Edo... —El Trajes se apoyaba sobre la barandilla del balcón con esa chulería innata que siempre lo había acompañado, sin perder comba de toda hembra que cruzara la calle.

—Ahora soy mayor que tú.

—Ya ves, nene, lo que son las cosas. Toda la vida cuidándome para luego diñarla y estar mejor que nunca. Oye, pero lo tuyo es una putada, ¿no? Yo al menos apuré un poco más. Nunca imaginé que los *entierramuertos* tuvierais tan mala vida.

—Forense, Trajes, forense.

—Bueno, lo que sea, ya sabía yo que tenía que ver con algo de los fiambres.

—De hecho, fui yo quien te hizo la autopsia, y no veas la nostalgia que me entró. Piensa que eras toda una institución en el barrio.

—¿Tú me abriste el tarro? —Oliver asintió—. ¡Quita, quita! Mira eso, nene, mira eso. ¡Guapa! ¿Quieres tomarte un descanso? ¡Tengo coca-colas!

El forense puso su atención allí donde la tenía clavada el Trajes. Una morena imponente parecía tener prisa por escalar la calle empinada y eso todavía acentuaba más el movimiento de sus voluptuosidades.

—¡No veas, nene! Ahora en el barrio se está en la gloria y no con tanta mandanga sobre la pluralidad y lo multicultural —continuó el Trajes, sin perder de vista a la morena.

—El sueño de Europa nos mató —murmuró el forense.

—Nuestros políticos, nene, esa raza capaz de vender a su madre por una paga vitalicia, imagínate qué no harán con sus calles y *els veïns*. A la gente currante como nosotros nos han dado por todas partes.

—Pero si tú nunca has trabajado, Trajes, que te jubilaron del puerto a los treinta años por una hernia que nunca te impidió que fueras a bailar los jueves al Trauma.

—Eso es otro tema que no viene al caso ahora. Que sí, nene, una Barcelona *oberta al món, una ciutat en creixement, cosmopolita*... ¡A tomar *pol* culo! Mira cómo en el barrio de la Bonanova no hay *mohameds* vendiendo grifa ni egipcios planeando el próximo atentado.

Oliver asintió convencido.

—En eso te tengo que dar la razón.

—En fin, calla, nene, calla y mira esto. ¡Guapísima! Sube, nena, que el Trajes tiene de todo.

El forense tuvo que asomar medio cuerpo para poder ver a la mujer. Durante unas décimas de segundo la perspectiva de su escote le obnubiló todo pensamiento, pero eso todavía le hizo sentirse mejor al descubrir de quién se trataba.

—¡Aquí arriba, Silvia! —le indicó Oliver de un grito, saludándola con la mano. La italiana lo miró sin articular palabra. Empujó la puerta del portal y se perdió en la penumbra de esa escalera estrecha que nunca antes había pisado.

—¡Joder con el pequeño Edo! Pero si acabas de aterrizar —lamentó el Trajes al tiempo que se acomodaba la camisa en el interior del pantalón. Suspiró con la impaciencia propia de la sangre joven y decidió que sería mejor asaltar a sus víctimas a pie de calle.

El forense había fantaseado con esa visita desde el día en que la italiana le envió la fotografía. Abrió la puerta y sintió pánico ante la posibilidad de que un sueño se convirtiera en realidad.

—Pero ¿cómo me has encontrado? —balbuceó.

El semblante de Silvia parecía encriptado. Nada en ella denotaba emoción. Cruzó con un dedo los labios, indicándole al forense que cerrara el pico. Se desabrochó los primeros botones de la blusa y con un solo gesto dejó caer una

falda estampada sobre el piso. Oliver, mudo y atónito ante ese cuerpo que veía desnudo y en movimiento por primera vez, tanto en la vida, como en la muerte, apenas respiraba. Se mantuvieron la mirada, inmóviles uno frente al otro.

El rumor de la calle descendió, como si todo el vecindario hubiera acatado la indicación de la italiana. Los muebles viejos y silenciosos empezaron a crujir, el pulso acelerado del forense se manifestó a la altura de la yugular, y las manos, húmedas y ansiosas, no veían el momento de acariciar aquellos pechos erguidos. La italiana retomó la iniciativa y mostró habilidad para deshacerse también de la ropa ajena. Empujó al forense hasta una silla con los pantalones bajados y el miembro en su máximo apogeo. Se apartó las bragas de encaje negro que le cubrían la vulva y se sentó a horcajadas sobre el forense. Hicieron cuentas rápidas de los besos que se debían. Las caricias imaginadas dieron paso a otras más feroces, mucho menos delicadas. El forense estrujaba los pechos de la italiana con furor. Las lenguas pugnaban por determinar quién llevaba la voz cantante y, cuando todo estaba como tenía que estar, Oliver la embistió con violencia, como si aquella fuera la última vez. Si una cosa había aprendido de la vida era su fugacidad, y en eso la muerte no parecía ser muy distinta.

Capítulo 39

Miércoles 25 de agosto

En muchos de los casos que había investigado, la pieza encargada de hilvanar la maraña de datos inconexos la obtuvo regresando al lugar de los hechos. Y esa irrefutable conjetura fue la que llevó a Coque a visitar el piso de Oliver. Si en la vida sentirse solo le escocía, en la muerte le atormentaba. La simple idea de volver a ver al forense actuaba como auténtica medicina paliativa a esa debilidad incurable que ya padecía.

Un riachuelo negruzco descendía por la calle Margarit arrastrando consigo las hojas secas de una morera y los sueños desvanecidos de quien creía en el *descanse en paz*. Tuvo la sensación de que la lluvia en ese barrio era más insolente que en otros, y de no ser por que le habían explicado que era la memoria emotiva la que diseñaba su muerte, habría pensado que aquella no era la lluvia con la que tantas veces había soñado. La suya era más dócil, discreta, persistente y, sobre todo, nítida.

En cuanto cruzó el portal, una presencia le sobresaltó. Sentado en el borde del segundo escalón, se topó con un adolescente de pelo largo y dorado, imberbe, con un aire de generación extraviada. En un principio trató de sortearlo y seguir su camino, pero el rubio, sin dejar de mirar hacia ese horizonte que solo él veía, se deslizó por el escalón hasta impedirle el paso.

—¿Me vas a dejar pasar o tendré que apartarte? —ladró Coque.

El joven rubio extrajo del bolsillo de la cazadora un papel pergamino. Empezó a desdoblarlo bajo la mirada atenta del inspector. Los mandalas que constituían la portada del libro de Rodri aparecieron ante él de manera inesperada. El joven le entregó el dibujo esquivando la mirada, balanceándose en una suerte de agitaciones repetitivas, y sobre todo, alarmantes. Coque tomó asiento a su lado. En el más allá, el tiempo no era medible, pero el inspector supo que estuvieron juntos y en silencio durante un buen rato. Aquel joven adolecía de alguna enfermedad o problema mental. Sus ojos entregados a un mundo interior era la prueba más palpable.

—¿Quién te envía? —preguntó el inspector de manera infructuosa.

Coque regresó al papel pergamino y un escalofrío le recorrió el cuerpo en cuanto lo leyó.

«Espérame en casa, Avenger.»

—¿Te envía Oliver, chaval?

Coque lo agarró por la mandíbula hasta encararla con la suya.

—¿Te envía Delas?! —gritó.

El rubio se levantó de un saltó tras zafarse de las manos del inspector. Giró sobre sí mismo a tal velocidad que Coque tuvo que abalanzarse sobre él haciendo uso de la poca fuerza que le quedaba. Fueron varias las sacudidas que tuvo que aplacar. El rubio cesó en seco los movimientos arrítmicos y al cabo dejó caer la cabeza sobre el pecho del inspector. El resto del cuerpo adoptó la posición militar de firmes. Coque se vio sorprendido por esa reacción, pero dejó que aquel gesto se prolongara. Había llovido mucho desde la última vez que la cabeza de alguno de sus hijos reposaba sobre él. Sopesó por un instante el hecho de que Martín hubiera adoptado en la muerte otro físico, pero pronto declinó esa teoría absurda, habida cuenta de que la memoria emotiva siempre miraba hacia atrás. Y Martín jamás cumplió quince años.

Coque no pudo extraerle ni una sola palabra y se sorprendió con el papel de pergamino entre los dedos. El joven había desaparecido sin que pudiera seguirle el rastro. Acudieron a la cabeza todo tipo de pensamientos relativos a la muerte y a sus normas. «Oliver ha logrado enviarme un mensaje desde algún lugar del más allá.» De pronto, se sintió como el preso que descubre un pequeño respiradero en la celda. Confuso y a la vez esperanzado.

Al adentrarse en el piso, por segunda vez desde que había muerto, habría jurado que olía a mujer, pero acusó a sus deseos de fabricar fantasías absurdas. Cuando alcanzó el dormitorio, el estricto blanco y negro le volvió a sorprender. Tomó la fotografía en la que Martín le cogía de la mano y salió apresurado de la estancia, confiando en no haberse convertido de nuevo en un acromatópsico. Respiró hondo en el balcón, extrajo la fotografía del marco y esperó a que la fatiga se apaciguara. Con la instantánea en el bolsillo, alzó el mentón y dejó que la lluvia le desmaquillara todas las capas de dolor que había acumulado. La muerte transcurría en un eterno viernes lluvioso. Miró hacia abajo y confirmó que el reguero de agua sucia continuaba descendiendo a lo largo de la calle. Supo entonces que también los anhelos e ilusiones se perdían en él.

Capítulo 40

Un jueves de invierno

—Fuimos amantes durante año y medio —reveló Eva sin parpadear, con la mirada zurcida a un mar encolerizado.

Nadia se llevó la mano al cuello, inspiró todo el aire que pudo y cerró los ojos. Se incorporó altiva, sin ayuda de las manos, dejando en la arena evidencias de su pisada. Soplaban una tramontana rigurosa, capaz de doblegar árboles, esculpir rocas y moldear a su antojo el paisaje y las emociones. «Nada que ver con la tramontana definida por el poeta Josep Pla», pensó como evasión la cardiocirujana, «ese aire tónico y positivo que te hace caminar derecho, te abre el apetito y te remonta la vida». Su memoria emotiva había almacenado una playa indomable, una suerte de reivindicación de la madre naturaleza empeñada en convertir los problemas humanos en minucias.

—Eso es mucho tiempo —dijo al cabo la cardiocirujana, con la lengua adormilada—. Demasiado para ser solo amantes.

Eva había perdido la frescura de anteriores encuentros. Parecía agotada, con una patina de angustia en la mirada.

—¿Arturo era el padre? —balbuceó Nadia.

La enfermera le respondió con un prolongado asentimiento.

Nadia le dio la espalda al mar y clavó su atención sobre uno de los pórticos que Salvador Dalí había plasmado en sus obras. «La luz de Cadaqués es distinta a todas», pensó con melancolía. Rememoró los días en los que la policía rastreó el hospital en busca del asesino de Eva. Y ese recuerdo le provocó una repentina sensación de frío que no pudo controlar. Se volvió y preguntó con la voz trémula:

—¿Te mató él?

—¿Arturo? No, Nadia, claro que no. Siéntate por favor —indicó la enfermera con gesto cansado, palmeando la arena.

La cardiocirujana accedió con desgana. La muerte empezaba a convertirse en una especie de camerino decadente donde se desmaquillaba el verdadero rostro de los vivos.

—Al principio fue pura atracción animal. Sexo sin complicaciones — confesó la enfermera—. Con el paso del tiempo ya sabes cómo somos las mujeres. Me dolía cada vez que te nombraba y me consumía la idea de que yo fuera la otra. Fue en un puente, no sé si el del Pilar o el de la Constitución. Me dijo que os ibais a Berlín y eso me hundió. Al día siguiente dejé de tomar mis pastillas como si así pudiera desafiar al destino. Una parte de mí se moría de ganas por ser madre. Fantaseaba con un adosado en Sitges donde mi pequeño Arturito y yo fuéramos observados con ojitos de tonto por su padre. —Nadia hizo un gesto de fingida serenidad—. Una semana antes de morir supe que estaba embarazada. ¡Qué cosas! Aún ahora no me deja de sorprender la fugacidad de la vida. Dijeran lo que dijeran de mí, desde el momento en que dejé de tomarme los anticonceptivos solo me acostaba con Arturo y con quien era entonces mi pareja. —Nadia frunció el ceño—. Sé que el niño era de Arturo, en esas cosas las mujeres no nos equivocamos.

—O eso queremos creer.

La enfermera estimó oportuno que no era el momento para entrar en batallas dialécticas.

—Ese mismo día le comuniqué que íbamos a tener un bebé. ¿Y sabes una cosa? Nunca nadie me ha mirado con tanta frialdad.

Nadia recordaba aquella semana al detalle. La repentina urgencia de Arturo por zanjar la relación, las docenas de preguntas que él jamás le respondió. Y los silencios a medianoche, que acaban delatándose discretamente con un suspiro ahogado e inconfundible.

—¿Qué te dijo?

—¿Que qué me dijo? —exclamó resentida la enfermera—. Nada. Me escuchó, mantuvo la suficiente distancia para no tener que darme ni un abrazo, ni una caricia, y después se marchó. Al cabo de unos días me envió un mensaje y nos citamos en la cafetería del hospital. Me prometió que te dejaría y que se haría cargo de todo. «¿Todo?», le pregunté. «Sí, sí...» Que él no había venido a este mundo a tener hijos, me soltó el muy cabrón.

Nadia meneó la cabeza, vencida, y estaba a punto de abandonar la playa cuando Eva le espetó:

—¿Tanto me odias?

—Por eso te estás debilitando —dedujo Nadia—. Me mientes y lo sabes. Como me mentiste cuando me dijiste que la esperanza era lo que nos debilita. ¿A qué esperanza te referías?

Eva se tomó su tiempo para replicar.

—A la de que Arturo comparta con nosotras su muerte.

Fue pronunciar esas palabras y la enfermera se vino abajo. La tramontana no

pensaba remitir, sacudía las ropas que llevaban, los recuerdos que habían tapiado y las palabras calladas que con el tiempo terminan pudriéndose.

—De no ser por el embarazo tú siempre habrías sido la otra —pronunció Nadia con encono.

A media milla de la costa unas gaviotas graznaban a la vera de una pequeña embarcación que necesitaba ponerse al paio ante el temporal que se avecinaba. El sonido áspero y discordante de las aves hizo que la enfermera despertara de su letargo.

—No eres buena, Nadia.

—No soy mala.

La enfermera invitó con un gesto a que Nadia la siguiera en ese paseo improvisado que bordeaba la costa.

—Después de mi último encuentro con Arturo fui a ver a mi otro amante. Estaba atareado con sus cosas, me ignoraba. De modo que le pedí que me acompañara hasta la azotea, nuestro refugio. ¿Has echado alguna vez un polvo con Barcelona a tus pies? —Nadia suspiró tensando todos los músculos faciales—. Te sientes una diosa. —Eva comprendió que a la cardiocirujana no le interesaba nada aquel fragmento de la historia—. No sé qué parte de mi expresión leyó, pero lo supo —continuó la enfermera—. Sabía que todo había terminado. Debería haberme dado cuenta. No era el chico divertido de siempre, apenas sonreía y, cuando subíamos por la escalera de emergencias, su respiración se fue acelerando. Al llegar a la azotea no me anduve con remilgos. Le dije que quería a otro y que lo nuestro estaba condenado desde un principio. Pero él no era Arturo. Hablaba y hablaba sin parar. Buscaba argumentos absurdos para tratar de convencerme de que estábamos hechos el uno para el otro. Me abrazó, me besó e incluso intentó que volviéramos a pasarlo bien. No tuve opción, me sentí acorralada por aquellos brazos más agresivos de lo normal y esa boca desesperada. Fue entonces cuando le solté que estaba embarazada y retrocedió como si le hubiese dado un guantazo. No tuve tiempo a reaccionar. Todo fue tan rápido... En sus ojos solo había sangre. Extrajo de su impoluta bata blanca un escalpelo y todo él cayó sobre mí. El primer navajazo me dolió. Fue directo a la yugular y evitó que pudiera pronunciar palabra alguna. Desde el suelo siguió apuñalándome como un poseso. Sentí que me vaciaban. —La enfermera se detuvo ante la bella estampa que dejaba atrás, un pueblo blanco de pescadores ajeno a la crueldad, detenido en un tiempo inmortal—. Perdí todas las fuerzas y el sentido cuando él se levantó y enloqueció dándome patadas en el vientre. Ya ves qué cosas, las últimas palabras con las que me despidieron de la vida fueron: «Muérete, guarra, con tu bastardo». ¿Crees que alguien merece acabar así?

A Nadia le llevó un tiempo digerir lo escuchado. Abrazó a la enfermera y así

estuvieron un número indeterminado de impactos de olas contra las rocas que delimitaban el área peatonal. El cielo había oscurecido un par de tonos y la silueta fundida de las dos mujeres emulaba a un faro abandonado en un mar de tristeza.

—¿Arturo sabía que había otro? —quiso saber Nadia.

La enfermera negó.

—Nadie lo sabía, éramos compañeros sexuales. Frecuentábamos locales de intercambio de pareja y compartíamos la complicidad que nace de esas experiencias, nada más. O al menos eso creía yo.

Nadia se quedó callada, tratando de recopilar todos esos datos, intentando imaginar esos lugares que nunca había visitado.

—¿Quién era, Eva?

—Saberlo no te va a aportar nada. En la muerte los chismorreos terminan pasándote factura.

Por la cabeza de Nadia transcurrían imágenes del personal masculino del hospital. Su vida social para aquel entonces era limitada, no conocía ni a la mitad de la plantilla. Cualquiera joven podía haber sido el asesino de Eva Negre.

—No recuerdo que se dijera nada de tu embarazo —afinó la cardiocirujana—. Supongo que en la autopsia debería haberse hecho constar las modificaciones uterinas propias de una embarazada.

—Como comprenderás, no sé nada de eso.

—Ese dato podría llevar a la policía a pensar que el padre de la criatura fuera el culpable —continuó Nadia, pensando en voz alta—. Por eso Arturo fue a declarar dos veces ante la policía. Ahora entiendo por qué le afectó tanto tu muerte.

Eva no quería entrar en ese terreno.

—¿Qué ganas con todo esto? —preguntó Nadia, con afán—. ¿Por qué me has buscado?

—Eres la única que podía corroborar si Arturo me ha querido alguna vez.

—Yo ya no puedo corroborar nada acerca de Arturo. No sé quién es.

—Siempre he sido la otra. Cuando estaba viva dolía más, aquí el sufrimiento está matizado —concluyó la enfermera sin mucha convicción—. No te busqué para pedirte perdón porque Arturo no fue un capricho. Necesitaba saber quién eras.

—No creo que sea una buena idea mantener en la muerte una obsesión de la vida.

Eva no se atrevió a replicar.

—¿Cómo lo has hecho durante este tiempo para que no te consuma todo lo que te hicieron?

—Tengo dos opciones —contestó la enfermera—: morir en el pasado y desaparecer con él, o morir en el futuro y fantasear que se hará realidad.

—Todavía me cuesta sustituir el verbo morir por vivir.

—Lo sé.

—*Sobremorir* pensando en el futuro también es desaparecer, Eva, tú misma me lo enseñaste.

La enfermera parecía recobrar por un instante el brillo de su piel y esa inherente alegría que la estaba abandonando poco a poco.

—Aprendes rápido, doctora. —Nadia forzó una sonrisa—. Tienes razón, la única medicina en el más allá es morir en el presente.

—Me parece una buena prescripción.

Las dos mujeres continuaron paseando sin decirse nada. Todo estaba dicho y casi todo perdonado. En la muerte el rencor podía resultar letal y Nadia ya se había transformado en una *supermoriente*.

Capítulo 41

Miércoles 25 de agosto

«Los adoquines de Barcelona huelen a nostalgia cuando llueve», pensó Coque camino de Jefatura. No sabía muy bien cómo localizar al Tronco ni los tejemanejes que aquel chivato ido a menos utilizaba para encontrarlo a él siempre que se le antojaba. Tenía la absoluta seguridad de que terminaría buscándolo de nuevo y, a pesar de ello, un repentino miedo parecía ganar consistencia: ¿y si aquel impresentable desaparecía en cualquier momento? Durante el último encuentro pudo evidenciar el pésimo estado en el que se encontraba. Ambos eran la viva imagen de la muerte, si es que esa expresión se podía utilizar en esa nueva realidad.

El tiempo que no se podía medir resultaba mucho peor que el medido. En la muerte, este transcurría agazapado, sigiloso e innombrable. «Pero si no es el tiempo, ¿cómo denominar a todos los acontecimientos que suceden en un periodo?» Se enfadó embebido en aquel absurdo soliloquio. Hastiado de hacerse preguntas sin obtener respuestas, decidió que no tenía ningún sentido continuar *sobremuriendo*. Sobre todo si eso significaba no estar con Martín ni saber qué le había sucedido a Palma. Justo cuando estaba decidido a invertir la poca energía que le quedaba en encontrar al Tronco, se topó de cara en la puerta lateral de Jefatura con el más bajito de los hermanos Dalton, el imitador barato del comisario Paco Palomares.

—Esto sí que es noticia.

—La Jefatura es de todos —indicó Coque a la defensiva.

—Relájate, inspector, me refería al hecho de volver a verte. Nunca antes había visto a un *blanco y negro* en dos ocasiones. Aunque una cosa te digo —escrutó a Coque de arriba abajo—: no habrá una tercera.

—¿Estás seguro de que Paco Palomares y tú no sois familia?

—Ya te comenté que no me hablaba con ese chupatintas. ¿Por qué lo nombras tanto?

—Era mi comisario.

—¡La madre que me parió! ¡Lo sabía! En este cuerpo todos los *Pitagorines*

terminan dirigiendo el cotarro.

—Tengo entendido que era un lince en la calle —mintió Coque.

—¡Pero si ese *matao* no habrá detenido a nadie en su vida! —Para Coque conocer esa faceta de Palomares no tenía precio—. Un lince, dice... Deja que te cuente una historia: una noche nos trajimos a la Prudens a Jefatura. Era una mujer de la vida que solía moverse por la calle Escudellers, y la verdad, de vez en cuando algún compañero necesitado se la trajinaba a cambio de quitarle de en medio a su nuevo chulo. Recuerdo al chupatintas de Palomares lamiéndole el culo al comisario y, pese a que ya era para aquel entonces todo un señor inspector, hacía las mismas funciones que una secretaria. Cuando entré en el despacho del comisario, le dije: «Jefe, la Prudens nos quiere agradecer lo que hicimos por ella el otro día». El comisario lo pilló al vuelo y nos dijo que la hiciéramos pasar, que él ya iba bien servido y que el Palomares la atendería con mucho gusto. No quieras saber la cara que puso el inspectorcillo Palomares cuando su endiosado comisario abandonó el despacho e hizo pasar a la Prudens. ¿Te imaginas lo que pasó? —Coque negó con un leve cabeceo, sonriendo expectante—. Que el Palomares le metió tal hostia a la Prudens que incluso le arrancó de cuajo tres dientes. Todos sabíamos que la Prudens la chupaba como ninguna, pero también sabíamos que entre las dos patas escondía un cacharro así. —El pequeño de los Dalton indicó toda la prolongación de su antebrazo para que Coque pudiera hacerse una idea—. Parece ser, siempre versión de la Prudens o del Prudencio, como prefieras llamarlo, que mientras le hacía la faena con la boca le dio por meneársela. Si es que quien nace vicioso no tiene remedio. Cuando el Palomares... —A pesar de los años transcurridos, el pequeño de los Dalton no podía dejar de reír—. Si es que parece que lo esté viendo, cojones. Cuando el Palomares vio que la Prudens tenía entre las manos un aparato que doblaba al suyo, le soltó un sopapo que dejó a la pobre en el paro durante varias semanas.

Coque no daba crédito a la historia, de haberla sabido en vida muchas cosas habrían cambiado.

—¿Sabes qué decía la Prudens cuando alguien le preguntaba qué le había ocurrido en los dientes? Que tener la polla más grande que un poli es mal asunto. —Ambos policías soltaron una carcajada—. Por cierto —indicó el pequeño de los Dalton—, en los calabozos hay uno que dice conocerte. Un tal Tronco, ¿lo conoces?

—¿Lo tenéis detenido?

Al instante de hacer esa pregunta se dio cuenta de su estupidez.

—Vamos a ver si te espabilas, inspector. ¿Cómo vamos a tener detenidos en la muerte? Pues yo qué sé por qué está ese allí. Nostalgia de los chorizos. ¡Qué

sé yo! Ya sabes que algunos no pueden estar mucho tiempo sin pasar por aquí. Aunque ese está como tú, no tiene pinta de que vaya a durar mucho. De hecho, le dejamos que venga porque así lo tenemos cerca para cuando desaparezca. Ya sabes, un día de estos descubriremos dónde van los muertos que desaparecen. Bueno, inspector, me tengo que marchar. Que sepas que no ha sido un placer conocerte.

—Lo mismo digo, y gracias por la historia —dijo Coque, estrechándole la mano a ese compañero de los años setenta.

—¿Qué sería de un poli sin sus historias, inspector?

Coque accedió al sótano de Jefatura a través de la angosta escalera que conducía hasta los calabozos. «Si estas paredes hablaran», se dijo acordándose de las madres de quienes impregnaron los barrotes de aquella estancia con el fétido olor que desprende la carne de cañón.

En una de las celdas descansaba el Tronco, tumbado sobre un colchón raído y manchado por una colección de flujos corporales. El jadeo entrecortado que emitía el confidente reflejaba el deplorable estado de salud. Un ataque de tos virulenta le impidió proferir palabra alguna cuando Coque irrumpió en la celda.

—¿Qué cojones haces aquí?

El Tronco se incorporó y trató en vano de expulsar por la garganta lo que le impedía respirar con naturalidad.

—Te lo voy a decir, madero. Las mejores mamadas me las hicieron aquí.

Coque negaba con la cabeza, apoyando la espalda en la pared con los brazos cruzados a la altura de su pecho.

—No eres más que un hijo de puta a punto de desaparecer.

—Una boca es una boca. ¡Qué más da el cuerpo que la acompañe! —Por un momento Coque creyó que el alma de la Prudens se había apoderado de aquel chivato en vías de extinción. El Tronco se puso de pie con excesiva lentitud y esbozó una sonrisa aterradora que dejaba entrever una anárquica dentadura. Se abrió la cremallera e hizo el ademán de exhibir el miembro—. ¿Puedo pedir un último deseo, madero?

—Si lo haces, desapareceremos los dos —advirtió Coque con la mirada entornada, gélida—. Tú decides.

—No me seas gilipollas. Si me pegas, ya sabes lo que ocurre. ¿Cómo me has encontrado?

—Hablas demasiado.

—A eso me he dedicado toda la vida.

—He venido para decirte adónde van los muertos que desaparecen. ¿Te interesa?

El Tronco abandonó su tono jocoso.

—Suelta.

—Primero suelta tú. Ya sabes lo que quiero —le recordó Coque.

—Está bien. Al fin y al cabo, a lo mejor esta va a ser la última información que le doy a un madero. —Se acercó a Coque y encarriló la puerta de la celda—. Vamos a tomar el aire.

—Nos quedamos aquí —ordenó el inspector.

El confidente de Palma claudicó y se dejó caer sobre el colchón destartado, tratando de encontrar una postura cómoda para combatir el frío que lo azotaba desde algún lugar de la memoria. Decidió estirarse medio de lado, tal y como lo habría hecho un emperador romano justo antes de probar el racimo de uva, prólogo de la orgía emocional que se avecinaba.

—Un *blanco y negro* como tú, conocido del barrio, me ha dicho que la mujer del Palmica acaba de aterrizar.

—¿Cómo?

—Siempre me ha jodido eso de vosotros. —Coque tensó la mandíbula, a lo largo de toda su carrera profesional le había irritado las confianzas que se tomaban esa calaña—. Dices una cosa y de repente soltáis, con cara de tipo duro: «¿Cómo?», «¿perdona?». Creo que hablo claro. He dicho que la mujer de Palma está aquí, en nuestra dimensión. Que la ha diñado. Supongo que la cachonda no superaría la muerte del Palmica.

Esas tres últimas palabras Coque las encajó como un *uppercut* en el bazo. Percibió un ligero mareo, pero confió en la fortaleza de sus piernas. Sus ojos se perdieron en las paredes cubiertas de mugre. Trató de hallar en el Tronco un mínimo resquicio de que aquel chivato estaba jugando con él. Sin embargo, conocía bien esa mirada vacía que mostraba aquel despojo humano. Era la de quien ya no siente nada, la de quien ya no precisa de mentir. Esa misma mirada impávida que el propio inspector había visto una mañana tras otra frente al espejo. La celda quedó convertida en una suerte de cuadrilátero donde él era el púgil más castigado. De haber tenido una toalla la habría lanzado contra el suelo y así habría puesto fin a aquel combate en el que ya no podía hacer nada. Todas las esperanzas que había albergado sobre Palma acababan de esfumarse. Coque se asomó hasta la puerta de la celda tratando de tomar el aire que la estancia le negaba. La debilidad volvía a sacudirlo y fijó su atención en la silla solitaria en la que había visto a más de un policía cumplimentar de mala gana el nombre del detenido que ingresaba en los calabozos. De haber hallado a alguno de ellos le habría ordenado que cerrara la celda y dejara pudrirse en ella a aquel mal bicho que acababa de confirmar la muerte de su compañero. De su amigo y confidente. Y es que por un instante Coque olvidó que también él estaba muerto.

—¿Qué más quieres saber, madero? —gritó el Tronco ante el silencio del

inspector.

Para Coque, evitar mostrar la debilidad ante el enemigo era una de las normas que solía cumplir a rajatabla.

—Dices que Palma ha muerto —carraspeó—. Que su mujer ha muerto. Pero nada me dices de su hija. ¿A qué se refería Palma con la nota que te dejó en el libro de la taberna de Rodri? —Tenía que llegar hasta el final, ya tendría tiempo de lamentos. Era la hora de incomodar a aquel hijo de perra—. Callar es mentir, Tronco. Y ya sabes cómo se las gasta la muerte con las mentiras. ¿Por qué quería saber Palma si tenías el CD de la niña en el hostel? La niña a la que se refería, ¿era su hija?

—Ahora es cuando si estuviéramos vivos me darías la hostia. ¿Me equivoco, madero? Justo ahora, *plis-plas*, cara girada, llantos ahogados y un «no me obligues a patearte los huevos».

—Si quieres saber dónde van los muertos que desaparecen responde a la pregunta, tío mierda. ¿La niña era su hija?

—Sí.

—¿Qué contenía el maldito CD?

—Una grabación.

—¿De quién?

—Es una historia larga.

—Pues abrevia, no te queda mucho.

El Tronco se sentó con la espalda apoyada en la pared. Un feroz ataque de tos parecía querer poner fin a su existencia. Coque lo observaba sin inmutarse, sabiendo que nunca antes había sentido tanto desprecio por un ser humano.

—No solo me dediqué a conseguirle nenas al viejo de Camps. Supe achantarme de todo lo que veía, y el silencio está muy bien pagado por esa gente. Me ascendieron, como a vosotros. —Al Tronco le costaba hablar—. Camps me presentó a Daniel, un niño pijo, hijo de un político catalán, de esos que lo respetan por el apellido. La verdad es que era un hijo de puta prepotente que siempre me habló con desprecio. De no ser por Camps, ese niñato nunca me habría dejado participar.

—No te pares.

El Tronco sentía que ya no tenía poder sobre su cuerpo, la debilidad ya había conquistado la totalidad de los miembros. El miedo afloró en la mirada ante la rotundidad con la que Coque le recordó que era él quien ahora manejaba la situación. Al confidente de Palma le pareció irónico que fuera un policía quien jugara al mismo juego en el que él había participado toda la vida.

—No sé si te das cuenta de que estoy haciendo un gran esfuerzo.

—Sigue y déjate de hostias.

El Tronco resopló y continuó:

—El ascenso me supuso acompañar a Daniel a sus citas. Yo no sabía qué era lo que se cocía en esos encuentros. El viejo de Camps me llamaba, me daba una fecha y una hora, y me recordaba que llevara la cámara de vídeo que me había dado días atrás. A la fecha indicada el hijo del político me recogía con la furgoneta de Worldrose y nos íbamos a un bar. Yo me tenía que sentar en una mesa aparte y fingir que no nos conocíamos. El primer día me mosqueó la situación. La cita del hijo del político resultó ser una nena de doce años. Cuando él me hizo el gesto lo seguí hasta el baño. Nos metimos los tres. La nena empezó a llorar y a acordarse de su madre. La muy golfa no se acordaba de su madre cuando chateaba en Internet y se ponía en pelotas, no. Y mientras Daniel se la trajinaba, yo lo filmé todo.

Coque cerró los ojos y comprimió el entrecejo con los dedos, fracasó en el intento de contener un suspiro traqueteante.

—En las primeras películas yo filmaba. Hasta que un día me dio por participar. Qué te voy a contar que no supongas. Me ponen las jovencitas y Camps me dijo que podía hacer lo que quisiera siempre y cuando no se vieran nuestras caras. Esas cintas valían una pasta en el circuito privado donde las movían, y Worldrose se convirtió así en el videoclub clandestino de gente con mucho poder. Y yo era el cámara. ¿A que no te lo esperabas eso? Si en el barrio lo supieran... —A Coque le tiritaba todo el cuerpo, no sabía cuánto más duraría su sacrificio—. Y así fue como entre película y película se coló en una de ellas la hija de Palma. ¿Cómo coño iba yo a saber que era su hija?

—¿Cómo captaba a las niñas Daniel Claramunt?

—En los chats de Internet, creo. Yo no sé mucho de esas cosas. Les pedía que se desnudaran o les enviaran un vídeo metiéndose el dedito y cuando tenía un archivo de esos, entonces ya estaban perdidas. Las amenazaban con verse en un bar o en caso contrario les decía que les enviaría el archivo a sus padres o los colgaría en la red. Esas cosas que se hacen hoy. Y claro, todas caían en la trampa. Una vez en el bar les prometía que si se dejaban hacer aquel vídeo borraría todos los archivos. Pero la hija de Palma fue distinta a todas.

—¿Por qué? —preguntó Coque con un hilo de voz.

—Esa cabrona los tenía bien puestos, ¿sabes? Daniel le pidió que se la mamara y ella, en un principio, accedió sin rechistar. En cuanto se la puso en la boca, la niña de los cojones apretó con toda su fuerza. Le fue de esto —señalaba el Tronco con un dedo la longitud de una falange—, de esto, para que le arrancara el capullo. Menos mal que le solté una hostia y la dejé medio inconsciente. El guapo me debía una polla y ya ves cómo me lo pagó, contratando a chusma para que me dieran matarile en Colliure. En mi próxima

vida, que se dé por jodido.

—No tendrás otra vida.

—¿Cómo?

—Sigue.

El Tronco continuó esforzándose por narrar los hechos que Coque le exigía. Cierto era que una parte de él quería y anhelaba saber qué ocurriría una vez desapareciera. Pero el entusiasmo con el que describía sus hazañas de retrete eran una prueba más de lo mucho que había disfrutado siendo un miserable canalla.

—Nos largamos por patas del garito, pero la nena de los cojones salió tras nosotros y pudo distinguir el rótulo de la furgoneta de Worldrose. Supongo que esa fue la palabra con la que Palma se puso manos a la obra.

Coque dirigió la mirada a un horizonte imaginario tratando de reordenar todos aquellos datos.

—Y fue entonces cuando todo empezó a joderse. Palma acudió a mí como en tantas otras ocasiones. Pero esa vez sí estaba afectado. Supe desde el principio que no se trataba de trabajo. Me dijo que alguien había violado a su niña y que yo tenía que ayudarlo. «Remueve toda la mierda de la calle», me dijo. No me podía creer que tuviera una hija secreta y, cuando me la describió y me contó lo sucedido, se me pusieron por corbata. Porque el Palmica eso sí que lo tenía. Muy *enrollao* y *to* lo que tú quieras, pero si tocabas a uno de los suyos, te pegaba tres tiros y eso no le quitaba el sueño.

—¿Te pidió algo en concreto?

—Sí.

Por primera vez emergió en el rostro del Tronco una mueca de fastidio. Un efímero encogimiento de los labios que no pasó inadvertido para el inspector.

—Palma quería saber quién y qué había detrás de Worldrose. Yo solo tenía dos opciones, callarme y desaparecer, o ayudarlo a averiguar quién había tras ese nombre fingiendo no saber nada. Estaba hecho un lío, era un madero, pero también era un colega del barrio. Se me ocurrió cargar sobre Camps. Le confesé a Palma que en alguna ocasión había intermediado en conseguirle unas putitas jóvenes para el viejo, pero jamás le nombré nada de las menores ni de las grabaciones en los retretes. Lo llevé hasta Paula la colombiana para pegarnos un homenaje. Tenía que fingir que aquella puta podía ser un buen inicio de la investigación. Sabía que la colombiana no se callaría y soltaría el nombre de Camps en cualquier momento. Palma era un artista con las tías y Paula no fue distinta a las demás.

El Tronco se tomó otra pausa. Su entusiasmo en la narración iba decayendo.

—Después todo fue sencillo. Si me cargaba a Camps, a Palma le sería más

complicado trincarme. No tuve otra opción. Hay quien mata por cien gramos de coca y en esa época yo conocía a ese alguien. Con Camps fuera de juego todo era más fácil. Pero ya ves...

Los pulmones del chivato estaban necesitados de aire. Temeroso de no obtener la respuesta más deseada, aceleró el ritmo de la narración.

—Me equivoqué y me olvidé de dos cosas. La primera, que las voces de la calle no se callan. La segunda, que Palma era un perro callejero difícil de engañar. Él siguió investigando y yo tuve que desaparecer del mapa. Allí donde iba me advertían de que me buscaba, pero Barcelona tiene muchos agujeros para alguien como yo. Su modo de hacerme saber que lo sabía todo fue mediante el mensaje que anotó en el libro de la taberna de Rodri.

—¿Qué contenía el CD?

—La violación de la niña.

—Siento unas enormes ganas de matarte —reveló Coque con una mueca de desprecio.

—Tarde, madero.

Coque se restregó la cara con las manos, como si en ello le fuera la vida, y liberó un suspiro preñado de cólera. Todavía no quería desaparecer de la muerte. Ese era el motivo por el que no se lanzaba al cuello de aquel miserable. Escuchar esa historia no le hacía ningún bien, pero necesitaba conocer la verdad.

—Su mujer. ¿Cuándo y cómo conociste a su mujer? —perseveró Coque, apresurado.

—No fue él quien me la presentó. Una vez me citó en comisaría. Tú también estabas, pero me ignoraste, como de costumbre. —El inspector escuchaba con la misma atención con la que lo habría hecho una estatua de hielo—. Fuimos a tomar un carajillo al café italiano que hay debajo de Jefatura y me marché. Ella debió de seguirme y al cabo de cinco minutos decidió encararme. Me dijo que era la exmujer de Palma y la madre de la nena. «Ni que lo jures», le dije. Eran clavadas, dos gotas de agua de distinto tamaño. Me suplicó que ayudara a Palma y te confieso que estuve tentado de pedirle a cambio todo lo que su hija nos negó. Pero Palma tenía muchos cojones y no quería tocárselos más. Una pena que yo no pueda verla aquí en la muerte.

Coque adelantó dos pasos y acertó las distancias entre ambos.

—¿Qué significa que tú no puedes verla? —pregunto extrañado el inspector.

—Si solo la hubiera *palmao*, yo la podría ver e incluso podría intentar alguna cosa. Creo que a esa golfilla le iba la marcha —dijo el Tronco, jugueteando con la lengua al proyectar reiterados movimientos verticales—. Pero va y la cabrona llega hasta aquí por otra vía. Y a los que hacen lo que ella no los podemos ver hasta que pasa un tiempo. De hecho, solo la ha visto el *blanco y negro* de mi

barrio. Los muertos raros como tú veis cosas que los demás no podemos. No me seas gilipollas y aprovéchate de ser un *blanco y negro* para cepillarte a la mujer del Palmica. —El Tronco aminoró el volumen de la voz—. Creo que yo no duraré lo suficiente para poderla ver. No pongas esa cara de *empanao*, inspector. ¡Que aquí estamos todos muertos! ¿Qué haces?

Coque no pudo más.

De no ser porque estaban muertos, el puñetazo de Coque habría terminado con tres dientes del Tronco incrustados en los nudillos de su mano derecha. Fue un gancho de abajo arriba, con toda la rabia que un ser humano puede acumular. De no ser porque estaban muertos, los siguientes golpes habrían sido definitivos. Agarró del pelo al chivato pedófilo y lo lanzó una y otra vez contra los barrotes de la celda. Cuando el Tronco cayó a cuatro patas y sin fuerza en los brazos para poderse sostener, le propinó todas las patadas que pudo a ese estómago gelatinoso que se balanceaba con cada uno de los impactos. Y es que de no ser porque todo acontecía en el más allá, podría haber dicho que una vez mató a otro hombre con sus propias manos y pies. A pesar de la virulencia con la que lo golpeó, el Tronco no presentaba ni el más mínimo rasguño. No opuso resistencia alguna y se dejó llevar con la seguridad que da saber que no vas a morir por segunda vez.

Coque tardó varios golpes en darse cuenta de que todo aquello era inútil. Las normas en la muerte no admitían excepción y quien mostraba su instinto asesino era castigado. Cayó en la cuenta cuando le sobrevino esa suerte de debilidad que le impedía mantenerse en pie. Los dos hombres se desplomaron sobre el suelo mugriento de la celda y clavaron sus miradas en un mismo techo carcomido por la humedad. El Tronco miró al inspector de soslayo y esbozó una sonrisa maldita, punzante para quien la recibe. Coque tenía una sola idea en la cabeza: soportar la sacudida que su cuerpo estaba sufriendo y dirigirse veloz al origen de todas las desgracias. De confirmarse sus más terribles sospechas, volvería por el Tronco. Aunque eso fuera lo último que hiciera en la muerte.

Capítulo 42

Un lunes de verano

El joven rubio de pelo alborotado balanceaba los pies sobre un taburete con la sonrisa enterrada, ajeno al escrutinio de los demás, indiferente a las caricias que Ian le colmaba.

—¿Ya os conocíais? —preguntó el forense.

—Era el hijo de mi pareja —respondió el camarero.

—¿Qué le ocurre?

—Autismo.

—¿En la muerte?

El joven no cesaba en su balanceo.

—Hay enfermedades que traspasan dimensiones porque el enfermo no las siente como tal —explicó Ian—. Pablo nunca tuvo conciencia de ser autista, esa es su única realidad. En su caso la memoria emotiva es una memoria autista, con su mundo y sus peculiaridades. Un cojo en vida no lo será en la muerte. En los casos como el de Pablo el problema reside en la conciencia.

—La muerte tiene una manera demasiado caprichosa de ver las cosas —observó el forense, decaído—. Me he encontrado a Pablo en la tienda de una amiga francesa.

Ian sonrió, le revolvió el pelo al rubio y se acercó hasta el extremo de la barra en donde había tomado posición el forense.

—¿Sabes si tu amiga tenía algún hijo?

El forense no llegó a conocer a aquel niño que en su momento no fue para él más que un estorbo durante la estancia en la capital francesa.

—No lo sé —mintió.

—¿Era una frutería o verdulería? —siguió preguntando el camarero grandullón.

—Una frutería de París donde solo se venden manzanas. ¿Cómo lo has sabido?

—Pablo tiene fijación por el verde, de hecho solo come productos que contengan ese color. Te voy a enumerar las cosas que a Pablo no le gustan: no

soporta los abrazos, pero sí las caricias, sobre todo que le toquen el pelo. No te esfuerces en hacerle muecas, es incapaz de interpretar expresiones faciales. Los médicos también nos dijeron que no entendía ni los sentimientos ni los estados emocionales de los demás, pero sobre eso yo discrepo. A veces, cuando estoy triste se me acerca y no se va hasta que vuelvo a sonreír, o hasta que escuche que mi tono de voz es alegre. Tampoco esperes grandes explicaciones, lo suyo son las respuestas breves. Y mil cosas más que poco a poco descubrirás. Pablo es un mundo dentro del nuestro, y los mundos hay que respetarlos.

—Me gustan las personas que ven las cosas de manera diferente. Dime una cosa, Ian, ¿cómo puede estar en un lugar en el que no estuvo en vida y nadie le ha enseñado o llevado hasta allí?

Ian se encogió de hombros.

—No sé cómo lo hace, Oliver, pero creo que es capaz de ir a otro día e incluso a otra estación del más allá. A veces —Ian se acercó por encima de la barra hasta el oído de su interlocutor, no quería que le escucharan un par de clientes que parecían interesados en la conversación—, me trae dibujos con mensajes extraños, como si lo utilizaran de mensajero.

—¿Eso te molesta? —preguntó Oliver, temeroso.

—No. Pero no sé qué hacer con esa información tan íntima.

—Yo mismo escribí un mensaje sobre un dibujo que Pablo me enseñó —reveló el forense—. No me digas por qué. Todavía ahora no puedo decirte qué fue lo que me hizo pensar que Pablo pudiera entregar aquel mensaje destinado a un amigo. —Ian comprimió los labios, alzó los hombros y suspiró profundamente—. Dibuja muy bien, por cierto —añadió Oliver.

—Solo dibuja mandalas. Desde bien pequeño se lo recomendó el psicólogo a su padre.

El forense cazó al vuelo, como si de un *haiku* se tratara, ese instante fugaz en el que Ian se sorprendió a sí mismo al pronunciar «a su padre». Tras parpadearle en exceso la mirada, necesitó corroborar que Pablo seguía allí, que todo estaba bien.

—Parece ser que les ayuda —continuó Ian—. Es una herramienta útil para quienes no reconocen las emociones. Te voy a dar un dato con el que no quiero que especules, solo escúchame. —El forense asintió—. Viví un tiempo en la India y allí los mandalas tienen gran importancia. De hecho, aprendí a meditar dibujando mandalas. Cuando trazas uno es como si empezaras un viaje a la esencia de tu ser, te abre puertas desconocidas y hace que brote esa parte de ti que jamás expones.

—Suena a algo mágico.

—Lo es, Oliver. A mí me ayudó a desarrollar la paciencia, a despertar los

sentidos y a escuchar la voz de mi intuición.

—¿Quieres saber qué me está diciendo mi intuición ahora mismo? — preguntó el forense, mordaz.

—Tal vez estás en lo cierto, pero no vamos a hablar de eso ahora.

Oliver hizo oídos sordos a la advertencia del camarero.

—Pablo dibujó los mismos mandalas que contenía la portada del libro de Rodri, ese que está allí y tú no puedes ver —señaló el forense hacia la barra—. Y contenía el mismo mensaje, «Teteyo Papa», que yo pude leer cuando estaba vivo. Y si tú no lo puedes ver, ¿cómo es posible que él lo haga? ¿Quién de los dos murió primero, Ian?

—Nos llevamos unos minutos —contestó el camarero, incómodo.

—Entonces, Pablo no puede ver este libro, pero sí puede dibujar la portada de manera idéntica.

Pablo dejó de balancearse y se arrellanó en el sofá oriental que decoraba la taberna. Ian se acercó hasta él y le volvió a acariciar la desordenada cabellera.

—Ya hablaremos, Oliver.

Oliver se apeó avergonzado del taburete, se acercó hasta los dos hombres y levantó una mano a modo de disculpa.

—Lo siento, Ian. Supongo que echo mucho de menos a viejos amigos.

Oliver cruzó la puerta de la calle sin despedirse y decidió que lo suyo no era la investigación. Había invertido muchas horas en el *World of Warcraft*, desafiando a sus diseñadores y a las normas que ellos establecían. Conocía a la perfección cuáles eran los atajos que uno podía utilizar para llegar allí donde nadie podía. Y gracias a eso sabía que Pablo el autista era alguien especial.

Perdido en aquellos pensamientos cruzó parte del Eixample sin darse cuenta. Poco antes de llegar a la altura del Paral·lel, dedujo que Pablo era capaz de atravesar dimensiones en el más allá. No atinaba a saber cómo lo lograba, pero lo acontecido en la tienda de Sophie reforzaba su teoría. Incluso el propio Ian daba por hecho la existencia de esa especie de don. El forense *sobremoría* en un eterno lunes de verano, y si había un dato que empezaba a considerar irrefutable era que ni Nadia ni Coque habitaban aquella dimensión.

Decidió ponerse manos a la obra y tratar de hallar la manera con la que poder contactar con ellos. El rubio de pelo alborotado era el «parche» con el que poder saltarse las normas. Era solo una cuestión de tiempo.

Pero el tiempo en la muerte no existía.

Capítulo 43

Miércoles 25 de agosto

A pesar de haberle propinado una soberana paliza, no tenía ni un rasguño en los nudillos. El contacto con la lluvia lo ayudó a recuperar paulatinamente las fuerzas. Tenía las articulaciones descoyuntadas, la mente aturdida y una ansiedad creciente ante la inmediatez de lo que se le venía encima. Si algo temía Coque era sus pensamientos. Durante los años que ejerció como responsable del grupo de Desaparecidos llegó a desarrollar un sexto sentido. Nunca erraba cuando concluía que la persona desaparecida estaba criando malvas. No se trataba de una habilidad esotérica, solo debía escuchar a la experiencia. Y no solo la policial —consistente en captar los detalles invisibles que un atestado de desaparecidos contenía, o en las minuciosas declaraciones de los familiares de la víctima, obstinados en hablar más de ellos que del propio desaparecido—, sino la de un hombre condenado a temer por la vida de su mujer. Pisar el suelo que había pisado el desaparecido, respirar el mismo aire que lo llevó a tomar una decisión definitiva y, sobre todo, contemplar los ojos afligidos que observaron a la víctima durante años. Eran estas las cosas que disparaban la ansiedad del inspector hasta llegar a la certeza de que no se trataba de una desaparición. «Los suicidios nadie los investiga», hubiera querido decirle a esos familiares, «los suicidios se entierran antes que a sus víctimas». Pero en todos esos casos, Coque siempre se mantuvo callado.

La misma vieja ansiedad volvía a asomar por la boca del estómago. Conocía todo al detalle. La longitud del pasillo del piso que iba a visitar y el aire apelmazado que una mañana soleada terminó echándolo de allí. Cruzó el portal del edificio y no quiso probar suerte con el ascensor. Ya era demasiado rara la muerte como para que uno se la jugara quedándose atrapado eternamente en esa caja metálica.

Incontables fueron las veces en las que regresó del trabajo efectuando ese mismo recorrido y suplicó a un ente superior que Marga continuara respirando. Incontables las elucubraciones sobre cómo se la encontraría. Eran días en los que Marga dejaba a la vieja, la mayor parte del tiempo, al cuidado de María. En esa

casa se extirparon de cuajo las risas de los niños y los sueños de los adultos. Nadie ha nacido para superar la muerte de un hijo. Como tampoco nadie sabe, hasta que ya es demasiado tarde para ello, que el nacimiento de un hijo conlleva una condena llamada vulnerabilidad. Es entonces cuando nos transformamos en seres hipocondríacos y asustadizos, siempre pendientes de una llamada tal vez fatal.

Por aquel entonces, Coque solía llevar a cabo una inspección ordenada. Primero, constatar que el bolso y el móvil de Marga estuvieran sobre la mesa del comedor. No hallarlo lo tranquilizaba, indicaba que ella había salido. Segundo, retirar las cortinas del baño y descubrir que el blanco era el único color que reinaba en la bañera. Tercero, zarandear el pomo de la puerta del balcón y asegurarse de que permanecía cerrado. En cuarto lugar, inspeccionaba todas las habitaciones. Y de todas ellas había una prohibida. Ese terreno sagrado donde no podía imaginar que Marga hiciera nada malo. La habitación de Martín.

El inspector llevó a cabo en el más allá ese mismo recorrido. En esta ocasión no temía ver a Marga tendida en la bañera ensangrentada o adormilada en el sofá con la mirada vacía y una caja de pastillas esparcidas por el suelo. Se trataba de un miedo inverso. Cruzó el pasillo de las lágrimas, prendió una bocanada del mismo aire concentrado que su memoria se había encargado de reproducir con exactitud y ejecutó la inspección con un terror indescriptible, tratando de dominar el temblor de las manos.

Pero Marga no estaba. El único sonido que emitían las paredes, testigos de tanto dolor, provenía del patio de luces. La lluvia seguía azotando la ciudad en la muerte y él volvía a sentirse débil y quebradizo. Se sentó en un extremo de la cama de matrimonio, incapaz de asimilar el dolor de tanta nostalgia. Pero justo cuando ya estaba a punto de celebrar el fracaso de su intuición, escuchó algo. Era un débil quejido, una suerte de lloriqueo amordazado. Se incorporó con lentitud, tragó saliva y tensó todas sus extremidades.

Giró el pomo de la estancia sagrada y, en cuanto se adentró en ella, quiso que la muerte se lo engullera. Desaparecer. Como lo hacían los tipos como el Tronco. El cuarto albergaba, además de dibujos infantiles y fotografías de una felicidad efímera, una de esas casitas de juguete del tamaño de un niño, con sus colores chillones, con un vago parecido a las que salen en los cuentos.

El escondite favorito de Martín.

Y Marga estaba allí. Acurrucada, temblorosa y sollozando como un gato abandonado.

Coque le extendió la mano para ayudarla a salir.

Marga lo recibió con aquel ademán tan suyo donde los labios, entreabiertos, denotaban asombro y atracción, con esa mirada incapaz de mentir. Pero la mueca

se derrumbó en el momento en que las manos entraron en contacto. Marga aumentó el sollozo hasta convertirlo en un llanto desconsolado, como el de un cariño herido que ninguno de los dos había querido enterrar jamás. Coque apretó los dientes y maldijo sus presentimientos.

Tal y como venía sospechando, Palma jamás tuvo mujer ni hija. La fatalidad tenía una sola diana y esa había sido la familia Brox.

Capítulo 44

Un jueves de invierno

Las colas de espera frente a La Casa del Alma no remitían. La enfermedad de los muertos tenía su origen en la memoria, en aquellos recuerdos que se anteponian a la actual realidad y no permitían que el fallecido pudiera *sobremorir* en paz. Ansiedad por volver a ver a seres queridos, por tomar conciencia de que quizá esos mismos seres no eran tan queridos, o descubrir que lo que habían sentido durante toda su vida no era más que una patraña. La muerte no se andaba con remilgos. Esos vicios tan inherentes a los vivos, en el otro barrio terminaban pasando factura.

Nadia escuchaba los retazos de soledad de una mujer que rondaba los cuarenta, cuyo concepto personal de éxito en vida había consistido en dedicarle catorce horas diarias al trabajo, pagar a otra para que disfrutara de la infancia de su hijo, y tener un amante, compañero de trabajo, por aquello de que es más complejo tratar de volver a enamorarse de un marido que encapricharse de cualquier desconocido. Le confesaba con dolor su impotencia para saber cómo *sobremorir*. De tratarse de una viva, Nadia habría ordenado su ingreso en la Unidad de Cuidados Intensivos. Los síntomas eran alarmantes. La mujer le contó que un aneurisma cerebral terminó con ella, y de repente todos aquellos escollos que en vida intentó apartar, el nene y su padre, se habían convertido en el flotador imprescindible para no ahogarse en ese mar que resultaba ser la muerte.

La debilidad era notoria y la cardiocirujana sabía que ya no podía hacer nada por ella. Buscó con la mirada a Eva y la enfermera no tardó en advertir el gesto de consternación de su nueva amiga. Ella ya había pasado por eso, no sería ni la primera ni la última vez que una paciente de La Casa del Alma terminaría por desaparecer. Nadia jamás asumió en vida la pérdida de alguno de sus pacientes, sin embargo empezaba a ser todo un reto personal el hecho de poder hacerlo en la muerte. Seguía escuchando a la mujer agonizante cuando reparó en el joven que acababa de franquear la puerta.

A Nadia no le llamó la atención la melena rubia alborotada ni tampoco su extraña forma de andar. El joven sorteaba las miradas, transitaba con la cabeza

gacha y hablaba para sí mismo. En su mano sostenía una replica de la pintura de Kandinsky, *Farbstudie*.

Nadia continuó un buen rato escuchando a la mujer sin perder de vista al rubio misterioso. La mujer le exigió una solución y Nadia se vio en la tesitura de regresar de aquel viaje mental para prescribirle, a modo de placebo, el intento de descubrir en la muerte algo que le pudiera ilusionar. Le conminó a que dominara su mente cada vez que esta quisiera viajar al pasado. La cardiocirujana sabía que aquella mujer no sería capaz de ello. Algunas miradas muestran el número de intentos fallidos, y en sus ojos ya no cabían más fracasos.

Nadia se escabulló como pudo y se acercó hasta el rincón de la sala donde se encontraban Luisito y el joven.

—¿Quién es tu amigo, Luisito?

El amor de su infancia se encogió de hombros.

Nadia apreció en el rostro del joven ciertos rasgos familiares. Hacía caso omiso a todo lo que le rodeaba, pero algo en él atestiguaba que no se trataba de un chico normal. A la cardiocirujana le sorprendió la posibilidad de que tuviera un trastorno mental, habida cuenta de que en la muerte solo existía una enfermedad. Algo le decía que no debía abordarlo de manera directa.

—No habla, pero mira qué bien dibuja —exclamó Luisito, maravillado ante lo que veía.

Nadia tomó asiento junto a ellos en el suelo. Sabía muy bien que no hay mejor método que el científico para obtener información, y la base es la observación. Los tres permanecieron un buen rato sin hacer nada. De vez en cuando, Eva le lanzaba alguna que otra mirada inquisitiva ante la multitud que aguardaba en la cola.

—Este dibujo es precioso —dijo Nadia, señalando la pintura que el joven sostenía—. ¿Lo has hecho tú?

El rubio se volvió y empezó a entonar una melodía arrítmica.

—¿Qué te pasa? —se interesó Luisito.

—Déjalo, parece asustado.

Luisito no entendía esa reacción. No se caracterizaba por ser un niño tranquilo, más bien era todo un manojito de nervios, y le dio un beso a Nadia antes de marcharse sonriendo con uno de los dibujos coloreados que el joven acababa de realizar.

Nadia permaneció sentada. Su mente médica rememoró toda una serie de características físicas que pudieran darle pistas sobre una posible enfermedad mental. Rehúye de las personas, le molesta el ruido, no se comunica, no interactúa, parece que viva en su mundo. «Vive en su mundo», repitió. Nadia había conocido a muertos de ochenta años que transcurrían en el más allá con

aparición de veintidós, inválidos que ya lo habían dejado de ser, y obesos que habían recuperado la figura que tenían a los dieciocho años. Así era la muerte, una suerte de menú a la carta.

Sin embargo, alguien que no fuera consciente de su enfermedad no podía transcurrir su muerte sin ella, se planteó. «La memoria emotiva solo crea lo conocido.» El joven movió las manos como si quisiera aplaudir sin llegar a unir las. La cardiocirujana recordó al paciente Antonio Carrascosa. Él tuvo la oportunidad de visitar el más allá durante unos instantes, de ahí su «vivo en miércoles» que en su día ella no logró interpretar. Carrascosa había muerto y, con toda seguridad, en la dimensión que se encontrara podría ver. Él no fue un invidente de nacimiento, pero ese joven tal vez nació autista y por ello continuaba siéndolo, diagnosticó.

Le exigió a su memoria recuperar todo lo relativo al autismo, pero apenas recordaba algún que otro postulado. Sabía que no era aconsejable tocarlos ni avasallarlos con preguntas. Existían varios niveles de autismo y el rubio parecía ser de los que se comunicaba con la pintura y no con el habla. Absorta en sus pensamientos, le entregó la pintura. Nadia sujetó el lienzo y no tardó en reparar en los dos mensajes escritos en el margen inferior derecho. Leyó la palabra «Avenger» y un sudor frío le asomó por la frente. Continuó leyendo y, al llegar al «¿Un café en el más allá, Comaneci? Taberna de Rodri», la cardiocirujana se llevó las manos a la boca, tembló y rompió a llorar.

Eva reparó en el gesto y entabló de nuevo un diálogo mudo. Se encogió de hombros. Quiso saber qué ocurría. Nadia la calmó con un movimiento de mano, como quitándole importancia y esbozando en medio del llanto un sucedáneo de sonrisa.

«Oliver ha muerto y sabe cómo comunicarnos.» Buscó un bolígrafo en el bolsillo y le contestó al forense con un: «Pronto, besos de tu Comaneci». Le devolvió la pintura a aquel rubio mensajero y se le escapó un beso. El joven recibió el contacto de sus labios en la mejilla como si le echaran un cazo de agua hirviendo. Recuperó la pintura de los mandalas, se levantó enérgico y se marchó.

Nadia decidió seguirlo cuando el joven aminó el paso y se detuvo en una esquina cercana. Allí depositó toda la atención en la pintura y empezó a balancear la cabeza sobre los mandalas replicados. Era un movimiento delicado, sereno, similar al de la oración de un devoto. Y de pronto, sucedió. Al principio Nadia receló de ella misma. Creyó que se había despistado y que el joven habría reiniciado su fuga. Pero las calles estaban vacías. No se fue a ningún lugar, simplemente desapareció ante sus propias narices.

Capítulo 45

Miércoles 25 de agosto

Coque sintió una emoción confusa que se debatía entre el cariño y la rabia, el mismo tipo de zozobra que lo había acompañado durante los últimos meses de su vida. En ese mismo instante supo que nunca la había dejado de querer. Aunque le dolía que ella hubiera sido capaz de quitarse la vida, de abandonar a su única hija y de sucumbir a la tristeza.

Tras la muerte de Martín, el inspector no habría superado ninguno de esos psicotécnicos en los que siempre preguntan: «¿Alguna vez ha pensado en quitarse la vida?». Y aunque del pensamiento al hecho suele haber un largo camino, en el caso de Marga ese siempre fue corto. Vivió con la apatía que tienen los perdedores que no tienen pensado ser otra cosa, la misma que te tantea a diario si de veras quieres continuar. Hastiado de imaginar cómo sería la muerte de la mujer que tanto amaba, abandonó el hogar donde todas las miradas seguían declarándolo culpable.

«El mismo amor, la misma lluvia», pensó Coque, lacónico, al tiempo que trataba de tranquilizarla, de hacerle entender que estaban muertos, que no estaba soñando. Marga, histérica, se desplazaba por la habitación desmadejada, de pared a pared.

—¿Me vas a explicar por qué te veo en blanco y negro? —exigió Marga, tratando de recuperar la respiración.

—¿Por qué lo has hecho? —preguntó el Coque, abatido.

Marga no dejaba de dar vueltas a la estancia.

Coque la detuvo arropándola con los brazos. Pero el inspector ya no tenía fuerzas; de haberlo querido, Marga se habría podido deshacer de él con facilidad. Un llanto desconsolado volvió a impedir que hablara.

—María tiene doce años, la has dejado sola.

El silencio de Marga exigió que la soltara.

El inspector accedió. La debilidad le iba carcomiendo todos los músculos. Se dejó caer en el suelo y Marga le secundó.

—¿Quién te comunicó mi muerte? —quiso saber Coque.

—¿Cómo? ¡Nadie! Esto es una locura.

La conversación cada vez tenía menos sentido. Coque estaba aturdido y, pese a querer imponer el sentido común, la situación le había desbordado. Las ideas se aglutinaban y una suerte de nebulosa le impedía ordenar toda la información que estaba recibiendo.

—Vamos a ver... —trató de serenarse—. Si nadie te informó de mi muerte, ¿cuándo te suicidaste?

Marga se encogió de hombros.

—¡Hace un rato! No lo sé...

—¿Qué fecha era, Marga? ¿Qué fecha era hace un rato?

—25 de agosto.

Coque se cubrió el rostro con las manos y, en un gesto muy suyo, se frotó la cara de manera impulsiva. Nada iba bien, todo se desmoronaba y además no lograba entender qué estaba sucediendo.

—¿Y tú? —Marga preguntó, trémula—. ¿Cuándo tuviste el accidente?

—El 25 de agosto.

—¿Me estás diciendo que estamos muertos y hemos fallecido el mismo día?

Coque asintió, desolado.

El sonido sordo de la lluvia que procedía del patio interior se encargó de llenar los silencios. El inspector no entendía cómo era posible que solo hubieran transcurrido unas horas y sin embargo tenía la sensación de llevar muerto una eternidad.

—¿Por qué te veo así?

—Dicen que soy un muerto especial —contestó con la voz apagada.

—¿Y eso qué significa?

—Que voy a desaparecer pronto, Marga. Los muertos infelices desaparecen.

Marga le acarició la cara. Era una caricia absoluta, una caricia soñada.

—¿Has visto a Martín?

Coque se temía esa pregunta. Gran parte de su estado deplorable se debía a ello. «No, no he visto al nene», habría querido decirle. Sin embargo, él estaba a las puertas de la desaparición, María se había quedado sin padres y sin hermano con tan solo doce años, y el pequeño Martín debía de estar en algún lugar del más allá. Era el momento de mentir y de desafiar a la muerte. Todavía podía hacer algo para que al menos dos de sus seres más queridos pudieran reencontrarse.

—Sí, Marga. Está guapísimo.

Marga ahogó un grito y se tapó la boca con las manos.

—Pero has de tener paciencia. Los suicidas tardáis un poco más en ser visibles para los demás.

—Pero tú me ves...

—Ya te he dicho que soy un muerto especial.

—Siempre has sido raro —murmuró Marga con una mueca simpática.

Coque le devolvió la caricia anterior enjugando con ternura cada una de sus lágrimas.

Al inspector cada vez le costaba más respirar. El final se acercaba y, pese a no querer desgastar la energía de Marga, no podía dejar de existir sin saber qué había ocurrido.

—¿Por qué acudiste a Palma y no a mí, Marga? Soy su padre, tu marido.

Marga echó el cuerpo hacia atrás y recuperó la corta distancia que había entre ellos.

—¿Cuándo lo has sabido?

Coque sabía dónde, lo del cuándo en la muerte no tenía sentido.

—Ha sido aquí, ¿verdad? —ponderó Marga—. De haberlo sabido antes, te habrías vuelto loco.

—¿Te acabas de quitar la vida y me estás diciendo que yo me habría vuelto loco?

—La engañaron, Coque. En un chat de Internet. Tú nunca estabas y yo... Ya sabes cómo estaba yo.

—No me dejabais estar.

—Nos olvidamos de María los dos. Admítelo de una vez.

El inspector cerró los ojos por un momento y al abrirlos se reflejaron en ellos el desconsuelo de una mujer abatida.

—Llevaba un tiempo rara. Mi madre lo advirtió antes que yo. Al principio pensé que echaba de menos a su hermano, a ti. Pero ya sabes que María nunca ha soltado una lágrima y esos días no dejaba de hacerlo. Cuando me contó lo sucedido quise morirme. Claro que pensé en ti, pero aquello me superó. La vida nos estaba machacando y ninguno de los dos estábamos enteros. El primero que me vino a la cabeza fue Palma. Él siempre te quiso como a un hermano, te admiraba, tenía pasión por ti. Quedamos en un bar del centro y le pedí lo que nunca se debe pedir a un amigo.

—Que no los detuviera.

Marga asintió y continuó:

—No me contestó. Me besó en la frente y se fue del bar haciéndome sentir una mierda. No sé que pasaría por su cabeza, pero me llamó dos horas después. Parecía otro, no era el Palmica alegre de siempre. Ya no me llamaba Lola Flores. Acababa de convertir a un buen hombre en un sicario. Me dijo que él se encargaría de todo y me pidió un dato, unos apellidos, cualquier cosa para poder empezar. Solo tenía un correo electrónico y la marca comercial de una floristería

que María vio impresa en la furgoneta con la que huyeron.

Coque inspiró con hondura, cada vez le costaba más respirar. El Aspas ya le había hablado de ese correo electrónico. Poco a poco todo empezaba a encajar. Una presión en el pecho le advirtió de que sus horas, si es que así se podía contabilizar en el más allá, estaban contadas.

Sobremorir empezaba a ser tarea imposible.

—Cuando Palma desapareció me hundí e intenté matarme por segunda vez. ¿Lo recuerdas?

Claro que lo recordaba.

—Siempre has estado a mi lado cuando he vuelto a tomar conciencia. —Marga envolvió una mano de su marido con las suyas—. Todo ocurrió por mi culpa, Coque. Quise decírtelo, pero estabas distante. Discutíamos por todo y sabía que si te lo decía, te perdería para siempre. Sabía que la próxima vez que despertara en un hospital tú ya no estarías y eso María jamás me lo hubiera perdonado. Te quiere con locura esa niña, Coque, con locura.

Al inspector se le enteló la mirada.

—Cuando Palma desapareció visité a Palomares. Le expliqué todo al comisario y le rogué que no te dejara investigar su desaparición. No parecía estar por la labor, pero supongo que lo convenció la nota que le dejé poco antes de que abandonáramos su despacho.

—¿Qué nota? —balbuceó Coque.

—Si tú investigabas el caso, María se quedaba sin madre.

Coque volvió a cerrar los ojos.

Marga se incorporó y abrió la ventana de la habitación. El cielo estaba encapotado y se coló en la estancia el olor rancio de una ciudad mojada.

—*El mismo amor, la misma lluvia* —musitó Marga con un hilo de voz.

—En la película, la vida no maltrata tanto a sus protagonistas.

Coque alzó su mirada hasta la ventana. Marga estaba de espaldas a él, divisando las calles que habían visto crecer a su hijo.

—Siento haberte culpado, Coque.

—Un hematoma subdural es una condena, Marga.

—Lo sé.

—Me distraje con el puto teléfono. Cuando el coche se nos vino encima no pude reaccionar. Martín me estaba diciendo algo, no sé qué de ir a verle jugar un partido el siguiente sábado. Fue todo tan rápido... El impacto fue tremendo. Se me fue el corazón al verlo en el suelo, pero se incorporó de un salto. «Ese es mi chico», pensé. No tenía ni un solo rasguño.

Marga se volvió y clavó la mirada en la de Coque.

—Me hablaba con rapidez. «Estoy bien, papá, estoy bien». Tomé nota de la

matrícula, identifiqué al conductor y seguimos nuestro camino. Diez minutos después, Martín empezó a balbucear. No se le entendía nada. Vomitó. Se mareó y perdió para siempre la conciencia. Tomé un taxi y el resto de la historia ya la conoces.

Marga se lanzó a sus brazos y lloraron como si todo acabara de ocurrir.

—¿Cómo podré verlo? ¿Estoy muerta, o todo esto son los efectos de las drogas que me inyectan para tratar de salvarme?

—Sé que no es fácil asimilarlo. Espéralo aquí, Marga, en su habitación. Pero date un tiempo. Sal fuera y deja que la muerte te sorprenda. Aquí las lecciones se aprenden antes.

Marga supo que era el momento. La debilidad de Coque era palmaria y si algo sabía de ese hombre era que no solía mentir. Se besaron como la primera vez, cuando al salir del cine Aribau sintieron unas ganas locas de emular a los protagonistas de la película argentina. Marga apoyó la palma de las manos sobre el pecho de Coque y lo empujó contra la pared. Se deshizo de la blusa y se dejó acariciar los pechos. Coque se sorprendió al ver cómo reaccionaba su propio cuerpo. Marga tenía los ojos hinchados, pero estaba preciosa. Se dejaron hacer hasta que cayeron al suelo. Marga le desabrochó los botones de la camisa blanca y lo invadió con besos exploradores. Se perdió en la entrepierna del inspector y puso todo su entusiasmo para que él aún no desapareciera.

Coque sufrió un dilatado fundido en negro en la cabeza y, cuando despertó, Marga seguía allí, acurrucada a su lado, sabiendo que él sería la siguiente persona por la que lloraría. El inspector barruntó que solo había una manera de poder *sobremorir*, y esa no era otra que pasar el tiempo con quien quieres y te quiere. Su incipiente debilidad no había remitido, pero todavía le quedaba algo de fuerza. Un pensamiento le azotaba la conciencia. A su hija la habían marcado de por vida y Palma no merecía haber muerto en balde. Se incorporó, se cubrió con la camisa y besó a Marga con la intensidad de un último beso.

—¿Adónde vas? No me dejes sola.

—A terminar lo que debería haber hecho hace mucho tiempo.

Coque encarriló el pasillo imponiéndose no mirar hacia atrás. A su espalda distinguió dos sonidos que conocía bien. El de una lluvia pretérita que nunca lo abandonaba y el sollozo de una mujer que nunca había dejado de amarlo.

Capítulo 46

Un lunes de verano

En cuanto Oliver cruzó la puerta de la taberna, el camarero grandullón respondió al saludo alzando una mano. Pablo el autista se mostraba impasible, haciendo caso omiso de cualquier movimiento, de cualquier emoción. El forense se dirigió con paso firme hacia el pozo. Depositó las manos sobre el borde de piedra arenisca y pudo distinguir su cara reproducida en un agua calma y oscura. Sonrió y le agradeció al aljibe el que una de las monedas llegara a buen puerto. «Es de bien nacido ser agradecido», dijo en voz alta. Ensimismado en ese pensamiento, la imagen que se reflejaba en el fondo se convirtió en otra. Por encima del hombro emergió el rostro de Silvia.

—¿Qué es lo que tienes que agradecer? —le susurró la italiana.

Oliver se tomó su tiempo. Quería estirar ese momento, algo que no supo hacer en vida.

—Estar a tu lado.

Silvia apoyó las manos en la espalda del forense y en ella acomodó su mentón. «El fondo del pozo muestra las dos caras de una misma moneda», pensó Oliver, disfrutando de su propio reflejo.

—¿Qué os parece esto? —gritó entusiasmado el camarero grandullón desde la barra.

El forense y la italiana fueron a descubrir, apresurados, qué era aquello que le alegraba tanto.

Ian los miró con una mueca de satisfacción. Extrajo con delicadeza un disco de vinilo de su portada y comprobó que no tuviera ni la más mínima mota de polvo. Colocó el vinilo con tiento sobre el plato giratorio y lanzó una fugaz mirada a los dos únicos clientes. Pablo el autista seguía en su mundo. Ian pulsó el botón que activaba el brazo fonocaptor y este empezó a realizar el recorrido.

Sonó el «With a Little Help from My Friends» de los Beatles y el grandullón pareció entrar en éxtasis. Alzando su voz por encima de la de Paul McCartney, la italiana le secundó. Oliver buscó a Pablo con la mirada y, al no conseguir ninguna reacción, una ola de tristeza lo invadió. Al término del segundo

estribillo de la canción, Ian pretendió incorporar al forense en esa suerte de karaoke improvisado, pero pronto percibió la mirada que él tan bien conocía. A Silvia tampoco le hicieron falta muchas explicaciones. Ian redujo el volumen del viejo Vieta y dejó que el himno de la amistad continuara como música de acompañamiento.

—Yo tampoco lo llevo bien —admitió Ian, dejando que todo su cuerpo se apoyara en la barra.

El forense y la italiana se acomodaron sobre dos taburetes, no muy lejos del libro de Rodri.

—Me da pena —dijo el forense con los ojos puestos en Pablo.

—Algunas noches voy a su habitación y lo beso como lo habría hecho su padre —añadió Ian—. Tú lo conociste.

El forense asintió, sabía de qué le hablaba.

—Desde el día en que llegaste supe que eras su amigo. Nadie había mirado hasta entonces la taberna como tú. Para ti no era tan solo el bar donde solías ir. Rodri es un hombre muy especial, sabe cómo dejar huella a quien aprecia, y sin duda lo ha hecho contigo.

Oliver acogió esa explicación con agrado.

—Cuando conocí a Rodri, era un hombre casado con un hijo autista de cinco años —recordó Ian—. Un hombre perdido que no salía del armario por miedo a lastimar a la mujer que más quería en su vida. Laura y él compartieron infancia, el primer beso, el primer polvo, muchas alegrías y también los entierros de sus padres. Rodri descubrió pronto cuál era su verdadera sexualidad, pero Laura era... No he conocido a mujer más buena, más leal, más... —La mirada de Ian se perdió en algún punto indeterminado—. Durante un tiempo, Rodri vivió un calvario frenando sus instintos y además se echaba la culpa de que la vida lo hubiese castigado con el autismo de Pablo. Resultó curioso que fuera Laura quien nos presentó. A la semana, ya estaba cenando con toda la familia en su pequeño apartamento del barrio de Gràcia. Rodri no engañaba a nadie, ni siquiera a la inocente de Laura. De hecho, fue ella la que dio el paso definitivo. Me conocía por mi fama de loca de la noche, divertido y con buen fondo. Con esa presentación me eligió para el hombre que más quería. Laura provocó el encuentro y los que le siguieron. Pronto surgió el deseo y, con él, el caos. Cinco meses después, Rodri se lanzó. En un mar de lágrimas anunció a Laura lo que ella misma había planeado. Se conocían demasiado para dejar que la vida les carcomiera. Nos fuimos a vivir a la India durante cinco años. ¿Me imagináis viviendo de la venta ambulante?

El forense y la italiana realizaron a la vez un movimiento ambiguo con la cabeza.

—Pues lo hice, lo hicimos. Y cada cinco meses pasábamos dos enteros en Barcelona para estar junto a Pablo. Laura nos acogía como si Rodri y yo hubiéramos estado siempre juntos, como si fuera ella la intrusa. A Rodri cada vez le dolía más separarse de Pablo y ese fue el único motivo por el que regresamos. En Barcelona no nos fue mal. Laura fue una vez más la que nos ayudó a empezar de nuevo y nos consiguió trabajo en una galería de arte. Nada del otro mundo si tienes palique y pinta de artista, aunque no entiendas una mierda de lo que significa el arte. Pablo crecía y nosotros envejecíamos. Conseguimos el dinero para montar nuestro propio negocio. Una taberna —pronunció con determinación, tomándose el tiempo necesario para recorrer con la mirada todo el local—. Recuerdo haber pateado Barcelona entera en busca de este sitio. Cuando al fin lo encontramos nos quedamos prendados por una cosa. ¿Sabes cual, Oliver?

El forense se encogió de hombros y el grandullón señaló con un dedo en dirección al pozo.

—Una vez firmamos el contrato de arrendamiento decidimos hacer un nuevo viaje a la India para hacernos con muebles que aportaran alma al local. No creáis que viajábamos en avión. Nuestros viajes siempre fueron con una furgoneta destartalada fabricada allí. Por entonces me di cuenta de que Laura no estaba por la labor de rehacer su vida, entregada en cuerpo y alma a ese rubio de allí. —Ian miró a Pablo y sonrió.

Silvia acercó el taburete al de Oliver. Necesitaba el contacto de otra piel.

—Laura nos regaló para nuestro décimo aniversario un fin de semana en una casa rural del Pirineo catalán. «Podéis llevaros a Pablo», dijo. A él le encantaba la naturaleza y, por supuesto, la idea nos entusiasmó. Al fin y al cabo, pasábamos la mayor parte del tiempo solos y Pablo siempre nos aportaba ese punto de sensatez, recordándonos las cosas buenas que a diario teníamos y que nunca valorábamos.

Oliver emitió un suspiro. El final trágico estaba al llegar y era evidente quiénes fueron sus protagonistas.

—De modo que fuimos los tres hombres a la casa rural Can Pedrot. No pasamos de la primera noche. Era finales de septiembre, pero el tiempo dio un vuelco agresivo ese mismo fin de semana. El día había sido espectacular. Largos paseos por senderos mágicos, una comida de fiambreras en el lago de Sant Maurici...

Ian se tomó un respiro y se sirvió un bourbon. Lo ingirió de un golpe y continuó con su relato.

—Esa noche, el frío nos sorprendió. Cenamos una buena tortilla de patatas y vino tinto. Después de la cena, Pablo estaba titiritando y Rodri decidió dar un

garbeo por la casa en busca de algún radiador. Al cabo de unos minutos apareció con una sonrisa que no le cabía en la cara, arrastrando una estufa que resultó ser una antigualla. Recordé que en el trastero de la casa me había parecido ver una bombona de butano y fui por ella. Nos burlamos de aquel aparato que parecía haber vivido más que la propia casa y nos quedamos dormidos viendo la cara de Pablo. El calefactor nos la jugó. —Ian endureció sus facciones—. Una muerte dulce, doy fe. Y ese es mi último recuerdo de la vida. No me quejo. El abrazo de Rodri y la cara de este rubio.

El camarero grandullón fue el único que apreció la obstinación del brazo fonocaptor al término de su recorrido.

La italiana y el forense permanecían inmersos en la historia que acababan de escuchar.

—Ahora entiendo muchas cosas —musitó Oliver.

—¿Cómo está Rodri? —Ian esbozó la mejor de sus sonrisas—. Me moría por preguntártelo.

—No creo que puedas volver a morir.

Todos rieron.

—Rodri hablaba poco de su vida —respondió el forense—. Sus únicas palabras eran: «Soy un viudo de hecho, que no de derecho», y con eso cada uno sacaba sus conclusiones.

—Un viudo de hecho... —repitió Ian, melancólico.

El camarero advirtió que Pablo empezaba a inquietarse al no encontrar lo que buscaba. Salió de la barra y de un salto logró alcanzar la caja donde guardaba lienzos y pinturas. Se lo entregó al rubio y regresó junto al forense y la italiana.

—Si no lo escondo, es capaz de pintar sin que me dé cuenta. Me tiene loco —dijo Ian, dirigiéndose a Silvia, con signos de preocupación.

Oliver alzó el ceño, no acababa de entender dónde residía el problema.

—¿Recuerdas lo que hablamos de Pablo? —continuó Ian—. Sobre su facilidad para desplazarse a través de las distintas dimensiones de la muerte...

El forense asintió.

—He descubierto... Bueno, hemos descubierto —rectificó Ian tras mirar de nuevo a Silvia— que lo hace a través de los mandalas.

—¿Cómo? —se interesó el forense.

—¿Cómo lo hacías tú en el *WoW*, Oliver? —preguntó Silvia, veloz.

—¿Cómo hacía yo el qué?

Ian tampoco pareció entender la pregunta.

—El *WoW* era un juego de rol *on line* conocido como *World of Warcraft* —explicó Silvia al camarero grandullón—, y aquí Delas, conocido por ti como Oliver, fue el mejor jugador de la historia.

Ian aplaudió con gesto serio.

—No te exagero, Ian, el mejor. Los diseñadores del juego llegaron a desafiarlo.

—Eso no viene al caso —interrumpió el forense.

—Sí que viene al caso —insistió—. En el juego cada jugador tenía un avatar, un personaje creado a nuestro antojo que pertenecía a una raza.

El camarero escuchaba con atención.

—Existían dos razas: la Horda y la Alianza. Pues bien, las normas eran claras, ningún jugador de la Horda podía siquiera entablar conversación con un jugador de la Alianza. Era una prohibición que todos los jugadores acatábamos, incluso Oliver lo hizo en un principio. Pero llegó el día en que por ayudar a un amigo poco sociable...

—No era poco sociable —matizó Oliver—. Tenía problemas.

—Fuiste tú quien me dijo que era poco sociable —le recordó Silvia.

—Está bien, poco sociable. ¡Qué más da!

—Pues eso, que por ayudar a su amigo le creó un avatar en el juego que pertenecía a la Alianza, llamándolo Avenger.

—Avenger —repitió Ian.

—Pero como el avatar de Avenger no entabló relación con ningún jugador, Delas, o sea, Oliver, se vio obligado a vulnerar las normas del juego y lograr que un jugador de la Alianza como era Avenger pudiera relacionarse con uno de la Horda, Delas. ¿Me he explicado bien?

—¿Y no habría sido más sencillo crear un nuevo avatar que perteneciera a la Horda y problema solucionado? —planteó Ian.

—Por supuesto —respondió la italiana—. Pero Delas quiso desafiar a los desarrolladores. Y lo logró.

—¡Venga, Oliver! —dijo Ian con una palmada que le dobló la espalda—. Yo nunca he sido bueno en nada. ¿Cómo lo hiciste?

Al forense le costó arrancar.

—Delinquí —confesó al cabo—. Aproveché un resquicio de seguridad del juego, pero creedme, el cómo os parecería muy aburrido.

La italiana sonrió satisfecha.

—Lo cierto es que logré saltarme las normas, al parecer tal y como hace Pablo en la muerte.

—Justo —recalcó la italiana.

Ian tenía los ojos abiertos y las cejas alzadas.

—Verás, Oliver —anunció el camarero—, Silvia tiene la teoría de que Pablo viaja a otras dimensiones de la muerte a través de la observación profunda de los mandalas. Y solo aparece si en el lugar que visita hay otro niño. Por eso suelen

ser mensajes infantiles los que contienen sus pinturas. ¿Estás seguro de que en la frutería de tu amiga no había ningún niño? —preguntó Ian.

Oliver bajó la mirada.

—Sophie era madre soltera.

Ian negó con un leve meneo de cabeza, contrariado.

—¿Me estás diciendo que su hijo murió? —quiso saber el forense.

—De no ser su hijo, dime: ¿qué niño acude a una frutería en su muerte? —respondió Ian.

El forense digirió la pregunta sin responder. «Tal vez la muerte del niño explique el silencio sepulcral que me impuso Sophie después de estar juntos. Jamás obtuve respuesta a mis llamadas ni a los correos electrónicos que le envié.» Por entonces creyó que Sophie era demasiado mujer para él, y que la vida ya se había portado demasiado bien regalándole el recuerdo de una historia que suelen vivirla otros.

—¿Crees que podrías intentar averiguar cómo lo hace? —preguntó sin tapujos la italiana al forense.

—¡Él sabe mucho más que yo de mandalas! —se excusó Oliver, refiriéndose al grandullón.

—No sé más de lo que te dije, Oliver. En la India era un instrumento de meditación. Ellos lo llamaban un viaje interior.

—Pues parece que Pablo ha modificado el concepto oriental —observó el forense.

Ian extrajo un lienzo de la repisa de la barra, se lo entregó a la italiana y esta captó al instante sus intenciones.

—Mira esta pintura —solicitó la italiana, desplegando el lienzo sobre la barra.

Se trataba de la portada del libro de Rodri. La misma portada que Pablo pintó en la frutería de Sophie. La misma en la que escribió los mensajes para Coque y para Nadia. Oliver se vino abajo y sintió que todo su cuerpo temblaba cuando sus ojos leyeron: «Pronto, besos de tu Comaneci».

Silvia cerró durante un instante los ojos y contuvo la respiración. Sus labios se tensaron.

El forense soltó una risa tonta.

—Es una amiga, Silvia. Una de las personas que me acompañaban en el coche cuando tuvimos el accidente mortal.

El forense descendió con brío del taburete, besó a Silvia en la boca y se acercó hasta Pablo, quien parecía abducido por una de sus pinturas.

—En el libro de Rodri, junto a los mandalas de su portada, está escrito «Teteyo Papa», ¿qué significa eso, Ian? —preguntó Oliver.

El camarero dejó escapar una sonrisa.

—Era el modo en que Pablo pronunciaba «te quiero» a la edad de dos años.

—¿Sabéis una cosa? —dijo Oliver.

La italiana y el grandullón guardaron silencio.

—Creo que nos sobran los motivos para *sobremorir*.

El forense se acercó de nuevo hasta el pozo. Se apoyó en el borde arcilloso y buscó su rostro en ese líquido oscuro que continuaba sereno. Cuando al fin distinguió el reflejo, le hizo un guiño a su propia imagen y le rogó, a falta de una moneda que lanzar, que lo ayudara a moverse por la muerte tal y como lo había realizado en el *WoW*.

Capítulo 47

Un jueves de invierno

Nadia tomó asiento en su viejo rincón. El aula olía a tiza desparramada y a un tiempo irrecuperable. El pupitre, ubicado al fondo de la clase, permitía observar sin ser observada. Y en especial a Luisito. Recorrió con la vista los detalles y le pareció que los años habían encogido el espacio, incapaz de albergar tantos sueños infantiles. Creyó haber regresado a su particular Lilliput al comprobar cómo la tarima encargada de enaltecer a los profesores se había convertido en un diminuto peldaño. Le alegró descubrir que algunos de los dibujos en los que ella y Luisito habían expresado sus emociones recíprocas seguían decorando las paredes.

La cardiocirujana tenía la necesidad de tocar todo lo que veía. Sentía que el tacto añadía a su memoria emocional una suerte de certificado de autenticidad. Se asomó hasta los ventanales y en uno de ellos permaneció absorta durante un periodo indefinido. En el exterior, la calle guardaba apaciguada a que el revuelo de padres colapsara la hora de la salida del colegio. Pero aquellos rostros destensados, que en otro tiempo esperaban a los tesoros de las casas, ya no estaban allí. Nadia salivó al evocar el sabor de la infancia. Sin embargo, la muerte era incapaz de reproducir con exactitud aquella experiencia única. La cardiocirujana se vio sorprendida por la irrupción de Luisito.

—La echas de menos, ¿verdad? —preguntó Nadia, mirando hacia el pupitre vacío que sentía de su propiedad.

Luisito asintió veloz.

—Yo también —dijo la cardiocirujana, melancólica, tomando asiento en la misma silla sobre la que tantas veces fantaseó con que Luisito la besaba.

Apenas los separaba un metro. Nadia advirtió en la verde mirada del niño un atisbo de tristeza.

—¿Por qué no elegiste ser una muerta pequeña?

Nadia se arrodilló y le acarició la mejilla.

Luisito bajó su mirada y depositó la mano en el pupitre, sobre un corazón trazado con la aguja de un compás. En su interior se podían leer las iniciales de

sus nombres.

La cardiocirujana le estampó un beso en cada mejilla y Luisito enrojeció más que su propio pelo.

—Yo siempre te he esperado —confesó el niño.

Nadia tomó aire y lo fue soltando de manera prolongada. Por un instante lamentó no haber transcurrido por la muerte como la niña que fue. La misma que sus padres quisieron y enamoraba allí por donde pasaba. La que pidió, hastiada de no soportar la ausencia de su mejor amigo, que la cambiaran de colegio. La confesión de Luisito merecía una respuesta. No sabía cómo decirle a ese niño que su vida fue corta. Que ni tan siquiera hubo protagonistas en ella y que la mayoría siguen vivos. Cómo decirle que algún día volvería a ver a sus padres tal y como los conoció, en su momento de plenitud. Cómo decirle que la pequeña Nadia solo habita en su recuerdo y que jamás volverá a verla. La cardiocirujana temía empujar a Luisito a esa cruel enfermedad que acechaba a los muertos enmohecidos por el pasado.

—Cierra los ojos —le ordenó, y el crío obedeció al instante—. ¿Recuerdas las mañanas en las que me dejabas una goma en forma de corazón en mi pupitre y te girabas para verme?

—Sí.

—¿Recuerdas lo feliz que me hacías? —El pelirrojo siguió asintiendo con los ojos prietos—. Pues esa niña todavía está aquí, sigue sentada y te mira enamorada porque eres el niño más guapo de la clase, el más inteligente y al que más quiere.

—¿Me quiere? —preguntó risueño, con un ligero tembleque en los párpados.

—Mucho.

—Yo también la quiero a ella.

La cardiocirujana tragó saliva.

—Ahora ya puedes abrir los ojos.

Luisito mantuvo su franca sonrisa.

—Cada vez que necesites verla me lo pides. Cierras los ojos y yo te ayudaré. ¿Te parece bien?

—Me parece lo mejor. Gracias, Nadia grande.

—De nada, mi niño.

—Es al revés que Pablo.

—¿Cómo dices? —preguntó sorprendida.

—Pablo, ese niño raro que me enseñó a mirar sus dibujos. Esos círculo que él pinta —dijo Luisito, ayudándose de sus dedos para dibujar en el aire circunferencias—. Si miro mucho rato esas redondas, él me lleva por sitios que nunca he estado.

—¿Y conoces a otras personas en esos sitios que visitáis?

—Sí, a otros niños. Pero Pablo no habla mucho.

—Ya.

—Contigo es al revés. Cierro los ojos y viajo hasta la pequeña Nadia.

—¿Podré acompañaros alguna vez a esos sitios? —se interesó Nadia, usando una entonación infantil.

—¿Tú sabes lo que significa «nada se destruye, solo se transforma»?

—Creo que sí —respondió Nadia, divertida ante tal ocurrencia.

—Entonces sí que podrás, porque es lo que repite Pablo siempre, «nada se destruye, solo se transforma»... —repetía Luisito con voz hipnótica.

—Sería estupendo porque me gustaría ver a un amigo.

—¿Es pequeño como yo?

—No —se apresuró en explicar Nadia—. Tú eres mi único amigo pequeño.

—Entonces vale, te ayudaré a encontrarlo. Pero antes tendremos que encontrar a Pablo. ¿Vienes? —Y le ofreció la mano a la cardiocirujana.

Al salir por la puerta, Nadia detuvo el paso y sintió la imperiosa necesidad de volverse. Cerró los ojos y ni siquiera tuvo que esforzarse para poder recordar el estrépito de los pupitres y las sillas a las cinco en punto de la tarde. La urgencia con la que los alumnos acomodaban los libros y los cuadernos en las mochilas, abandonando la clase con un manajo de sueños. Todos menos ellos dos. Jamás tuvieron prisa por volver a casa, por dejar de estar uno junto al otro. Abrió de nuevo los ojos y comprendió entonces quién fue el que le había enseñado a ralentizar el tiempo y a atender a las emociones.

Nadia y Luisito reemprendieron su marcha tal y como lo hicieron antaño en el mundo de los vivos, con los pasillos vacíos y la ilusión intacta.

Capítulo 48

Miércoles 25 de agosto

Coque, tambaleante, necesitó del apoyo de un muro para seguir andando. Y aunque la persistente lluvia ayudaba a mantenerlo en pie, el inspector sintió que su segunda muerte estaba cada vez más cerca. Le crispaba la idea de que todo pudiera terminar sin contar con sus últimas intenciones. Que el Tronco fuera un muerto en vías de extinción no le bastaba. Necesitaba sentir con sus propias manos cómo se consumía esa alma podrida que nunca había merecido existir. Enfrascado en aquellos pensamientos, descubrió que había errado el trayecto. Su inconsciente lo había traicionado y lo condujo hasta la taberna de Rodri. Presa de la angustia, se sintió hundido. Desaparecer de aquel mundo escuchando los últimos estertores del Tronco se había convertido en la última frustración como muerto. Pero ya no tenía suficiente energía para ir por él, ni para desandar lo andado y sucumbir en los brazos de Marga. Al acercarse al local recordó la sospechosa insistencia por parte de aquel chivato de que no cruzara la puerta. «Los consejos de un enemigo son la mejor de las brújulas», barruntó. En cuanto se adentró en la taberna, una voz del pasado lo saludó:

—¿Qué pasa, Lola Flores?

Era la única presencia humana en todo el local. Su piel brillaba y emanaba aquella energía que siempre tuvo. La muerte le sentaba a Palma tan bien como la vida. Coque recordaba en palabras de su amigo «que el mejor momento de la vida es este». Por ello no le sorprendió constatar que tuviera la misma edad y el mismo físico que el día de su desaparición. Se regalaron un largo abrazo y de seguido Palma sostuvo el debilitado cuerpo de su amigo. Coque le pasó un brazo por encima del cuello y se dejó llevar hasta una silla.

—¿No te da pena verme así? —masculló el inspector con una mirada turbia y una fatiga lacerante.

Palma negó en silencio.

—Todo lo contrario, Coque. —El inspector enarcó una ceja ante esa respuesta—. Sin embargo, andamos jodidos de tiempo. ¿Confías en mí? —Coque asintió—. Estás donde tenías que estar hace ya un buen rato y te

encuentras como tienes que encontrarte.

—No me toques los cojones, Palma.

—Escúchame por una vez en tu vida. —Coque no dijo nada—. Necesitas saber quién me dio boleta.

—¿Crees que no me he dejado la piel en ello? —saltó el inspector, provocándole un agudo ataque de tos.

—Lo sé, pero no me interrumpas. Por favor. Eres un *blanco y negro* y te queda poco tiempo. Te aseguro que todo tiene una explicación. Aunque te va a escocer, y mucho.

—Tú dale —contestó con un leve revoleteo de mano.

—Marga vino a verme a Jefatura una tarde. Tú estabas reunido con el comisario, andabais liados con vuestras estadísticas y vuestros paripés de jefes. Ella estaba de los nervios, desquiciada. Me pidió que saliéramos de allí antes de que pudieras sorprenderla. Tomamos un café y me lo contó todo. María había conocido a un chico por Internet y el muy cabrón consiguió que le enviara fotos desnuda y algún que otro vídeo. —Coque sintió de pronto que necesitaba más aire para respirar. Conocía bien los tiempos que componían una explicación policial y que lo peor estaba por llegar—. Dos días atrás, el chico le había enviado un correo electrónico a María. Si quería que eliminara sus fotos y no las colgara en una red social, tenían que verse en un bar. María llevaba días muy rara, encerrada en sí misma, y de eso se lamentaba Marga. No dejaba de culparse por lo sucedido.

—Nos olvidamos de ella tras lo de Martín —lamentó Coque, abatido.

Palma chasqueó la lengua y hubo un breve silencio.

—Nadie sabe qué habría hecho en vuestro lugar —continuó Palma—. En el bar, el chico resultó ser un tío de casi treinta tacos. Se la llevó al baño y...

—Continúa.

—Qué quieres que te diga, Coque. Esto es muy chungo, no me jodas.

—Continúa —ordenó el inspector con voz debilitada. Necesitaba corroborar la versión de Marga.

Palma volvió a suspirar.

—La obligó a que se la chupara. —Coque cerró los ojos—. No estaba solo, según María. En el baño entró un hombre gordo, guarro y con una camisa floreada. Este se encargó de grabar todo en un vídeo mientras se la pelaba.

Coque se cubrió el rostro con las manos y empezó a frotarlas con movimientos pesados. Su mirada acristalada todavía se resistía a dejarse llevar.

—María le contó a Marga que los vio marcharse del bar con una furgoneta en la que distinguió la palabra «Worldrose».

—Y entonces Marga te pidió que no me dijeras nada. —Palma asintió—.

Eres un pedazo de mierda.

—No seas injusto. Estabas muy mal, la investigación se habría ido a tomar por culo. Sabes que nunca te dejaría de lado. Quería hacer las cosas a mi modo, encontrar a esos hijos de puta y, una vez localizados, hacértelo saber y decidir.

—Decidir —repitió Coque.

—Decidir juntos, cómo y dónde hacerlo.

El qué lo daba por hecho. Esa explicación sí era propia de Palma, pensó el inspector.

—Sigue.

—Encontré en la calle València el local llamado Worldrose y fui en busca de su propietario, el viejo Esteve Camps. El muy cabrón consiguió engañarme, Coque. A mí, al poli callejero, al hijo de las casas baratas. Me la pegó. Con su pinta de catalán burgués criado en el Eixample, va y me suelta que el negocio iba mal y que tendría que chapar. Que la *furgo* se la había pulido hacía un mes a un rumano y este le prometió que se encargaría de realizar el cambio de nombre. Y todo eso me lo dijo mientras me estaba estrechando su mano y me miraba a los ojos con la misma cara que pone un gallo el 24 de diciembre. Le di mi número de teléfono y quedé con él para que pasara por Jefatura. Le expliqué que la *furgo* aparecía en una movida chunga y teníamos que tomarle declaración. Pasaron las cuarenta y ocho horas más largas de mi vida y el viejo ni me llamó. Le eché un vistazo a nuestra base de datos y allí aparecía su filiación y domicilio al haber denunciado dos años atrás el extravío de su DNI. Me acerqué de nuevo a la floristería y estaba cerrada. Tenía el teléfono apagado y le dejé más de tres mensajes de los míos. Ya te puedes imaginar de qué palo iban.

Coque dibujó una mueca parecida a una sonrisa. Conocía bien el modo en que Palma citaba por teléfono a ciertas personas, y recordaba lo mal que llevaba que lo ignoraran.

—Los vecinos del edificio no soltaron prenda. Gente mala, Coque. Pude sacar que era un tipo educado y callado que vivía solo desde que murió su madre. Eso sí, hacía un par de días que no lo veían. Fui hasta la Administración de Hacienda y le pedí un favor a una funcionaria a la que hacía un tiempo le metí un par de *jeringuillazos*. Esteve Camps tenía dos cuentas corrientes en el Banco de Santander. Le envié un fax a Ángel Barrada, el jefe de seguridad del banco, y falsifiqué tu firma. No me moví en toda la mañana del dichoso fax, esperando la respuesta. Esteve Camps tenía movimientos con la tarjeta a diario, ingresos intermitentes, todos ellos de más de seis mil euros sin especificar el concepto, y muchos de ellos de un mismo titular de la cuenta ordenante, un tal Daniel Claramunt. Supongo que a estas alturas te suena el nombre. —Coque no necesitó responder—. La calle siempre tiene las respuestas. Lo que le había sucedido a

María tenía que ser obra de algún grupo organizado. Eran dos, uno grababa, el otro ya lo sabes, y además fue captada a través de Internet. Esos días me sentí mal contigo. No podía decirte nada y el tiempo iba en mi contra. Le exigí a Marga que si quería que continuara con la investigación, nos viéramos a escondidas al menos una vez al día. Necesitaba asegurarme de que no haría ninguna locura. De modo que quedé con Isa, mi gitana.

—Ya —murmuró Coque. Habría querido aportar algo de información sobre los sentimientos de aquella mujer, ser justo con su compañero, pero ya se le hacía difícil respirar. Palma entendió que no podía irse por las ramas y continuó con su explicación en formato telegrama.

—No le mencioné que era tu hija, pero le hablé del caso. Isa me dijo que desde hacía un tiempo su hermano le había contado un rollo muy chungo sobre el Tronco. Al parecer dejó el trapicheo de las drogas por el de facilitar putas jovencitas a gente de pasta. Por eso fui por él. Estaba seguro de que si el viejo Camps tenía algún negocio raro con su floristería, el Tronco estaría al corriente de ello. Y así fue, aunque nunca imaginé que él estaría implicado de manera tan directa. ¿Recuerdas a la colombiana que te dije que me zumbaba?

—Las recuerdo a todas ellas.

Una mueca de satisfacción pobló los labios del Palma.

—Mentí al Tronco y le dije que María era una hija que tuve con una tal Marga. Supongo que se acojonó cuando me vio tan ido. El Tronco y yo crecimos juntos, Coque, en el mismo barrio, en la misma calle. Él sabía cómo acabaría el culpable de la agresión sexual a María. Sabía por mi mirada que la investigación era personal. Por eso me presentó a la colombiana, el muy cabrón trató de confundirme. Me dijo que era ella quien captaba a jovencitas necesitadas de pasta, y que tras hacerles unas fotos se las pasaba al viejo de Esteve Camps a cambio de un buen pellizco. Todo olía a mierda. El Tronco es una rata que miente más que habla. Con él fingí que era el de siempre, el colega del barrio que una vez tuvo que decidir si hacerse madero o pasarme la vida pegando palos. Le vendí la moto de la falsa amistad tatuándome el mismo tatuaje que él. Paula la colombiana no era mala, Coque. Pero la coca sí lo es. Es cierto que Paula captaba a chicas demasiado jóvenes para que Esteve Camps las llevara a fiestas privadas, como lo es también que Camps y Daniel Claramunt acudían de vez en cuando a su piso de la calle Londres para desahogarse. Pero ella no tuvo nada que ver con María.

Coque puso todo su ímpetu en incorporar la espalda y acercar su rostro al de Palma.

—¿Qué importancia tiene eso ahora?

—Deja que siga. Todo tiene un sentido.

El inspector dejó de nuevo que su cuerpo se recostara en la pared. Mantener la escucha era todo un suplicio.

—Paula tenía un corazón pequeño, pero lo tenía. En un toma y daca de confesiones tras un polvo, me dijo que supo por el Tronco que alguien había abusado de mi hija María. Tuvo que verme muy jodido, porque terminó contándome el papel que tenía el Tronco en toda esa película. El muy perro era quien grababa lo que ocurría en los baños de los bares en los que citaban a las menores. El tema era gordo, me dijo. A ella el niño de Claramunt la tenía acojonada. Los días pasaban y me vi saturado. —Palma apenas respiraba, no podía dejar que Coque desapareciera sin escucharlo todo—. Marga me llamó para pedirme lo que no se atrevió a hacer la primera vez que me explicó lo sucedido. «Mata uno por uno o me mato yo», esas fueron sus palabras.

—Marga se ha suicidado —enunció Coque con la mirada caída.

Palma dejó caer la cabeza hacia atrás, como si se le hubiese quebrado el cuello. Cerró los ojos durante unos instantes y acercó su silla india a la del inspector.

—María está sola, Palma —balbuceó Coque.

Palma sujetó la cara de su amigo y le brindó una mueca desangelada, la misma que se brindan en los tanatorios a los familiares del fallecido cuando no se sabe qué decir. Esa información no entraba en sus planes, pero él tenía una estrategia bien diseñada, y ni siquiera el impacto de esa noticia podía apartarlo de su cometido.

—Aguanta, Coque. Confía en mí, tienes que dejar que termine.

Del binomio que formaban ambos, el inspector tenía claro que él era el insensible, el desapegado, el que no se andaba con sentimentalismos cuando estaban inmersos en una investigación. Palma era un hombre de extremos. Pasaba de la risa al llanto con una facilidad propia de quien vive al límite. Que después de todo lo dicho Palma se limitara a repetirle que confiara en él solo podía significar una cosa: estaba a punto de confesarle algo que ni siquiera podía imaginar.

Palma inspiró con hondura y trató de situarse mentalmente allí donde se había detenido.

—Convencí a la colombiana para que denunciara la desaparición del viejo. Que fingiera ser su compañera sentimental, de esta manera el tema era nuestro. Te necesitaba en la investigación sin que tú supieras nada. —Coque tenía los ojos entornados, impasibles pero expectantes—. Aproveché tus ausencias laborales para trabajar dieciocho horas diarias, ocho contigo, diez por ti. ¿Recuerdas nuestra visita al legionario, el vecino de la floristería?

—Sí —logró pronunciar sin vigor.

—Regresé sin ti y le di mi número de teléfono. Al día siguiente me llamó y me facilitó la matrícula de uno de los coches que había frecuentado Worldrose. ¿Sabes a nombre de quién estaba?

—Daniel Claramunt.

Palma sonrió, satisfecho.

—Como ya imaginarás, la información de Paula sobre las grabaciones del Tronco requerían de la debida confirmación. Me tiré una semana intentando localizar al Tronco. Ese cabrón se olía la tostada y desapareció. Pero la calle era tan suya como mía y terminé encontrándolo sin que él lo supiera. Me puse a hacerle vigilancias y al final una de ellas me llevó hasta las Ramblas, al hostel Oropesa. Hice un registro en su habitación con un mandamiento judicial elaborado por mis cojones y allí encontré la pieza que unía todo.

—El CD —añadió Coque con voz estrangulada.

—Me lo traje a casa. Encendí el portátil y pude ver lo que le hicieron a María. Tuve que tragarme esa mierda para confirmar lo que ya era evidente. Daniel Claramunt la forzó y la voz del que lo grabó era la del Tronco.

Coque volvió a cerrar los ojos. Palma lo abofeteó. De no haberlo hecho, su amigo ya no los habría vuelto a abrir. Su cuerpo estaba inerte, las extremidades pendían de manera poco natural. Únicamente la mirada y un ligero temblor en los labios avalaban que continuaba muerto.

—Aguanta, Coque, aguanta. ¿Todavía puedes escucharme? Si es así, pestañea una vez.

El inspector pestañeó.

—El resto del CD contenía atrocidades con otras nenas. Se trataba de las fiestas privadas que me había comentado Paula. Le dejé recados al Tronco por toda la ciudad. Incluso le escribí una nota en el libro de Rodri. Al final nos citamos mediante intermediarios en los jardines de Montjuïc, donde siempre quedaba con él. Por eso te pedí que me acompañaras. Mi único plan era detenerlo, llevárnoslo a la montaña de Collserola y, en el trayecto, contártelo todo. Una vez me dijiste que hay un momento en la vida de un hombre que no tiene nada que perder. Yo me sentía así, dispuesto a todo. Pero subestimé al perro del Tronco. Él hizo lo que deberíamos haber hecho nosotros, asegurar la zona con compañeros camuflados y reducir riesgos. Pero no fue así. Te llevé al matadero sin que yo lo supiera. La zona estaba atestada, pero no de policías, sino de la chusma que el Tronco se encargó de avisar. Te dije que tenía una cita con un confidente, bajamos del coche y no pudimos reaccionar. Uno de ellos te atacó a ti por la espalda con una bate de béisbol. No te mató de milagro. En cuanto reaccioné cogiendo la pipa de mi cinto, el Tronco me pegó tres navajazos por la espalda. Caí de rodillas al suelo. Mi última imagen antes de morir fue tu cabeza

en medio de un charco de sangre. Lo último que oí fue el estruendo de la luneta rota de nuestro coche. Me enterraron a escasos metros del lugar, Coque. Eso es lo más importante de todo. ¿Me has oído?

El inspector volvió a pestañear, sus ojos parecían algo más abiertos.

—Me enterraron con el CD encima, Coque. Lo siento mucho, subestimé a ese tío mierda. Tenías razón, jefe, la vida a veces es muy hija de puta.

Coque trató de decir algo, pero no pudo separar los labios. Palma se acercó veloz a la barra y se hizo con un vaso de agua. Humedeció los labios de su compañero sujetándole la nuca con una mano. El final de Coque era una realidad y el inspector todavía no entendía por qué Palma insistía tanto en facilitarle toda esa información.

—¿Adónde vamos cuando desaparecemos? —logró decir Coque.

Palma le concedió una pícara sonrisa que albergaba al menos ocho vidas vividas.

La puerta principal de la taberna había permanecido entreabierta todo ese tiempo, pero fue entonces cuando Coque reparó en que afuera seguía lloviendo. Con el cuerpo inclinado y la cabeza sujeta por Palma, logró distinguir el empedrado barcelonés encharcado. El rostro de Palma fue desvaneciéndose hasta confundir el techo de la taberna con un cielo invadido por millones de gotas. Entre ellas creyó divisar la sonrisa del pequeño Martín. La nitidez con la que vio a su hijo no podía significar otra cosa que el fin. Alzó un brazo intentando acariciar aquella mejilla que tantas veces había besado, tratando de recuperar aquel tacto que los dedos extrañaban. Pero el rostro risueño de Martín se disipó en el mismo instante en que la mano de Palma volvió a abofetearlo.

Coque había perdido la visión y era incapaz de escuchar con nitidez la voz de su compañero.

—No sé dónde van los muertos que desaparecen, pero yo voy a cuidar de los tuyos. Tú encárgate de acabar lo que yo no pude. Isa la bailaora sabe quién mataría por mí. No lo olvides.

El inspector sintió que su compañero le aferraba una mano con fuerza.

Primero enmudeció la lluvia. Después Coque dejó de percibir el tacto de la mano y de escuchar aquella voz amiga, para sentir la laxitud de su cuerpo y un cansancio infinito.

Y al final, de nuevo la oscuridad.

TERCERA PARTE

Capítulo 49

Miércoles 25 de agosto

—¿Podemos confirmar su defunción? —una voz preguntaba desde el intercomunicador que sostenía un guardia civil. El agente buscó la respuesta escrutando la expresión de los sanitarios.

El médico prolongó un suspiro. Volvió a desviar la mirada hacia lo que quedaba del vehículo y comprobó que el reloj del salpicadero insistía en dar las 2.22. Habían transcurrido demasiados minutos desde que iniciaron los intentos de reanimación ayudándose del desfibrilador automático externo. Estabilizada la cabeza del hombre malherido entre sus rodillas, el médico persistió en las compresiones sobre el pecho ante el gesto de incompreensión del resto de compañeros. Las manos empezaban a sentir el entumecimiento cuando los demás ya se habían rendido, pese a que evitaban decirle nada. Sabían cómo se las gastaba y decidieron que fueran los hechos los que le hicieran entrar en razón. En otras ocasiones también había sido él el último en claudicar, en aceptar un nuevo fracaso.

Y es que cada muerte era una derrota. «Ya se le pasará con los años», pensó el auxiliar más veterano. De repente, un pitido mecanizado rompió el sonido sordo de los golpes que proyectaba sobre el esternón de aquel cuerpo inerte. El hombre que yacía sobre el asfalto de la autopista había estado clínicamente muerto hasta entonces. El resto de personal sanitario se reincorporó excitado e inició el protocolo habitual de traslado de herido grave hasta el hospital. A la espalda del médico uno de los guardias civiles informaba a la central.

—¿Podemos o no podemos confirmar su defunción? —insistió la voz desde el intercomunicador.

—Espera —solicitó el agente, arrimando el carné profesional del herido al faro delantero de la ambulancia. Se acercó hasta el hombre al que hacía unos instantes daban por muerto y echó un vistazo a aquel rostro contusionado—. Avisa a la Jefatura de Policía de que al inspector 73062 se lo llevan al Hospital Clínico de Barcelona —informó, buscando confirmación en la mirada radiante del médico, quien asintió sin decir nada.

Invadido por una emoción incomparable, el facultativo se alejó unos metros del vehículo siniestrado junto al que yacían dos cuerpos cubiertos por unas mantas hipotérmicas. «Dos a uno», se dijo al imaginar el resultado de la contienda que acababa de mantener con la muerte, «al menos hoy te he metido un gol». Apenas le llegaba el endeble murmullo de la radio policial y el ajetreo de sus compañeros. Acababa de devolver la vida a un hombre cuya anoxia había durado un tiempo impreciso. Una sobredosis de satisfacción se ocupó de borrar todo el cansancio que venía acumulando aquel verano. Había aceptado demasiadas guardias a fin de poder ahorrar el dinero suficiente para visitar la Patagonia. «Hay quien viaja durante dos o tres minutos allí donde no llegan ni los aviones.» Sonrió ante la ocurrencia y regresó a la ambulancia. Todavía quedaba mucha noche por delante.

Capítulo 50

Sábado 28 de agosto

Coque recobró la conciencia tres días después de su ingreso en el hospital. Al principio, aturdido por la incomprensión y por la necesidad de darle sentido a ese batiburrillo de información, creyó que todo era fruto de una pesadilla. Pero desde el mismo momento en que abrió los ojos lamentó haberlo hecho. Todo volvía a ser cómo antes. Parpadeó varias veces, como si de este modo pudiera cambiar las cosas, pero el esfuerzo resultó inútil. Volvía a verlo todo en blanco y negro, y por más que quisiera no podía acallar su voz interna, la misma que rara vez se equivocaba y que en esa ocasión le advertía de que todos los recuerdos sobre el más allá tenían otra textura. «Una mente sana sabe cuándo una experiencia es real y cuando no», trató de convencerse. «Pero una mente enferma cree que es una mente sana», rectificó de inmediato, agotado.

Le dolía todo el cuerpo, pero seguía sin saber en qué estado se encontraba y movió los dedos de los pies y de las manos. «Al menos estoy entero», se dijo. «¿Y si los muertos que desaparecen vuelven a vivir?» Continuó discurriendo en la soledad de una habitación inmaculada, tratando de responder al gran enigma de aquel territorio recién visitado. Pero en cuanto se formuló esa pregunta supo que no tenía ningún sentido. Desde que aterrizó en el más allá, todos los muertos le advirtieron de que él era un muerto especial. «Me veían en blanco y negro», recordó. Además tenía vedado acceder a ciertos lugares y estaba condenado a sufrir esa contundente debilidad que le privó, por encima de todo, del anhelado encuentro con Martín.

Alguien irrumpió sus cavilaciones al golpear la puerta de la habitación. Un hombre de estatura media, con entradas pronunciadas pese a no alcanzar los cuarenta años, algo rechoncho y ataviado con una bata blanca, le brindó un guiño acompañado de una sonrisa de complicidad. Coque sintió ganas de estamparlo contra la pared y extraerle toda la verdad. Lo último que necesitaba era la compasión de un tipo con bata blanca.

—¡Buenas tardes, señor Brox! ¿Puede oírme? —preguntó el hombre sin dejar de comprobar las constantes vitales del inspector—. Soy el neurólogo

Rafael Moya y estoy sustituyendo al jefe del departamento de Neurología, Arturo Mas. Usted conoce al doctor Mas, ¿verdad?

Coque negó con la cabeza y emitió un gemido casi inaudible.

—Fue durante años la pareja de la doctora Blasi. ¿Recuerda lo sucedido en... el vehículo?

Coque prefirió seguir estudiando la reacción del médico antes de responder a ninguna pregunta. Quería saber qué había pasado con sus amigos, pero conocía muy bien el protocolo: «A un paciente no se le dan malas noticias, norma número uno», pensó. El silencio del inspector dejó desconcertado al neurólogo. Fingió que leía parte del historial médico que sujetaba entre las manos, pero sus ojos no dejaban de pestañear. Los detalles lo delataron, sobre todo por el modo en que esquivaba la mirada, la respiración acelerada, e incluso las prisas repentinas por abandonar la habitación sin darle siquiera una explicación de las lesiones que había sufrido.

Coque tuvo suficiente. A aquel hombre mustio le faltaba valor para hablar de lo que a él más le importaba y decidió por fin tomar la iniciativa.

—¿No me va a decir qué ha pasado? —preguntó al médico en el momento justo en que ya iniciaba la fuga.

—Disculpe —se excusó el neurólogo, incomodado—. Creo que será mejor que se lo explique alguien que quiere verlo. Ah, y para cualquier emergencia presione el botón rojo —añadió, alzando las cejas y señalando un pulsador que colgaba del cabezal de la cama.

Coque dedujo que la reserva y el embarazo del médico podían deberse a la muerte de Nadia y Oliver, compañeros al fin y al cabo de la plantilla del hospital, y sintió una punzada de dolor al imaginar el destino de sus amigos.

Trató de incorporarse en la cama y sintió un leve mareo, pero era una debilidad distinta a la vivida en esa suerte de sueño donde Palma esclarecía su desaparición y Marga ponía fin a su vida, no sin antes confesar el drama por el que había pasado María. No sabía qué nombre ponerle al lugar del que acababa de llegar. Hastiado de pensamientos que no lo conducían a nada, clavó la atención en la puerta. Una sombra cruzó el umbral y su voz amortiguó el runrún de la máquina que supervisaba su estado de salud.

—No sabes cómo me alegra verte —susurró el Aspas con los ojos vidriosos.

Iba ataviado de un estricto negro. Acarició primero la mejilla de su hijo para, a continuación, darle dos bofetadas inofensivas. La mirada del Aspas también ocultaba algo.

—¿Tan jodido estoy para que vengas a verme vestido de luto?

El Aspas dejó escapar una sonrisa, pero la hizo desaparecer al instante. A diferencia de su único hijo, siempre había sido un hombre de lágrima fácil.

—¿Qué ocurre, papá?

—Ya sabes. El mundo de la farándula, hijo. Hace que uno sea más blando.

El Aspas se acercó hasta la única ventana de la habitación y dejó escapar un suspiro que no auguraba nada bueno. Se volvió y dejó que su espalda sintiera el frío de aquel doble cristal que hacía de frontera entre dos mundos fusionados.

—¿Cuántas veces me has visto vestido de negro?

—Solo una. En el entierro de mamá.

El Aspas asintió con orgullo. Volvió a tomar aire para soltarlo como quien sopla una vela.

—Marga se mató el mismo día que tuviste el accidente —anunció el Aspas con voz gutural, y aguardó unos segundos la reacción de su hijo—. Lo siento mucho, hijo. La vida te está jodiendo, pero no te olvides de que ahí fuera hay una preciosa niña de doce años que te necesita más que nunca.

El inspector cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás. Unos instantes después, recuperó la postura inicial y miró a su padre con los ojos anegados en lágrimas.

—¿Ha ido al entierro? —dijo por fin.

—No. Su abuela está deshecha y yo me he hecho cargo de ella.

Coque tensó los labios y agradeció al Aspas con un gesto de cabeza.

—Has estado clínicamente muerto durante unos minutos. Tuviste una parada cardiorrespiratoria, pero gracias a Dios decidiste regresar.

Coque trataba de digerir la información.

—El neurólogo me ha confirmado que no tienes lesiones cerebrales, aunque me ha informado del problema que tienes con la vista. ¿Por qué no compartes nada, hijo?

—Antes muerto que compartir miserias.

—Eso es una gilipollez, yo te ayudaría.

—Pues así entiendo yo la vida.

El Aspas suspiró y se cubrió la boca con una mano. Temía soltar algo impropio. En otro tiempo y en otra situación esa misma charla habría acabado en una madeja de reproches con un portazo final.

—¿Quieres que pase María?

—Sí, pero espera.

El Aspas se detuvo muy cerca de la puerta.

—Mis acompañantes.

El Aspas bajó la mirada.

El rumor de la calle no alcanzaba a la habitación. Únicamente el traqueteo de los carritos por el pasillo. Era la hora de cenar.

—Dile a María que pase —pidió Coque con un hilo de voz tras constatar lo

que ya sabía.

—Coque...

—Dile a María que pase.

El Aspás abandonó obediente la habitación en busca de la niña. Ella todavía no lo sabía, pero una nueva vida iba a empezar. Jamás necesitaría contar a su padre lo que ocurrió en el mugriento baño de un bar de la ciudad.

Capítulo 51

Viernes 3 de septiembre

Se despertó de un sobresalto a las cinco de la mañana. Tomó una ducha rápida y se preparó un café bien cargado. Poco antes de encender el fogón, se dispuso a ajustar la puerta de la cocina para que María no escuchara el sonido inconfundible de la vieja cafetera de aluminio. Saboreó el brebaje sentado sobre un taburete de su misma edad y regresó a las mañanas en las que la voz de su madre le preguntaba si le apetecía una tostada con aceite.

Al terminar el café retornó al presente y meditó sobre la decisión de haberse trasladado al piso que lo había visto crecer. Por muchas vueltas que le daba, su cabeza giraba en torno a otra cosa. «Hoy, el día tiene un objetivo», se dijo. Se vistió con su habitual tejanos, americana negra y camisa blanca y dejó una nota al Aspas para recordarle los acontecimientos que el día le iba a deparar.

Al salir del portal constató como siempre que los gallegos empezaban a abrir sus bares cuando el resto de la ciudad todavía ronroneaba con la almohada. Las calles acababan de ser regadas y el asfalto desprendía aquel olor a una Barcelona recalentada y orinada por gente con mala bebida.

A ojos de Coque la ciudad volvía a recuperar un estricto dualismo de colores. Sonrió al darse cuenta de que en la vida, a diferencia del más allá, no siempre llueve. Pero fue justo tener ese pensamiento cuando oteó sobre la estatua de Colón unas nubes amenazantes. Celebró la presencia de esa luz apática. En cuanto dejó atrás la calle Comtal y tomó la Via Laietana, distinguió cuatro vehículos camuflados en el rellano de la Jefatura de Policía. Uno de ellos, el de Valcárcel.

Todo estaba preparado según el plan establecido. Echó un vistazo al reloj y se aseguró de que llegaba a tiempo. Aunque todavía faltaba más de un cuarto de hora, el motivo de aquel dispositivo había hecho mella en cada uno de los componentes de la brigada. Valcárcel controlaba por el retrovisor la llegada de quien seguía siendo el jefe del grupo de Desaparecidos. Cuando este llegó a la altura del vehículo, Valcárcel se apeó, con gesto apesadumbrado. Ambos se mantuvieron la mirada un par de segundos. El jefe de Homicidios terminó

extendiéndole la mano con un sincero «lo siento». En su mirada, Coque creyó ver más tristeza de la que normalmente ese hombre anodino albergaba.

Coque asintió y continuó el paso con decisión. Accedió por la que en otra época fue la puerta majestuosa de ese edificio venido a menos y al franquearla se topó con el impoluto vehículo del comisario. Un policía en prácticas se había encargado de abrir las puertas gigantescas de madera noble y dejar vía libre a Palomares. Coque saludó con la cabeza al conductor y se acercó hasta las puertas traseras. La ventana estaba medio bajada y por ella se colaban las volutas de humo que siempre acompañaban al comisario. Coque miró al suelo y comprobó que aquel no era el primer cigarro de la mañana. Palomares llevaba pintado en la cara que no estaba de buenas y que, al igual que el inspector, tampoco había dormido bien.

Unos días atrás, después de abandonar el hospital y trasladar sus enseres y los de María al piso del Aspas, Coque visitó a Isa la bailaora. El encuentro fue breve. Se limitó a seguir el consejo que Palma le dio en ese territorio de nadie. Extrajo una hoja de la libreta de bolsillo que siempre lo acompañaba y en ella anotó el nombre de Daniel Claramunt y su actual dirección. «Él ordenó la muerte de Palma.» Isa no necesitó de más explicaciones. Se guardó la nota en el sujetador y una caricia en la cara le sirvió de sello estampado a su petición. Coque supo que la maquinaria se había puesto en marcha y que no había vuelta atrás.

Tras el encuentro con la bailaora gitana, el inspector hizo lo propio con el comisario. En ningún momento se planteó confesarle la experiencia que había vivido. Solo había una persona a quien le contaría alguna vez su relación con el más allá. Le mintió cuando afirmó haber recibido una llamada anónima en la que le contaban todo aquello que el propio Palma le había dicho. Se vio en la necesidad de inventar una simple historia para un desenlace complicado. Palomares atendió a la narración de los hechos con un talante distinto al de días atrás. La posibilidad de que Palma estuviera muerto ya había sido ponderada durante los últimos meses, pero que Coque estuviera confirmándosela con esa entereza resultaba ser una cosa muy distinta.

Ante aquel hombre que coleccionaba pérdidas irreparables, Palomares sentía, aunque jamás lo confesaría, algo de admiración y mucho de tristeza. Le incomodaba pensar que solo él sabía qué le había ocurrido a la pequeña María. Coque lo percibió en su mirada y se le adelantó con un «sé lo de María». Y tras liberarse de ello lo puso al día de todos sus avances, de cómo estaba hilvanada aquella organización capitaneada por el hijo del Conseller, y le entregó, a sabiendas de que en el caso del comisario más vale una imagen que mil palabras, un organigrama delictivo con nombres y apellidos de personas muertas y de

otras pendientes de detención. Palomares no se atrevió a interrumpirlo. Sabía bien cuándo una información carecía de credibilidad y cuándo olía tan mal como huele la verdad.

Levantó la veda y permitió a Coque que estuviera presente el día que fueran a desenterrar el cadáver de Palma. El resto de la operación la haría Valcárcel y su grupo. No iba a permitir que aquel hombre machacado por la vida terminara zozobrando el resto de sus días.

—¿Preparado? —preguntó Paco Palomares al tiempo que abría la puerta del vehículo.

—Sí —masculló el inspector.

Se pusieron en marcha y, al encarar la Via Laietana, el resto de vehículos los siguieron formando una suerte de comitiva.

Las primeras gotas de lluvia percutían sobre el parabrisas y a modo de cortina ocultaban el puerto de Barcelona.

—No sé si lo sabes, pero en el coche de Valcárcel va la antropóloga de la central, dicen que es la hostia —le informó Palomares.

Coque le dirigió una mirada de fastidio, con el ceño fruncido.

—No me mires así. Hay que desenterrarlo de forma arqueológica.

—¿Arqueológica? Paco, creía que íbamos a desenterrar el cuerpo de Palma, no el de Tutankamon.

El comisario señaló con su mentón al conductor, a modo de recordatorio sobre las familiaridades que no se debería tomar cuando no estuvieran a solas.

—Además, ya sabemos quién lo mató, señor comisario —apuntó Coque, poniendo todo el énfasis en el tratamiento exigido.

—Sabemos lo que te dijeron por teléfono, eso no es suficiente y lo sabes. Vamos a dejar que los de Homicidios hagan las cosas bien. Teníamos un pacto, ¿o es que me la vas a liar en cuanto pisemos Montjuïc?

—¿Algún invitado especial más al acto, señor comisario? —pinchó el inspector.

Palomares suspiró.

—Sí, el técnico del georadar.

—¿Desde cuándo estamos tan puestos en todo esto?

—Desde ayer.

—Por un momento pensé que te habías transformado en un comisario competente.

Palomares prefirió no responder a la impertinencia; sabía que aquel punto de humor cínico evidenciaba una mejora anímica en su hombre.

La lluvia les dio una tregua a escasos metros de las fuentes de Montjuïc. Desde allí se desplazaron caminando hasta el habitual punto de encuentro entre

Palma y el Tronco, un pequeño parque comprendido por un estanque rodeado de árboles. El técnico del georadar los esperaba con gesto circunspecto. Una mujer que rondaba los cincuenta, de mirada vivaracha, entrada en carnes y ataviada con ropas anchas, se acercó a Coque.

—Soy Inés Vela, la antropóloga. ¿Quieres uno? —Le ofreció una caja de chicles de menta—. Es que desde que he dejado de fumar no puedo estar un segundo sin meterme algo en la boca.

Coque alzó las cejas y declinó con un gesto de mano el ofrecimiento.

—No ha sonado muy bien, ¿verdad? —reconoció la antropóloga. No tienes que pasar por esto. He estado en más de cien hallazgos y, créeme, es innecesario.

Coque no dijo nada. En circunstancias normales tendría el pulso disparado y el estado anímico por los suelos. A pesar de la consternación general y de la advertencia de la antropóloga, se sintió sereno. Necesitaba cerrar ese capítulo para continuar sobreviviendo. Ya tendría tiempo de *sobremorir*.

—Trataré de hacerlo como mejor sé —añadió Inés Vela.

Media hora después, el técnico del georadar indicaba alguna anomalía en la compactación del terreno. Los hechos le confirmaron que la experiencia vivida no había sido un sueño, ni mucho menos una reacción química sobrevenida durante su denominada muerte cerebral.

Lo supo en cuanto vio a María en el hospital y halló en su mirada los trazos de una infancia extraviada. El pitido estridente que emitió el georadar certificó su estancia en el más allá. Al impactar la pala con lo que parecía un resto humano, Inés Vela ordenó que se detuvieran todas las maniobras. Se enfundó unos guantes de plástico y se acomodó una mascarilla en la cara. Se acercó hasta el hoyo de escasa profundidad y palpó el objeto con el que la pala acababa de tropezar.

No había duda alguna, se trataba de un cuerpo. Ordenó a los auxiliares proceder al desentierro por cuadrículas, dividiéndose varias de ellas y procediendo con sumo cuidado. Un cuerpo siempre tiene mucho que decir y allí estaba ella para hacerle hablar por los codos. La antropóloga extrajo una diminuta grabadora del bolsillo y empezó a describir con tecnicismos todo aquello que sus ojos advertían. Concretó la hora y fecha de la muerte teniendo en cuenta el estado evolutivo que exhibían unos capullos de larva de mosca.

—La fauna cadavérica no miente —explicó al ver cómo Coque se acercaba, y le extendió una mascarilla—. Ponte una de estas. No huele precisamente a rosas. —Coque se lo agradeció con un gesto—. Está en fase colicuativa —continuó Inés Vela—. Una vez los gases y bacterias se expanden al romperse la inmunología que nos protege, el cuerpo se hincha y salen por los orificios naturales. ¿Ves estos líquidos? —indicó con un dedo—. Son los líquidos

saniosos.

La antropóloga movió con tiento el cadáver de Palma y una mancha oscura emergió a modo de alfombra. El hedor todavía era más fuerte.

—¿Y esa mancha es sangre? —preguntó el inspector.

—Es la fauna cadavérica.

«Estupendo. Bienvenidos al National Geographic», pensó Coque, y añadió:

—¿Puedes comprobar si tiene algún objeto o efecto cerca de él?

La antropóloga satisfizo de inmediato su petición. Por mucha displicencia que mostrara, sabía que el cuerpo hallado era el de su compañero. Si Coque se alejaba de la zona y la dejaba trabajar con tranquilidad, todo sería más fácil, pura rutina. En el momento en que iba a hacerle entrega de los CD que el cadáver de Palma albergaba, Valcárcel asomó veloz. Al tiempo que trataba de luchar contra el hedor tapándose la nariz con una mano, con la otra le ofrecía una bolsa de plástico a la antropóloga.

—¿Aún conserva el pelo y su tatuaje? —observó Valcárcel.

—El cadáver siempre se estropea de dentro hacia fuera —explicó Inés Vela.

—Los vivos también —replicó Coque, esta vez alejándose del lugar.

Lanzó iracundo la mascarilla al suelo, escupió el sabor metálico de la muerte y encaró el camino inverso que había tomado para llegar hasta allí.

Valcárcel gritó su nombre y con ello logró que interrumpiera el paso.

—Estoy al corriente de todo, Coque —confesó el jefe de Homicidios, dirigiendo su mentón hacia Palomares.

El inspector giró un instante la cabeza con tal de no encarar la mirada de quien hasta entonces era un grano en el culo.

—Te prometo que una vez los detengamos a todos, los archivos serán destruidos. No dejaré que circulen de juzgado en juzgado.

El blanco y negro otorgaba a la expresión de Valcárcel un grado de aflicción que llegaba a conmover. «Tal vez solo ha querido en su vida a una mujer, y esa no era otra que Marga», pensó Coque. Lo cierto es que tenía enfrente a un compañero dolido y dispuesto a vengar a la que podría haber sido su familia.

—Fóllatelos, Valcárcel. Uno por uno —exigió Coque con la certeza de que jamás iban a detener a Daniel Claramunt—. Haz que se pudran en el talego. Algún día Marga te lo agradecerá.

Recuperó el paso ante la mirada indulgente del comisario, fintó con el cuerpo la cinta policial que acordonaba la zona y encaró un camino de tierra sin escollos. Durante un instante cerró los ojos y trató de concentrarse en la expresión radiante con la que Palma solía llamarle a él y al resto de la humanidad: «Lola Flores». Se recreó en aquella mueca burlona ante la que muchas perdieron el norte.

Ese sería el único Palma que iba a subsistir en su memoria.

Frente a la escalinata que corona la plaza Espanya, alzó la mirada hacia un cielo de color cobre. Una llovizna de otro tiempo había empezado a acariciar la ciudad.

Mientras Barcelona lloraba a viva voz, Coque Brox lo hacía en un estricto silencio.

Capítulo 52

Viernes 1o de septiembre

Una semana después, la sociedad catalana seguía conmocionada por la denominada Operación Camps. El grupo de Homicidios había detenido a siete personas y trataban de esclarecer la desaparición del propio Esteve Camps, pero sobre todo andaban obcecados en la localización de Daniel Claramunt. Pese a estar vigilado día y noche por una dotación de la judicial, todavía no se explicaban cómo se las había arreglado para salir de su edificio sin que lo vieran. El comisario estaba que mordía y evitaba todo encuentro con Coque.

El aún jefe del grupo de Desaparecidos le aseguró a Valcárcel que el Tronco pagó a unos sicarios para quitarse al viejo de en medio, pero no tenía ni idea de dónde podía estar enterrado. El hecho de que se situara en la pirámide de la organización al hijo de un *conseller* de la Generalitat y se relataran las fiestas privadas en las que ciertos sectores de la sociedad catalana participaban, dejó en pelotas a más de un apellido con solera. Tal vez todo ello le costara el puesto a Palomares, pero como él bien decía: «A mi edad tengo el culo ya muy dado».

Paula la colombiana fue detenida por su participación en un delito de corrupción de menores y gracias al contenido de los CD hallados en la tumba de Palma se logró identificar al propietario de una fábrica de embutidos de Olot, al alcalde de una capital de provincia y a un poeta de renombre que parecía inspirarse en el mal. Las perrerías que contenían los vídeos revelaban la naturaleza más baja del ser humano. Cuando Coque le preguntó qué se veía en ellas, Palomares bajó la mirada de perro apaleado y se mantuvo callado.

Coque dejó al Aspas la ardua tarea de consultar en todos los periódicos digitales el contenido de la operación. Algunas de sus costumbres habían desaparecido desde su regreso del más allá. Una de ellas fue leer la prensa. Le traía sin cuidado el mundo y sus eternos problemas globales. Palestina siempre será territorio caliente y los americanos jamás dejarán de querer dirigir el planeta. El ser humano continuaría matándose e inventando justificaciones para ello al tiempo que otros seguirán creyendo que el hombre es bueno para el hombre. A diario sentía que necesitaba estar solo más horas de lo habitual. La

soledad se había transformado en una suerte de refugio en el que podía recibir las irrupciones de una tristeza que lo visitaba sin advertir, como un familiar inoportuno una tarde de domingo. Que no aparecieran el nombre de la pequeña María y el suyo en los rotativos era lo único que le importaba. Valcárcel era un déspota con los compañeros y un ególatra sin tacto con muchas de las víctimas, pero que una de ellas fuera María resultó suficiente para que cumpliera con su palabra. Nadie iba a relacionar la Operación Camps con la familia Brox.

«Recuperar la rutina perdida», fueron las indicaciones que el psicólogo infantil reiteró en cada una de las visitas semanales. Aquella mañana tibia de septiembre, y después de acompañar a la nena a la piscina, recibió en el móvil un mensaje de voz. Escuchó a Jalil al tiempo que cruzaba la puerta de una cafetería ubicada en pleno Paral·lel.

Era la décima llamada que recibía del intérprete desde la salida del hospital. Por el tono apagado de la voz supo que algo malo le ocurría. Jalil lo citó en la taberna de Rodri y le advirtió de que no aceptaría excusa alguna por su parte si no se presentaba. En un intento de chantaje emocional, hasta le advirtió de que no iba sobrado de amigos. Coque devolvió el teléfono al bolsillo de la americana oscura, pidió un café solo a una joven camarera bajita de rasgos andinos y mirada nostálgica y se bombardeó a preguntas intentando averiguar qué le ocurría a Jalil. Adelantarse a los hechos era un mecanismo de defensa con el que subsistir, una suerte de adicción de la que ni quería ni podía desprenderse.

Las calles del Eixample parecían estar preparadas para regresar a la vida ordinaria, y es que septiembre tenía más de parrilla de salida que el mismísimo 1 de enero. Para Coque septiembre marcaba el pistoletazo no solo del nuevo curso escolar que en breve arrancararía, sino de una nueva vida. Acababa de adentrarse en la calle Casanova cuando se topó con un grupo de adolescentes todavía bronceados, con sonrisas confeccionadas por las historias de verano. Cruzarse con ellos lo trasladaron a un futuro cada vez más cercano. Su pequeña María pronto dejaría de serlo y la ausencia de Marga, aún relativizada por su experiencia con el más allá, se le atragantaba. Atravesó la humareda de marihuana que había terminado sustituyendo a los pitillos clandestinos que él fumaba a su misma edad y continuó el paseo con un pensamiento muy próximo a la absoluta certeza: ser padre era el único vínculo por el que un hombre estaba dispuesto a sobrevivir y *sobremorir*, de manera incondicional y eterna.

Frente a la puerta de la taberna, el corazón se le encogió. Esta vez no llovía ni las calles estaban coloreadas. Tampoco se sentía debilitado ni confuso. Todo permanecía en un estricto blanco y negro. Ni nadie gritaba su nombre advirtiéndole de que no cruzara aquella frontera. Tomó aire y lo liberó del mismo modo. Repitió el gesto en tres ocasiones hasta sentir que el pulso había

recuperado la cadencia. Armado de valor, cruzó la puerta que una vez resultó ser el límite entre la vida y la muerte.

Rodri acaba de abrir y estaba bajando los taburetes de las mesas. Sujetaba uno de ellos con una mano cuando Coque irrumpió. Le dedicó una sonrisa cálida. No eran amigos y sin embargo sintieron la necesidad de abrazarse. «Hay *losientos* que no exigen ser pronunciados», pensó el inspector. No reparó en la duración de aquel gesto. Abrazado a Rodri, sentía que también abrazaba a Oliver y a Nadia. No supo el tiempo que permaneció en esa posición arropado por aquel medio poeta, medio pescador. Cuando volvió a abrir los ojos pudo ver en los del tabernero destellos de un dolor contenido.

—Me alegro mucho de volver a verte —dijo Rodri con una parsimonia buscada que lo ayudaba a mantener la compostura.

—Y yo.

—¿Un café solo?

Coque aceptó. Tomó asiento al otro lado de la barra y lanzó de soslayo una mirada al libro. Sobre la cubierta, por encima de los mandalas de Kandinsky, el inspector vislumbró un lazo negro entrecruzado. Rodri depositó el café sobre la barra y cazó la mirada del policía.

—Al menos uno ha regresado —celebró el tabernero.

—Nunca se puede regresar a nada, pero debes regresar para saberlo. ¿No crees? —dijo el inspector.

Rodri necesitó tomar aire para encajar la frase.

—Sí, eso dicen. Ya sabes, nunca podrás bañarte dos veces en un mismo río, pero creo que ocurre lo mismo con nuestra existencia. No puedes vivir un mismo día dos veces.

—Por muy igual que nos parezca —añadió Coque al tiempo que esbozaba una sonrisa de autosuficiencia.

—Exacto.

—Eras tú, ¿verdad? La cita a ciegas con Nadia el día que tuvimos el accidente...

Rodri asintió con la cabeza lentamente, sin perder de vista los ojos del inspector.

—¿Cómo lo has sabido?

—Indicios —respondió Coque.

—Sí, efectivamente yo era la cita con ella —confesó Rodri—. Antes quise asegurarme de que le interesaba el tema de verdad, de que no era una simple curiosidad. Ella supo desde un principio que mi interés por el más allá no era circunstancial.

—Y no se equivocaba —añadió el inspector.

—La experiencia vivida con su paciente le rompió todos los esquemas científicos que sustentaban su lógica mental. Mi silencio y mi discreción sobre el tema fue lo que la llevó a pensar que yo no era uno de esos charlatanes que frivoliza con eso y encima le saca partido. Me leyó la mirada, Coque, como yo te la estoy leyendo a ti.

El inspector sintió que no tenía pulso, aferrado en su mutismo.

—Apenas te conozco, pero sé que tampoco eres muy hablador. Todo lo contrario a Oliver. —Sonrió el tabernero la comparación y el inspector lo imitó.

Un silencio sincronizado reinó el instante.

—Jalil estuvo aquí anteayer —recordó Rodri, apenado—. Me contó lo sucedido con tu mujer. El resto, todo lo que atañe a Palma, lo he sabido por la prensa.

El inspector le dio un sorbo al café. Clavó los ojos en el poso y resolvió que su mundo se limitaba a esos dos colores. «Los únicos que emergen en el culo de una taza de café.»

—Puedo interpretar tu mirada, Coque.

Los ojos dañados del inspector se abrieron todavía más.

—¿Qué quieres decir?

—Sé que también estuviste allí, que te sientes solo y que tienes ganas de llorar. A diario. —El policía ni tan siquiera pestañeaba—. Tampoco te apetece hablar y tu cabeza no deja de visitar aquel lugar. Viviste toda una vida en solo unos minutos.

—Tres, dicen —respondió el policía.

—No era tu hora, así de sencillo. Aunque te confieso que me ha llevado tiempo entenderlo.

Ante el silencio del inspector, Rodri repitió esa última frase como una letanía.

—Así que todavía me esperan momentos complicados.

—No es fácil haber estado allí, Coque. Pero tu hija será el flotador que yo no tuve. —Rodri se tomó unos segundos antes de preguntar—: ¿Verano, primavera, invierno u otoño?

El inspector tensó la mandíbula al escuchar el santo y seña de quienes han estado allí.

—Otoño.

—¿Qué día?

—Un viernes... lluvioso... de otoño.

—¿Viste a los tuyos?

El inspector acudió de nuevo a la taza de café. Fue un gesto evasivo, no había nada que sorber. Volvió a mirar hacia el libro.

—Solo a algunos.

—Eso es lo peor —aseveró Rodri—. Necesito enseñarte algo.

Salió de la barra con el propósito de encarar las escaleras por las que se accedía a su hogar, pero la aparición de Jalil hizo que se retrajera.

El intérprete se acercó a Coque con recelo, estudiándolo. El inspector se mostraba como de costumbre, serio, con cara de pocos amigos y ataviado con las ropas de siempre, que ya eran su segunda piel. Coque intentó sonreír. Y eso era mucho más de lo que esperaba Jalil.

—Lo siento mucho, jefe.

Coque asintió displicente. Jalil acababa de interrumpir algo importante y no quería perder la oportunidad de averiguar más sobre la experiencia cercana a la muerte que había vivido.

—¿Qué te pongo, Jalil?

—Un carajillo, Rodri —respondió Coque, adelantándose al intérprete—. Tienes que pedirme algo, ¿no? Si no bebes, no lo harás. Tengo prisa y necesito hablar con Rodri.

Jalil sonrió al comprobar que la perspicacia del inspector seguía intacta.

—Los días libres nunca te han sentado bien, jefe. No te preocupes, seré rápido.

Rodri sirvió el carajillo y se alejó hacia la zona de las mesas. Todavía quedaban taburetes por colocar.

—El mismo día que tuviste el accidente el capullo del comisario me hizo firmar la baja.

—Todo se acaba, Jalil.

—Hablo en serio, jefe. Tú sabes lo que significa para mí trabajar para vosotros. Llevo más de veinte años deteniendo a la mala gente que tiene mi mismo pasaporte. —Jalil engulló el carajillo como si fuera agua—. No es solo que me echen, jefe, es que Valcárcel le envió un informe a Palomares en el que me denunciaba por pasarte información secreta.

—¿Quién abrió la boca?

Jalil se encogió de hombros.

—Total —siguió contando el moro—, que me viene el comisario y me dice que de entrada estoy en la puta calle y que además me citarán por la vía penal por un tema de revelación de secretos o qué se yo. ¿Te imaginas cómo se me puso el ojete?

—No me interesa nada esa parte de tu cuerpo.

—En serio, jefe, estoy *acojonao*. Tienes que ayudarme, ya sabes que he metido en el talego a más de trescientos paisanos.

—La verdad es que no me gustaría estar en tu culo.

—Habla con ellos. Lo de quedarme sin trabajo me duele, pero lo de ir al talego... Rodri, ¿me pones otro?

—¿Todavía hay más que contar? —preguntó Coque, disgustado.

—¿Me vas a ayudar o no?

Coque no sabía mentir. No iba con él esa costumbre de alimentar la esperanza ajena con promesas que no estaban a su alcance. Si Palomares había decidido fundírselo, no había mucho que hacer. Por otra parte, a Jalil le tenía un especial aprecio que jamás se lo confesaría, de lo contrario no podría sacárselo de encima de por vida.

Coque suspiró de modo que todos lo pudieran escuchar.

El intérprete se sintió incómodo hasta el momento en que atisbó sobre la barra el segundo carajillo del día. Repitió el modo de ingerirlo.

—Te cuento que me echan del curro y que peligra mi libertad y te la trae floja.

—Olvídate de esa amenaza, no te garantizo que el comisario no te mande al paro, pero te aseguro que la denuncia no la cursará.

Jalil emitió una de esas sonrisas acaparadoras.

—¿Cómo lo vas a hacer?

—Ese es mi problema.

Rodri dejó de ser el camarero discreto que era y decidió presenciar aquel diálogo. Jalil ya había resuelto la parte más difícil de su reencuentro con Coque: pedirle un favor. Ahora tocaba interesarse por ese tipo al que apreciaba:

—¿Cómo estás, jefe? Te llamé cien veces.

Coque le indicó con un dedo el camino de salida y le respondió:

—El lunes a las doce nos vemos en la Merçè Vins, en la calle Amargós.

Jalil asintió triste aunque satisfecho. No pudo evitar abalanzarse sobre el inspector y darle un abrazo, corto y nada correspondido.

El intérprete estaba a punto de abandonar la taberna cuando Coque lo detuvo con su voz.

—¿Qué vas a hacer si te echan de Jefatura?

Jalil le guiñó un ojo.

—Tengo mis ahorros. Abriré un negocio.

—No más competencia, Jalil —rogó Rodri.

—No temas. Además esto es un lugar sagrado, irrepetible. Creo que montaré una peluquería con putas chinas.

—¿Estás de coña? —se interesó Coque.

—No te preocupes, jefe, todas con papeles.

Jalil cerró la puerta con delicadeza y se esfumó tal y como había aparecido.

—Vuelvo en un minuto —anunció Rodri, encarando las escaleras y

retomando sus intenciones.

Coque se apeó del taburete y recorrió la barra en busca del libro. Lo ojeó sin ninguna intención concreta. Se detuvo en el último mensaje que Palma había escrito al Tronco. Cerró el libro furioso.

Rodri apareció envuelto en un halo de misterio. Ignoró el gesto del inspector y retomó su discurso.

—Hay quien dice que una experiencia cercana a la muerte tiene una explicación espiritual —dijo, e invitó con un gesto de mano a Coque a que tomara asiento en una de las mesas—. Para algunos son una prueba de que la mente y el alma se separan del cuerpo físico. Hay también quienes las justifican con una explicación fisiológica. La conocida hipótesis de la anoxia...

—No me vengas ahora con tecnicismos... —interrumpió Coque, arrugando el entrecejo.

—Es la pérdida de oxígeno en el cerebro la que causa esas visiones y experiencias que tú y yo sabemos.

—Ya —dijo el policía, resignado.

—La hipótesis de la anoxia fue refutada por quienes afirmaron que las personas que tuvieron una experiencia cercana a la muerte fueron capaces de razonar. Pero entonces aparecieron otros médicos afirmando que se trata de impresiones subjetivas, ya sabes: el túnel, visiones divinas, sensaciones de bienestar o incluso sensaciones terroríficas. Llegaron a decir que si habían experimentado sensaciones de bienestar se debía a la secreción de endorfinas, y si eran sensaciones de terror, al suministro de ketamina como anestesia.

—Qué más da. Nadie nos creerá. ¿Es eso de lo que tratas de advertirme?

—No del todo, Coque. Hubo un doctor llamado Pim van Lommel, creo que ese no era de tu barrio —sonrió el tabernero—, que le echó un par cojones al tema. Analizó a trescientos cuarenta y cuatro pacientes que habían experimentado lo mismo que nosotros y advirtió un mismo ciclo: infarto, muerte cerebral confirmada por medios técnicos y, tras ella, reanimación. ¿Te suena?

—Algo, sí.

—Van Lommel afirma que no es la anoxia lo que causa esas visiones, ya que los pacientes no registraban ninguna actividad cerebral. Él atribuía la causa de las experiencias cercanas a la muerte a otra cosa.

—Y entonces fue condenado al ostracismo por la medicina oficial —dedujo el inspector, recordando la opinión de Oliver el día que cenaron en casa de Nadia.

—Todo lo contrario, Coque. Publicó su estudio en la revista médica *The Lancet* y, créeme, no es el *Lecturas* ni el *Pronto*. En ella todos sus artículos son previamente revisados por un tribunal experto antes de darles luz verde. ¿Sabes

qué dijo Van Lommel en ese informe? —Rodri no esperaba respuesta del inspector—. No sabía si el alma existe o no, todo depende de lo que entendamos por alma cada uno de nosotros, pero sí afirmó que la conciencia sobrevive a la muerte.

—No sé si logro captar lo que me quieres decir.

—Que no estamos locos, Coque. Ni somos raros, ni tan siquiera especiales. No te olvides de eso o de lo contrario no podrás continuar viviendo. —Coque asintió con poca convicción—. Si te he soltado todo esto es porque necesito que le echés un vistazo —dijo Rodri, depositando una fotografía sobre la mesa.

La instantánea reproducía la imagen de dos hombres y un niño. Uno de los hombres era Rodri, mucho más joven. El otro era un rubio con claro porte extranjero, grandullón y de ojos azules. Entre los dos hombres y abrazándose a ellos se encontraba un niño que rondaba los quince años, cuyo aspecto angelical y su pelo alborotado no habían cambiado demasiado desde la última vez que Coque lo había visto. El inspector levantó la mirada y la detuvo en la de Rodri.

—¿Viste a alguno de ellos? —instó el tabernero con un hilo de voz.

Coque marcó con un dedo al joven rubio. «Estos son los indicios», pensó.

Rodri rompió a llorar. Se cubrió los ojos con una mano a modo de visera, incapaz de amortiguar las sacudidas que acompañaban al llanto. Se incorporó, se dirigió a la barra y puso de nuevo la máquina del café en funcionamiento.

—¿Qué os ocurrió? —quiso saber Coque.

—¿Un carajillo? —preguntó el tabernero con la voz quebrada.

El inspector asintió tras consultar el reloj.

—Todo empezó un fin de semana de septiembre en los Pirineos... —arrancó Rodri.

Todavía faltaban un par de horas para recoger a María de casa de una amiga y el hombre tras la barra merecía toda su atención. «Dos carajillos para dos padres huérfanos de hijo», pensó el inspector. En un futuro próximo podría ser él quien mostrara la fotografía de Martín a otro hombre. Si la muerte no era el final, quiso creer que el nacimiento tampoco era el principio.

Capítulo 53

Lunes 13 de septiembre

El fin de semana era lo peor y, lejos de parecer lo contrario, el incremento de horas compartidas no mejoraba la convivencia. Coque había aprendido que recuperar a María no iba a ser tarea sencilla. No tardó demasiado en descubrir que bajo el manto de la rutina prescrita se escondía un dolor lacerante. Los días festivos desmaquillaban la realidad que los envolvía, dejando entrever todas las arrugas emotivas que afeaban su relación. El Aspas era la pieza clave en esa balanza desequilibrada y María encontró en su abuelo la isla en la que refugiarse cuando se sentía perdida.

Ninguna de sus amigas contaba con un cómplice tan avanzado en lo que a informática se refería y, por otra parte, tampoco es que el Aspas se caracterizara por hacer las cosas del modo más convencional. Como era de esperar, hizo oídos sordos a las órdenes, disfrazadas de consejos, que su hijo le dio con respecto a María y decidió que la nena tenía la edad perfecta para iniciarse en la cara oculta de la red. La noche anterior, el Aspas había sido testigo involuntario de una suerte de guerra verbal entre padre e hija. Una sarta de reproches por el cariño que ambos se adeudaban fue la artillería utilizada para lastimarse. No contenta con ver a su padre alterado, María utilizó la misma estrategia maquiavélica que había patentado su madre, la de tratar que se sintiera culpable por todas las muertes que habían azotado a esa familia.

A las ocho de la mañana, el día ya prometía ser tórrido. Coque refunfuñó en cuanto alzó la vista hacia el cielo y todo indicaba que el mes de septiembre iba a convertirse en un clon de agosto. Cubrió su mirada bicolor con las Ray-Ban y cruzó el Paral·lel. Hizo el ademán de entrar en el Café Español, pero en el último instante cambió de opinión. A través de la amplia cristalera que daba a la calle, antaño lugar privilegiado desde donde se podía otear las piernas de las actrices del teatro Arnau o las vedetes de El Molino, pudo constatar la presencia de un compañero de la brigada, pero no le apetecía tomarse el primer café de la mañana con dos cucharadas de azúcar y una mirada de aflicción.

Siguió andando dirección plaza Espanya y al pasar por la confluencia de la

calle Margarit se detuvo sin tenerlo previsto. Palpó uno de los bolsillos y constató que todavía tenía las llaves del piso. Unos días antes había recibido una llamada de la madre de Oliver. Denotaba cierto resentimiento al hablar con el único superviviente del accidente en el que su hijo había perdido la vida. Una vez más, aún sin decírselo, lo culpaban de sobrevivir a los muertos. La madre del forense había acordado alquilar el piso y no volver a pisarlo mientras viviera. El inspector omitió comentar que esa era una buena estrategia para que la memoria emotiva de esa mujer no le diera una sorpresa en un futuro.

Coque disponía de dos semanas para poder llevarse lo que quisiera. Subió la empinada calle y entró en el portal. Lejos quedaba esa extraña vida que ni tan siquiera le sirvió como terapia. Abrió la puerta y lo recibió un ambiente fétido y cálido. El tiempo se había detenido para siempre en esa guarida para un par de desubicados. «El insoportable silencio de una ausencia», pensó. Ventiló el comedor y al levantar la persiana una cortina de polvo decidió evaporarse. El rumor del barrio se coló sin pedir permiso, pero no logró mitigar el dolor. Entró en su habitación, tomó la fotografía de Martín y la depositó sobre la cama. Junto a ella dejó caer la poca ropa que colgaba en el perchero del armario. Recordó que el forense tenía una bolsa de deporte para ir a aquel gimnasio al que nunca se apuntó. Se acercó temeroso a la habitación de Oliver y empujó la puerta entornada con la precaución de quien teme a todo lo sobrenatural.

Repitió gesto respecto a la ventana y la persiana y por un instante fantaseó con escuchar la voz del forense recriminándole que lo dejara dormir tranquilo. La cama impoluta y hecha. El ordenador hibernando, a la espera de que una simple presión sobre una tecla le permitiera acceder a ese mundo virtual en el que Oliver era toda una autoridad. «¿Sabría Delas del fallecimiento de Oliver? La muerte y el *World of Warcraft* tienen muchos paralelismos», pensó. «Seguro que te las sabrás arreglar, amigo.» Bajó la persiana sin cerrar la ventana y desenchufó la toma de corriente del ordenador.

Nadie tenía por qué saber de Delas.

Después de tomarse un par de cafés bien cargados en los bares más lúgubres de la calle Hospital, Coque se dirigió hasta Jefatura. Tenía una cuenta pendiente con Jalil y sabía bien qué tenía que hacer. Cruzó la puerta lateral del edificio, saludó al policía que hacía funciones de seguridad y fue como un toro al despacho del comisario.

Palomares colgó el teléfono en cuanto lo vio. Negó con un leve cabeceo, tomó aire y suspiró. Había formado una suerte de triángulo con la palma de las manos y los codos apoyados sobre la mesa. La boca estaba cubierta por esa pirámide de dedos que dejaba al descubierto la mirada de un perro a punto de morder.

Coque sabía que gozaba de una suerte de protección hasta que no detuvieran a Daniel Claramunt. Al fin y al cabo, el comisario era el principal responsable de su fuga y eso le hacía sentir culpable. Pero esa detención jamás tendría lugar. Tomó asiento sin que la *superioridad* se lo indicara.

—No vengo a pedirte nada —anunció el inspector.

—¡Qué raro!

—Dale las gracias a Valcárcel de mi parte. Ayer supe de la decisión judicial de ingresar a esos hijos de puta en prisión. —Palomares hizo el ademán de hablar, pero Coque elevó la voz lo suficiente para impedirlo—. Lo sé, queda Daniel Claramunt, pero ya caerá.

El comisario asintió con recelo. Esa paciencia era impropia en Coque. Le habría apetecido explicarle todos los dolores de cabeza que la Operación Camps le estaban causando. Como también le habría gustado decirle que en el momento en que se coló en su despacho estaba colgando al mismísimo comisario general de Policía Judicial, un mandamás con el culo sobre un asiento de Madrid que no estaba por la labor de que ninguno de los suyos metiera en el talego a miembros de la *jet set* catalana.

En otra situación habría estallado y se hubiera zampado a ese inspectorcillo malcriado que los años no terminaban de enmendar. Sin embargo, Palomares había conocido a Marga y ese era su talón de Aquiles. Haber compartido demasiado tiempo con la mujer de un subordinado a la que veía como la hija que nunca tuvo. El suicidio de Marga no dejaba de percutir en su cabeza.

—He venido para intercambiar.

—¿Qué es lo que tienes?

—Información.

—Al grano, Coque.

—Tengo entendido que quieres quitarte de encima a Jalil. —El inspector inclinó todo el cuerpo hacia la mesa del comisario—. El mismo Jalil que se ha dejado los cuernos por todos nosotros durante veinte años. El mismo que hemos utilizado de intérprete a horas intempestivas y al que le hemos pedido que hiciera de policía infiltrándose en grupos organizados en los que a los chivatos los empalan y los entierran vivos cubriéndolos con cal. ¿A ese mismo Jalil es a quien quieres dejar tirado en la puta calle?

—¡No me cuentes obviedades, Coque! —estalló el comisario—. Al final va a resultar que te me vas a ir a la otra acera. Veo que vivir con el forense fue solo el principio.

Coque se retrepó en la silla. El comisario esperaba una réplica agresiva, al fin y al cabo acababa de mencionar con torpeza a uno de los amigos que había

perdido en el accidente. Pero lejos de ello el inspector esbozó una mueca de sorpresa. Un gesto propio de quien tiene el manejo de la situación y, sobre todo, la información más valiosa.

—Demasiados prejuicios, Paco. Han pasado los años, pero veo que todavía no lo has superado.

El comisario se puso en alerta. Su expresión era la de un perro a punto de devorar a otro perro.

Coque dirigió una mirada desdeñosa hacia la puerta.

—Y la verdad, no me extraña.

El comisario se levantó de su silla.

Coque hizo lo propio. No era de recibo estar sentado y que el jefe estuviera de pie.

—¿De qué coño me estás hablando?

—¿Te dice algo el nombre de Prudens? —Coque tuvo que esforzarse en evitar una carcajada—. Prudens, la del... —E imitó el gesto que en el más allá realizó el pequeño de los Dalton. Con una mano tomaba medidas de un antebrazo emulando así el tamaño del miembro del célebre travestido de la época—. Además, me ha dicho un pajarito que todo ocurrió en este mismo despacho, ¿no es así? —El rostro del comisario era un cúmulo de ronchones inoportunos y capilares a punto de reventar—. ¿Todavía vive la Prudens? —preguntó Coque.

—No sé de qué me hablas —mintió Palomares, mascando cada una de las palabras.

—Me imagino, Paco, me imagino. Te diré más, ni Jalil ha cometido un delito ni yo soy acromatópsico. Y sobre todo, nunca, y cuando digo nunca es nunca, al comisario Paco Palomares le ha hecho un lavado de bajos alguien cuyo nombre real era Prudencio. Todas esas cosas no han ocurrido, ¿verdad que no?

Palomares se acercó a escaso medio metro del inspector.

—Los únicos que lo saben ya están bajo tierra —farfulló el comisario, escupiendo bilis.

—Eso es cierto a medias. Pero no voy a perder ni un solo minuto explicándote cómo ha llegado a mis oídos.

Coque suspiró con desdén y encaró la puerta del despacho. Justo antes de abandonar, se volvió.

—Ya queda menos para que los Mossos desembarquen —le recordó—. ¿Ya sabes dónde vas a colocarme?

«En el puto infierno», habría contestado el comisario de buena gana.

—Lo pensaré —respondió de manera inaudible—. ¡Coque!

—¿Sí?

—Jalil se ha pasado de la raya. Los hechos no llegarán a la sede judicial,

pero no puedo mantenerlo aquí. En la brigada ya nadie confía en él. —Coque escuchaba, comprensivo—. Además, como bien dices, pronto nos habremos convertido en oficinistas, no nos va a hacer falta ningún intérprete de árabe con tanta asiduidad como hasta ahora.

—Ya.

—¡Coque!

Una vez más el inspector se detuvo a la orilla de la puerta.

—¿Sí?

—Marga me pidió que le diera mi palabra de que no te diría nada sobre María y te retirara del caso.

En cuanto escuchó esos dos nombres, su semblante mutó.

—Y yo se la di. Y cumplí. Dame la tuya de que esa historia no saldrá de aquí.

Palomares también sabía dónde lanzar el gancho.

—Tienes mi palabra, Paco.

—Señor comisario, cojones.

Salió de Jefatura algo aturdido, sin rumbo. Fue una brisa moderada que venía del puerto la que puso en orden sus pensamientos. Se caló las gafas de sol, consultó el reloj y constató que faltaban diez minutos para que Jalil acudiera al Merçè Vins. Decidió que no se lo soltaría hasta haber disfrutado del bocadillo del día. «Jalil, no irás al talego. Pero ya puedes empezar el *casting* para peluqueras chinas.»

Capítulo 54

Miércoles 13 de octubre

Después de cenar sonó el interfono.

El Aspas pegó un saltó del sofá y salió disparado. Murmuró algo a través del aparato y, aunque Coque prestó atención, no pudo llegar a saber qué dijo. Cogió un plumón con el escudo del Barça, apuró de un trago el vaso de Soberano que había sobre la mesa del comedor y se acomodó sobre un hombro la bandolera que contenía el ordenador portátil. Se acercó hasta María y le dio un beso en la mejilla. Padre e hijo se mantuvieron la mirada, pero no se dijeron nada.

«No te metas y no me meto», pensó el Aspas.

«Ten cuidado», calló Coque.

Ajena a los hechos, María estaba ensimismada frente al televisor. Un hombre enjuto, de mirada resabiada y ataviado de negro con el característico uniforme de la universidad norteamericana de Stanford hablaba encima de una tarima sobre la vida y la muerte.

—¿Quién es ese? —se interesó Coque, sentándose junto a su hija.

—Steve Jobs, un visionario, según el abuelo.

El inspector chasqueó la lengua.

—Papá, ¿crees que recordar a diario que te vas a morir es la herramienta más útil a la hora de tomar las decisiones más importantes en la vida? —preguntó la nena con llamativa naturalidad.

Coque se quedó patitieso.

—¿Eso te ha dicho el abuelo?

María negó apresurada y señaló la pantalla del televisor.

—Lo dice el visionario —respondió.

Días atrás le había explicado con sumo detalle la enfermedad que había convertido su vida en blanco y negro: los problemas que ello le acarreaba a diario, cómo podía ser la elección de las comidas, imaginar el color más probable de las cosas, de las miradas, del rostro de su propia hija, la sensibilidad a la que lo sometía la luz diurna, el uso reiterado del mismo atuendo, y cómo no, la mala hostia. Aunque el Aspas insistiera en que esa era innata. Coque había

silenciado que en la muerte la probabilidad de lo que nos rodea cede el paso a las certezas, que los colores no pierden su cromatismo y que también se puede estar de paso.

María reaccionó a esa confesión inesperada con una oleada de cariño. Fue entonces cuando Coque supo que solo por ese instante ya habría valido la pena aplazar su estancia en el más allá.

—No lo sé, María. Tal vez a ciertas personas les ayude esa conciencia de mortalidad.

—¿Crees que hay vida después de la muerte, papá?

Se quedó frío. Un alud de escenas regresaron de manera atropellada. Una lluvia sempiterna en un mapa diseñado por la memoria emotiva: Marga recién suicidada, debilitada y desesperada en busca de Martín y de su cariño, un Palma en equilibrio consigo mismo, los Dalton abriendo las maletas de los secretos de los vivos, y un sinfín de personajes enigmáticos que al final del final habría tenido un sentido haberlos conocido.

—Nadie muere, María. Solo nos transformamos.

La nena se quedó embobada mirando la caja tonta, sin atenderla. Necesitaba cavilar sobre aquellas palabras.

—Entonces —se volvió con energía, encarando a su padre—, ¿mamá y Martín siguen vivos?

—No lo dudes, cariño. A su manera y en otro lugar, pero siguen vivos. — Utilizar el termino *sobremorir* le pareció demasiado complicado.

Padre e hija se abrazaron al tiempo que un camión de la basura irrumpía el momento con su habitual delicadeza.

Aquella noche, María se quedó dormida junto a su padre. Coque la llevó en brazos hasta la cama y se quedó un tiempo indeterminado apoyado en la jamba de la puerta, contemplándola y sintiendo que, a cambio de ser un tipo vulnerable, la paternidad le regalaba momentos únicos, sin parangón. Aprovechándose de la luz que provenía del comedor, logró distinguir en la cara de María un rostro de mujer por hacer. No tenía la menor duda de cómo serían diez años después sus facciones. Cerrar los ojos e imaginar la sonrisa de Marga era la respuesta a ese enigma tan simple.

Se dejó caer sobre el sofá, satisfecho. Se hizo con el mando del televisor y graduó el brillo y el contraste acoplándolos a su vista. Saltó de canal en canal hasta que una imagen consiguió captar la atención. Acababan de encontrar a una joven sin vida en la azotea de un edificio. Tal y como había sucedido meses atrás en el Hospital Clínico. La víctima tenía veintiocho años y había sido brutalmente apuñalada. El asesino le había taponado la boca con su propio tanga.

Todavía inmerso en la narración periodística del suceso, el teléfono móvil

sonó incisivo.

—¿Estás viendo las noticias, Gugle? —preguntó Palomares con voz de ultratumba.

—Sí.

—¿Está tu padre en casa?

Coque tragó saliva.

—No.

—Esta vez te has salvado. Mandaré a Valcárcel al lugar de los hechos. No quiero que tu hija esté sola esta noche, pero mañana a primera hora te quiero en la Jefatura. Desde este mismo instante eres el segundo jefe de Homicidios.

Coque sintió una punzada en el estómago.

—¿Te has vuelto loco? No puedo trabajar a las órdenes de ese gilipollas.

—No te he llamado para pedirte opinión. —Un suspiro sonoro del comisario invadió la acústica del teléfono—. Y recuerda, Gugle, ni Jalil ha cometido delito alguno, ni tu eres un cegato, ni yo conozco a ninguna Prudens, ¿estamos?

—Recibido, Paco.

—Comisario, cojones.

Paco Palomares colgó sin dar opción a réplica.

El teléfono volvió a emitir un pitido. El anhelado mensaje de Isa la bailaora: «El guapo cría malvas».

Coque se quedó sujetando el móvil durante un tiempo impreciso. Releyó aquel mensaje y a cada lectura sentía la misma satisfacción. Dirigió una mirada a la habitación de María. «Libro cerrado, mi niña.» Tomó una cerveza de la nevera, extrajo el tapón metálico con un abridor y se asomó al diminuto balcón. A esa hora todo se veía mejor y sus ojos lo agradecían.

Como si de un búho curioso se tratara, reparaba en cualquier movimiento que se produjera en su campo de visión. Tomó un trago y se dejó acariciar por las vaharadas de aire tibio que descendían de la montaña de Montjuïc. La noche era agradable e invitaba a ser testigo silencioso de una Ronda de Sant Antoni que descansaba con un ojo abierto. El nuevo integrante del grupo de Homicidios apoyó el mentón sobre el barandal oxidado. Cerró los ojos y su mente reprodujo el rostro risueño de Palma. Celebró con una luna creciente cómo había rematado la faena.

Regresó al interior de aquellas paredes que tanto habían callado y se encaminó hacia la habitación. Al caer la noche, su cuerpo era una compilación de dolores. «Algunos ya crónicos», le prescribió el doctor. Se dejó caer sobre el colchón, evocó la sincera mirada de Marga y apagó la suya, maltrecha y fatigada.

Mañana prometía ser un día complicado.